EL JUEGO DE LA VERDAD



" Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut"

IPSUM SUSPENDISSE

LISA HARDING

EL JUEGO DE LA VERDAD

EL JUEGO DE LA VERDAD

LISA HARDING

Traducción de Nora Aparicio



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *The Wildelings*

Editor original: Bloomsbury Publishing Plc.

Traducción: Nora Aparicio

1.ª edición: marzo 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2025 *by* Lisa Harding

Publicado en virtud de un acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

All Rights Reserved

© Copyright de la traducción 2026 *by* Nora Aparicio

© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.

López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid

www.booksbystefano.com

ISBN: 979-13-87899-33-2

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Lorenzo: Baja, que tú me llevarás la antorcha.

Jessica: ¡Cómo! ¿Que alumbre mi propia vergüenza?

Ya luce demasiado por sí misma. Amor mío,

el oficio de la antorcha es descubrir

y yo debo ocultarme.

William Shakespeare, *El mercader de Venecia*

Cosas sin remedio sean cosas sin cuidado. Hecho está lo hecho.

William Shakespeare, *Macbeth*

Prólogo

—¿Qué te trae por aquí, Jessica?

Observo a la mujer que tengo delante. Su tranquilidad alimenta mi inquietud. Me quito las gafas de sol de la cabeza y empiezo a darles vueltas. Son una imitación cutre de Gucci. La mentira resulta obvia para quienquiera que se moleste en fijarse.

La mujer tose. Me revuelvo en el asiento, me siento sobre las manos y echo un vistazo a mi alrededor. Es decepcionante: una sala desierta con una paleta monocromática y mobiliario cromado, aunque últimamente todo me resulta decepcionante. Adopto la misma máscara de neutralidad que lleva ella. *¿Para qué he venido…?* Estoy triste, soy incapaz de tener un orgasmo, de disfrutar de ningún tipo de placer. Mi marido había dicho más de una vez que estaba «muerta por dentro». Y tenía razón. Salvo por esa fuerte punzada de emoción que sentí la semana pasada, cuando se bajó el telón al terminar la última obra de Mark Whitman y el público se puso en pie. En ese momento, se produjo una descarga violenta y me inundó un batiburrillo estremecedor de sentimientos y recuerdos.

—Mi marido me dejó.

Parece algo lógico que decir, una explicación razonable de por qué he venido, décadas después del acontecimiento que me dio forma, que nos la dio a todos.

—Debe ser muy duro —contesta ella.

Miro por la ventana. Las vistas dejan que desear: una pared de ladrillo atestada de liquen o de moho que prácticamente roza el cristal. Supongo que habrá insectos escondidos en su interior, brillantes e indestructibles, de esa clase que prospera en la

oscuridad.

—Se veía venir —contesto, inexpresiva. Estoy acostumbrada a que la gente me deje tirada y a hacer lo mismo con ellos. Al fin y al cabo, soy igualita que mi padre.

La doctora Collins, «llámame Sophie», no deja de mirarme, esta vez con un atisbo de curiosidad que no logra ocultar.

—¿Puede que sientas apatía? La indiferencia suele ser una respuesta común cuando las emociones nos abruman…

Menuda decepción. ¿Qué creía que iba a pasar? Mi historia y la repetición constante de la misma me ha definido tanto que soy incapaz de convertirme en algo distinto. ¿Acaso creo que merezco otro desenlace, que *merezco* ser feliz, empezar de cero? Atisbo una cornisa alta, la única característica del edificio con pasado georgiano que no ha desaparecido, y me transporto a esas salas enormes que susurraban promesas seductoras. La Universidad Wilde.

Estoy de vuelta en mi primer año, en esos nueve meses decisivos en los que se produjo mi, *nuestra*, gestación. El Quinteto infame: Mark, Linda, Jonathan, Jacques y yo. Puedo escuchar la voz de Mark engatusándonos, esa voz sarcástica, sardónica y seductora al mismo tiempo. Él se habría burlado de esa aliteración. Era excesiva, pero eso era lo que inspiraba él, así como la crueldad: «Escritor, director y creador de mundos pequeños y delirantes donde unas personas violentas usan su dolor como arma arrojadiza con el resto», así fue como un crítico describió su obra. La precisión era asombrosa.

En muchas ocasiones me he preguntado en qué tipo de frecuencia vibraba Mark, y si alguna vez tuvimos alternativa para alejarnos de él. ¿Había sensores en nuestros jóvenes y febriles cuerpos que se mandaban señales los unos a los otros para desencadenar un cambio inconsciente e irresistible que nadie salvo nosotros podía sentir?

La voz de la doctora Collins se entromete:

—¿Adónde te has ido, Jessica? —Echo un vistazo a la mujer que tengo delante y pienso que su actitud insulsa y, sin duda, su vida insulsa, indican que ni siquiera puede hacerse una idea de hasta dónde llega mi depravación—. Quizá podrías tratar de escribir sobre tu matrimonio.

¿Cómo le digo que no me apetece diseccionar cómo había fracasado mi relación? Lo único que siento por mi marido es respeto por haberse largado y alivio por volver a estar sola. Al final, se dio cuenta de que soy una actriz. No estoy hecha para la intimidad o para el amor. Como tampoco para la amistad.

Pienso en Linda y se me cierra la garganta. ¿Verá la obra? Ese pensamiento va acompañado de una serie de clics en mi interior, el sonido de unas puertas cerrándose por dentro. ¿Y los demás, asistirán a la obra? ¿La representación de Mark sobre aquella noche coincidirá con las suyas?

La buena de la doctora me hace preguntas sobre mi madre, mi padre, hijos, carrera, humor del uno al diez: muerta, no nos hablamos, cero, nada de lo que hablar y en negativo. Negativo, negativo, negativo. El tiempo pasa y yo ni lo noto. Mi mente sigue volviendo a la obra, al pasado.

«¡En qué pecado tan horrendo he caído que me avergüenza ser hija de mi padre!». Escucho la voz estudiada de Mark, que me da indicaciones para el papel de mi tocaya en esta «versión moderna, prometedora y sexi de *El mercader de Venecia*» (una de las primeras reseñas de un crítico lameculos).

Me juró que siempre sería su estrella principal y al mismo tiempo me fue arrebatando cualquier vestigio de bondad que me quedaba. Y aseguraba que él siempre vivía ciñéndose a la verdad. *¿Qué nos queda cuando desaparece la verdad?* Ficción.

La voz de la doctora Collins me devuelve al presente.

—Empieza por anotar tus recuerdos.

«Atreverse es perder el equilibrio momentáneamente». Veo la expresión aturdida de mi amiga, deformada por una especie de miedo eufórico al balancearse en la cuerda floja que era esa rama antes de dar el arriesgado salto.

Ese era el estilo de Mark Whitman; surrealista y aterrador, con una ejecución apasionante. Su marca personal era: «Nunca se lo pongas fácil al público; deja que siga sufriendo». Igual que hacía con sus creaciones.

Nadie ha desembuchado. Por ahora.

—Empieza por el principio. —La voz de la doctora Collins me persigue a medida que salgo de la habitación.

Principio

1

Cuando la conocí, sentí como si me hubiesen secuestrado el corazón. Tuve las mismas ganas desesperadas de tirarle de la raquítica coleta que de abrazarla hasta asfixiarla. Su aliento era agridulce. La profesora con papada me estaba mirando, le temblaba el pliegue del cuello a modo de advertencia. Me senté sobre las manos.

—Eres la chica más guapa de la clase —afirmó la chica nueva al sentarse en el pupitre que estaba a mi lado mientras organizaba meticulosamente sus lápices pequeños y gruesos. Tenía una cara pequeña y pálida, salpicada de pecas. Le olía la ropa a humedad y a desinfectante. Tenía los ojos grises o verdes, dependiendo de cómo incidía la luz en ellos y de su humor. La goma de borrar de la parte superior de los lápices casi había desaparecido.

—Y tú eres la más *patética* —contesté. Una palabra que no comprendía del todo, pero que había escuchado a menudo en casa y me gustaba decir. Compuesta por todas esas consonantes marcadas, explosivas.

Sonrió como respuesta al insulto, como si el mismísimo sol estuviese iluminándola a ella y solo a ella. Moví la silla y giré el cuerpo para darle la espalda. Estaba acostumbrada a ser una loba solitaria. Acercó el pupitre, arrastrando las patas de metal por el suelo de cemento. Noté cómo se me pegaba.

—¿Cómo te llamas?

—Jessica —respondí sin darme la vuelta.

—Tienes pinta de Jessica.

Pensé que era una memez, puesto que nunca había conocido a otra

Jessica y habría apostado que ella tampoco. Era nombre de actriz, me lo habían puesto por una rubia estadounidense que se llevaba todos los premios. Era la única chica irlandesa que conocía que le hacía justicia al nombre. Por lo visto, mi madre tenía una imaginación desbordante, aspiraciones e ideas que iban más allá de las de su clase. Me la imaginaba como una persona regia, preciosa.

—Ojalá fuese adoptada —dijo.

—*Ciúnas* —indicó la profesora tras llevarse un dedo a los labios.

—¿Y quién iba a adoptarte? —susurré, y volví la cabeza para mirarla.

Asintió, como si esa réplica fuese algo predecible por mi parte.

—Me llamo Linda —suspiró—. Aunque me gustaría llamarme de otra forma.

—No te culpo, es un nombre bastante común. —Me estaba provocando, incitando a ser cruel.

—Tus ojos son del color del mar —dijo mientras se acercaba para mirarme más de cerca—. En un día soleado.

—Pues los tuyos son de uno nublado. —Tenía los ojos moteados, pálidos bajo el fuerte brillo del fluorescente situado sobre nuestras cabezas. Parecía como si se hubiesen atenuado tras haber visto demasiado.

Seguí la dirección de su mirada por la ventana. Las dos nos quedamos mirando las gruesas gotas de lluvia que se deslizaban por el cristal.

—El cielo está llorando otra vez —anunció—. Son las lágrimas de Dios.

—Eh, bueno, es que estamos en Dublín —contesté para hacerme la lista de la misma forma que hacía mi madrastra con mi padre cuando se sentía insegura, que era la mayor parte del tiempo antes de que se largase.

Papá solía decirme todos los días lo lista, guapa y especial que era. Era su ojito derecho, su princesita de piel y pelo dorados. *Así que, ¿cómo pudo marcharse?*

—¿De dónde has salido como para no saber que aquí no para de llover? —le pregunté a la nueva en un intento por responderle de forma mordaz, como hacía todos los días con mi madrastra. *La imitación es la forma más sincera de adulación, papá.*

—Vengo del espacio exterior —respondió. Lo dijo con una expresión superseria; y después, me sacó la lengua, con la punta fina y afilada como una flecha. El corazón me dio un vuelco. *Sí* que parecía de otro planeta.

La profesora, que estaba garabateando algo ilegible en la pizarra, nos miró mientras negaba con la cabeza y zarandeaba ese saco de pelícano. Esbocé una sonrisa deslumbrante, estudiada y amplia, que resaltaba el único y tierno hoyuelo que mi padre adoraba. Después de repasar las tablas de multiplicar —algo que se me daba de pena pese a tener lo necesario para ser la primera de la clase, así como una testarudez y un espíritu competitivo patológicos— llegó la hora de comer.

Cuando abrí la fiambrera, estaba llena de manjares: un pastelito recién horneado, una barrita Mars, un paquete de Rancheros (con sabor a beicon ahumado), una manzana verde crujiente y un sándwich de mayonesa con queso *cheddar*. Linda llevaba una bolsa de plástico con sándwiches de pan de molde que parecían estar secos y duros. Le ofrecí la mitad del pastelito. Ella negó con la cabeza, avergonzada; se había puesto como un tomate.

Esa tarde, al llegar a casa con mi madrastra, la abracé y le dije:

—Gracias, gracias, eres la mejor. —Eso la hizo sospechar, pero al mismo tiempo le encantó—. Tengo una nueva mejor amiga.

—Qué bien, cariño —contestó a la vez que apartaba la mirada. Me percaté de que su voz tenía un deje de celos, algo que ya había notado cuando papá seguía por aquí y me prestaba demasiada atención. Desde que él se fue, se había centrado únicamente en mí.

Pobre Sue. Había sacado la habilidad de decir palabras bonitas de mi padre.

2

—¿Quieres venir a mi casa después de clase? —me preguntó Linda tan solo una semana después de conocernos.

Vi cómo un destello de miedo le atravesaba el rostro en cuanto esas palabras salieron de su boca, y por eso decidí ir. Nunca me habían invitado a casa de nadie, salvo al cumpleaños de Jimmy O'Mahony el año pasado, aunque no contaba porque su madre se había empeñado en invitar a toda la clase. La señora Mahony le confesó a mi madrastra que recordaba lo *doloroso* que había sido que la rechazasen en la escuela como si hubiese sucedido ayer y que por eso no quería excluir a nadie. Sue puso los ojos en blanco al contármelo: «Por Dios, alguien debería decirle a esa mujer que no es para tanto. Algunos tenemos problemas de verdad».

—Tengo que pedirle permiso a mi madrastra —le dije a Linda.

—¿Eres *adoptada*?

Suspiré de forma exagerada, de la misma forma que le había escuchado a Sue cuando mi padre decía algo que ella consideraba una estupidez.

—¿De verdad eres tan corta? —Era toda una imitadora en miniatura.



Linda vivía en el mismo barrio que yo, se podía ir a pie al colegio y a nuestras respectivas casas. Le conté a Sue que la madre de Linda nos llevaría a casa, aunque Linda ya me hubiese asegurado que no iba a ser así. Su madre no se encontraba bien, siempre estaba igual. Fingimos seguir a una de las madres por las puertas del colegio y

nos mezclamos con el resto de críos. Linda me confesó que hacía lo mismo todos los días. La respeté un poco más por eso, aunque solo fuese algo pasajero.

Por el camino fuimos tirándonos castañas brillantes la una a la otra. Bueno, yo era la que las tiraba y Linda las esquivaba riéndose. Cuando llegamos a la puerta de entrada, se quedó petrificada un segundo. Ese comportamiento tan raro me gustó y me exasperó, aunque me dije que era mi primera y única mejor amiga.

A simple vista, nuestras casas parecían iguales: un retrato robot de unas cajas blancas con una puerta marrón cutre justo en medio y ventanas de aluminio con un solo panel a ambos lados. Pero fuera de la nuestra había gatos callejeros que disfrutaban de unas parcelas de asfalto calentadas por el sol y unas jardineras en las ventanas con flores alegres en cualquier estación. Sue juraba que cualquier día de estos pintaría la puerta de entrada de un tono intenso de fucsia. Nos desmarcaríamos del resto de vidas asfixiantes de barrio (¿es que no sabía que ya estábamos *marcadas*?). Eché un vistazo a la casa de Linda, que se acurrucaba sobre su propia sombra, con la pintura resquebrajada y desconchándose, y a los ásperos hierbajos que se abrían paso por la entrada de grava. La observé ponerse de puntillas para introducir la llave en la cerradura. Se movía despacio, con rigidez, como si estuviese luchando contra una fuerza invisible.

En el interior, las gruesas cortinas marrones estaban echadas. Hacía más frío dentro que fuera.

—Hola, mami —saludó Linda a una silueta tumbada en la casi penumbra.

La seguí hasta el salón enmoquetado con una alfombra de color pardo con estampado de remolinos; su madre estaba tumbada en el sofá, frágil. Tenía una nariz prominente y estaba arrebujada en una manta con estampado de tartán, con la vista clavada en la tele mientras la luz artificial parpadeaba y le iluminaba el rostro grisáceo

y unos destellos repentinos la dotaban brevemente de vida. Casi ni se inmutó de nuestra presencia, excepto para despacharnos con un movimiento de muñeca si nos entrometíamos en su campo de visión. Éramos unas moscas molestas. Bajo la peste a jabón antibacteriano, que Linda me contó que a su madre le gustaba usar cuando se bañaba, se percibía un olor nauseabundo. Linda contuvo el aliento y pasó de puntillas a su lado hasta llegar a la cocina, donde preparó un tentempié que consistía en galletas saladas y queso de untar. El queso tenía una capa verde en la parte superior, que quitó sin hacer ningún comentario. Gritó hacia el salón:

—Mami, ¿quieres galletas con queso?

Dispuso la comida en un círculo perfecto en los bordes del plato y volvió a entrar al salón. La observé desde la puerta mientras su madre aceptaba la comida y le daba un bocado a la galleta sin romper el trance en el que estaba con la tele. La escupió sin mediar palabra. Linda volvió a la cocina, me abrazó y me estrechó contra su cuerpo esquelético. Sentimos como si nos fusionásemos. Creía que se me iba a salir el corazón del pecho.

Ese día, firmamos un acuerdo tácito. Me convertiría en su hermana, en su defensora, en su salvadora.

El volumen de la tele subió y unos balbuceos, suspiros, gritos y sollozos se colaron en el aire que nos rodeaba.



Al día siguiente, fuimos a mi casa, que, pese a estar marcada por la ausencia de mi padre, estaba cargada de la risa estridente de mi madrastra y de su fijación por el rosa, las velas con olor a vainilla, los cojines mullidos de Laura Ashley y las canciones pop animadas o música moñas: ópera, *rhythm and blues* y musicales sensibleros. Cuando estaba animada, ponía su canción favorita de Abba, «Waterloo», en bucle. Linda tenía los ojos como platos y brillantes, estaba empapándose de todo como si se hubiese adentrado en un

mundo a todo color después de haber conocido hasta ese momento uno disuelto en tonos marrones. Sue la acogió como si de uno de sus gatos se tratase.

—Elegid lo que queráis, pequeñinas —declaró antes de darnos de merendar una «tostada de Nutella, pizza con kétchup o un Weetabix con mantequilla de cacahuete, o lo que sea». Linda estaba abrumada por la cantidad de opciones disponibles y no se decidía. Sue le tendió una tostada caliente que goteaba chocolate—. Come, corazón. Te mueres de ganas por probarlo… todo.

Linda masticó despacio mientras miraba a Sue como si fuese uno de esos personajes de una de las telenovelas de su madre. Metí el brazo por debajo de la mesa y la pellizqué por primera vez. *Es mía*. Eso la hizo retorcerse y sonreír.

—¿A tu madre no le preocupa dónde puedas estar? —preguntó Sue después de que Linda viniese a casa cuatro días seguidos.

—Le parece bien que me quede aquí —respondió a la vez que negaba con la cabeza, le aterraba que le dijesen que ya no podía venir más.

—Le alegra poder librarse de ti —contesté.

—Cómo vas a decirle algo tan horrible a tu amiga —replicó Sue.

—Es verdad —espetó Linda.

—A la madre de Linda no le gusta ser madre —afirmé.

—¿Te lo ha dicho ella? —Sue se frotó el pecho con la mano, como si le doliese mirar a Linda.

Linda comenzó a balbucear y a decir que su madre le había dicho que era un error, y que, cuando sucedió, se quedó estancada con un bebé llorón en las afueras con un hombre al que no aguantaba. La

forma en la que pronunció «las afueras» indicaba que no entendía del todo lo que significaba, incidió demasiado en su maldad y lo hizo sonar como una especie de purgatorio, o como el infierno.

—Fui un agujero en un condón. —Parecía aún más confundida.

—Jesús, alguien debería denunciar a esa mujer —declaró Sue—. ¿Sabes qué? Eso significa que eres un milagro. —Salió de la habitación como si tuviese una misión.

—¿Qué es un condón? —preguntó Linda.

—Algo *asqueroso* —respondí sin tener ni idea.



—¿Tu madre acabó denunciando a la de Linda? —pregunta la doctora Collins.

He vuelto a la habitación monocromática.

—¿Y qué iba a decir exactamente? —Suelto un bufido despectivo sin querer—. Era una época en la que a las mujeres se les recetaba Valium en lugar de anticonceptivos y donde tenían aventuras con sus vecinos solo para sentir que estaban vivas. Una época de hacer viajes arriesgados a Inglaterra para abortar en sitios clandestinos o celebrar bodas exprés igual de arriesgadas; una época en la que se servía vino barato durante las comidas, tenías dos canales locales y jugabas al golf los domingos, donde se publicaban anuncios de neumáticos con modelos en *topless* a tres páginas en el periódico dominical; una época anterior a la de la adicción a las redes sociales, que podía reestructurar un presente tedioso para convertirlo en una caja brillante de verdades reconstruidas. Éramos de clase media, vivíamos en los suburbios del Dublín de los setenta; en vez del amor libre y la filosofía *hippy*, estábamos controlados y nos asfixiaban.

—¿Quién, la Iglesia? —pregunta la doctora Collins, pese a saber la

respuesta.

Mi monólogo me sorprende. No sabía que tenía una opinión tan contundente sobre este tema. No sabía que empatizaba con los problemas de mis padres, con sus tristes vidas que se fueron al garete.

Puede que por eso nunca haya querido tener hijos.

O quizá porque sabía de lo que era capaz.

—¿Y qué hay de tu casa? —pregunta la doctora Collins.

—Era la hostia —contesto.



Uno de los juegos preferidos de Sue era ponerse los trajes de mi padre, que había guardado en el armario que compartían y que jamás sacaría de ahí; como éramos diminutas, nos hundíamos en el espacio de las mangas de la chaqueta y de las piernas de los pantalones. Sue echaba de menos las fiestas tan salvajes que solían dar, en las que ella era «la anfitriona ideal», como la apodaba papá; eso hacía que se pusiese manos a la obra y disfrutase de la aprobación que tan pocas veces solía dispensarle. Mi padre sabía perfectamente lo que hacía. Ahora se había rebajado a montar una fiesta con dos crías, después de que todos los amigos de papá la hubiesen dejado de lado (no parecía tener amigos propios).

—Sois las muñequitas disfrazadas de hombre más monas del mundo —decía mientras nos remangaba los pantalones, las mangas, nos sujetaba la cintura con sus cinturones de charol y nos embadurnaba las mejillas y labios sonrosados con un pintalabios rosa perlado.

A nosotras nos encantaba que Sue expresase el duelo de una forma tan extraña y tensa. Ponía uno de los antiguos vinilos de Motown de

papá: The Miracles, The Supremes, The Temptations, Martha and the Vandellas… Nuestro favorito era «Papa was a Rollin' Stone». Bailábamos sin control, meneábamos el culo y movíamos las caderas de manera sincopada.

Solíamos inventar palabras como «domingástico» y «pompicioso» y acabábamos por los suelos muertas de risa. Cuando papá se largó —«Hasta nunca, maldito malnacido»—, Sue me contó que era el típico victimista/mártir/manipulador que sacaba la carta de viudo para colarse en su corazón y en sus pantalones. Cuando le pregunté por la familia de mi padre, me dijo: «Mejor no acercarse a ellos». Yo nunca preguntaba por mi madre fallecida, era lo bastante lista como para no hacerlo. No la echaba de menos, ya que no la había conocido. Tenía algo parecido a unos abuelos: la madre y el padre de Sue, que casi nunca nos visitaban, pero que, cuando lo hacían, dejaban huella con los vasos repiqueteantes siempre llenos de hielo que tintineaba y las palabrotas.

—Pero mira cómo se les marca el culo a esas criaturas —soltó la abuela un día cuando Linda y yo nos dimos la vuelta para salir de la habitación. Hasta Sue pensó que se había pasado de la raya.

—Son solo niñas, por Dios bendito. Estás siendo grosera. —Después de eso, no quiso que se acercasen a nosotras.

—¿Qué significa *grosera*? —preguntó Linda aquella tarde en mi habitación.

—Algo guarro —contesté.

—Pero nosotras no somos guarras.

—Pero la abuela y el abuelo sí. —Después, arrugué la nariz—. Deberías darte un baño.

—Vamos a bañarnos juntas. —A Linda le encantaban los fragrantes y suaves baños de burbujas que nos preparaba Sue porque no hacían

que le picase la piel.

—Estás siendo grosera —dije, a pesar de que ya nos habíamos bañado juntas muchas veces. Me gustaba ser impredecible.

Aquella noche, Sue preparó un baño de burbujas con olor a rosas mientras cantaba una cancioncilla tonta: «Ay, soy doña Impoluta, laralalá, lorololó» y removía el agua con la mano antes de dejar que nos metiésemos una en cada extremo de la bañera y nos sentásemos.

—Había… una vez… tres niños, Joe, Beth y Frannie… —comenzó con una floritura. Puse los ojos en blanco; otra vez *El árbol muy, muy lejano*, estaba *obsesionada*. Yo ya tenía siete años, era demasiado mayor para ese cuento. Me entretuve sacando puñados de espuma y tirándoselos a Linda a soplidos, pero ella no me los devolvió—. Vale ya, mi hadita enfurruñada —me regañó Sue con esa voz tan irritante de presentadora de televisión infantil—. Deja al Hada de Seda en paz. —Hizo un gesto para señalar a Linda, que tenía las pupilas tan dilatadas como si hubiese entrado en otro reino. Intenté que jugásemos con los pies, pero ella estaba cautivada y no me hizo ni caso. Le di una patada en las espinillas con fuerza, pero apenas lo notó—. Ten cuidado, hada traviesa, o llamaré a doña Azotes para que venga a ocuparse de ti. —Levantó la mano en el aire como si fuese una amenaza, pero sabía que nunca me pondría la mano encima.

Me puse bizca, saqué la lengua y Sue se rio, luego retomó la voz falsa y cantarina:

—Es un árbol realmente enorme… Su copa llega hasta las nubes y… Rick, encima del árbol siempre hay algún país extraño…

—¿Cómo de alto es el árbol? —Linda parecía que iba a desmayarse del anhelo y el miedo.

—Es muy, muy alto —contesté mientras observaba su expresión para ver cuánto miedo tenía. —Se rodeó el cuerpo con los brazos y

levantó la vista bien arriba, en dirección a algún reino lejano—. Hay muuuuucha distancia hasta el suelo —dije. Y luego, pronuncié una cita del libro tal cual—: Ay, Rick…

Linda se percató de que le tocaba y preguntó, con el cuerpo y la voz temblorosos:

—¿En qué país estamos?

—En el País de los Cumpleaños, el País de las Golosinas, el País de Llévate-Lo-Que-Quieras, el País de Haz-Lo-Que-Te-Venga-En-Gana y el País del Carrusel…

Para cuando Linda salió de la bañera, las uñas se le habían puesto moradas y tenía la piel de gallina. Sue se agachó y le besó la frente mientras decía: «Mi pequeña Hada de Seda», y pensé que Linda se desharía de anhelo. Tuve un extraño presentimiento al ver a mi temblorosa amiga envuelta en una toalla gigantesca y mirando a mi madrastra con tanto amor como si no quedase nada más en su interior. Estaba fuera de sí. Sue tenía razón, Linda *se moría por probarlo*… todo. Se me vino a la cabeza una de las enseñanzas de papá: «Ir a hacer la compra cuando te estás muriendo de hambre es letal». Miré a mi amiga y a sus huesos protuberantes y pensé que a veces mi padre decía cosas con sentido, pero no me permití pensar en él, no se lo merecía.

Me apreté una zona irritada de la garganta y otra clase de dolor sustituyó al de echarle de menos.

3

Linda y yo pasamos de la infancia a la adolescencia juntas, con algún tropiezo, pero intactas. En primero, me dieron el papel de Winnie the Pooh y Linda hizo de un árbol que se mecía en el fondo; en tercero, fui Alicia en el País de las Maravillas y ella un hongo venenoso tambaleante; en sexto, hice de Annie y ella de huérfana anónima. Y así siguió la cosa, que culminó conmigo representando el papel de Ana en *Ana y el rey* en secundaria, mientras ella hacía de una de mis criadas. Después de eso, no quiso aparecer más en la función del instituto y prefirió quedarse entre bambalinas, desde donde me iba pasando mi atrezo con entusiasmo cuando, bajo la luz de los focos, interpreté a la decepcionada Hedda Gabler de Ibsen a los dieciséis, y todos me dedicaron un aplauso unánime, mientras que ella se quedó observándome desde los márgenes.

Durante mucho tiempo, la consideré un apéndice, y no me cuestionaba si en algún momento dejaría de serlo.

A medida que fui convirtiéndome en una adolescente de trece años malhumorada y malhablada, Sue se volvió una tirana menopáusica, celosa de nuestra floreciente belleza y resentida por su juventud, que se marchitaba; o así fue como lo interpreté desde mi visión distorsionada de adolescente. Fue como estar ebria por culpa del torrente de hormonas que me deformaba el cuerpo y hacía que sangrase. La ira se cernió sobre nuestro hogar, una entidad que hacía que pasasen cosas: las puertas se cerraban de un portazo, había gritos, palabrotas, ojos en blanco, pisotones y, lo peor y más desolador de todo, silencios furiosos.

—Que te den. —Solía soltarle a cualquiera que se me pusiese por delante, pero sobre todo a Sue.

—Cómo te atreves… Ten un poco de respeto —contestaba ella.

—¿Que te *respete*? ¿A *ti*, a la mujer que papá *abandonó*? —Soltaba con una risita, aunque me doliese el pecho.

—Mocosa desagradecida y…

—Venga, acaba la frase… —decía, en un intento por provocarla.

En ese momento, Sue se marchaba.

Después venían las evasivas.

Linda se hizo más pequeña. Tenía esa capacidad para cambiar de forma, para desaparecer. No me imagino lo difícil que debió de ser para ella perder ese espacio seguro.

Desarrollé una fuerte antipatía por la vida y por mis seres queridos. Cualquier cosa sobre Linda me irritaba, pero aun así no podía librarme de ella, ni tampoco quería; sin ella, yo no existía. Durante un tiempo, culpé de todo a Sue: la culpé por el abandono de mi padre, los calambres, mi humor de perros y, sobre todo, por la forma en la que me hacía sentir responsable de su tristeza. No logro averiguar en qué momento empezó a repelerme, pero ese mismo patrón se ha repetido en todas y cada una de mis relaciones íntimas desde entonces: un periodo de devoción y, después, un giro de noventa grados, el asco, que termina con el abandono de la relación y de nosotros mismos. Dice mucho de Sue que no se marchase, que sigamos estando la una en la vida de la otra, sin importar lo frágil y raro que sea, o lo mucho que intente alejarme.



La doctora Collins, Sophie, se inclina hacia adelante.

—No estoy segura de que esto sea el panorama en conjunto.

—¿Alguna vez lo es? —Estoy canalizando a mi adolescente interna.

—Creo que te vendría bien tener un poco de compasión con tu yo adolescente. —Para Linda tengo, pero no para mí—. Vuelve a encarnar a esa chica y habítala sin juzgar. —Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco—. Cuando escribas, hazlo apreciando a todo el mundo, pero sobre todo a ti.

—¿O qué?

—O te quedarás atascada en un presente helado.

Un presente helado. Doña Frígida. Él nunca lo dijo, pero quería haberlo hecho.

—Debes cambiar la percepción que tienes de ti misma. —Quiero decir que es irremediablemente *mala*, pero me lo guardo para mí—. Debes creer que existe la posibilidad de ampliar tus horizontes.

—A veces no consigo distinguir entre lo que es real y lo que no —confieso.

—Es normal. Sírvete de recuerdos concretos. La verdad se esconde en los detalles…



Algunos momentos destacan más que otros, claro. Recuerdo cuando el entretenimiento vespertino de Sue pasó rápidamente de jugar a los disfraces a beber vino blanco del cartón cuando cumplí los catorce, el año en el que empezaron a crecerme los pechos. Creo que la marca era Blue Nun, un vino cargado de azúcar, mortal. Una tarde, cuando ya se había tomado tres copas, dijo:

—Si tu padre te viese ahora mismo, estaría avergonzado.

Era algo sorprendentemente cruel para venir de Sue. Se estaba refiriendo al conjunto nuevo que llevaba puesto: una minifalda de ante verde y un *crop top* que me había comprado en una tienda de segunda mano ese mismo día en el centro con la paga que me había dado y que apenas podía permitirse. A medida que iba pavoneándome por la cocina aquella tarde, disfrutando de mi modelito de infarto, Sue me miró como si estuviese destrozada. Tomé la mano de Linda y le besé el dorso una y otra vez con teatralidad, ella me apoyaba. Sue puso una expresión de puro abatimiento. Detesto lo culpable que me hizo sentir.

—¿Ves algún patrón de triangulación? —La doctora Collins interrumpe mi hilo de pensamiento—. Primero tu padre, Sue y tú. Después, Linda, Sue y tú.

Tiene razón.

—¿Y eso de qué sirve? —pregunto.

—El conocimiento aporta consciencia y cambio —contesta ella.

—No pretendo meterme en otra relación.

—Los patrones pueden cambiar, incluso aquellos que están muy arraigados.

Asiento para seguirle la corriente, aunque no me lo trague ni por un segundo. Pero a pesar de la reticencia, he de admitir que hay algo de poder en esto de escribir las cosas en un folio.

Cuando me estaba probando la mini, minifalda en la tienda de segunda mano aquel día, la dependienta me dijo que era «la caña», y Linda afirmó que estaba «fantabulosa». Disfruté de su aprobación mientras daba piruetas delante de un espejo que parecía cantar una alabanza a mi reflejo. Alan White, un tío insulso de clase, casi se

desmayó cuando me vio en el autobús de vuelta a casa. Miré a los ojos a ese mediocre, ese *chico* que hasta entonces solo había tenido ojos para Maeve Whelan. Una vez, Maeve intentó hacer migas con Linda, intentó arrebatármela. Iba a darle una lección.

Los únicos detalles que puedo recordar son los pósteres de su minúscula habitación, pósteres de motos, coches de carreras y el grupo Take That, con las esquinas despegadas, tan frikis que no podía creerme que no hubiese subido pitando las escaleras para quitarlos antes de que yo entrase en su guarida. Apestaba a sudor de tío y a algo metálico, como es lógico. Le pedí que abriese la ventana; no podía respirar. Me guiñó el ojo y me dijo que mejor que no nos escuchasen los vecinos. Debería haber salido por la puerta a toda velocidad en aquel momento, pero ya me había decidido y era una cabezota: vamos a despacharlo cuanto antes. No estaba mojada y no consiguió ponerme cachonda con los dedos, y mucho menos con la lengua. Tiré de su cabeza hasta la mía y le dije que se limitase a metérmela —por lo visto, él pensó que era lo más sexi que había oído en su vida—, y entonces me la metió de una embestida y se puso a hacer unos sonidos insoportables y yo me morí de la vergüenza. Recuerdo que no conseguí distinguir su dedo de su polla.

No tenía a nadie con quien hablar del tema porque Linda nunca había dejado que un chico se le acercase de esa forma, y el resto de chicas de nuestra clase me habían dado la espalda con gusto después de haberme convertido en una «zorra robanovios… de cuidado». Antes de eso, yo había sido una persona digna de admiración, desde la distancia. Ser la mejor de la clase, la más guapa y la única que provenía de una familia monoparental con una *madrastra* me señalaba como algo singular, y nadie, salvo Linda, quería verse relacionado con ese nivel de extrañeza. El resto de la clase no eran más que clones de los suburbios de clones de los suburbios, un peñazo, tras peñazo, tras peñazo. No le conté a Sue lo de que perdí la virginidad porque me enteré de que estaba leyendo mis diarios a escondidas, así que no merecía saber mis secretos. Sabía que Linda creía que lo que había hecho era horrible, aunque nunca me lo

reprochó, como tampoco ninguna otra cosa.

A veces deseaba que lo hubiera hecho. Me habría gustado tener algo contra lo que rebelarme.



La doctora Collins, Sophie, no deja de hablar sobre los «límites» y la falta de ellos en casa. VALE, no tendrían que haberme dejado comer Weetabix con mantequilla de cacahuete para merendar cuando me viniese en gana. Y mi madrastra no debería haber leído mi diario. Aun así, pobre Sue. Después de haber conocido a los raritos de sus padres, no podía imaginar que su casa fuese un sitio seguro donde pudiese expresarse y en el que la tuviesen en cuenta, y decir «NO» cuando le apeteciese.



Linda no perdió la virginidad hasta los dieciséis, y para entonces ya llevaba un año con su «novio», al que le dejaba darle la mano, *el memo de Stu*. Todo sobre su persona me irritaba, sobre todo esos modales falsos, la amabilidad con la que la trataba y lo mucho que se controlaba conmigo. Estaba en una espiral de celos. Daba igual lo mucho que le insistiese a Linda para que me contase si lo habían hecho o no, se cerraba en banda y adoptaba una actitud de mojigata.

—Venga, soy tu mejor amiga, puedes contarme lo que sea; de hecho, deberías hacerlo.

Ella simplemente se sonrojaba y se encogía de hombros, y no reaccionaba cuando le sujetaba la muñeca y se la pellizcaba con fuerza para que le escociera la piel y así dejarle una marca.

—Te mereces mucho más que ese patético memo —le dije un día que estaba inusualmente callada y distante. Me reí. Ella se obligó a seguirme la corriente. Lo único que tuve que hacer fue una campaña silenciosa contra el memo de Stu: criticar su forma de hablar

vacilante e ininteligible, sobre todo en mi presencia, su ortografía espantosa, los granos, el aliento apestoso. Acabó cortando con él, a pesar de sus quejas y declaraciones de amor, y del hecho de que Linda sí que lo echó de menos después.

Tras nuestros primeros intentos fallidos en las relaciones y el sexo, las dos decidimos priorizar los estudios; en realidad, fui yo la que decidió por ambas. Incluso durante mis primeros y turbulentos años con la regla, conseguí dar con una especie de alivio centrándome en los estudios. La necesidad de ser la primera de la clase era tan intensa que no podía dejar que nadie me arrebatase el puesto, mi identidad como la mejor de la clase.

Así que, poco después, Linda y yo quedamos en que los chicos eran unos perdedores y que teníamos que centrarnos en nuestro futuro, cuyo rumbo sería yo quien decidiría.



Sue estaba silbando al compás de «You Can't Hurry Love», de The Supremes; estaba teniendo un buen día. Linda y yo estábamos preparándonos una merienda, que consistía en una tostada de atún con mayonesa y vino blanco (amarillo) barato que habíamos comprado gracias a una oferta en Tesco, en nuestra cocina de color amarillo botón de oro desvaído con superficies de formica y suelo brillante de linóleo, del que Sue se arrepentía día sí y día también mientras decía lo resentida que estaba con mi padre por habernos abandonado y por vivir en la miseria como si fuésemos *plebeyas*. Sabía perfectamente qué clase de cocina deberíamos tener: estilo Shaker con un toque moderno. Tenía recortes de la revista *Woman's Way* de su casa ideal pegados en el frigorífico, lo que en mi opinión era algo cruel para sí misma.

—Algún día —solía decir—, conoceré a un hombre que sepa ver lo que valgo.

No le dije que ese tiempo ya había pasado y que quizá era el

momento de que se buscase un trabajo, porque yo no tardaría en mudarme. Pero ¿qué iba a hacer? Era demasiado vieja para trabajar como dependienta, recepcionista o camarera y no le quedaban ahorros para volver a formarse. Me juré a mí misma que no acabaría igual que ella.

Linda y yo estábamos en último curso, a punto de salir del instituto, y habíamos conseguido restaurar una especie de equilibrio en casa. Sue se acomodó a los cambios por los que nosotras estábamos pasando y, en cierto modo, también ella, aunque recuerdo que en aquella época le desaparecieron las arrugas y su frente lisa y brillante la hacía parecer mayor. Creo que era el contraste con el cuello. Hoy en día me pregunto de dónde sacaría los medios para pagarse esa frente inmóvil a perpetuidad cuando no podía permitirse pintar la cocina. Por aquel entonces le gustaba contarnos que había sido un bellezón deslumbrante y que cualquier hombre habría caído rendido a sus pies; era un cliché andante.

—Y mirad lo que me endilgaron —decía si estaba de mal humor—. Chicas, no os conforméis con menos ni os lancéis al primero que pase. Teneos en muy alta estima. Merece la pena luchar por trofeos como vosotras.

Esa clase de mensaje no era algo que muchas fuesen a escuchar de sus madres en esa época, y es evidente que Linda jamás lo escucharía de la señora Cabbott, que solía decirle que se «tapase un poco» cuando estaba cerca de su padre. ¿Pretendía excitarle, provocarle, ponerle *cachondo*? Las etiquetas «puta», «zorra» y «fresca» se decían a la ligera en esos tiempos, y solían ser las mujeres mayores las que tildaban de eso a las chicas que solían recibir atención, sobre todo si se las veía «presumir de ello». Yo estaba decidida a valorarme mucho, a deshacerme de mi primera experiencia sexual chabacana y de pacotilla, y a sustituirla por algo increíblemente bonito.

—Bueno, chicas, ¿habéis decidido a qué universidad queréis ir? —

preguntó Sue.

La hostilidad que sentía hacia ella se había transformado en un respeto reticente, o puede que incluso en un amor vertiginoso, alentado por nuestro gusto común por el alcohol.

—Vamos a ir a Wilde.

Linda me miró. Acababa de enterarse. Para ir a un sitio así, tienes que saber *de qué va la cosa*. Me decidí en cuanto Maeve Whelan (que había vuelto con Alan White, *qué patético*) declaró en una comida en la que todos estábamos entusiasmados por la cantidad de oportunidades: «Solo las personas que se creen especiales querrían asistir a esa uni para estirados. Está llena de artistas pretenciosos».

No había forma de que no asistiese.

Sue aplaudió con ganas. No podía evitar quererme, a pesar de mi campaña de terror adolescente.

—Ay, sí, tenéis que ir; el glamur, el romanticismo de estar allí. Lo disfrutaré a través de vosotras. —Sue no me merecía; era la terrible hija de mi padre.

—Pero si cuesta un ojo de la cara —soltó Linda.

—Se puede solicitar una beca, y algunas cubren todo. —Ya había investigado.

—Deberías solicitar una para francés, yo no voy a conseguir entrar.

Tenía razón. Mi manejo de todo lo relativo al *oh, là, là,* era ejemplar.

—No pienso ir sin ti —afirmé.

Linda se mordió el labio inferior con fuerza, le brillaban los ojos. La querían.

Quería abrazarla y pellizcarla al mismo tiempo, pero había dejado de marcarla el día de nuestra fiesta «conjunta» para celebrar los dieciséis, que Sue organizó solo para las tres (aunque entre nuestros cumpleaños había cuatro meses de diferencia). En un momento de sensiblería ebria y de una perspicacia apabullante, Sue me obligó a prometer que jamás volvería a hacerle daño a mi «hermana». *¿Tienes idea de lo vulnerable, de lo herida…?*

Alargué los brazos en su dirección y la estreché con fuerza. Noté su corazón desbocado contra el mío.

—Siempre puedes sacar la suficiente nota como para meterte a Sociología o algo así —dije. En ese momento, la sociología no estaba nada solicitada.

—Te ayudaré a conseguir esa beca del Gobierno, Linda. Se me da de perlas rellenar formularios y conseguir dinero gratis —intervino Sue. Se apoderó de la botella de vino barato, vertió el contenido por el fregadero con una floritura y, después, fue al aparador alargado donde escondía su alijo de bebidas para ocasiones especiales, abrió una botella de *prosecco* y luego otras dos más, una para cada una—. Brindo por vosotras —dijo, y nos lanzó un par de besos al aire—. Y que le jodan a tu padre, ese narrrcisssissta… —Hizo que sonase supersexi. Todas brindamos.

4

Primera semana de universidad: el mundo parecía estar experimentando un mayor nivel de intensidad, todo se filtraba a través de una lente cargada de hormonas. Me paseé por los terrenos de la universidad como si fuese la estrella de mi propia película, y Wilde —con sus adoquines de cuento de hadas, sus edificios góticos, árboles gigantescos, la localización en pleno centro de la ciudad, la reputación romántica como *alma mater* de celebridades como Beckett, Bram Stoker y Oscar (el dramaturgo más famoso, cuyo apellido daba nombre a la universidad)— era el escenario perfecto para que se desarrollasen un sinfín de historias. Un mundo exclusivo y endogámico, cuyos antiguos cuadrantes estaban orientados hacia el interior y contrastaban con fuerza con la ciudad caótica y deprimente situada tras sus muros.

Me imaginé que había una cámara apuntándome mientras hacía el papel de «actriz principal» y Linda el papel secundario de «mejor amiga», y una banda sonora de percusión iba *in crescendo* a medida que andábamos, ebrias de toda esa belleza conforme meneábamos nuestras colas de plumas.

Me escogieron como la *número uno* de las «diez novatas más cañón» en una lista que salió la primera semana de universidad. La revista *HUP!*, compuesta solo por tíos, valoraba la carne fresca según lo follable que era, y yo estuve a la altura; Linda, por sorprendente que parezca, también entró en la lista, por los pelos, en el puesto número diez, un patrón que se repetía desde la escuela: la número uno y la número diez. La mejor de la lista: «Descarada pero azotable».

Como parte de la beca que había conseguido, ofrecida por el Departamento de Francés para un estudiante prometedor con pocos medios (gracias, papi desertor); me concedieron una habitación en el

campus, algo que, según Linda, era «supermerecido». Su habitación era oscura y húmeda, y estaba a treinta minutos andando en la dirección opuesta. Se mudó conmigo al cuarto funcional que me pagaban en un edificio moderno —un añadido horripilante al esplendor original dieciochesco—, durante unas semanas, hasta que ya no hubo espacio para ella.

Aterrizar en aquel sitio se nos hizo de lo más raro, y descubrir que suscitábamos tanta atención nos puso increíblemente cachondas. Linda también notaba esa electricidad. Que los chicos de la *HUP!* pensasen que las dos merecíamos estar en la lista de las diez novatas más cañón parecía algo excepcional teniendo en cuenta la cantidad de bellezones sofisticados, de piernas largas y melena desgreñada que había por allí.

—¿Lo ves? —le dije la primera noche que pasamos allí, tumbadas en la cama individual de mi minúscula habitación—. Somos *especiales*.

Casi nos morreamos de lo emocionadas que estábamos. Le acaricié el pelo fino como el de un bebé de mechones castaños rojizos, y luché contra el impulso de darle un tirón.

Nos pasamos la primera semana entera buscando nuevos talentos y oportunidades para conocerlos. Los machos de aquí eran de una *especie* distinta a los que había en el instituto. Linda y yo ya nos teníamos la una a la otra, pero Wilde ofrecía la posibilidad de ampliar nuestro dúo sagrado; aquí había personas que consideraba que «valían la pena», gente excepcional.

La antigua plaza principal era un hervidero de clubes compitiendo por la atención de los novatos. Montaron unos estands tambaleantes sobre los adoquines, todos torcidos y en ángulos inclinados, lo cual no hacía más que aumentar su aspecto libertino. Nos quedamos un rato en la mesa del club de remo, a pesar de que no teníamos ninguna intención de unirnos, pero el tío que había detrás era

exótico (un término que en esa época se consideraba del todo aceptable) y guapo, una palabra con la que hasta entonces no habríamos relacionado a ningún chico. A principios de los noventa, Dublín seguía llena de tipos blancos y rosáceos; no obstante, aquí había criaturas celestiales y sofisticadas de otros mundos. Nos habíamos adentrado en otra dimensión. Ese tío se llamaba Rico, ¿te lo puedes creer? Me imaginé a las chicas de nuestro instituto *muriéndose*. Rico nos invitó a la primera quedada del club de remo en dos días. «Haremos honor a la frase de "vente y no seas rancio"», me escuché decir de una forma tan *provinciana* que me ardieron las mejillas, algo que no solía pasarme. Noté que Linda me observaba con interés.

—Que te den —le susurré. Ella me respondió con una sonrisa, como si estuviésemos en el sueño más agradable del mundo.

Pasamos junto a la mesa del club de debate, donde los estudiantes exponían sus opiniones con voz estridente y formal.

—Malditos amantes de la pana, farsantes, presumidos y condescendientes —le dije a Linda cuando nos alejamos; me sentía extrañamente irritada. Ella se partió de risa. Creo que me sentía insegura por la confianza y seguridad que tenían.

Había un vertiginoso abanico de opciones: el club de ciencia ficción, el club de jazz, la sociedad histórica, caza, buceo, esgrima, natación, teología, danza expresionista, judo, aikido, música, mímica, canto *a cappella*, bel canto, baile contemporáneo y otras menos explicativas que incluían el club de «trenes de juguete», al que le dije a Linda que tenía que apuntarse. Había una falta perceptible de cualquier cosa relacionada con la sexualidad y el género, ni siquiera una mínima alusión al feminismo, y mucho menos a que alguien se identificase como persona no binaria, de género fluido o trans, o como cualquier cosa que no fuese hetero. Aunque por aquel entonces ser un número en una lista y que te clasificasen en función de las partes de tu cuerpo era emocionante.

Por supuesto, había un trasfondo que en esa época éramos incapaces de describir, se experimentaba en privado, por supuesto, salvo que fuese una heterada de la que se pudiese fardar: dos tías con un tío. Sin duda, fue esta cultura imperante de machirulo la que favoreció que surgiese un tipo como Mark, que, a primera vista, distaba mucho de la peña de *HUP!*, un «hombre de mente abierta» que se había basado en ellos para convertirse en alguien totalmente opuesto, al igual que en el «cabrón» (sic) misógino de su padre.

—¿Puede que por eso te sintieses tan atraída hacia él? ¿Por lo furiosa que estabas con tu padre? —La doctora Collins parece animada, su voz suena más alegre de lo normal.

—Pues claro, a todos nos influyeron los traumas paternales.

—¿Tu padre intentó mantener el contacto?

—Sue no se lo permitió.

—¿Y no estás resentida con ella?

—El hombre me mandaba tarjetas de cumpleaños y de Navidad. Nunca nos mandó dinero, y eso que nos hacía falta. —Me quedo un instante en silencio—. El dinero siempre ha sido un problema.

—¿Y lo sigue siendo?

Le doy una vuelta. El divorcio me dejará en una buena situación; escogí bien a mi marido. Me había prometido no acabar tan pelada como Sue después de que papá la dejase tirada.

La siguiente mesa tenía un cartel: «Los artistas de Wilde»; actores y actrices de mala fama, que fumaban hierba, tenían un aspecto misterioso y eran glamurosos en un sentido bohemio. Ahí era donde tenía unas ganas desesperadas de estar. Había tres chicas de ojos

ahumados y cuatro chicos muy atentos charlando animadamente, todos ellos delgados, de distintos tonos de piel, fumando y vestidos con un estilo desaliñado pero elegante, con parches en los codos y las puntas de los cigarrillos arqueadas hacia el cielo. Me sentí un poco intimidada, pero entonces miré a Linda con su chaqueta de punto nueva, las Converse y su único vestido de verano bueno que se había comprado en la tienda de una calle comercial. Su falta de estilo contrastaba con mi estilo inimitable de tienda de segunda mano *vintage*: llevaba una minifalda de ante y un abrigo de pelo beis con unas Doctor Martens. Tenía muy buen ojo, Linda siempre decía que podía ponerme un saco de patatas y seguiría estando guapa. Sue decía lo mismo, aunque con otro tono. Un tono que me indicaba que era cierto. Hugo, o Hughie —no conseguía descifrarlo por culpa de ese acento demasiado marcado, muy de actor, *cieloh*— decidió que le molaban mis «pintas» y me apuntó a la reunión de bienvenida. Linda se quedó sabiamente alejada. Por un segundo, me pregunté si iba a encajar. Puede que aquí también pudiese cumplir con sus tareas como directora de escena.

Dos noches más tarde, nos plantamos en la primera quedada del club de remo en una habitación limpia y muy iluminada del ala nueva, la moderna; de vez en cuando, pasaban una lata, lo que contrastó con la reunión de fumados que organizaron los artistas de Wilde a la noche siguiente en un sótano sucio y lleno de humo de una parte vieja del campus. Los integrantes del equipo de remo eran tíos serios y en forma, conformistas a los que les gustaba formar parte de un equipo, que respondían bien a la disciplina, al entrenamiento, a un objetivo, al menos, eso me pareció. Me sorprendió ver a Linda cobrar vida en esta sala, sobre todo después de echarle el ojo a un tío bien acicalado, musculoso, de buen comer y buena familia del sur del condado de Dublín. Supe desde el momento en el que abrió la boca de dónde venía: no tenía nada de especial, nada con lo que pincharle, nunca había tenido ningún problema, siempre había tenido todo en bandeja, «Don Casoplón».

—Jonathan —dijo mientras le tendía la mano de uñas pulcras y

brillantes a Linda. Asintió hacia mí sin prestar atención.

—Linda —contestó con voz estridente y femenina.

Si hubiese estado mascando chicle, habría hecho una pompa gigante y habría dejado que explotase como una maleducada. Me conformé con pasarme la punta de la lengua por los labios a modo de artimaña muy poco sutil para captar la atención de los tíos que tenía a mi alrededor, todos con pinta de muermo: demasiado sanos, buenos y *previsibles* con esa mandíbula cuadrada y cuerpo triangular. Jonathan tenía el pelo y la piel morenos y unos ojos de color avellana, que, si los observabas de cerca, parecían un poco tristes, lo que le daba, vale, sí, una especie de atractivo. Linda pareció relajarse con él en un abrir y cerrar de ojos, como si lo conociese desde hacía tiempo. Yo me moría de ganas por que me hiciesen caso, por experimentar algo de emoción o un tono más provocativo de glamur.

Más tarde, en mi cuarto, Linda me contó que Jonathan la había invitado a comer al día siguiente y me di cuenta de que la estaba pellizcando, lo que me sorprendió más a mí que a ella. Era culpa suya. Me había provocado más allá de todo pensamiento racional y maduro.

—Te mereces mucho más que ese *musculitos* —afirmé, como si ese fuese el peor insulto que se le podía dedicar a alguien—. Imagínate si supiera de qué clase de familia vienes… ¿crees que entonces seguirías gustándole?

Podía ver el impacto físico que le habían causado mis palabras: había vuelto a esa espantosa casa; se le tensó y contrajo el cuerpo, y durante un traumático instante, creí ver a su madre reflejada en ella, como si la hubiese invocado. Estaba completamente avergonzada. Quería estrecharla entre mis brazos y pegarle. No la dejaría convertirse en esa mujer.

Le puse un mechón suelto detrás de la oreja y le susurré (pobrecita, estaba tan hambrienta de cariño):

—Ningún bobo se interpondrá nunca entre nosotras… nuestro vínculo es mucho más fuerte que si fuésemos hermanas… nos hemos elegido, la vida nos ha escogido para estar la una con la otra… estamos destinadas a estar juntas —dije con demasiada teatralidad para que causase impacto. Me miró con tanta inocencia y *gratitud* que sentí miedo por ella.

5

Cuando conocí a Jacques, el otoño estaba en todo su esplendor dorado y el cielo era azul, o eso creo; da igual, nuestro encuentro me transmitió una sensación de calidez y cordialidad. Estoy intentando ponerlo todo por escrito y describir mis recuerdos con tanto detalle como puedo, lo cual a veces implica algo de creatividad. Así que, pongamos que el sol estaba en su punto más alto y brillaba con alegría, al igual que mi humor, cuando Jacques entró despreocupadamente en mi vida y en estas páginas. Era la tercera semana del primer trimestre y Sue y nuestro hogar de duelo e ilusiones parecían estar muy lejos. Ni siquiera la había telefoneado, aunque Linda sí. Por lo visto, me echaba de menos y estaba preocupada por mí. No quería saber nada de sus preocupaciones, no quería que me cargasen con ninguna responsabilidad o culpa, no quería ningún recordatorio de mi padre ausente, como tampoco de su aplastante necesidad. Estaba demostrando ser toda una experta en eso de reinventarme.

Acabé participando en las clases, incluso aun cuando tenía que enfrentarme a esos «cabezotas estridentes y seguros de sí mismos» que había escuchado en el estand del club de debate y me habían subestimado al conocerme. Mi hábil lengua y mis dotes para la oratoria me proporcionaron ventaja en esos espacios competitivos reducidos en los que toda la atención se centraba con fuerza en quien tenía la palabra. ¡Una actriz siempre deslumbraría más que un polemista! No se me volverían a escapar estupideces como lo de «vente y no seas rancio». Fui ganando confianza a medida que la de Linda disminuía. Me contó que tartamudeaba, se quedaba sin palabras y le salían sarpullidos en el cuello y en el pecho cada vez que le tocaba hablar.

—Tú imagínatelos desnudos. A todos les avergüenza alguna parte de su cuerpo —le aseguré—. Así estamos en igualdad de

condiciones.

—Tú no eres como yo —contestó ella mientras se abrazaba el cuerpo huesudo de forma protectora.

La doctora Collins, Sophie, interrumpe.

—¿Y Jacques? ¿Qué ocurrió después? —Quiere que retome nuestro primer encuentro—. Escribe tus recuerdos en orden; así puedes verlos y vivirlos con más claridad.

A veces, veo impaciencia en su rostro. Creo que está controlando el rumbo de *mi* historia de forma demasiado pautada.



Esto es lo que recuerdo sobre cómo nos conocimos: una silueta de una altura impresionante contra una bóveda de un cielo azul extenso, unas manos grandes y reconfortantes, una barba de tres días áspera que me daba ganas de estirar los brazos y acariciarla, unos hombros anchos y fiables. El viento esparcía las hojas por todas partes, me azotaba el pelo y me desordenaba el flequillo. Sentí una sacudida en el cuerpo, como una descarga eléctrica; un hormigueo por todas partes. Empecé a jadear con fuerza, se me nubló la vista y todo salvo él se desenfocó. Fue como si los bordes de las cosas se desdibujasen. Jacques ocupó todo el espacio que tenía delante y en mi interior en un abrir y cerrar de ojos. No recuerdo las primeras palabras que intercambiamos, pero ¿sabes cuando la gente dice que lo sabe? Bueno, pues nosotros generamos electricidad estática.

Linda dijo que cuando nos vio juntos, le dio un *escalofrío*, pero en el buen sentido. Ella también estaba allí, aunque yo no lo recuerdo. Iba de camino a una clase sobre el absurdo francés cuando un atractivo desconocido de ojos oscuros y suaves como los de un animal, que parecía salido de una obra de Artaud, hizo que descarrilase. Lo siguiente que recuerdo es que estábamos sentados en La Cave, una vinoteca escondida en el centro de la ciudad, tomándonos un

borgoña intenso. Tenía el aspecto sofisticado de un bar clandestino de París, o eso pensé. Nuestras rodillas se tocaban en la penumbra. Estaba temblando. ¿Y mi mejor amiga? No podía ni pensar.

Esto es lo que saqué en limpio de aquella conversación, cuando mi mente se calmó lo suficiente como para dejarme escuchar: era mitad francés, lo que en mi mundo era algo más que perfecto, estaba en segundo, era catorce meses mayor que yo, tenía un atractivo innegable y estaba estudiando ruso. Me sentí como en mi propio cuadro de Chagall, como si fuese algo incorpóreo y fantástico. El alcohol y la luz tenue, la tapicería de terciopelo rojo y el panelado de madera oscura, intensificaban el romanticismo exacerbado del momento. Tuve que rodear la pata de la mesa con la pierna para no salir volando. Todo sobre él era sensual: los pantalones de cuero desgastados, la maraña de pelo que tenía en el pecho y los brazos, los músculos perceptibles que le abultaban la ropa, una boca preciosa tan amplia que prácticamente podría abarcarme la cabeza entera. Y seguro que otras partes de mi cuerpo. Voraz. Lobuno. Hasta aquí todo era de esperar, pero también era amable y tierno, y poco después de conocerle ya me sentía querida.

Esa noche, me lo llevé a mi cuarto y obligué a Linda a volver a su apestosa habitación. Nunca me había acostado con nadie. Lo que fuera que pasó con ese chaval en el instituto no se parecía en nada a esto. Fue impresionante: un canal que conducía a algo completamente distinto de lo que había experimentado hasta entonces. Puede que fuese donde empezó todo. Estaba más presente que nunca, centrada en ese momento en el que estaba experimentando tantas cosas nuevas. El roce piel con piel me resultó embriagador.

—Ojalá pudiese meterte en una licuadora y beberte por una pajita —dijo. Absorbí esas palabras, esa especie de obsesión a lo Betty Blue. Sue habría estado orgullosa.

Después, bautizó mi recién descubierta vagina, ese «maravilloso

charco», como decía uno de mis poemas favoritos y también de los suyos, de E. E. Cummings; coincidimos en que era espontáneo, electrizante, *disparatado*. ¿Podíamos estar más hechos el uno para el otro? Cuando este tipo de cosas se pronuncian en voz alta por primera vez, resultan ilícitas, emocionantes. No podía creerme que existiese alguien más que sintiese lo que sentimos, que hiciese lo que hicimos, o que hablase como hablamos nosotros.

Me pregunté si ese mote cariñoso, extraño y un poco espeluznante, desvelaba algo sobre nosotros o no. No necesito que la doctora Collins me lo pregunte: ¿cómo pude abrirme de esa forma con un completo desconocido? Al haber crecido en esa casa, tenía un umbral de riesgo muy alto, pero la energía sexual que generábamos Jacques y yo era más fuerte que cualquiera de esas cosas. Aquella primera noche, en esa cama estrecha y minúscula de mi habitación estrecha y minúscula del campus, supe que por fin había llegado *a casa*, una casa que seguía teniendo aristas, pero que también era dulce, deliciosa y adictiva.

Jessica, Jessie, Jess. Puedo oírlo acariciar mi nombre igual mientras me acariciaba todo el cuerpo. Le encantaba mi nombre, ese que compartía con la actriz *du jour*, la que había ganado un Oscar por retorcerse de forma femenina en la mano de un gorila gigante. (¿La bestia hizo que se enamorase de él? Puede ser).



A la mañana siguiente, después de nuestra primera noche juntos, Linda irrumpió en mi cuarto cuando amaneció, despeinada y sin haber pegado ojo. Estaba aterrada por mí, explicó prácticamente en tono de disculpa al ver que nos había despertado y que estábamos a gusto con nuestra desnudez, con el cuerpo tendido y estirado el uno sobre el otro. Jacques se incorporó y nos tapó con diligencia.

—Tienes suerte de contar con una amiga que se preocupe tanto por ti —me dijo, incluyéndola también en esa conversación.

Linda estaba a punto de echarse a llorar, así que le di unos golpecitos a la colcha, se subió a la cama y se tumbó a mi lado, Jacques estaba al otro. Sentí como si estuviésemos calmando a nuestra hija.

Los tres nos quedamos así un rato hasta que Jacques dijo:

—Más vale que me levante y me dé una ducha.

Linda se bajó de la cama y se levantó, plantó los pies en el suelo y se puso de cara a la pared. No pensaba irse a ninguna parte.

—Haz lo que quieras —dijo.

Jacques se puso de pie sobre el colchón, se envolvió con la sábana y volvió a taparme con el edredón, pero no antes de ponerme boca abajo y darme un beso que me hizo cosquillas en la nalga izquierda. Se bajó de la cama y me preguntó dónde estaba la ducha.

—Segunda puerta a la derecha —indiqué—. Las toallas están en el armario.

—¿Eso era un hombre o un DIOS? —balbuceó Linda en cuanto se marchó.

Apartó el edredón y bajó la vista hacia mi cuerpo como si lo estuviese viendo por primera vez, a pesar de que ya habíamos pasado muchos momentos desnudas durante aquellos baños que Sue nos preparaba con tanto cariño. Me deshice de los pensamientos sobre mi madrastra.

—Estás radiante —espetó Linda. Y era cierto: me brillaba la piel, resplandecía.

—Me estás dando repelús —respondí, pero no era cierto. Para mí, que me admirasen era como una droga—. Ya te llegará, Lindy.

—Creo que Jonathan no me ve de esa forma. —Se mordió la punta del dedo.

—Pero ¿cómo no va a estar loco por ti? Eres mi chica número uno y yo tengo un gusto impecable. —La estreché contra mí.

6

«California Dreamin», de The Mamas & the Papas, una de las canciones *sunshine pop* preferidas de Sue, estaba sonando en mi cabeza a medida que iba paseándome en una nube de confusión por Fellow's Square; la plaza estaba enfilada por unos edificios tan impresionantes que parecían formar parte del set de una película. Un encuentro precioso de lo antiguo y lo brutalista: el brillante y vanguardista edificio de artes, nombrado en los 70 una «obra de arte arquitectónica», la sala de lectura de 1937, la Biblioteca Hamilton, construida en el siglo XVI y cubierta de hiedra, que albergaba manuscritos históricos encuadernados en cuero que parecían susurrar hechizos e invocaciones. «Abridlos, valientes, y adentraos en mis mundos que albergan otros mundos en su interior». Qué sitio. Miraras donde miraras, resultaba embriagador.

Después de saltarme el seminario de gramática francesa y análisis sintáctico que tenía por la tarde (no conseguía concentrarme en nada salvo en *sensaciones*), divisé a Linda y a Jonathan tumbados en la hierba fuera del bloque de artes, estaban bastante pegados. Me senté a su lado y los tres nos quedamos ahí un rato; Linda estaba en medio, con la vista levantada hacia el cielo inusualmente despejado de septiembre, veteado por tan solo un par de nubes ralas.

—Hace un día precioso —gorjeé.

—¿Te lo pasaste bien anoche? —preguntó Jonathan, que quizá se hubiese tomado demasiadas confianzas, pero yo estaba en una nube.

—Le conté lo de tu aventura —confesó Linda encantada.

¿Estos dos cuándo se habían vuelto tan amigos sin que me diese cuenta? Debería haberme puesto celosa, pero solo me sentí cordial y magnánima.

Me tumbé boca abajo, arranqué una brizna de hierba y me la metí entre los dientes.

—Ah, ¿sí? Cuéntame, ¿qué sabes tú sobre esa «aventura»? —Me estaba haciendo la traviesa y teatral a posta.

—¡Esta mañana estabas colocada de amor!

—Y… —dije para animarla a seguir.

—Y eso solo puede significar una cosa…

Se sonrojó y miró a Jonathan con anhelo. Él pareció no darse cuenta.

—Fue una pasada —contesté.

—Escúpelo… necesito detalles, porfi —suplicó Linda.

—No sé si me apetece —respondí, para mi sorpresa.

La expresión de Linda estaba a medio camino entre el dolor y la confusión. Nunca le había ocultado nada. Era un extraño giro de los acontecimientos.

—Es lógico, imagino que ahora mismo lo ves como algo muy personal.

Asentí mientras chupaba la brizna de hierba. Era absolutamente incapaz de describir lo sucedido. Y, sentí que, si cotilleaba sobre el tema, eso lo volvería menos sagrado. Esa era la palabra: *sagrado*. Habíamos echado un polvo sagrado.

—A veces es mejor no hablar de ciertas cosas —reflexionó Jonathan.

Me percaté de que no había dicho lo típico: «A veces es mejor dejar ciertas cosas a la imaginación». ¿Había un motivo por el que hubiese

escogido esas palabras? *A veces es mejor no hablar de ciertas cosas.*

Me apoyé en el codo y lo observé. Estaba claro que él no encajaba con la imagen que me había hecho al pensar en aumentar nuestra pandilla con gente *excepcional* (Jacques se amoldaba a esa categoría a la perfección). Aunque también era cierto que Jonathan era inclasificable. Aquellos ojos color avellana, que parecían casi amarillos en esta luz (como los de un zorro), parecían insinuar un mundo oculto, un recelo y una violencia reprimidos. El «deportista guaperas» del exterior no casaba con el resto de la imagen. Puede que fuese lo normal, teniendo en cuenta que le atraía mi mejor amiga.

Los miré durante un segundo ahí tumbados, estaban muy pegados, y decidí que Linda tenía razón: él no la veía de esa forma. Su lenguaje corporal era demasiado relajado, estaba demasiado cómodo. Ahí no había ningún tipo de química explosiva. Y ahora sabía qué pinta tenía *eso*.

—Linda me estaba hablando de sus ataques de pánico —comentó Jonathan con amabilidad y sin ningún atisbo de desdén.

¿Se refería a cuando le faltaba el aire y se sonrojaba en clase? Le veía hacer lo mismo en el colegio y cada vez que estaba en un apuro. Recuerdo mis intentos por banalizar esas reacciones: «A nadie le importa lo que digas y lo que hagas. Tampoco eres tan importante. La gente va muy a lo suyo»; era lo mismo que le había escuchado a mi padre decirle a Sue de vez en cuando.

—Yo no diría que es para tanto —contesté con una risa mientras trataba desesperadamente que siguiera siendo el día perfecto—. Lindy a veces es un pelín consciente de sí misma.

—Es algo más serio —afirmó Jonathan, y se incorporó—. Lo sé bien, a mí también solían darme.

—Ya le dije que lo único que tenía que hacer era imaginarse al

resto de sus compañeros desnudos. —Linda y él intercambiaron una mirada que tenía un «esta no tiene ni idea» implícito—. A lo mejor es un pelín simplista —proseguí. Intenté reírme otra vez. Ninguno de los dos me siguió el rollo—. ¿Qué hiciste al respecto? —le pregunté a Jonathan. Mi burbuja de amor egocéntrico se pinchó por un segundo.

—Mi madre me mandó a un orientador cuando estaba en el colegio.

En la Irlanda de los 80 era una medida drástica. No éramos precisamente famosos por hablar sobre nosotros mismos con desconocidos, salvo para confesar nuestros pecados en el confesionario.

—Guau. Entonces tuvo que ser fuerte —digo, incorporándome—. ¿Qué aprendiste?

—Técnicas para calmarme, ejercicios de respiración, a estar presente… —Inclinó el cuerpo hacia ella—. Si quieres, te puedo enseñar, Linda.

Su cara fue como una flor que se abrió hacia el sol.

Había alguien más responsable de hacer feliz a Lindy, y no sentí el impulso habitual de «mandarlo a la mierda». No veía a Jonathan como una amenaza, sino que era agradable en un sentido fraternal. A Linda y a mí nos podría venir bien un hermano.

—Eso sería estupendo —dije en vez de dejarla contestar—. ¡Cualquier ayuda es buena!

—Me alegro mucho por ti, Jess —afirmó, y se le iluminó la cara. Me miró con los ojos llorosos—. Creo que el tío de anoche puede ser el indicado.

Pensé en cómo me había mofado y acabado con su primer amor.

De todos modos, el memo de Stu no se la merecía.

—Por cierto, ¿cómo se llama? —preguntó con una risita—. ¿O no fuisteis tan lejos?

—Se llama Jjjjacqqqques —contesté, poniendo demasiado énfasis en la pronunciación francesa.

—Buen nombre —respondió Jonathan—. ¿Es francés?

—Es medio francés —dije.

—Un cruce exquisito —soltó Linda, y los tres nos caímos por los suelos muertos de risa.

7

Jacques cocinaba de maravilla: su especialidad era el pescado, los moluscos y el bistec, lo que, para la cocina compartida de estudiantes cuyas únicas ofertas eran los fideos precocinados y las sopas instantáneas, era de lo más glamuroso. Nunca íbamos a su apartamento, por más que lo intentase y me quejase al respecto, pero en el fondo lo disfrutaba. ¡Qué misterio! Decía que el piso que compartía con otros cuatro chicos era repugnante. Decidí creerle. Al menos al principio.

Dormíamos juntos cuatro o cinco noches a la semana, bueno, en realidad nos acostábamos y dormíamos de vez en cuando con las extremidades enredadas, sudorosos y saciados. Ahora me pregunto si en algún momento llegué a estar del todo satisfecha. Él conseguía pegar ojo, yo a duras penas, estaba cargada de una especie de nervios que afloraban a raudales cuando estaba con él. ¿Y si se acababa? ¿Y si él perdía el interés? Solo de pensarlo se me abría un agujero tan grande por dentro que creía que se me tragaría entera y me asfixiaría, hasta que Jacques se despertaba, me pillaba mirándolo fijamente y sonreía de esa forma tan lobuna y voraz. *Soy un socavón.*



—¿Crees que era un apego seguro, Jessica?

Hoy hay un resquicio de luz solar en la esquina de la habitación. Las motas de polvo bailan.

Me estoy acostumbrando a escuchar bastante eso del «apego».

—¿*Seguro?* Éramos unos críos.

—¿Te sentías segura cuando estabas con él?

—Supongo que sí. Nada de lo que pasó fue culpa suya.

—Como bien dices, erais unos críos.

—Sabía lo que me hacía.

La doctora Collins se inclina hacia mí e interpreto que quiere decir: «¿De verdad?». Su silencio me suscita esa pregunta, pero supongo que ese era el objetivo.



Jacques solía afirmar que cualquier cosa que a mí me hiciese feliz, a él también. Dijo que, desde que conoció a Linda, supo lo importante que era para mí y que siempre sería parte de nuestra relación. Una de las cosas que más me gustaban de él era su amabilidad, además de sus otras virtudes evidentes. Yo solía bromear que Linda debería acostarse con nosotros, aunque no me fuesen los tríos.

—¿Y ahora, eres mío? —le pregunté a Jacques mientras estaba desnuda encima de él una mañana un par de semanas después de habernos conocido.

—¡Repítelo! —exclamó, riéndose.

—ERES MÍO —contesté, y le recorrí toda la cara a besos.

—SOY TUYO —respondió él a la vez que me sujetaba la cara con las manos.

Nos besamos con pasión hasta que empezó a hacerme cosquillas.

—¿Y *tú*, eres mía?

—Por siempre jamás —dije, y en ese momento iba en serio.

—Jessie, *je t'aime* —confesó.

—Jacques, *je t'adore* —respondí.

—JJJesssieee, Jesssssss, Jessssiiiccca —canturreó con un acento francés muy marcado.

Ese era mi nombre, que acariciaba como si tanto él como yo le perteneciéramos.

Supuse que a Linda le habría encantado que la adorasen así, aunque su nombre no invitase precisamente a que lo acariciasen. Además, tenía nombre de actriz secundaria que siempre representaba el papel de segundona cuando yo llevaba la voz cantante. Aunque no parecía importarle. «Tu belleza de infarto y tu *chachibrilli* son contagiosas», solía decir, o similares.

Es una pena que no se diese cuenta de que todo sobre mí era contagioso.

8

Estaba demostrando ser todo un exitazo entre los artistas de Wilde: primero me dieron el papel de Lesley, la actriz que aparecía en *Her Big Chance*, de Alan Bennett, y ahora el de la criada francesa con carácter de Ionesco, en *La cantante calva*. Mi actuación como Lesley fue, según algunas críticas, completamente «histérica» e incluso «histórica». Al parecer, bordaba esa clase de actuaciones, ese tipo de teatro performativo en el que se rompe la cuarta pared. Tenía un don para hablar directamente con el público, para atraerlos hacia mi órbita. Drew, el director *du moment*, declaró que era «cautivadora».

—Has estado deslumbrante ahí arriba —dijo Linda en cuanto me bajé del escenario la noche del estreno de *La cantante calva*.

Estábamos en el vestíbulo del New Theatre, construido para emular al Globe de Londres, aunque más bien parecía un cobertizo de jardín torcido con una disposición circular —era uno de los sitios nuevos que solían frecuentar los artistas de Wilde (por lo general, cuartos oscuros y lóbregos)—, tomándonos unas Guinness; jarras para los tíos y copas para las chicas.

—Tampoco te creas —contesté—. Hago de criada francesa descarada.

Los dedos de Jacques llegaron hasta mi culo y me dio un pellizco placentero.

—Tiene razón —afirmó Jonathan—. Estabas hipnótica.

Me percaté de que sí que se había quedado hipnotizado al verle las mejillas arreboladas y la pasión ardiendo en su mirada. Dijo que, para él, el teatro había sido una revelación y habló entusiasmado del «poder de transformarse» a medida que iba gesticulando con las

manos, como si estuviese dirigiendo una orquesta que solo él podía ver. Después de haber asistido y presenciado una obra por primera vez, su forma de hablar, su aura, incluso su propio ser, habían cambiado. Fue, *per se*, un acto teatral.

—Deberías presentarte a una audición. Te pega —sugerí tras observar su habilidad para cambiar de forma. No estaba cómodo con la piel que habitaba.

—Jesús, no. No pondría la mano en el fuego porque no me diese un ataque de pánico con tanta gente mirándome.

Linda le lanzó una mirada protectora, con un amor casi maternal. Su capacidad para cuidar de los demás era asombrosa, sobre todo teniendo en cuenta que era incapaz de aplicársela a sí misma.

—Ahora en serio, creo que Jess tiene razón —comentó Jacques mientras lo observaba—. Lo harías genial.

Eso me despertó un arrebato irracional de celos; quería ser la única que lo hiciese «genial» a ojos de Jacques. Aunque solo se habían visto un par de veces de manera informal, conectaron al instante, a pesar del aspecto tan distinto que tenían. Empezó a fluir lenguaje tácito entre ambos, vibraban en una frecuencia que los cuatro compartíamos.

—Paso, no es para mí —respondió Jonathan con un tono que delataba anhelo.

Me miró como si fuese una proyección de algo elegante y huidizo de lo que lo habían privado, algo que podría haberle ofrecido una manera de conectar con una parte de sí mismo que se veía obligado a rechazar. Me imaginé que, si le hubiesen dejado, sus paredes habrían estado decoradas con fotos de Rita Hayworth o de Audrey Hepburn (o, si hubiese podido, de Rock Hudson) cuando era pequeño. Me lo imaginé bailando por su habitación en un tutú con ese cuerpo fornido de atleta.

—Tienes que presentarte, de verdad —espetó Linda—. Puedes poner en práctica todos esos trucos que me has enseñado: lo de centrarse, respirar hondo, estar presente y esas cosas.

—O también puedes meterte un tequila por el gaznate para envalentonarte —se mofó Jacques.

—¡Es una idea cojonuda! ¡Cuatro tequilas, marchando! —Se fue a la barra y volvió unos instantes después, alicaído—. Aquí no sirven alcohol fuerte.

—Tengo un poco en mi cuarto —dije—. ¿Quién se apunta?

—¿Estás segura de que nos queda suficiente? —preguntó Jacques, aludiendo al hecho de que los dos le habíamos estado dando a la botella últimamente para aumentar la intensidad de nuestros polvos *sagrados*.

—La última vez que lo comprobé quedaba por lo menos un cuarto de la botella. —Le di la mano a Linda—. Venga, en marcha…

—¿No se te olvida algo? —preguntó Jacques.

—¿Eh?

—El traje.

Linda se sonrojó cuando le solté la mano.

—Vuelvo en un segundo. ¡Quedaos ahí! —Me gustó este nuevo giro.

—Somos tus esclavos —declaró Jonathan mientras hacía una profunda reverencia.

En la zona de bastidores me topé con Drew, que se deshizo en halagos:

—De verdad te lo digo, Jessica, eres una estrella del futuro… Brillas con una luz tan excepcional, eres un diamante valioso. Tenemos que procurar mantenerlo brillante y bien pulido… Si quieres, puedo darte clases en privado…

—Te lo agradezco, Drew. Le daré una vuelta a esa oferta tan generosa. Pero ahora, tengo que buscar el traje de criada francesa. Órdenes de mi novio. —Le lancé un beso al aire y disfruté de ser provocativa, estaba colocada de la atención.

Balbuceó que no creía que llevarme mi personaje a casa fuese una buena idea y que a los de vestuario no les iba a hacer gracia.

—Al contrario —respondí—. Yo soy partidaria de meterme de lleno en el personaje. ¿Y por lo que respecta al traje? Bueeeeno, cuanto más sucio esté, mejor…

Se puso de un rojo superintenso y dijo que me vería mañana por la tarde y que esperaba que para entonces no hubiese empañado mi «luz». Me reí y le aseguré que lo único que haría sería entender mejor a mi personaje.

—Actuación de método —afirmé, y salí corriendo. Noté cómo su mirada me quemaba la espalda.

Jonathan y Linda se dejaron las manos aplaudiendo y Jacques soltó un silbido cuando volví con el traje de criada puesto.

—¿Y el plumero sugerente? —preguntó.

—Creo que Drew lo ha escondido. No estaba muy contento.

—Eso es porque se va a quedar con ganas de mirar —dijo Jacques de forma posesiva. Me encantaba esta faceta de él, la entendía a la perfección. Adoraba la sensación de poder que me transmitía.

—¿Por qué no lo retas a un duelo? —preguntó Jonathan.

—Porque machacaría a ese memo en un nanosegundo —aseguró Jacques.

Nos reímos, volvimos a mi cuarto dados del brazo y nos bebimos el resto del tequila mientras jugábamos a hacer mímica; es cierto que Jonathan lo hizo genial, sobre todo cuando representó *Tootsie*.

Observé a Linda, que hizo mímica con vergüenza, pero pareció brillar al ver a sus amigos ocupar espacio. Su generosidad era preciosa. En ese momento la quería tantísimo que sentí como si se me fuese a salir el corazón del pecho. A mi lado, había logrado encontrar un sentido de pertenencia, primero con Sue y luego con nuestra familia recién encontrada de amigos. Siempre había estado, y seguía estando, justo en el centro de su mundo.

Pero subestimé a mi mejor amiga y esa necesidad inconmensurable. La necesidad de que la tocasen, de que la quisiesen, de ser *la persona especial* de alguien.

9

Aquellos tres primeros meses en Wilde transcurrieron prácticamente en un estado de euforia que podía desglosarse en unidades de Jacques: sensaciones táctiles, percepciones sensoriales aumentadas…, ¿quién me iba a decir que las puntas de mis dedos albergaban tanto placer? Había tantas cosas que sustituían la culpa de no ir a visitar a Sue: la embriaguez del contacto piel con piel, el olor almizclado del sexo, la intensa intimidad de besarse, de darse la mano, los despliegues de carantoñas posesivas, los días dorados de otoño, las noches sudorosas y los orgasmos prolongados que me dejaban el cuerpo vibrando durante todo el día siguiente. Aunque también estaban las clases, seminarios, ensayos, estrenos, funciones que duraban toda la semana…, aunque, como cualquier adicto, mi capacidad de atención no iba mucho más allá de aquello que me obsesionaba, lo que también significó que pasé por alto la complexión cada vez más delgada de Linda. Me dije a mí misma que ella podía contar con Jonathan. Aunque podía verle los huesos de la cadera sobresalir por debajo de la falda, decidí mirar a otro lado, al igual que el resto de personas de su vida. Incluso Sue, pese a haberse dado cuenta de que Linda estaba «hambrienta de afecto», solía decir con aprobación que tenía aspecto de *gamine* («niña»).

Linda y Sue hablaban un par de veces por semana, así que me dije a mí misma que me alegraba de que pudiesen suplir sus carencias la una con la otra sin meterme a mí de por medio. En una de esas llamadas, Sue *insistió*, según Linda, en que quedasen en el centro para tomarse una copa de Chardonnay, lo que me despertó una serie de sentimientos contradictorios demasiado enrevesados como para descifrarlos por aquel entonces. En un fuerte despliegue de «independencia», le dije a Linda que, si quedaba con Sue por obligación, no podía traerla al campus bajo ningún concepto, no le permitiría que contaminase mi nuevo entorno (lo que sirvió para

demostrar mis dotes dramáticas). Linda, como de costumbre, se quedó callada. La obligué a prometerme que vendría derechita a mi cuarto al volver. En cuanto se marchó, se me cerró la garganta y se me contrajo el pecho, y me costó dar más de un par de bocanadas superficiales de aire.

—¿Cómo ha ido? ¿Ha preguntado por mí? —Las palabras me salieron por la boca a borbotones, junto con el aliento, cuando Linda entró a mi habitación unas horas más tarde. Me había pasado esas horas mirándome la cara en el espejo de forma ausente mientras me probaba maquillajes distintos: una sombra de ojos y una máscara de pestañas azul eléctrico que solo percibí como un borrón en el cristal. Jacques había vuelto a su misterioso apartamento a por una muda, o eso me dijo.

Linda me miró como si estuviera tratando de resolver una ecuación cuya solución nunca sería capaz de hallar. Fue la primera vez que presencié una especie de indiferencia en su expresión y sentí un miedo pasajero de perderla. Di unas palmaditas en el hueco que tenía a mi lado sobre la cama para que se sentase y le acaricié el brazo. No hizo falta nada más; noté cómo apoyaba todo el cuerpo contra el mío.

—Bueno, ¿qué tal estaba?

—Bastante animada. Después de beberse la segunda copa en tiempo récord, comentó que Jonathan era «un bombón, pero un poco soso» delante de él. En voz alta.

Las dos nos reímos, aunque no estaba muy segura de cómo sentirme sobre que Jonathan hubiese ido en mi lugar. Me imaginé la voz quisquillosa de Sue y me invadió un fuerte anhelo, aunque no tardé en dejar de lado las sensiblerías. Tenía que centrarme en mi nueva personalidad: novata más cañón, estudiante seria con opiniones serias y un futuro brillante, deslumbrante, y novia del tío más bueno de la uni.

—En realidad —el tono de Linda cambió—, parecía un pelín desquiciada.

—Como si eso fuera novedad —contesté en un intento por sonar despreocupada.

—Te echa mucho de menos, muchísimo. Tenía unas pintas espantosas: llevaba la máscara de pestañas corrida por las mejillas, grumos en las ojeras y le apestaba el aliento.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Ella no es mi responsabilidad, no es mi hija.

Linda me dedicó una mirada calculadora que indicaba que me había caído del pedestal en el que me tenía. Algo en la decepción que se reflejaba en sus ojos me animó a decir:

—¿Qué lindezas me dedicó? —Saber que tenía la misma capacidad de ser cruel que mi padre me transmitió un poder extraño.

—No dejaba de repetir lo mucho que te quería, dijo que no entendía por qué te habías alejado de ella, que no sabía qué había hecho mal. Y me pidió que te preguntara…

—Venga, no me jodas.

—Creo que no está bien. —A Linda se le quebró la voz—. Creo que podría hacerse daño.

Había tenido suficiente. Me levanté de la cama, me envolví con una toalla y me disculpé para irme a la ducha.

—Eso no es problema mío —espeté por encima del hombro al salir.

—Se esperaba que cargases con muchas cosas —afirma la doctora Collins con suavidad.

—Aunque en realidad no cargué con ellas.

—Estabas tratando de individualizarte.

—Sí, a golpe de hacha.

—Tenías demasiado que gestionar.

—Fui cruel.

—Puede que tuvieses que serlo.

Fuera llueve. Hay una gota agrandada con forma de babosa pegada a la ventana. Estoy empapada y cabreada.

—Era una cabrona —dije.

—No sé por qué eres tan dura contigo misma, Jessica. ¿Puedes explayarte un poco? —pregunta la doctora Collins después de dar un respingo.

—No hace falta. Mis actos hablan por sí solos.

—Tu camino se basa en ver las cosas con perspectiva, en tener una visión de conjunto. En esa perspectiva hay espacio para la compasión, para el amor propio.

Ahora sí que pongo los ojos en blanco y suspiro.

No tiene ni idea de cómo acaba mi historia en realidad.



—Tu madre es todo un personaje —dijo Jonathan en la cafetería del edificio de arte a la mañana siguiente.

—No es mi madre —espeté.

Jonathan miró a Linda con confusión.

—Al menos es tan buena como… —contestó Linda, a la defensiva —. Es mejor que…

—Y la tuya tampoco —la interrumpí.

Linda se mordió el labio inferior con tanta fuerza que se hizo sangre. Me debatí entre darle un beso en los labios heridos y las ganas de hacerme lo mismo. Di media vuelta. Para «seguir avanzando» tenía que demostrar una gran determinación.

10

Para mediados de diciembre, el tiempo había cambiado, el tempestuoso cielo se había convertido en una fría amenaza y se avecinaba la nube negra de las Navidades, o la «psicosis colectiva», como la bautizamos Linda y yo. El mundo exterior se coló incluso aquí, en mi nueva vida, con villancicos y anuncios engañosos en la tele y la imagen de pinos talados en sitios donde no deberían estar, así como el olor a bosques moribundos en el interior. Retrocedí de golpe a esas vacaciones muy poco cordiales que celebrábamos en nuestro hogar, antes y después de que papá se largase. El alcohol desmesurado, el tiempo espantoso que nos obligaba a quedarnos en casa, los atracones de comida y de televisión, los lloriqueos, la decepción, la falsa alegría de estar «atrapados en familia». Fue como si aquel día, Sue airease cada resquemor que se había ido guardando contra mi padre, el hombre que le había destrozado, apagado y *arrebatado* su vida.

Antes de que papá se marchase, Sue se emborrachaba para lidiar con su presencia. Cuando se marchó, lo hacía para lidiar con su ausencia.

El hombre del traje rojo nunca acertaba conmigo. En vez de una muñeca Tiny Tears, recibí una de marca blanca barata que en ese momento estaba de oferta: una muñeca de plástico con pintalabios chillón que se había quedado atascada y no paraba de llorar.

—Es el destino de ser madre —afirmó Sue, arrastrando las palabras mientras se tapaba las orejas con las manos.

—Tú no eres mi madre —mascullé.

A partir de los doce, Linda y yo empezamos a quedar en el parque el día después de Navidad para tomarnos unos mejunjes extraños y calientes, de las bebidas que tuviésemos a mano en nuestras

respectivas casas, en unas tazas. Emborracharse con alguien que entendía el alivio de que se hubiese acabado y las emociones reprimidas que necesitaban acallarse sentaba bien.

—¿Y si este año te encargas tú de la cena de Navidad, Jacques? —Estábamos sentados en mi cama con la ropa puesta, algo poco habitual. Ni siquiera la embriaguez que me transmitía el cuerpo perfecto de Jacques podía aislarme de la sensación de catástrofe inminente. Se hizo el loco. Le solté un codazo—. ¡Porfa! No puedo volver a casa y enfrentarme a las payasadas de mi madrastra.

Se levantó, estiró y se agachó para tocarse los dedos de los pies.

—Eres una mala influencia. Llevo una eternidad sin ir al gimnasio.

—¿Me has oído?

Siguió estirando y agachándose, luego se volvió a erguir, levantó los brazos por encima de la cabeza y estuvo a punto de tocar el techo con las puntas de los dedos.

—No me va eso de la Navidad —contestó.

—¿Y qué hay de tu familia?

—¿Qué pasa con ellos? —replicó. Era la primera vez que me trataba con agresividad.

—¿No tienes que estar con ellos?

Se agachó y se apoyó sobre las manos y las rodillas; luego, se puso en posición de plancha y estiró el cuerpo.

—Atenta a esto: ¡flexiones de cuerpo entero!

—Qué pasada —respondí, y no pude evitar ponerme cachonda. Empujamos los libros a un lado.

Cuando terminamos y estuvimos acurrucados en brazos del otro, Jacques cedió y dijo que haría salmón ahumado, pinzas de cangrejo y *pavlova*. Cualquier cosa salvo pavo con guarnición.

—Vamos a invitar a Linda y a Jonathan —sugerí—. Te parece bien, ¿chef espectacular?

—Lo que desee la dama… ¡Repíteme lo maravilloso que soy! —exclamó antes de que su cabeza desapareciese bajo el edredón, se me calmase la mente y lo divino y yo (y su hábil lengua) nos convirtiésemos en un solo ser.

Más tarde, después del último seminario, los cuatro quedamos en mi habitación; se estaba convirtiendo en costumbre, nos apiñábamos todos en la cama individual y Jacques me inmovilizaba con la pierna en un despliegue posesivo casual.

—Jacques y yo queremos invitaros a cenar con nosotros por Navidad —anuncié; me sentía superadulta.

Linda aplaudió emocionada.

—Ni de coña —contestó Jonathan—. No sabes lo mucho que tuve que pelear para que me dejasen vivir fuera de casa. Mi madre vive aterrada de que me suicide… Es humillante —confesó mientras se tiraba del suéter de cachemir, al que le estaban saliendo bolitas e hilillos en las mangas. Pensé que era una palabra muy interesante viniendo de él: «humillante»—. Además, a mi madre le partiría el corazón. La cena de Navidad con ella y mi padre sería algo desolador sin su precioso niñito y los secretos que compartimos —prosiguió Jonathan.

—Te está manipulando —afirmé, mi nuevo concepto favorito para justificar el egoísmo.

Me observó durante un segundo y después miró a Linda.

—¡Tengo una idea! Linda, ¿quieres venirte conmigo el día después de Navidad? Mi madre se pondría loca de contenta solo con pensar que por fin me he echado novia. Puedo decirle que voy a pasar el día de Navidad contigo y con tu familia.

—¡Y es cierto! —exclamó ella.

—¡Eres la mejor! —Jonathan le dio un abrazo gigantesco. No tenía ni la más remota idea del tipo de desesperación y del deseo compulsivo que ese contacto despertaría en Linda. Me di cuenta por la forma en la que se acercó a él y contuvo la respiración.

—Como chef, voy a establecer un par de reglas —espetó Jacques—. Nada de villancicos, *crackers* ni regalos, ¿entendido?

—Sí, entendido —respondimos todos prácticamente al unísono.

—¿Se lo has contado ya a Sue? —preguntó Linda.

—¡Pues claro que no! —exclamé, y me reí de forma teatral.

—No irás a dejarla sola, ¿verdad?

Sentí tres pares de ojos clavarse en mí durante el silencio posterior.

No podían echarme la culpa, a ninguno les preocupaba abandonar a su familia. Y, aun así, se me empezó a cerrar la garganta. Me sentí igual de atrapada que cuando celebrábamos aquellas Navidades ebrias y tristes en esa casa.

—¿Sabes? No tenía por qué quedarse. Ella también podría haberse pirado —soltó Linda, y sus palabras me dejaron de piedra.

—Seguro que estará encantada de no tener que asar un puto pavo —admití sin quererlo.

—Bueno, pues está decidido —afirmó Jacques—. ¡Yo tampoco pienso asar ningún puto pavo!

11

Sue iba muy arreglada, se había puesto una sombra de ojos plateada y llevaba una falda corta de lentejuelas y un top con un escote que dejaba ver más hueso que pecho. Apestaba a perfume, olía a algo químico y empalagoso.

—¡Por fin puedo ver tu mundo! Qué guay. —Echó un vistazo de aprobación falso al anexo que estaba claro que no tenía nada de guay.

La abracé sin ganas, sin que nuestro pecho llegara a tocarse, y me aseguré de que mi corazón no se acercase demasiado al suyo. La llevé hasta la sobria cocina, toda hecha de un acero inoxidable funcional, sin ningún tipo de decoración.

—¡Feliz Navidad a todos! —Hizo el paripé de estar *contenta* de forma exagerada y adoptó una actitud servil—. ¡Gracias por invitarme! —Había traído espumillón, y se lo puso a Jacques por los hombros—. ¿Te quieres mudar a lo alto de mi árbol?

Jacques se desternilló como nunca lo había visto hacer. Yo estaba escandalizada; he aquí mi historia en todo su sangriento tecnicolor. Mi vergüenza, mi culpa y mi amor intenso y contradictorio.

Para protestar contra ese día, habíamos puesto «Good Vibrations», de los Beach Boys, a todo trapo en el radiocasete que había traído Jonathan. Era un completo sinsentido: espumillón en la playa.

—Hola, cariño. —Sue avanzó hacia Linda con los brazos extendidos y la abrazó con fuerza. Se me encogió el pecho. La soltó y nos echó un vistazo a todos. Se le empañó la vista al verme.

—Venga, hora de sentarse —dije en voz alta para reivindicar mi posición como cabeza de *esta* familia.

—Pero bueno, mírate. ¡Eres una anfitriona ideal! Tu padre estaría orgulloso.

Jonathan le apartó la silla a Sue, y eso hizo que se alegrase y esbozase una sonrisa cursi, como una belleza sureña tras recibir la visita excepcional de un caballero, como un personaje triste y marchito de Tennessee Williams. Nos pasó a Linda y a mí dos cajas envueltas en papel de regalo de la misma forma y tamaño.

—No tenías por qué hacerlo —dije.

Linda abrió el regalo y dijo que le daba mucha vergüenza no haberle comprado nada a Sue, pero que creía que habíamos quedado en que nadie se gastaría el dinero en regalos. Sue contraargumentó diciendo que cómo iba a haber una fiesta de Navidad sin regalos. Linda estaba encantada con el cofre de gel de ducha, exfoliante y crema con olor a flor de cerezo de Boots. Yo estaba decidida a no rebajarme a abrir el mío en público.

—¡Vaya, qué maravilla! —exclamó Sue al mirar el entrante que nos había preparado Jacques: cóctel de gambas con salsa rosa. Tenía la voz chillona, las mejillas sonrojadas y estaba bebiendo demasiado rápido. Jonathan no paraba de rellenarle la copa, se lo estaba pasando en grande con sus comentarios inapropiados y sus gestos aún más desenfrenados, *¡menudo personaje!*—. ¿Todavía no te ha empotrado contra la pared? —preguntó a Linda, que soltó una risita incómoda. Miró a Jacques y soltó—: Este seguro que sí…, qué afortunada es mi pequeña Jess. —Nos guiñó el ojo a los dos y Jacques le dedicó una sonrisa deslumbrante, yo, en cambio, fruncí el ceño. ¿Qué narices me pasaba? ¿Por qué me estaba portando de forma tan hostil? Sue solo estaba siendo graciosa a su manera.

En realidad, no quería que Jacques la conociera; no quería que esa parte de mi vida llegase aquí. Me dio vergüenza sentirme avergonzada. Había un trasfondo entre ambas, unos tentáculos invisibles que iban de ella hasta mí, que me envolvían y me

asfixiaban. No había conseguido cumplir mi deber como hija leal suplente. Toda esa culpa. Todo ese amor desesperado, puesto donde no tocaba.

Jacques sirvió un plato de pasta con salmón ahumado *à la crème*, que Sue declaró que estaba «exquisiiiiito». Parecía estar de acuerdo con el tema antinavideño de ese día. El postre fue espectacular, una *pavlova* firme en el centro, pero que se desmenuzaba al tocarla, hasta arriba de nata y fresas.

—De verdad te lo digo, es el hombre perfecto —afirmó Sue.

Podía percibir su soledad, ver lo que escondía su farsa estridente, recelosa y risueña. Qué patético que hubiese accedido a venir. ¿Es que no tenía amigos? Jacques le estaba aguando las copas de vino sin que se diese cuenta, parecía como si estuviese versado en esa maniobra, lo que me dio qué pensar.

A medida que fue avanzando la tarde, Sue fue bajando sus defensas contra mí.

—Me alegro de verte tan feliz —confesó mientras venía hacia mí en busca de un abrazo que yo quería, pero a la vez no. Cuando me rodeó con los brazos, noté un apretón de tristeza familiar, algo que hacía meses que no sentía, desde que llegué a Wilde. Acabé enredada en sus brazos y en sus emociones en un abrir y cerrar de ojos.



Sue arrasó en mímica, me ganó hasta a mí. Todos la aplaudieron y vitorearon cuando representó *El cocinero, el ladrón, su mujer y su amante*. Troceó y se pavoneó de forma coqueta y sensual. En ese momento, me di cuenta de que puede que me hubiese equivocado y no se le estuviese «pasando el arroz», es posible que en esa época estuviese rondando los cuarenta. Me quedé de piedra. Era *verdad* que mi padre le había arrebatado la mejor parte de su vida. Aunque también era cierto que nadie la había obligado a quedarse. Me toqué

el punto irritado que tenía en el cuello y me lo apreté con fuerza al darme cuenta de que ella jamás me habría abandonado. Tragué saliva, descorché otra botella de Pinot y tragué saliva con más facilidad. Noté que Jacques me miraba al apurarme otra copa.

—Oye, echa el freno —me susurró al oído—. ¿Estás bien?

—Estoy de puta madre —siseé.

Él se levantó y se alejó.

Linda se puso como una cuba, aunque ni nos dimos cuenta. Su complexión diminuta significaba que bastaba con una sola gota de alcohol para que se emborrachase. La observé bailar de una forma inusualmente sexi al son de la lista de reproducción de Sue de clásicos de Abba y de Motow que mi padre le había hecho en un casete cuando estaban «enamorados». Sue insistió en que pusiésemos su música y nuestro hogar invadió esa vida nueva que estaba tratando de construir. Linda le tendió las manos a Jonathan y se meció delante de él, después se acercó, lo abrazó y se pusieron a bailar pegados. Jonathan se quedó helado cuando Linda acercó los labios a los suyos y después se alejó de ella de golpe. Parecía destrozada, mi tierna, insensata y desesperada amiga.

Fui hacia ella y le deslicé los brazos por la espalda para rodear su cóncavo estómago en un abrazo, y le canturreé al oído para insinuarle a Jonathan que era algo que nosotras hacíamos constantemente: nos tirábamos los trastos de broma. Su protuberante tórax se movió contra mis brazos al respirar hondo antes de apartarse e irse con Sue, que la abrazó con fuerza. Se pusieron a susurrarse al oído y sentí como si estuviesen compartiendo una broma interna a mi costa. Aquella noche, una especie de paranoia distinta a la que había probado hasta entonces se apoderó de mí.

—Bueno, creo que es hora de dar por terminada la noche —afirmó Sue con una voz sobria que me sorprendió—. Gracias por esta velada tan maravillosa —dijo con elegancia—. Y cinco estrellas para

el chef espectacular.

Odié que usase el mote que le había puesto a Jacques en cuanto me di cuenta de que sus costumbres habían influido en las mías.

—Te acompaño hasta el taxi —se ofreció Jacques.

—Menudo caballero… Jessie, no la cagues. Es una joya. —Me lanzó un beso al aire. Se lo devolví por obligación.

—Oye, Sue, no te olvides de la cinta —dijo Jonathan.

—Tranquilo. Disfrutadla un poco más, ya me la devolverá Jess en otro momento.

Se despidió de nosotros y se dio la vuelta para salir.

Cuando se marchó, sentí una ausencia, un vacío que fue tanto un alivio como una pérdida.

Linda se acercó al radiocasete y subió el volumen al máximo. Bailó como loca, meneó el cuerpo de forma lasciva, completamente desinhibida.

Jonathan apartó la mirada. Yo estaba hipnotizada. ¿Quién era *esta* chica?

12

Era una tarde espantosa de enero, de las que te calaban hasta los huesos, y Linda y yo habíamos ido por tercera vez aquel día a los baños mal iluminados y fluorescentes del edificio de artes para arreglarnos el pelo empapado y encrespado y ponernos máscara de pestañas azul oscuro casi negro que no era resistente al agua. Las dos decidimos que era lo bastante llamativa sin parecer «cutre». Entonces entró un tío, pareció no haberse dado cuenta de que estaba en el baño de chicas, nos echó una ojeada, balbuceó algo incoherente y se piró.

Cuando salimos, estaba ahí, acechando. Iba vestido con varios tonos de beis: unos pantalones de pana marrón claro, una parka larga de color caramelo y unas botas de vaquero de ante de color canela. Llevaba el pelo rubio revuelto, veteado de unas canas prematuras y tenía una complexión pálida, culta bajo la barba entrecana de tres días. Tenía unas gafas redondas de montura fina al estilo John Lennon, algo que en ese momento nadie llevaba. Su mirada era, o bien muy estudiada para que pareciese que todo se la traía floja, o de verdad todo le daba igual. Ese batiburrillo de estilos era estrafalario e indicaba seguridad. Vino derechito hacia nosotras sin el menor atisbo de sonrisa o de timidez. Lo primero que pensé fue: «Ya te gustaría, rarito». Estaba acostumbrada a ese tipo de insinuaciones. No obstante, tenía la vista clavada en mi, por lo general, invisible amiga. Se detuvo justo delante de ella y le cortó el paso.

—Vamos, Lindy, hemos quedado con Jacques en cinco minutos —dije mientras le agarraba la manga.

—Mark Whitman —soltó el tío, ignorándome, y le tendió la mano a Linda. Tenía una profunda voz de barítono que no casaba con su complexión delgada.

Mark Whitman, incluso entonces era una ficción de sí mismo.

Linda se quedó quieta. Parecía hipnotizada. Él se subió las gafas a la cabeza y le lanzó una mirada penetrante por debajo de unas pestañas rubias prácticamente inexistentes, como si ya le perteneciese. Linda parecía un tanto sumisa, como si no hubiese tenido muchas ganas de resistirse.

—Linda —respondió, y le dio la mano.

En cuanto se tocaron, él le apretó la mano con demasiada fuerza y durante mucho rato, el uno trabado en el otro. Estoy bastante segura de que, en aquel momento, Linda estaba deseando que se convirtiese en su momento «Jacques». Yo no dije nada, pero me reí en alto y no obtuve respuesta de ninguno. Decidí darle una lección a Linda y la dejé ahí plantada. No estaba acostumbrada a estar en ningún sitio sin mí. El tío la retuvo en sus garras a medida que me fui alejando y me quedé sin aliento.

La preocupación que sentí por ella se tradujo en una sensación de dolor. Linda solía causar ese efecto, por lo que a ella respectaba, todo se reducía a los demás.

Jacques me estaba esperando en mi cuarto, sentado en el escritorio mientras leía un ejemplar de *El extranjero*, de Camus. Levantó la vista con el ceño fruncido y leyó en voz alta:

—«Pero todo el mundo sabe que la vida no vale la pena vivirla».

—«En el fondo, no ignoraba que poco importa morir a los treinta años o a los setenta…» —interrumpí.

—Impresionante —afirmó Jacques—. ¿Cómo sigue?

—No lo recuerdo del todo… ¿Dice algo sobre que el mundo seguirá girando igual que siempre…?

—Bastante deprimente.

—Pues yo creo que es al revés.

—Qué raro —dijo.

—Es que *soy* rara.

—¿Estás bien, Jess?

—De puta madre —contesté.

—No me gusta cómo lo dices.

—Perdona —repliqué de forma poco convincente.

—Desde Navidad estás distinta…

La pequeña ventana que había sobre la cama dejaba pasar un resquicio acuoso de luz gris que le iluminó el cuello. Fui hacia él y le di un beso ahí, me gustó cómo se movía la luz para escapar de mi boca.

Él me sentó en su regazo y me cubrió de besos.

—Hoy sabes agridulce, como una tartaleta de limón. —Me sujetó la cinturilla de la falda y me metió la otra mano en las bragas.

—Cómeme —le dije, y eso hizo.



Un par de horas más tarde, alguien llamó a la puerta.

—Pasa —indicó Jacques.

Linda entró, parecía aturdida.

—¿Dónde demonios estabas? —pregunté.

Hizo una especie de gesto en dirección a la cama, sobre la que en ese momento estábamos tirados. Tenía los ojos vidriosos y las mejillas sonrojadas.

—¿En serio? ¿Joder, ya habéis…?

—Vale, vale, espera, ¿con quién? —interpuso Jacques, que se incorporó y colocó las almohadas en nuestras espaldas.

—Jesús, pero si ni siquiera ibas pedo ni puesta ni nada —solté mientras fingía una especie de postura moral superior, consciente de que estaba siendo una hipócrita.

—Bueno, ¿y cuándo dices que vamos a conocerle? —preguntó Jacques.

—Yo ya lo he hecho.

—Anda. —Jacques se giró hacia mí—. No me puedo creer que no me lo hayas contado.

—Es que no había *nada* que contar. ¿Verdad, Linda?

Linda se sentó en el extremo de la cama y me ignoró, estaba en su propio mundo.

—Ha sido sideral. Nunca había hecho nada así. El tío ni siquiera me gustaba.

—Pero apuesto a que ahora sí —comentó Jacques—. Ese chaval te tiene hipnotizada. —Me miró mientras lo decía y sus manos se deslizaron entre mis piernas bajo las sábanas.

—No es verdad. Solo ha sido un rollo de una noche. ¿Verdad, Lindy? —Le aparté la mano a Jacques.

—Os caería genial, chicos, lo sé. Es… deslumbrante —afirmó Linda embobada, como si el mismísimo Puck la hubiese rociado con jugo del amor. Era una embriaguez ciega, una locura.

—¿Y cómo se llama *don Deslumbrante*? —preguntó Jacques.

—Mark —respondió ella, y yo solté una risa.

—No tiene un nombre muy deslumbrante que digamos.

Linda miró por la ventana, se llevó los dedos a la boca e inspiró.

Se giró hacia mí, se puso muy recta y me soltó:

—Me pregunto por qué nunca puedes alegrarte por mí.

Ese tío se las había apañado para conseguir lo que nadie había logrado.

13

Linda desapareció durante días. Algo inaudito. Dolió. Así que, me las ingenié para que nos cruzásemos «por casualidad» en el edificio de artes y me planté a la salida de su seminario a mitad de semana. Mientras esperaba, me pregunté si habría conseguido hablar sin ponerse como un tomate. Cuando salió, parecía distinta: como si estuviese muy cómoda dentro de su propia piel, en lugar de desesperada por salir de ella. Siempre había sentido que Linda fluía hacia fuera, en mi dirección, pero esta vez, cuando me vio, se le contrajo el cuerpo y me saludó con alegría, como si fuese una mera conocida. «Que te den, Lindy, ¿dónde estarías si no fuese por mí?».

Fui al puesto de café y le compré un café con leche, a pesar de que me había dicho que había dejado de tomar lácteos. Salimos al aire oscuro y húmedo y nos sentamos en un banco de madera al anochecer.

Linda se levantó y después se sentó encima de su mochila para no mojarse el abrigo. La Linda que conocía ni siquiera se habría molestado en cubrirse con un paraguas, ni aunque estuviese jarreando, como si no mereciese protegerse de los elementos.

—En fin, ¿cómo te va? —pregunté mientras la observaba.

—Hace un frío que pela, ¿qué hacemos aquí fuera?

—Quería hablar a solas contigo. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Hace tiempo que no te veo.

—¡Solo han pasado tres días, Jess! ¿*Tú* estás bien?

—Un pelín preocupada por ti.

—No seas condescendiente.

—No *estoy*… ¿Qué tal te va con el tío? —Me miró de soslayo como para comprobar si iba en serio o si estaba tramando algo—. ¿Te gusta salir con él? —proseguí al mismo tiempo que modulaba la voz para parecer razonable e invitarla a que confiase en mí.

—Es fascinante, ya lo verás… —contestó, y se le relajó el cuerpo.

Sentí una oleada de alivio al ver que todavía buscaba mi aprobación.

Levantó una hoja que amarilleaba y la miró con detenimiento.

—Qué hoja tan chula —dije—. ¿La vas a poner en tu libro de recortes? —pregunté con una voz ligera como una pluma, pensada para acariciar y hacer cosquillas.

Asintió con los ojos bien abiertos y brillantes, y se la metió en el bolsillo del abrigo.

—Está en cuarto —confesó como si fuese lo más romántico que se podía decir de alguien.

—¿Entonces es un asaltacunas? —pregunté.

—Estudia Filosofía —respondió sin inmutarse, protegida por su obsesión recién descubierta.

—Eso es para catetos a los que no les da la nota para estudiar otra cosa —espeté.

—Quiere ser escritor.

—Venga ya…

—Se nota que tiene talento… Es profundo.

—¿Tiene algo publicado?

—Jamás he conocido a nadie como él.

—¡Es evidente que una persona que combina botas de vaquero con una parka es alguien único! —exclamé—. ¿Y sobre qué escribe?

—La condición humana —dijo superseria.

—¿Escribe sobre lo perversos que somos todos…? —Me reí—. ¿Tiene algo publicado? —No pensaba ceder.

—Él no se ajusta a ningún patrón.

—¿Eso es lo que te ha dicho? Se parece un poco a Joyce, ¿verdad?

—Sí, eso creo… Además, escribe obras de teatro.

Eché un vistazo a mi mejor amiga y me quedé a cuadros de lo ingenua que era. ¿Cómo era posible que, objetivamente, viniésemos del mismo sitio? Me respondí yo misma al imaginarme a su madre en aquella casa fría y marrón, esa nariz enorme, esa amargura frágil. El olor a desinfectante me invadió las fosas nasales.

—¿Has leído algo suyo?

—Es precioso.

—Ya veo…

—Y brutal, pero precioso.

Me mordí el interior del carrillo para no decir nada más, notaba lo pillada que estaba y era serio. Se me vino a la mente cuando Sue afirmó que estaba «hambrienta» y me la imaginé atiborrándose de comida sustanciosa mientras se paseaba por un supermercado e iba

llenando el carrito de la compra de más comida, incluso a pesar de estar vomitando discretamente en un pañuelo.

—¿Qué tal está Jonathan? —pregunté para cambiar de rumbo—. Apenas lo hemos visto desde Navidad.

—Bien. —Se quitó una pelusa del abrigo con impaciencia.

—No me has contado nada del día después de Navidad. ¿Cómo eran sus padres?

—Su padre se había ido a jugar al golf —contestó. Empezó a tirar de una astilla podrida de madera mojada del banco.

—¿Cómo era su casa?

—Gigantesca. Tenía pinta de hotel, por dentro todo era gris y lila.

—¡Suena terrible! ¿Y su madre?

—Desesperada —respondió, y se calló.

Esperé a que dijese algo más.

Soltó un respingo y se llevó el dedo a la boca, se había clavado la astilla. Se lo chupó.

—Tenía que pasar —afirmé al mismo tiempo que le hacía gestos para que me dejase verle la mano. Se negó y siguió chupándoselo.

—No quiero ser cruel, pero es como si la madre de Jonathan estuviese enamorada de él. Era muy efusiva —confesó.

—¿Es guapa?

—Supongo que sí, se arregla mucho…

—¿Pasó algo, L?

—No, nada. Fue todo muy respetuoso. Pero no era real.

—Creo que deberías presentarle a Jonathan a ese tal Mark, si planeas seguir viéndote con él.

—Me da que no es buena idea.

—¿Por qué? Si Jonathan y tú sois buenos amigos.

—Con el sexo opuesto no existe eso de ser «solo amigos».

—¿Qué tonterías te ha estado metiendo en la cabeza ese rarito aspirante a escritor/filósofo?

—Para de hacer eso. —Me miró.

—Solo digo que ese tío tiene algo raro y que vayas con cuidado. —Levanté la mano en el aire.

—Claro, y has estado con él… ¿cuánto, un minuto?

—No me dio buena espina.

—Él dijo lo mismo de ti. —Esbozó una sonrisa de complicidad maliciosa para aislarme.

Una ráfaga de viento repentina tiró un par de hojas secas de las ramas. Una aterrizó en mi nariz.

—Qué mona —dijo Linda, y me la quitó—. Hace que me sienta bien conmigo misma. ¿Eso para ti no vale nada?

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Una semana? —pregunté.

—Bueno, tú con Jacques lo supiste al momento.

No indiqué que Jacques era sexo con patas y que él jamás diría nada malo sobre mi mejor amiga.

—Dijo que le gustaría conocer a mis amigos…

—Buen plan. ¿Vamos al Stag's a por unas jarras?

—Prefiero que Jonathan no esté —contestó ella—. Si fuésemos solo tú, yo, Jacques y Mark la dinámica sería mejor, ¿no crees?

—¿Una cita doble?

Vi la intensidad de su anhelo reflejada en su mirada, en ese gris acuoso a la luz de creciente oscuridad, pese a intentar luchar contra el deseo de mi aprobación.

De repente, se levantó.

—Tengo que irme.

—¿Adónde?

—Pues…

—¿No te vas a tomar el café? —Señalé la bebida sin tocar que tenía al lado en el banco.

—No bebo leche.

—¿Desde cuándo?

—Ya te lo había dicho, pero has preferido no hacerme ni caso. —Se dio la vuelta y soltó por encima del hombro—: ¡Bébetelo tú!

—No te olvides de la astilla —le grité a su espalda—. Si no, se te puede infectar.

14

Jacques y yo estábamos sentados en un reservado del Stag's Hunt: un bar animado y lleno de humo del centro de Dublín; tenía una fachada victoriana toda de hierro forjado, un guiño al encanto de la antigüedad en un callejón adoquinado que apestaba a pis. El interior tenía cabezas de animales disecados por doquier, asientos de cuero rojo, espejos descomunales y una luz suave. Bullía con los gritos de voces jóvenes y obstinadas, alguna que otra risa grave y exclamaciones de coqueteo del tipo: «¡Madre mía, eres de lo que no hay!». El ambiente olía a sudor que tiraba para atrás, que se disimulaba con el aroma a Eau de Cologne cítrico de los chicos y el olor almizclado a Opium de las chicas.

—A ver, al tío *parece* que le mola el beis… —dije.

—Lo pillo, no te gusta cómo viste. —Jacques me sonrió de forma indulgente.

—No es solo eso.

—¿No cayó rendido ante tus encantos?

Le di un patadón en las espinillas. Ni siquiera se inmutó, demostró que tenía el autocontrol que a mí me faltaba. Linda entró en ese momento, tenía el brazo de Mark rodeándole los hombros y la mano del tío suspendida sobre la garganta, como si estuviese apretándole la tráquea. La última vez no me había fijado en su altura ni en el trozo que le sacaba a Linda, incluso estando agachado. Sus estilos no pegaban: el de Linda era puritano y acicalado, mientras que el de Mark era libertino y desaliñado de forma deliberada. Ambos tenían un aspecto angular impactante, con unos pómulos envidiables, pero mientras que las delicadas facciones de Linda tenían un deje golondrinesco, las de Mark parecían las de un halcón.

Llamé a Linda y los saludé para que se acercaran.

—¡Hola! Dejad que os traiga algo de beber —ofreció Jacques al levantarse.

—Gracias —dijo Linda—. Yo quiero una copa de Guinness.

Una expresión de desaprobación atravesó el rostro de Mark.

—Yo una limonada, por favor —contestó. Fue tan raro que casi parecía ofensivo. En aquella época nadie era abstemio en la universidad.

—¿No le das al alcohol? —le pregunté.

No me contestó, aunque estaba segura de que me había oído. Se sentaron en el banco de enfrente, Linda se cruzó de piernas y se puso a menear el pie como de costumbre. Mark le apoyó la mano en la rodilla y paró.

—Bueno —empezó Jacques cuando volvió con las bebidas—. ¡Si es el hombre del momento!

—Sip —respondió Mark—. Soy un tío con suerte, ¿a que sí?

—¡Eso creemos! —Jacques me miró.

La conversación me puso enferma. Una muestra de posesión masculina.

—Tú debes de ser Jessica —afirmó Mark, y se pasó la lengua por el tenso labio superior. Por desconcertante que fuese, tenía unos labios perfectos de aspirante a estrella de los 40, con un arco de cupido muy marcado. Se miró en uno de los espejos gigantescos y empañados, y el reflejo de sus gafas pareció devolverle una imagen distorsionada que le gustó.

—¡Eso creo!

—Ya era hora —contestó sin apartar la vista del espejo. Se sostuvo la mirada. Me sorprendió esa elección de palabras: «ya era hora». ¿De verdad era tan invisible para él?

—Jacques —dijo Mark mientras se giraba para mirar a mi novio—. Estás estudiando ruso, ¿cierto?

Jacques asintió; estaba acostumbrado a que todo el mundo supiese cosas de él de antemano, al ser una parte de la pareja más guay y mona de la universidad, según un consenso unánime.

—¿Y tú? —preguntó Jacques.

—Filosofía —respondí por él con un deje de desprecio.

—Filosofía —contestó Mark como si no hubiese dicho nada—. ¿Eres de origen francés? —le preguntó a Jacques.

—*¿De origen?* —me burlé. Nadie se pispó.

—Mis padres son franceses, sí —confesó Jacques—, aunque yo crecí aquí. —Me di cuenta de que eso era más de lo que me había contado a mí—. ¿Qué hay de ti?

—Soy de Dublín, nací y crecí aquí. Mi padre regentaba un bar. Un tío normal de clase obrera. Pero era un capullo integral. —Me percaté de que al decirlo su acento pasó de gangueo de mitad del Atlántico a un acento marcado del centro de Dublín—. ¿Y tú qué? —me preguntó Mark—. ¿De dónde eres?

—Del mismo sitio que tu novia. ¡Éramos vecinas!

—Ah, cierto, puede que lo mencionase… *¡A las tías de los suburbios les piiiiiirra Wilde!* —exclamó, arrastrando las palabras—. Más vale andarse con ojo con ellas. —Linda y Jacques se rieron, pero a mí me ardieron las mejillas—. Linda me comentó que estudiabas francés, ¿no? —continuó Mark.

—Supongo que sí.

—Entonces has elegido bien —respondió, refiriéndose a Jacques.

—Sí, es el único motivo por el que estoy con él. ¡Para practicar francés! —exclamé, e intenté que pareciese sarcástico, pero sonó como si fuese cierto.

—Te dieron una ayuda para estudiar, ¿no?

—Una beca —le corregí.

—No lo creo —contestó él—. Aunque, en fin, es cuestión de semántica. En resumen: vas a todo pagado.

Por lo general, cuando decía que era una alumna becada, sentía un arranque de orgullo, pero esta vez tan solo me sentí como una gorrona.

—Mi padre nos dejó sin un duro —espeté.

—En ese caso, te lo mereces —contestó, y no supe si se refería a que mi padre hubiese tenido cojones para marcharse o a la beca—. Y además actúas, ¿verdad? —Siguió con el interrogatorio.

—Madre mía, Linda, ¿hay algo que no le hayas contado? —Intenté bromear con mi amiga.

—Supongo que se te dará bien —respondió, y su tono hizo que pareciese tanto un insulto como un halago.

—Mark es director —soltó Linda.

—Vaya, pensaba que habías dicho que era escritor.

—Ambos —afirmó a la vez que se quitaba las gafas y se las ponía en la cabeza. Por un segundo, me deslumbró. Sus ojos eran unos estanques azul eléctrico que generaban su propia electricidad

estática a la luz tenue del bar, como si un foco los estuviese apuntando por detrás, desde dentro.

—¿En qué curso estás? —pregunté cuando recobré la compostura.

—En cuarto.

—¿Y estás saliendo con una de primero? —Le apretó la rodilla a Linda como respuesta—. ¿Nunca habías tenido novia? —presioné.

—¿Quién pregunta? —contestó mientras miraba directamente a Linda, que sonrió—. ¿Qué tipo de actuaciones haces? —preguntó.

—¡Es la monda! —exclamó Linda—. Ha representado obras de Alan Bennett, de Ionesco…

—¿Algo con más sustancia?

—Acabo de hacer una audición para la hijastra de *Seis personajes en busca de autor*.

—Por supuesto. —No tenía ni idea de a qué se refería. Por ahora, lo único que sabía del personaje es que era «guapa e insolente»—. A mí me fascina el trabajo de Pirandello —afirmó—. Esa ironía deliberada. —Bien podía haber estado hablando de sí mismo. *Don Artífice del Despiste Consciente*—. ¿Me habías dicho que tu amiga tenía una madrastra? —le preguntó a Linda sin dejar de mirarme—. Qué reparto tan interesante… El arte imita a la vida…

Me di cuenta de que tenía que empollarme la obra. También me percaté de que estaba tan centrado en mí que fue como estar debajo de un foco en un escenario, y no había ningún otro sitio donde quisiera estar.

—Estoy trabajando en una obra. Es más bien una adaptación de una clásica. Y creo que serías perfecta… —Rompió el trance conmigo y se volvió hacia Jacques—. Eso si te parece bien prestarme a tu

novia, claro.

¿En serio?

—Es un alma libre. —Jacques se rio. Yo lo miré desconcertada—. Me refiero a en lo laboral, mi amor —afirmó, y me plantó un beso en la punta de la nariz.

—¿De qué va la obra? —pregunté.

—No me gusta hablar de un proyecto hasta haberlo terminado —dijo, y luego hizo el paripé de ponerle un mechón suelto a Linda detrás de la oreja. Nos miró a Jacques y a mí—. Hacéis muy buena pareja.

—¿A que sí? —contestó Linda sin aliento—. ¡Te lo dije!

¿Qué más le había contado? Me daba la sensación de que se había apegado a Mark con tanto ahínco como antes a mí.

—¿Lindy…? ¿Me acompañas al baño? —Me levanté, estaba decidida a recuperarla.

—Vaya. —Miró en mi dirección y después bajó la vista hacia la mano de Mark, que seguía apoyada sobre su rodilla—. No me hace falta.

—¿Podemos ir más tarde, entonces? —pregunté con un tono que me pareció infantil.

—¿«Acompañarse al baño» es un código que significa otra cosa además de ir al baño? —inquirió Mark. Me lo imaginé anotándolo en su libreta de escritor: apuntes sobre «el género femenino» y su «etiqueta en el baño».

—Pues claro, ¡son mujeres! —contestó Jacques con una carcajada.

Linda y yo cruzamos las miradas y ella me sacó la lengua con la

punta como una flecha.

—Vaya, me pregunto qué pensaría nuestra presidenta de ese comentario —solté para referirme al hecho de que habíamos tenido a la primera presidenta en la historia de Irlanda, Mary Robinson.

—Esa es una feminista liberal a la que le va la marcha—afirmó Mark.

—*¿La marcha?* —repetí, y Linda y yo nos echamos a reír espantadas.

—¿Qué opinas de nuestro nuevo Taoiseach? —preguntó, dirigiéndose a Jacques.

—Me gusta su nombre, Albert Reynolds. Suena a estrella de cine antiguo —contesté.

—Aunque no tiene pinta de estrella de cine antiguo. Tiene una cara superirlandesa con esos labios tan finos —añadió Linda.

—¿Y qué me dices de ese acento de granjero de Roscommon?

—¿Qué tal si hablamos de sus políticas, *chicas*? —interpuso Mark, se lo estaba pasando en grande—. ¿Entonces eres del Fianna Fáil, Jessica?

No podía admitir que no tenía ni la más remota idea sobre la política de mi país, salvo que había dos partidos opuestos, el Fianna Fáil y el Fine Gael. Uno era de corte más «liberal progresista» y el otro más nacionalista, pero no estaba del todo segura sobre cuál era cuál. En esa época, mi mundo era bastante corto de miras: yo, yo, yo. Para ser sincera, lo sigue siendo. Puede que sea mi marca de narcisismo personal, derivada de una herida causada por el abandono. (No me apetece patologizarme, así que paso de compartir esa «revelación» con la doctora Collins).

—¿Te sientes muy irlandesa? —me preguntó Mark. No.— ¿Hablas gaélico?

—Tanto como el que más —respondí. El irlandés seguía formando parte del plan de estudios obligatorio. Me gustaba porque se me daban bien los idiomas, además, sonaba muy romántico con todas esas frases hechas.

—*Ar nós na gaoithe!* —exclamé, que podría traducirse a «rauda como el viento».

—*Nach breá an lá é?* —preguntó Linda. «¿No hace un día maravilloso?».

—*Is breá, buíochas le Dia* —contesté yo. «Sí, gracias a Dios».

—*Dia duit* —deseó Jacques. «Que Dios sea contigo».

—¿Tuviste que aprenderlo, siendo francés? —preguntó Mark a Jacques.

—Nací aquí, ¡así que sí! —exclamó Jacques.

—*Dia is Muire duit!* —le devolví. «Que Dios y la Virgen sean contigo».

—Aborrezco esa inclinación que tiene nuestro legado por lo religioso —confesó Mark—. Aunque la lengua es preciosa, tiene muchas capas y esas treinta y dos palabras que tiene para «campo» hacen de ella algo excepcional. No me extraña que esos saqueadores cabrones intentasen borrarla del mapa.

—¿Quiénes, cielo? ¿Los ingleses? —preguntó Linda, que quedó como una imbécil de categoría.

—Tenían que aplastar esa furia, controlarnos… —prosiguió tras fingir que no la había oído.

—*Póg mo thóin!* —espeté. «¡Que les den por culo!».

—Entonces, ¿te gusta? —me preguntó Mark.

—¿Quién?

—Pogue Mahone. —Estaba perdida—. Ya sabes, el vocalista de los Pogues.

Jacques se puso a cantar «Dirty Old Town» y Lina se unió a él.

—Me encantan —dijo como si estuviese en un sueño—. Esa actitud tan punk celta.

—Salvo que él es inglés —rebatió Mark.

—¿En serio? —preguntó Linda—. Pero si parece más irlandés que muchos.

—¿Y eso por qué, amorcito? ¿Porque bebe y dice palabrotas?

Amorcito.

—Es más que eso; es por su actitud rebelde y el numerito que lleva.

No sabía que escuchase música distinta a la que le había enseñado Sue.

—Sinéad O'Connor es auténtica —afirmó Jacques.

—No pienso rebatírtelo —respondió Mark. Como si todo tuviese que ser una discusión.

—¡Es una diosa! —añadí—. Con esa belleza desnuda, literal y figuradamente.

—Me encantaría trabajar con ella algún día. Esa combinación de

rabia y vulnerabilidad es tan pura…

—Bueno, pues sigue soñando… —contesté. Nadie se rio. En aquel momento, parecía posible.

—Me encantaría escribir un papel para ella —prosiguió Mark.

Me quedé callada. Me sorprendió tener tantas ganas de escucharle decir lo mismo sobre mí.

15

Jacques y yo estábamos acurrucados en la cama, arrebujados debajo del edredón y con unos calcetines gordos puestos después de una intensa sesión de sexo para liberar tensión, tras la que acabamos con una capa de sudor frío en el cuerpo. Fingió que iba a devorarme.

—¿Dónde te escondes debajo de todas estas capas?

Me arrebujé aún más en el edredón y me tapé la cabeza. Unos instantes después, tuve que salir a por aire.

—¡Vaya huevos! —exclamé.

—Muchas gracias, cielo.

—Ya sabes a quién me refiero… «Eso si te parece bien prestarme a tu novia» —repetí, imitando lo mejor que pude el acento estadounidense-dublinés de Mark—. Menudo capullo pretencioso.

—Tampoco te vi negarte. ¡Lo que sea por conseguir un papel! —exclamó Jacques mientras me hacía cosquillas.

Me lo quité de encima de un empujón y dije en un acento francés falso:

—Si es el *hombge* del momento… ¡Son *mujeges*! ¡Serás cerdo!

—Oye, pero si son solo las mujeres las que usan el código «acompañarse al baño». Tú misma me lo dijiste.

—Pero no para que me lo echases en cara y me humillases públicamente.

—Estás siendo un pelín dramática, Jess.

—¿Llamar a nuestra presidenta una «feminista liberal a la que le va la marcha»? ¿Es que no te chirría?

Jacques se rio y se secó los ojos con el dorso de la mano para limpiarse las lágrimas que le bajaban por la cara.

Me acerqué y se las lamí de las mejillas.

—¿Viste cómo me estaba interrogando?

—Pensé que solo se estaba interesando.

—¿No te pareció demasiado interesado? —pregunté para chincharle.

—No —contestó Jacques sin rodeos; no era la respuesta que esperaba. Alargó el brazo hacia su jersey, que estaba tirado por el suelo, donde lo había dejado la noche anterior.

—¿Y qué me dices de que no apartase la mano de la rodilla de Linda en ningún momento?

—¿Qué problema hay? —dijo mientras se pasaba el jersey por la cabeza.

—¿No piensas que era una demostración de propiedad?

—Esto es a lo que yo llamo una «demostración de propiedad» —contestó tras acercarse y darme un apasionado beso con lengua.

—Pero nosotros lo estamos haciendo en privado —dije—, no estamos fingiendo delante de nadie.

—¿Te gustaría que lo hiciésemos? —preguntó Jacques.

—Creo que a Mark le encantaría. «¡Hacéis muy buena pareja!» —repetí, y fingí que me daba una arcada.

—Pero tiene razón, nena. —Jaques ladeó la cabeza y yo hice un puchero. Me acerqué para darle un beso.

—¿Y la forma en la que llamó a Linda «amorcito»?

—Vale, eso fue un poco cursi.

—Está obsesionado con ella —afirmé—. No para de tocarla.

—Yo hago lo mismo contigo. —Me puso a su lado y me envolvió con su jersey.

Lo aparté de un empujón.

—¿En serio crees que se comporta de la misma forma que haces tú conmigo?

—Pero ¿qué es lo que tanto te molesta de él? —Me analizó el rostro con demasiada intensidad.

—¿Es que no viste cómo le impidió ir al baño? —continué.

—No es verdad, ella dijo que no le hacía falta.

—Le apretó la rodilla con la mano. Lo vi.

—¿Estás celosa, Jessie Messy? —Me dio un beso en el obligo. No sabía de dónde había salido ese apodo y tampoco me hacía gracia.

—Qué patético —dije, refiriéndome tanto al apodo como a sus dotes nulas de observación—. ¿De verdad no notaste nada raro?

—Si te consuela, creo que no va a durar.

—¿Por qué?

—Me da la sensación de que ella es su proyecto personal más reciente.

Proyecto personal. Parecía que había dado en el clavo, por escalofriante que fuese.

—Yo solo espero que no la utilice y luego la deje tirada. Creo que Linda no lo soportaría.

—Pues claro que sí, ya es mayorcita. —Preferí callarme la dolorosa historia de mi amiga y las inseguridades que la siguieron—. ¿Te fijaste en cómo habló de mi beca?

—Creo que no lo dijo con ninguna intención.

—¿En serio? ¿Es que no te das cuenta de que estaba siendo ofensivo a propósito al decir que era una «ayuda»?

—Bueno, en cierto modo lo es, ¿no? No tuviste que hacer ningún examen…

—Esa no es la cuestión —dije—. Me *corrigió* en público.

—Creo que su forma de hablar es demasiado directa. Puede que esté dentro del espectro.

—¿A qué te refieres con «dentro del espectro»? —pregunté. (El Dublín de los 90 no era precisamente famoso por esas categorizaciones políticamente correctas, simplemente había muchos «bichos raros», «idiotas» o «tarados» por ahí sueltos).

—Nada, solo es algo que solían decir sobre mi hermano.

Contuve el aliento. Era la primera vez que me contaba algo sobre su familia por voluntad propia. Se llevó la manga del jersey a la boca y empezó a chupársela. Lo observé en silencio antes de que me mirase, esbozase una sonrisa torcida, me atrajese hacia él y empezase a mordisquearme el lóbulo de la oreja.

—¿Y qué es de tu hermano? —pregunté con suavidad. Se puso de

pie encima de la cama y me pasó por encima—. ¿Adónde vas?

—Jesús, ¿quién es la controladora ahora? Al baño, ¿algún problema? —Se dio la vuelta y me sonrió—. Te cae mal el tío, lo pillo. Pero hazme caso, celosilla, no durará mucho. —Me lanzó un beso antes de irse y después asomó la cabeza por la puerta—. A diferencia de mí, de quien no te librarás fácilmente.

Me senté en la cama y me quedé pensando en mi novio, que pese a estar muy distante con su familia, estaba bastante centrado en mí. ¿Quién era ese hermano que su madre había descrito como «dentro del espectro» y dónde estaban ellos? ¿Por qué se había empeñado tanto en borrarlos por completo de su nueva vida?



—¿No crees que es lógico alejarte de tus padres en esa etapa de crecimiento? —pregunta la doctora Collins. Miro por la ventana y solo veo la pared—. Para forjar vínculos nuevos —prosigue.

—Bueno, sí, hay cierto grado de individualización, claro…, pero en mi opinión… —Me imagino que puedo escuchar a los insectos escabullirse y susurrarse los unos a los otros por la pared, afanados en su vana existencia. La doctora Collins espera pacientemente, aunque veo cómo se le contrae el pulgar derecho—. Esos críos de universidad que necesitaban más las distancias y tenían una actitud de «que te den» a lo grande, eran los mismos que tenían el vínculo y la conexión psíquica más fuertes con su familia…

Me estoy convirtiendo en una experta en crear vínculos, o en inventarme cosas.

—¿Así es como te sentías tú?

—Bueno, sí, necesitaba alejarme de Sue, pero no a los niveles que Mark creía que *eran necesarios*.

—*¿Necesarios?*

—«La libertad requiere de una especie de ruptura» —repito como un loro.

—Como hizo tu padre.

—Supongo que no le quedó más remedio. —Me encojo de hombros, es inútil.

—¿Es así como te estás tomando tu divorcio?

—No —contesto—. No me importa lo suficiente como para eso.

—¿De verdad?

—Es más bien lo que siento… o lo que no.

—¿Mark te animó a hacerlo, a romper lazos?

Reflexiono un instante y pienso en los problemas de nuestras respectivas casas.

—¿Cómo lo supo?

—¿El qué?

—¿Por qué se fijó en nosotros?

Entonces, la doctora Collins hace eso de acercarse y quedarse en silencio. Mi mente empieza a moverse a toda velocidad.



Ahora, cuando intento describir a Mark y plasmarlo en papel, lo que más recuerdo es un extraño estado de atención sincrónica que experimentaba al estar con él. Cómo el aire parecía mudar y reorganizarse a su alrededor y lo mucho que me costaba dejar de

mirarlo a los ojos.

Carecía de ese tipo de belleza que teníamos Jacques y yo; era de hombros demasiado estrechos, boca demasiado apretada, pelo desvaído, manos y piernas demasiado grandes y piel pálida, como si se hubiese pasado la primera etapa de la niñez en habitaciones oscuras. Aun así, aquellas lentes azules, azulísimas, con las que veía el mundo, eran portales eléctricos a otros reinos. Tenía un porte que parecía decir: «Que te follen»; no era carisma en sentido estricto, pero sí algo oscuro y sexi. Conseguía que nosotros, su círculo más íntimo, estuviésemos cachondos todo el rato, excitados, en sintonía. Algo irresistible cuando tienes dieciocho y vagas sin rumbo. Él era capaz de sentir lo que latía bajo esa fachada de «indiferencia». Podía olerlo, se alimentaba de ello y nos lo regurgitaba hasta que nos atragantábamos con el trasfondo de dolor que no sabíamos que estábamos cargando.

—¿Jessica? —me interrumpe la voz de la doctora Collins.

—No estoy segura de poder fiarme de mis recuerdos —dije, mirándola fijamente.

—Y, aun así, aquí estás, intentando desenmarañar tu pasado.

—Siento como si me estuviese inventando una historia.

La doctora Collins contiene un suspiro y baja la vista hacia sus manos ahora inmóviles, que descansan sobre la falda de tubo que lleva puesta. Yo observo las mías, temblorosas, con demasiada vida palpitando a través de ellas; me miro las uñas mordidas, las cutículas desiguales, antes delgadas y expresivas y ahora venosas como ramitas. Aún estoy en la cuarentena. ¿Qué aspecto tendrán cuando pasen una o dos décadas? ¿Cómo las distorsionará y mancillará el tiempo y cómo se me presentarán mis recuerdos entonces?

16

Se me empañó la vista a medida que fui recorriendo las líneas con los dedos. Estaba en la biblioteca del edificio de artes, la Lecky, un sitio supermoderno, demasiado iluminado y con la calefacción a tope; el aire seco salía a raudales por los ventiladores que tenía a los pies. No conseguía concentrarme, una ansiedad distinta había invadido mis sueños y vigilia. ¿Cuánto tardaría el *auteur* en irse? Me obligué a volver a clavar la vista irritada en la página. «La sombrilla, de seda color tórtola, que el sol atravesaba, iluminaba con reflejos móviles el cutis blanco. Sonreía, cobijada en ella, a la temperatura tibia; y se oían caer las gotas de agua, una a una, en el muaré tenso…». *Venga ya*. Jacques me había dicho que esta obra me iba a encantar y que estaba seguro de que me identificaría con el personaje principal: una mujer vanidosa, superficial, aburrida, adicta al amor, caprichosa y necia. Veían a Emma Bovary a través de una mirada masculina, y me cabreé con Jacques. Además, tenía demasiadas descripciones pomposas e innecesarias.

—Bú —me susurró una voz detrás de mí al oído.

—¡Me cago en la puta! —chillé.

—Estaba seguro de que reaccionarías —dijo la voz—. ¿Me has estado evitando? —Jonathan se deslizó en la silla que tenía en frente.

—¿Os importaría cerrar el pico? —preguntó el tío que estaba en el de al lado tras levantar la vista.

Le sonreí de una forma agresivamente coqueta y después me centré en Jonathan: en sus bonitas facciones simétricas y en ese cuerpo trabajado a conciencia que contrastaban con ese pelo y esa naturaleza difíciles de domar. Me gustaba esa contradicción que tenía su persona.

—¿Café? —susurró de forma teatral para darle efecto.

Lo seguí hasta el puesto de café, necesitaba cualquier tipo de distracción.

—¿Qué tal te va con *La señora Bovary*? —preguntó en cuanto nos pusimos a la cola. Fingí un bostezo—. A mí me encanta ese libro.

—No creo que forme parte de tu programa de lecturas obligatorias de Economía, ¿verdad?

—Mi madre lee mucho.

Bueno, puede que después de todo no fuese tan «arreglada» como Linda creía.

—¿No te pone un poco de los nervios? —Cité—: «Trémula, esperanzada, vulnerable, imprudente, alborozada, apasionante, ah, y por supuesto, guapa, llena de vida y con olor a una mañana primaveral… sus faldas brillantes, su palpitante y desbocado corazón, unos labios modestos y un rostro brillante…», como dicen los críticos, difícilmente puede tratarse de un realismo literario «puntilloso».

—Madre mía, alguien debería ofrecerte el papel, ¡estarías fantástica!

Estábamos al principio de la cola y Jonathan pidió dos capuchinos, algo deliciosamente sofisticado.

—¿Sabías que Flaubert era un hombre gordo y caprichoso al que le encantaba irse de putas? Por lo visto, se pasó toda la vida con miedo de pillar sífilis.

—¿Y? Pensaba que a ti la moralidad te la traía al fresco.

Jonathan me pasó el café aguado y yo me dirigí al mostrador para

abrir dos paquetes de azúcar y echármelos al café, después, les di vueltas con energía. Hasta ese momento, jamás le había echado azúcar al café, pero ahora necesitaba notar el subidón y el sabor fuerte del dulce.

—Es que siento que solo se la ve desde una perspectiva masculina. Él la critica, pero al mismo tiempo la consiente. —Di un sorbo e hice una mueca. Me dolieron los dientes por el exceso de azúcar. Cité con exageración—: «Pero la vida de ella era fría como un desván con tragaluz que diera al norte, y el aburrimiento, araña silenciosa, tejía su tela en la sombra de todos los rincones de su corazón». —Me metí un dedo en la boca y fingí que potaba.

Jonathan se rio mientras me guiaba a uno de los asientos de plástico, donde me senté a su lado.

—Pues yo creo que es una genialidad.

—Es una Bella Durmiente de categoría…

—Bueno, por lo menos no le escribió un final feliz en el que encontraba a su príncipe.

—¡En eso tienes razón! Pero la describe de una forma espeluznante.

—Supongo… Nunca lo había visto de ese modo —confesó Jonathan.

—¿Qué más leía tu madre?

—Tenía un alijo de novelas de Jilly Cooper.

—Qué pilla.

—Mi preferida era *Jinetes*.

—¡La mía también!

—¿Seguirías pensando lo mismo si estuviese escrita por un hombre?

—Puede que no… —reconocí.

—¿Cómo está Jacques?

—¿Hablando de mozos de cuadra macizos?

Jonathan se tiró del jersey, le dio vueltas a una pelotilla de lana entre el índice y el pulgar y me la lanzó. Yo levanté los manos en un gesto de rendición falso.

—Está genial. Deberías venirte a tomar una pinta con nosotros más tarde. No deja de preguntar por ti.

—Me encantaría. Siento como si Linda me estuviese evitando.

—Ese tío nuevo no la suelta —dije—. Pero Jacques cree que no va a durar.

—¿Y tú qué opinas?

—Es demasiado pronto para saberlo, pero a ella le encanta que le presten atención; lo necesita.

Se removió un poco en el asiento y se le pusieron rojas las puntas de las orejas.

—En Navidad fui un poco cruel, lo sé, pero tampoco quería darle esperanzas. —Levantó el café y lo meció.

—Solo estaba borracha.

—Bueno, en fin, me alegro de que haya encontrado a alguien que la quiera. Se lo merece.

—¿Acaso no es algo que merezca todo el mundo? —Lo observé.

—Puede que en el caso de Linda sea mucho más cierto…

—¿A qué te refieres?

—Mi madre dijo que parecía que a Linda le hacía falta amor. Me dio a entender que estar con una persona tan herida no me vendría bien.

—Uf, qué duro. O sea que, ¿que no te quieran implica que eres imposible de querer?

—Es una frase típica de mi madre. Su capacidad para empatizar es limitada: la reserva solo para ella y para mí, al ser una extensión de ella. —Los dos nos quedamos en silencio. Jonathan suspiró demasiado fuerte y el líquido caliente le salpicó la cara—. Jooooder.

—¿Estás bien? —Se secó las mejillas con la manga—. Ten. —Le pasé una botella de agua del bolso.

—Gracias. —Se vertió un poco en las palmas y se mojó la cara a toquecitos—. ¿Podrías organizar una quedada para tomar algo?

—Claro —contesté, y sentí una especie de inquietud extraña.

—¿Sabes? La echo de menos. Sueño con ella…, pero no como en las novelas de Jilly Cooper, claro.

—Claro… Puede que ambos vibréis en la misma frecuencia y no os hayáis dado cuenta. ¿Quizá sea por esa tristeza que mencionó tu madre?

—Por Dios, es terrible —soltó—. ¡Consejos para memos!

Él se rio, pero yo no.

Ella era esa clase de persona. Alguien vulnerable que te engatusaba para colarse en tu subconsciente. Y, cuando Linda se apegaba a ti, sentías como si no existiese nadie más. Entonces pensé

en telarañas y ruecas invisibles. Y en la fría casa de Linda, que daba al norte y no nutría a ningún ser vivo. Y en ella teniendo que ponerse de puntillas para llegar a la puerta de entrada. Culpé a Flaubert.

17

—Estás guapísima, Linda —dijo Jacques. Y era cierto. Llevaba una chaqueta de punto amarillo limón nueva y una falda larga por debajo de las rodillas que le sentaban genial y deberían haber parecido cursis, pero que en cambio le conferían un aspecto retro y tierno, como una ama de casa de los cincuenta. Su complexión delgada le daba un aire melancólico estilo April Wheeler en *Revolutionary Road*. Mark sonrió como si el cumplido fuese dirigido hacia él, lo que indicaba que era el artífice de ese nuevo *look*.

Estábamos en el Dungeon, un bar oscuro y sin ventanas del campus, atestado de humo y del perceptible aroma a lejía barata de limpiar el baño que salía por los ventiladores; era el sitio al que iban los artistas, los actores y los drogadictos. Había organizado una quedada para tomar algo allí, pensando que Mark quedaría ridículo en contraste con el ambiente bohemio y relajado del sitio y entonces Linda se daría cuenta de que era un farsante. Salvo que parecía como si Mark pudiera mimetizarse o destacar a su antojo, incluso el espacio que lo rodeaba se las apañaba para acogerle. De repente, la parka y las botas de vaquero parecían extravagantes en vez de ridículas. Era imposible negar que atrajo unas cuantas miradas, pero no tenían nada que ver con el ridículo.

—Jonathan llegará dentro de poco —le dije a Linda.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo? —De pronto, parecía ansiosa.

—Bueno, te lo estoy diciendo ahora.

—¿Me acompañas al baño? —Parecía un código rojo.

Me levanté, la seguí y escuchamos la voz divertida de Mark a nuestras espaldas:

—Me pregunto qué asunto tendrán que comentar esas dos.

—En realidad, solo tengo que mear —dije, decidida a tener la última palabra en la discusión sobre las directrices femeninas de acompañarse al baño.



El baño tenía unas luces fluorescentes azules que nos daban un aspecto macabro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Linda.

—¿A qué te refieres? Jonathan te echa de menos, así que lo he invitado. —Linda abrió el grifo y observó el agua fluir sin decir nada —. ¿Qué es lo que tanto te preocupa, Lindy? —Siguió con la vista clavada en el grifo, en trance. Lo cerré y di unas palmadas delante de su cara—. Venga, si tan preocupada estás de que tu novio conozca al guapo de tu amigo, entonces quizás tendrías que replantearte lo de seguir con él.

—Uf, que te jodan, Jess. —Me quedé de piedra. Linda nunca me había dicho esas palabras, ni siquiera las había pronunciado. Punto. Pertenecían a mi terreno—. ¿Te crees que no soy lo bastante atractiva como para estar con un tío que solo esté pillado por mí?

—No me refería a eso.

—Sí, sí que lo hacías.

Nos quedamos en silencio. Recordé nuestros primeros días con vergüenza.

—Sabes que te quiero, Lindy. —Me miró con sospecha y anhelo. Nuestras miradas se cruzaron y el fluorescente azul de arriba proyectó unas sombras que hicieron que nuestros ojos parecieran repletos de surcos—. ¿Qué es lo que tanto te preocupa? —pregunté

con más suavidad.

Estaba escogiendo las palabras con cuidado, como si cualquier cosa que dijese fuese a sonar ridícula.

—No lo sé. Ojalá no lo hubieras invitado. No estoy preparada.

No estoy preparada. ¿Lo que sucedió en Navidad le había dolido más de lo que pensaba? Me di cuenta de que pronuncié algo que nunca solía decir, ni a Linda, ni a nadie:

—Lo siento. —Me sentí insignificante nada más pronunciarlo. Sumisa. ¿Lo decía de verdad o solo estaba actuando de forma táctica y tratando de volver a ganarme su afecto?

—Olvídalo —contestó con mal humor—. Lo hecho, hecho está.

Me sorprendió que las disculpas no tuviesen el efecto que esperaba. Dudo que, hasta ese momento, nadie se hubiese disculpado con Linda. Se miró al espejo y los ojos de su madre le devolvieron la mirada: la intensidad de su autodesprecio me dejó sin respiración. La rodeé con los brazos por la espalda y nos observé en el espejo mientras me aseguraba de captar su mirada; tenía los ojos grises y neblinosos bajo esa luz.

—Esta noche estás preciosa, Lindy.

—Lo que tú digas —contestó antes de darme un empujón y girarse.

Me pregunté por qué le preocupaba más que Jonathan conociese a su novio que yo. Era evidente que yo suponía una amenaza más grande, ¿no? Eché un vistazo a mi reflejo y solo vi un contorno ocupando un espacio vacío, como si fuese un esbozo dibujado a toda prisa.

Para cuando volvimos, Jonathan estaba sentado en un taburete, enfrascado en una conversación con Mark y Jacques. Su atuendo de deportista pegaba aún menos que el conjunto ecléctico y diseñado para despistar de Mark. Linda se tensó, cuadró los hombros y fue paseándose hacia ellos. Jonathan se levantó al vernos.

—Hola, desconocida.

—Hola, Jonathan. —Sonaba distante y apagada, como si estuviese debajo del agua.

—Ha pasado un tiempo… Mi madre ha preguntado por ti —continuó él.

Me pregunté por qué estaba mintiendo. Linda esbozó esa sonrisa tensa nueva y no estableció contacto visual con nadie. Se sentó en silencio al lado de Mark, que le apoyó la mano sobre la rodilla. Pareció calmarla y atraparla al mismo tiempo, pero por voluntad propia, y le cubrió la mano con la suya. Un pájaro criado en cautividad solo estaba a gusto en espacios cerrados. Me burlé de mi intento por comportarme como una persona culta decimonónica con ella. De todos modos, *era cierto* que Linda me recordaba a un pájaro enjaulado: era diminuta, pero aun así rebosaba un poder y un potencial que le habían arrebatado. Además, por aquel entonces aún podía haber averiguado cómo escapar de la jaula.

La doctora Collins hace un buen uso del silencio ahora.

—Debería haberme esforzado más.

Se me viene a la cabeza un destello de aquella noche. «Atreverse es perder el equilibrio momentáneamente», escuché mi voz salvaje citando a Kierkegaard, ¿o era la de Mark? Los recuerdos son borrosos, pasajeros. La noche prosigue en ecos distorsionados.

La doctora se acerca.

—No debí dejar que la engañase de esa forma.

—Ni a vosotros.

—Sí, ni a ninguno de nosotros.

—Pero erais jóvenes e ingenuos.

—Aunque a mí me gustaba competir por Linda y los jueguecitos que tramaba.

—¿Entiendes por qué?

—Era una egoísta adicta a la adrenalina y a la atención.

¿Qué cosas encajan con la versión de mí que aparece en la nueva obra de Mark de la hijastra herida, seductora, exhibicionista que se hacía pasar por la «mejor amiga»? ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta de las similitudes hasta ahora?

—*¿Adicta?* —me repite la doctora Collins. Me encojo de hombros —. Que te cierres en banda no ayuda, Jessica.

Una de las cosas favoritas de Mark: ten predisposición a sorprenderte y a expandir tus límites, tanto en la vida como en el arte.

¿Eso es lo que estoy haciendo? No es más que otro mero intento de «reconstruirme», de «reorganizarme» para transformarme en algo distinto. Bueno, pues que le jodan, ya sé de qué va esto. El potencial de daño es demasiado alto.

Echo un vistazo al móvil. Quedan cinco minutos.

—Se me había olvidado que tengo que ir a otro sitio —digo al levantarme. La doctora Collins se queda en silencio y asiente—.

Gracias por todo —me despido, y lo digo en serio.

Doy media vuelta y salgo de la sala. A partir de ahora, esta historia me pertenece.



—¿Os apetece algo de beber? —preguntó Jonathan.

Contesté que yo iría a por ellas, pero Jacques replicó que no me preocupase y luego Mark dijo que ya se encargaba él, y, por el tono que puso, le dejamos hacerlo. Después de señalarle lo que queríamos, Jacques se giró hacia Jonathan y le dio una especie de palmada en la espalda. Los dos jugaron a las peleas un poco mientras Linda estaba sentada con rigidez en una silla de plástico naranja brillante, una alusión retro al colegio y otra sarcástica a los drogadictos del futuro. Me senté a su lado y le apoyé la mano en la rodilla que no paraba de menear, pero ella me la apartó. Mark volvió sujetando las cinco bebidas con sus manos de pianista, elegantes y de dedos largos, sin despeinarse. En cuanto las dejó en la mesa, todos alargamos el brazo hacia ellas y les dimos un buen trago con rapidez, salvo Mark, que le dio un sorbito a la limonada de manera comedida. Podía notar cómo nos observaba y estudiaba nuestra sed colectiva.

—Es un placer conocerte por fin —le dijo a Jonathan mientras lo contemplaba.

—Sí, lo mismo digo. —Jonathan estaba más pendiente de intentar hablar con Linda, pero ella se negaba a mirar en su dirección.

—Qué raro que esta señorita se opusiese tanto a que nos conociéramos —prosiguió Mark, y le dio un apretón a Linda justo encima de la rodilla; ella dio una patada sin querer. Mark soltó una carcajada como si se estuviese burlando de una niña pequeña adorable, en vez de riéndose con ella. Linda se abrochó la chaqueta, pero no antes de que le viese un sarpullido incipiente en el pecho.

—Supongo que estaba ocupada con otras cosas —contestó Jonathan.

—Es evidente que con los estudios no… —afirmó Mark mientras le colocaba el pelo detrás de la oreja.

—Bueno, aún queda bastante tiempo. Falta mucho para los exámenes —dijo Jonathan.

—¿Y qué tal van tus estudios? Os he visto a Jessica y a ti haciendo novillos antes.

Ese comentario parecía muy de acosador, aunque también podía habernos visto de pasada…

—Estábamos tomando un café mientras charlábamos sobre *La señora Bovary*.

—¿Qué tal lo llevas, Jess? —me preguntó Jacques.

—No nos parecemos en nada.

—Ahí estás otra vez haciendo que todo gire en torno a ti, Jessica —espetó Mark, y me quedé sin aliento. Vaya puto descaro.

Miré a Jacques en busca de apoyo, pero pareció no haberlo oído y Linda seguía preocupada por haberse sonrojado; solo Jonathan, que se estremeció, pareció darse cuenta.

—¿Qué estudias? —le preguntó Mark, cambiando de tema como un experto.

—Administración de empresas, economía y estudios sociales… para lidiar con mis pecados —contestó Jonathan—. Es un muermazo.

—Pues a mí me encanta el nivel de la enseñanza aquí —respondió Mark. Sonaba tan formal y anticuado, como si estuviese haciendo de un escriba de la época victoriana.

—¿Y tú?

—Filosofía pura.

—Mola. No sabía que existía. Yo no tuve alternativa. Mi padre no me pagaría los estudios si estudiaba otra cosa. Por lo visto, tengo que hacerme cargo del negocio de la familia. Es su forma de mitigar un poco la culpa de ser un cabrón ausente.

—Yo ni sueño con que el mío quiera aplacar la suya. —Me reí con demasiada alegría.

—*Aplacar*… —Mark pareció reflexionar sobre el significado de la palabra—. ¿Y tú qué, Jacques?

—Nada que redimir. —Adoptó una expresión impasible. Lo observé, decidida a avasallarlo más tarde.

—¿Qué hay del tuyo? —le preguntó a Linda—. Tu padre tampoco es tan malo, ¿no? Paga todo.

—Le debe muchísimas más cosas que ese puto dinero —espeté—. Ese hombre sabía lo que pasaba en casa y la dejó ahí tirada.

Se le contrajo el cuerpo, como si pensase que si se encogía lo suficiente desaparecería. No debería haberla delatado, su expresión me recordó a ese momento en el que le confesó a Sue que su madre no la había querido. El hecho de que hubiese testigos hacía que la humillación pública fuese real.

Jonathan se levantó de repente, echó la silla hacia atrás y las patas chirriaron contra el suelo de cemento.

—Linda, ¿podemos salir fuera un segundo? Me gustaría hablar contigo.

—Ahora mismo no me apetece —soltó.

—Bien —dijo Mark—. Eso es bueno. Cada vez se te da mejor decir lo que piensas.

Quería mandarlo a la mierda, pero fue como si tuviese un nudo en la garganta.

—Linda, eres increíble tal y como eres —afirmó Jonathan con exasperación.

—Solo la estoy ayudando a ser la mejor versión de sí misma —respondió Mark, y me miró—. Nadie le ha enseñado a ocupar espacio y a defenderse. —Después, se dirigió a Linda y le dijo—: «¡Sé quien eres en realidad!». —Solté una risita—. ¿Qué es lo que te hace gracia? —preguntó Mark.

—¡Tú! «¡Sé quien eres en realidad!». —Volví a sentir esa actitud de colegiala, esa aspereza que me permitió sobrevivir al abandono de mi padre—. Farsante ridículo. —Este tío estaba azuzando a mi chica mala interior.

—¡Jessica! —Jacques parecía estupefacto. No conocía esta versión de mí, la que salía a la luz cada vez que peligraba mi amistad para mandarte a paseo.

—Ahora no, Jessie —soltó Linda.

—Son las palabras de un filósofo famoso —espetó Mark, parecía estar disfrutando.

—¿Quién, Nietzsche? —pregunté con un bufido.

—¿Te parece algo que diría un nihilista? —contestó Mark.

En realidad, no tenía ni la más remota idea y debería haberlo reconocido en lugar de meterme en una discusión sin fundamento:

—¿Es que no son todos iguales…? De un modo u otro. Este mundo

es un agujero negro y acabará devorándote.

—Guau, qué estrechez de miras —respondió Mark—. De hecho, Kierkegaard era existencialista y cristiano y creía en el poder del amor.

—¿De hecho? ¿Es un hecho? —pregunté.

—¿Un cristiano que cree en el amor? —interpuso Jonathan.

—Alberga la paradoja —dijo Mark.

No había nada más que decir, o por lo menos no había una respuesta que fuese a satisfacer a todo el mundo. Estaba cabreada. La presencia de Mark, su mismísima *esencia*, me despertaba unas ganas de pelear.

—No te mereces a mi amiga.

—Y yo creo que tú tampoco —contestó.

—Estáis hablando de ella como si fuese un *objeto* —dijo Jonathan.

Linda se rio, como si le gustase que dos personas se estuviesen peleando por ella.

Mi siguiente arremetida fue de colegiala, como cabía esperar:

—Esas gafas son de estirado. Y la parka es de capullo, ¡solo un capullo podría llevarla!

—Acepto tu opinión y subo la apuesta —repuso con tranquilidad.

—Adelante pues —invité.

—¿Jacques? —preguntó.

—¿Le estás pidiendo permiso a mi novio para insultarme?

—Le estoy pidiendo permiso para que me deje decirte unas cuantas verdades.

—¿Jess? —Jacques me miró perplejo. Él no era rival para nuestros juegos.

—Tu acento es falso —afirmé, lanzándole otra—. Todo lo que te rodea es una farsa.

—Tan provocadora como siempre —respondió—. Qué ganas tengo de verte hacer de hijastra. Incluso al mismísimo Pirandello se le pondría dura de la emoción solo con pensarlo.

—Vaya, gracias —contesté, e hice una reverencia teatral.

Jacques, Jonathan y Linda tenían distintas expresiones de consternación, aunque todos estaban igual de absortos con el dueto que estaba teniendo lugar.

—¿Quieres una dosis de verdad, Jessica?

—Dispara —respondí.

—Ese top rojo te sienta fatal, no favorece nada a tu complexión. Además, todo el mundo sabe que el rojo no pega con el pelo rubio, hace que parezca cobrizo.

—Por el amor de Dios. —Jonathan se levantó.

—Qué patético. —Se me escapó una risa áspera. Jacques soltó una risa nerviosa a continuación.

—¡Todo por la sinceridad entre amigos! —exclamó.

—¿Eso es lo mejor que tienes?

—El resto me lo reservo para otro día —soltó. Me emocioné demasiado. Mark le acarició el pelo a Linda mientras decía—. «El

amor no es egoísta, pues en él nada es tuyo ni mío».

Linda pareció derretirse contra él.

—Espero que esas palabras sean de tu querido existencialista y no tuyas —dije.

—Así es —confirmó, y le dio un beso a Linda en los labios—. Y yo las comparto.

—¡Qué oportuno para un controlador! —exclamé.

—Que lo veas de esa forma resulta revelador. —Se anotó el punto. Me pellizqué la palma de la mano—. Creo que estamos siendo bastante descorteses, Jessica. Por si no lo habías notado, aquí hay otras tres personas más.

Fue magistral: se las ingenió para dejarme en bandeja la responsabilidad del numerito. De pronto parecía tan razonable… Su tono de voz cambió de combativo a conciliador en cuestión de un segundo. Se volvió hacia Jacques.

—Espero que no te importe. En realidad, estaba poniendo a Jessica a prueba para un papel que estoy escribiendo.

—¿Y qué tal lo ha hecho? —preguntó Jacques, interesado.

—¡Lo ha bordado! —afirmó Mark.

Una sonrisa le tiró de las comisuras de los labios a Jacques, se estaba conteniendo. Una parte de él estaba disfrutando de nuestra violenta disputa. ¿Qué decía eso de cómo me veía?

Mark le recorrió la mejilla derecha a Linda con los dedos y se la pellizcó con suavidad. Las similitudes entre cómo estaba tratando a mi amiga y cómo solía tratarla yo eran asombrosas. Después, le plantó un beso en la mejilla irritada.

¿Me lo estaba imaginando o Linda me miró de forma engreída como si quisiera decir: «Tú no eres la única a la que desean así»?

Los dos se levantaron de la mano y se dieron la vuelta para marcharse.

—No os paséis con la bebida —se despidió Mark. Linda se quedó callada.

En cuanto los dos se alejaron lo suficiente, Jonathan saltó:

—¿Qué cojones? Parecíais Burton y Taylor, saltándoos de esas formas a la yugular.

—¡Espero que no! —exclamó Jacques.

—¿Te refieres a los de *¿Quién teme a Virginia Woolf*? —pregunté—. Uf, sí, ¡es igualito a George!

—Y tú has sido la Martha perfecta —afirmó Jonathan.

—*Mais, merci!* —Me arrodillé con elegancia.

—No era un cumplido.

—¿Queréis algo de beber? —preguntó Jacques, que se levantó para ir a la barra.

—*Mais, oui!* —exclamé nerviosa.

—Pues claro —contestó Jonathan.

—Espero que ella esté bien —susurré—. Espero que sepa con quién está tratando.

Jonathan me miró de soslayo y sin una pizca de humor, a modo de admisión silenciosa.

Jacques volvió con tres pintas.

—No os paséis con la bebida —dijo Jonathan, imitando a Mark.

—Brindemos por eso —contesté.

—Amén —respondió Jacques.

Y bebimos, bebimos y bebimos. Los tres. No hasta perder el conocimiento, pero casi. La risa venció, ahogada por el alcohol.

18

A la mañana siguiente, me desperté resacosa, en carne viva, demasiado sensible. Cuando Jaques se corrió dentro de mí, lloré, pero me aseguré de que no me viera. Tenía algo que ver con sentirme como un receptáculo, como un objeto, como si para él mi cuerpo fuese un lugar donde aliviarse físicamente; sentí algo raro, cuando antes tenerlo dentro era como volver a casa. (Más tarde, asociaría el sexo con una sensación invasora, pero no en esa época, en Jacques no había hostilidad).

Madrugué, dejé a Jacques durmiendo en la cama por primera vez y me dirigí hacia el puesto de café. Me pedí un café solo hasta arriba de azúcar —mi necesidad de consumir azúcar artificial no había tardado en convertirse en una costumbre— y esperé fuera de la sala de conferencias de Linda. Apareció charlando animadamente con alguien que no había visto en mi vida: una chica anodina con aspecto de ratón, pelo castaño, ojos azules desvaídos y una voz áspera y rápida. Ratatatatá. Su brazo descansaba de forma posesiva sobre el de Linda.

—¿Lindy? —la saludé en voz alta.

—Anda… ¿Qué haces despierta tan temprano? —Después, se volvió hacia la ratoncita y las dos soltaron unas risitas—. Jessie no suele amanecer antes de las doce. Pero, teniendo a un buenorro como *Jacques Cousteau* en su cama, quién iba culparla.

La chica emitió otra risita que sonó como un par de chillidos.

—Necesito que hablemos.

—Lo siento —se disculpó Linda—. Me voy a tomar un café con Mairin.

—Bueno, pues lo siento, pero necesito hablar contigo ya de ya. Estoy segura de que *Mairin* lo entenderá.

Linda se me quedó mirando. Intenté indicarle que era un «código rojo». Echó un vistazo a su nueva compinche.

—Perdona. ¡Jess suele ser bastante dramática!

Le di el brazo a Linda en una demostración de camaradería femenina para dedicarle un «que te den» amistoso.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó la ratoncita.

La guíe a través de las puertas automáticas que daban a la plaza frente al edificio de artes. Llevaba el mismo conjunto de la noche anterior.

—Alguien no pasó por casa anoche —dije.

—Está chispeando —comentó con incredulidad tras levantar la vista al cielo.

—Solo son un par de gotas. —Necesitaba espacio, cielo y aire fresco.

—¿A qué viene esa nueva obsesión por estar al aire libre? —preguntó—. Nunca has sido muy de las que les mola eso.

Pero ella sí que lo era. Me acuerdo de cómo, cuando era pequeña, veía belleza y magia por todas partes: una mariquita solitaria sobre una brizna de hierba hacía que se le saltasen las lágrimas; las abejas que zumbaban a principios de verano la hacían dar vueltas con alegría, literalmente. Recordé lo embelesada que estaba cuando Sue nos hizo una de sus muchas interpretaciones de *El árbol muy, muy lejano*.

La lluvia arreció cuando nos guie hacia las canchas de deporte.

Linda se rodeó con los brazos el cuerpo delgado, vestido con solo una blusa ligera y una chaqueta de punto. Seguí avanzando y nos guie bajo la copa de un árbol enorme de hoja perenne en el borde del campo de críquet. Sus frondosas ramas nos resguardaban un poco. Una gota gruesa le mojó la nariz y se subió el cuello, temblando.

—Ten. —Me quité la chaqueta y se la eché por los hombros—. Deberías ponerte ropa más adecuada.

—Vale, mamá. —Alzó la vista hacia las ramas que estaban sobre nuestras cabezas—. Creo que es un roble, un árbol de hoja perenne. Qué raro… Lo había visto de lejos, pero nunca me había acercado tanto. Es majestuoso.

Apoyó la espalda contra el árbol, cerró los ojos e inspiró con fuerza.

—¿No vas a darle un abrazo? —pregunté.

—¿De qué querías hablar? —dijo, y abrió los ojos de golpe.

—*Shhh*. Me está diciendo algo. —Pegué la oreja contra el tronco.

—¿Y qué cuenta? —susurró, incapaz de resistir la atracción de la magia.

—La llaman la Gran Sabia, ¿lo sabías?

—No es muy original que digamos. —Se rio.

—Dice: «Ten cuidado con ese hombre» —proseguí.

—Pues parecía que anoche disfrutaste de su compañía. —Dejó de reírse.

No estaba segura de lo que sugería ese tono.

—Lindy, estoy preocupada por ti.

—No empieces otra vez —contestó.

—Vi lo que te hizo —confesé, refiriéndome al pellizco. Me lanzó una mirada de asco. Tenía derecho a ponerme frente a un espejo—. Si actúa así en público, ¿cómo es a solas? —pregunté con cautela.

—Creo que tú conoces esa respuesta mejor que nadie, Jess. —Me quedé tan sorprendida como si me hubiese asestado un puñetazo en la tráquea—. En realidad, es bastante majo cuando llegas a conocerle —continuó.

—*¿Majo?* Me insultó a mí, tu mejor amiga, delante de todo el mundo.

—Bueno, solo estaba siendo sincero, ¡ese top rojo te sienta *de culo*! —Puso una mueca, como si le hiciese gracia y al mismo tiempo lo sintiese—. No se anda con rodeos. Eso es lo que me gusta de él: su sinceridad. No miente, resulta refrescante.

—¿Usa esa expresión contigo antes de insultarte, la de la «dosis de verdad»?

—No, solo contigo —respondió—. Nosotros no discutimos así. Se percató de que eso a ti te ponía. —Me pregunté si estaba celosa, pero su comportamiento no mostraba ningún indicio—. ¡Por fin has dado con la horma de tu zapato! —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja, algo que yo nunca había visto. Ella siempre había sonreído de forma tensa, como si temiese exteriorizar el placer por miedo a que fuesen a arrebatárselo—. En realidad, creo que hasta puede haberte ganado —prosiguió. *Por ahora*. Me quedé callada—. ¿Sabes? Creo que deberías intentar conseguir ese papel para su próxima obra. Para ti supondría un reto como actriz.

—¿De qué va? —pregunté, dejándome engatusar, pese a tener que recordarme que solo quería verla para advertirle sobre él.

—Eso es alto secreto —contestó Linda mientras se daba unos

golpecitos en la punta de la nariz con el dedo; era un gesto ridículo, algo que hasta entonces nunca le había visto hacer—. Tiene una manera interesante de trabajar con sus actores. Solo les deja leer su papel. Lo demás lo descubren al momento, durante los ensayos.

—Así puede mantener el control —dije.

—En realidad, creo que es una forma de que el actor lo pierda —respondió—, por irónico que parezca.

—¿No te importa?

—¿Por qué iba a hacerlo? —Me observó y después soltó una carcajada—. Ay, Jess, no le gustas, en serio. No todo el mundo está pillado por ti. —Me dolió y sentí cómo me ardían las mejillas—. Afirmó rotundamente que no eras su tipo.

—Me pregunto por qué sintió la necesidad de contártelo —comenté—. Jacques jamás diría algo así sobre ti.

—Venga, no me vaciles. No finjas que no sabes que, por lo que respecta a nosotras, jamás había sido la primera a ojos de ningún hombre, hasta ahora.

—¿Y qué me dices de Stuart?

—¿El memo de Stu, el tío con halitosis? —Negó con la cabeza—. Uf, te portaste de pena… Ni siquiera se atrevía a hablar delante de ti. Mark, por otro lado… ¡podría darte un buen repaso!

—¿Lindy?

—¿Qué?

—¿Estás segura de que puedes confiar en él? —Comenzó a tararear una melodía desconocida para acallarme—. VALE —dije—. VALE, lo pillo…

Se detuvo y me miró fijamente.

—Anoche me dijo que era lo mejor que le había pasado.

—Pues claro que sí. También eres lo mejor que me ha pasado a mí.

Aquello pareció no causarle ningún efecto.

—Jess, por primera vez en mi vida estoy enamorada.

—¿Enamorada? —pregunté, asustada—. Es un poco pronto para esa palabra.

—Cuando lo sabes, lo sabes —respondió ella.

Se me empezó a acelerar el corazón. ¿De emoción? ¿De preocupación? ¿De asco? ¿De lo contrario? No podía dejar espacio a ese pensamiento.

—Oye, J —empezó—. Siempre te adoraré. Ningún hombre se interpondrá entre nosotras, ¿verdad? —Después, me pellizcó el antebrazo con suavidad. Era la primera vez. Me pareció bien—. Entiendo que estés preocupada. Pero no te comas la cabeza ¿vale? Esta vez, respétame.

—Vale —dije después de darle un beso en la mejilla, a sabiendas de que no debería haberlo dicho.

—¿Podemos volver dentro ya? Hace un frío de cojones.

—Está bien, pero antes de irnos… —Apoyé la mano en el tronco del árbol y levanté la vista. Puse mi mejor voz de Enid Blyton—: «Su copa llega hasta las nubes y… ¡Rick, encima del árbol siempre hay algún país extraño…!».

Hizo todo lo posible por reprimir una sonrisa.

—Ay, Rick —suspiró y tembló, como si volviésemos a tener siete

años y estuviésemos escuchando la historia por primera vez en una bañera tibia.

—¿Has hablado con Sue últimamente? —pregunté.

—He estado bastante ocupada —contestó.

—Bueno, pues cuando lo hagas, ¿te importaría decirle que he preguntado por ella?

—Díselo tú misma —dijo al mismo tiempo que daba media vuelta y se alejaba. Detrás de mí, me pareció escuchar: «Qué país tan extraño».

—¿Dónde te habías metido esta mañana? —Jacques me envolvió en un abrazo de oso en cuanto entré por la cocina de estudiantes, donde estaba preparando una pasta *puttanesca* para comer.

—Tenía que hablar con Linda —dije—. Estoy preocupada por ella.

—¿De verdad? Pues menuda forma más rara de demostrarlo tuviste anoche…

—Ah, solo estaba pedo.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Ese tío me saca de mis casillas.

—¡No me digas! —Me sirvió un bol de pasta—. Fuiste bastante maleducada.

—*¿Fui?* Me insultó desde el momento uno y tú ni siquiera me defendiste.

—No parecías necesitar que te defendiesen, Jess. —Me observó y se mordió el labio inferior.

—¿Disfrutaste de ver cómo me humillaba?

Una chica entró a la cocina y se quedó demasiado rato mirando a mi novio.

—¿Y tú qué coño miras? —pregunté.

—Madre mía, relájate —respondió ella antes de marcharse.

—¿Estás con el síndrome premenstrual? —preguntó Jacques, lo que solo sirvió para cabrearme más.

—Si, como sugieres, estoy *de mal humor*, es porque me estoy empastillando el cuerpo con hormonas artificiales para que puedas tener barra libre de sexo a tu disposición.

—En realidad, no soy el único que quiere tener barra libre de sexo a su disposición… —dijo con una risa alegre.

Pensé en Sue. Fue ella la que me sugirió tomarme la píldora al cumplir los dieciséis por las reglas tan espantosas que tenía. Y, como consecuencia, me dijo que no me quedaría preñada. No me habló sobre los peligros de las ETS. La echaba de menos.

—¿Te acuerdas de cuando conociste a Sue?

—Es difícil de olvidar —dijo mientras se metía una cucharada de pasta en la boca.

—Bueno, pues a mí me gustaría conocer a alguien de los tuyos. —Pareció como si le costase tragar—. ¿Me has oído? Me gustaría conocer a tus padres.

—No puedes, ya te lo he dicho.

—¿Por qué no?

—Porque están en Francia.

—¿Siguen juntos?

—Pues claro que no, son franceses. —Su frivolidad era desalentadora.

—¿Dónde vives?

—La mayor parte del tiempo, contigo.

—¿Y el resto?

—¿A qué viene esto?

—¿Dónde está tu hermano?

—Mi hermano es el único miembro de mi familia que vive en Dublín —contestó después de dar un trago de agua despacio.

—Quiero conocerle, insisto…

—No creo que sea buena idea, Jess.

—Bueno, pues para tu información, no quiero seguir con esta tontería que tenemos hasta que me presentes a tu hermano.

Jacques se levantó y tiró los restos del plato medio lleno de pasta a la basura maloliente y desbordante, y me dijo con una voz fría que no le había escuchado hasta entonces:

—No respondo bien a las amenazas. —Y se largó.

19

—¡Buenos días! —exclamaron dos voces en una cacofonía: una de hombre, grave y sonora, y otra de mujer, estridente y animada. El saludo fue tan optimista y llamativo que sonó a burla. Acababa de salir de mi seminario de gramática y comprensión un lunes por la mañana e iba de camino al comedor a por algo que me despejase la niebla mental.

—¡Buenos días! —dije, tirando de las reservas de educación. Me había pasado la noche en vela y estaba molesta después de haber pasado la primera noche separada de Jacques desde que lo había conocido hacía cuatro meses—. ¿De dónde venís?

—Del cuarto de Mark, en la plaza principal.

—¿Te refieres a las habitaciones del *Schol*? —pregunté.

—Las mismas —contestó Linda con orgullo.

—¿Por qué no me dijiste que te habían concedido una beca completa? —Me volví hacia Mark. Estaba consternada. Era evidente que jugaba en otra liga. Las becas de la Fundación eran de lo más prestigiosas y solo se las concedían a los alumnos de matrícula de honor.

—Supongo que no sentí esa necesidad —contestó Mark sin darle importancia, como si me asestase un golpe.

—¿Estás bien, Jess? —preguntó Linda—. Tienes mala cara.

—Estoy bien.

—¿Sabes qué significa ese acrónimo? —preguntó Mark—.

Beligerante, insegura, erótica y neurótica.

—Y una mierda. La «e» es de «emocional».

—Tanto da.

—¡Pero mirad lo bien que congeniáis! —exclamó Linda. Pensé que se iba a poner a aplaudir.

—¿Sabes, Jess? Creo que estaría bien que nos conociésemos mejor, ya que esta señorita es tan importante en nuestras vidas… —Mark sonrió con amabilidad. Le plantó un beso sensual a Linda en los labios y yo sentí algo que no conseguí, o no me permití, nombrar.

—Hay una cafetería libanesa en la Galería Herbert. ¿Nos vemos allí a la una y media para pillar algo rápido de comer?

—¿Te vienes, Linda? —pregunté.

—No, id vosotros —contestó ella—. Así podéis hablar sobre la obra.

—¡Y sobre ti! —afirmó Mark mientras volvía a besarla.

—De todas formas, había quedado con Mairin.

—Bien hecho, despliega un poco las alas —la felicitó Mark.

Capullo.

El café libanés, George's Place, estaba situado en una galería comercial en la que se vendían baratijas de plata antiguas, pesadas joyas de ámbar e incienso en un ambiente más *hippy* del que creía que le gustaría a Mark, pero así era don Voluble: escurridizo e imposible de categorizar. Conocía a todo el personal por su nombre de pila, y lo sentaron en su sitio «de siempre» junto a la ventana

mugrienta que daba al callejón repleto de estudiantes de arte.

—Bueno, ¿estás haciendo las paces con *La señora Bovary*? —preguntó, y clavó toda la intensidad de su mirada eléctrica en mí. Las camareras estaban muy intrigadas, estaban cuchicheando a nuestro alrededor.

—Está escrita por un hombre.

—¿A qué te refieres?

—Es egocéntrica, caprichosa y está llena de sentimientos incontrolables.

—Alguien debería darte ese papel.

—Eso mismo dijo Jonathan. No estoy muy segura de cómo sentirme al respecto. —Estaba tratando ser frívola, con la cantidad justa de coquetería; esperaba que él me dijera que era lo bastante guapa y compleja como para hacer de ella. En vez de eso, dejó de prestarme atención para mirar a una camarera y, de pronto, me sumí en una fría sombra. Me di cuenta de que deseaba desesperadamente que Mark me hubiese visto subida a un escenario, sobre todo con el traje de criada francesa en *La cantante calva*, de Ionesco. Los de *HUP!* le dieron cinco estrellas a mi actuación.

—¡Hola, Marky! —La camarera se acercó a nosotros superalegre, sujetando un boli entre los labios carnosos.

—Hola, Celine. ¿Qué tal estamos? —La atrapó con su mirada. Ella chupó la tapa del boli—. Tomaré un falafel, ¿tú quieres uno? —me preguntó.

—¿Por qué no? —respondí sin saber lo que había pedido; de todos modos, me lo tomé como un reto y nunca podía resistirme a uno. La chica me dedicó una sonrisa de satisfacción antes de irse. Mark me pilló mirándole el culo. Me sentí patética.

—Bueno, Linda me ha contado que eres muy buena actriz.

—Es muy amable por su parte.

—¿Lo eres?

—¿Qué es lo que hace a una buena actriz?

—Una combinación de obsesión consigo misma, arrojo y vulnerabilidad. —Me echó un vistazo, le brillaban los ojos con una inteligencia avariciosa—. Aunque no estoy seguro de si tienes la última cualidad.

—Lo que has dicho es una contradicción: obsesión consigo misma *y* vulnerabilidad.

—¿Lo es? —preguntó al mismo tiempo que me inmovilizaba con su mirada—. Yo diría que son las dos caras de una misma moneda.

Por un segundo, me quedé desconcertada. Eché un vistazo a la decoración chunga que tenía alrededor, parecía no tener claro en qué parte del mundo estaba: tapices mejicanos por las paredes con lámparas marroquís sobre las mesas, rayando el límite de una apariencia bohemia ecléctica. Me reí del gusto tan cuestionable de George, fuera quien fuese.

—No todo ha de seguir una lógica estricta —dijo—. Ahí fuera, el mundo es un crisol enorme.

Fue como si Mark pudiese ver el sofocante barrio de los suburbios en el que crecí, como si supiese hasta dónde llegaban los límites de mi mundo.

—¡Que lo disfrutéis! —exclamó Celine con un tono travieso cuando nos trajo el falafel.

Bajé la vista hacia mi plato. Eran unas bolas secas de comida de

conejo o semillas de pájaro. Las toqueteé con el tenedor.

—No te gusta la pinta, ¿eh? Tu cara es un poema. —Sonrió, parecía satisfecho. Después, se limpió la boca con el dorso de la mano, echó un vistazo por la ventana mugrienta y luego volvió a mirarme—. Un ingrediente fundamental en una actriz: la transparencia…, aunque también tiene que ser una mentirosa consumada… —Estaba dándole vueltas—. Todo lo que de verdad merece la pena en esta vida alberga una paradoja.

—Cierto. —Bajé la vista hacia mi plato—. ¿Aquí sirven algo comestible?

—Creo que no tienen nada adecuado para tu insípido y limitado paladar irlandés.

—Pero ¿de qué vas? Si tú eres tan irlandés como el que más… ¿Se me está escapando alguna paradoja?

Soltó una carcajada fuerte, un sonido de placer, y después hizo una señal a Celine, que estaba rondando cerca de nuestra mesa, y pidió un especial de la casa de *mezze*.

—¿Has traído a Linda aquí?

—No, creo que a Linda no le gustaría este sitio.

O que Celine esté aquí, pensé. Cuando llegó, la comida estaba deliciosa, chorreante y húmeda, sensaciones completamente distintas para mi «insípido paladar irlandés».

—¡Me has convencido! —exclamé mientras mi lengua bailaba.

—Te gusta probar cosas nuevas —afirmó, clavándome la mirada—. Eso es buena señal.

—¿De qué?

—De alguien que está dispuesto a expandir sus horizontes, a subir más alto… —Bostezó con insolencia y estiró los brazos por encima de la cabeza como para darle énfasis. Se le levantó la camiseta, que reveló una línea de pelo oscuro que le iba del ombligo hasta los pantalones de pana. Me había imaginado que era lampiño; me mareé.

—En fin, ¿qué vas a contarle a Linda? ¿Que al final tampoco soy tan cabrona?

Se volvió a reír de forma casual.

Había supuesto que Mark no tenía mucho sentido del humor, puede que estuviese tan alegre por estar conmigo. Me gustaba esa idea.

—Menudo apetito —observó. Yo estaba rebañando los restos de salsa con el pan de pita y metiéndomelos en la boca—. ¡Eres insaciable! —continuó. Me limpié una mancha de salsa de los labios y noté cómo se me sonrojaban las mejillas—. Te sonrojas con facilidad.

Doblé la servilleta y empecé a hacerla jirones. Noté cómo me observaba.

—Ese top azul marino te queda bien. Es una buena elección para una rubia de ojos azules propensa a que se le suban los colores. —Le brillaban los ojos, voltaicos, y estaba centrado en mí—. Creo que podemos decirle a Linda que hemos firmado un acuerdo de paz, ¿no? —La manera en la que lo dijo me hizo sentir como si fuese cómplice de un secreto ilícito. Debí sonreír—. Vaya hoyuelo —me dijo, refiriéndose a lo que más le gustaba a mi padre de mí.

—¿Qué más te ha contado Linda sobre mí?

—¿Sinceramente? —Se acercó como para contarme un secreto y luego se apartó y sonrió—. Tampoco nos pareces tan fascinante. —

Miré por la ventana y volví a aunar fuerzas cuando volvió a hablar —: Me habló de cuando ibais juntas al colegio. —El calor me atravesó el cuerpo—. Supongo que en el fondo solo querías lo mejor para ella. Eso es algo que ambos compartimos. —Dobló la servilleta y se limpió las comisuras de los labios con pulcritud a toquecitos—. A veces, hace falta emplear tácticas de choque para que una persona cambie. —De repente, se me congeló todo el cuerpo, mi termostato emocional se volvió loco—. ¿Qué tal os va a Jacques y a ti? —preguntó para cambiar de tema.

—Bien —contesté antes de tener tiempo para pensármelo.

—Estás muy apegada a esa palabra tan estúpida. —Me sorprendió lo mucho que me costaba expresarme en su presencia. Parecía como si necesitase estar delante de un público para soltar réplicas igual de buenas que las que recibía. Hice unas pelotillas con los trozos de servilleta en silencio mientras él seguía observándome. De repente, se levantó—. ¿Has terminado?

Asentí. Fue al mostrador, pagó lo suyo y se quedó esperando mientras yo rebuscaba en mi bolso. Cuando pagué, se giró y fue hacia el callejón.

—¿Me vas a hacer una audición? —le pregunté a su espalda.

—¡Ya tienes el papel! —Se alejó.

Me agarré a la mesa de un puesto de joyería. Un colgante de ojo de tigre me llamó la atención y, antes de percatarme de lo que estaba haciendo, acabó en mi bolsillo. El tío que regentaba el puesto se volvió hacia mí.

—¿Necesitas ayuda con algo?

—No creo que puedas ayudarme —contesté con dulzura a la vez que acariciaba el colgante que tenía en el bolsillo con el dedo. Me lo imaginé palpitando y guiñando el ojo en la oscuridad.

Fui directa a mi cuarto, me hormigueaba todo el cuerpo, y me tumbé boca arriba; mis dedos encontraron el camino hacia mi clítoris y luego a mi interior. Sentí como si todo me doliese y estuviese en carne viva, pero era intensamente necesario. Me corrí y me relajé un momento antes de volver a sentir cómo se acumulaba esa energía en mi interior. No me había dado cuenta de que Jacques había entrado hasta que terminé y me di la vuelta.

Estaba de pie en la puerta, parecía avergonzado y cachondo.

—¿Necesitas ayuda?

Volví a ponerme los pantalones y me los abroché sin mirarlo.

—¿Dónde estuviste anoche? —Podía escuchar el tono persuasivo que empleaba Sue con mi padre cuando se largaba y volvía a presentarse sin ninguna explicación.

Jacques se sentó a mi lado en la cama y me apoyó la mano en el muslo con suavidad. Me entristecí y me cabreé de forma inexplicable con mi joven cuerpo por excitarse. Le aparté la mano de una bofetada.

—Voy a darme una ducha. Me gustaría que ya no estés aquí para cuando vuelva.

—No lo dices en serio.

Sue solía hacer ese mismo comentario cuando saltaba contra ella por cualquier comportamiento absurdo que estaba teniendo con mi querido padre; por lo general, algo relacionado con echarle de casa con todas sus pertenencias en mitad de la noche. Solía decirle:

—Al final, te vas a acabar yendo *tú*, ¿a que sí? Haznos un favor a todos. Vete y así él se quedará.

—No lo dices en serio —respondía ella con voz temblorosa y pequeña.

—Lo digo en serio —contestaba yo, y le cerraba la puerta de un portazo.

¿Qué habría pasado si se lo hubiese creído?

Papá se habría marchado de todas formas, ¿y entonces dónde habría acabado yo?

Pero no pude evitarlo, esas palabras volvieron a salir de mi boca:

—Lo digo en serio. —Y, de nuevo, la puerta resonó con fuerza cuando salí.



En el baño compartido del pasillo, puse la ducha ardiendo y me quedé debajo hasta que mi piel no pudo soportarlo más; unas lágrimas calientes de enfado se mezclaron con el torrente de agua. Sentí una embriagadora mezcla de una sensación justificada de victimismo y de abandono, aunque fuese yo quien se estuviese alejando. Contuve la respiración hasta ver unos puntos negros. Estaba mareada y quemada.

Alguien aporreó la puerta del baño, no parecía dispuesto a rendirse.

—¿Sabes? Eso no se puede hacer. Llevas más de los diez minutos que te tocan. —Siguió aporreando la puerta. Salí, me sequé a toda prisa, me envolví la toalla alrededor del cuerpo y pasé junto a un tío que no había visto en mi vida.

—¡Jooooder!

Lo rodeé.

—¿Es que no sabéis pensar en otra cosa, capullos?

—Anda, pues tampoco estás tan bien por delante —dijo a la vez que levantaba las manos en el aire. —*Me parto de risa*—. ¡Pero menudo culazo!



Jacques estaba tumbado en mi cama cuando volví a mi habitación y sentí tanto alivio que noté la amenaza de unas lágrimas. Me tiró de la toalla de forma juguetona.

—Quítame las manos de encima. —Era lo contrario de lo que sentía en realidad.

—¿Qué pasa, Jess? —Me soltó y se irguió.

—Está feo que te pires cuando saco un tema que no te hace gracia… y que luego vuelvas tan campante esperando que nos acostemos.

—Jess, también está feo que me exijas cosas o que me amenaces. —Tenía razón—. Además, no te estoy exigiendo que nos acostemos, jamás lo haría. Pensaba que igual te apetecía, ya está.

Otra vez, tenía razón. Odié que fuese tan razonable, eso solo hacía que mi comportamiento errático pareciese más pronunciado. Abrí la puerta del armario y me escondí detrás para vestirme y taparle la vista, haciendo el paripé de ocultarle mi cuerpo desnudo.

—Necesito saber dónde estuviste anoche. Necesito saber qué pasa con tu familia y cuál es tu historia. Me estás ocultando cosas —dije.

—Jess, no quiero ocultarte nada…, pero tampoco quiero destrozar lo que tenemos…, es algo valioso…, es una burbuja solo nuestra y no quiero que explote. —Estaba intentando dar con las palabras adecuadas.

Me emocionó bastante su uso de las palabras «valiosa» y «burbuja». Salí de detrás de la puerta del armario y le guiñé el ojo.

—Oye, yo me arriesgué a presentarte a Sue y estamos bien.

—Mi familia es distinta: está a otro nivel de disfuncionalidad.

—Ponme a prueba.

—Mi hermano fue quien provocó que mis padres se marchasen: mamá en cuanto se lo permitió la ley y papá unos años antes, cuando las cosas se pusieron difíciles.

Jacques también conocía el abandono. Fue raro que no me sorprendiese.

—¿Qué le pasa a tu hermano? —pregunté con suavidad.

—No podía vivir con normalidad. Y ahora se pasa la vida borracho, descontando los días. —Se le contrajo un músculo de la mandíbula.

Lo rodeé con los brazos y le susurré al oído:

—Oye, ahora que sé más de ti te quiero aún más. —Era la primera vez que cualquiera de los dos decía «te quiero» en cualquier tipo de contexto—. ¿Sabes? No tienes por qué ocultarme nada —afirmé mientras me acurrucaba contra él. Era la primera vez que nos acurrucábamos sin que eso diese pie al sexo. Nos abrazamos durante unos instantes y no pude evitar soltar—: Jacques, quiero que me presentes a tu hermano.

—No es verdad —suspiró, tan bajito que apenas lo escuché.

—*Sí* que lo es, insisto.

—No tienes por qué hacerlo, Jess —contestó—. Te pido que, por favor, no lo hagas.

—Vale, pero ¿estás de acuerdo? A partir de ahora nada de secretos entre nosotros.

Se quedó callado y se limitó a estrecharme con más fuerza, luego me dio un beso en la coronilla.

Decidí no mencionarle la comida con Mark.

20

Subimos al autobús 6 justo a la salida de la universidad y pasamos veinte minutos sentados antes de bajarnos en un barrio residencial con unas casas elegantes de estilo georgiano. Pensé en el barrio de casas semiadosadas en el que crecí, en la urbanización con cientos de copias exactas, y sentí una puñalada de humillación como de costumbre. ¿Por qué había nacido en un sitio tan *ordinario*? Seguí a Jacques por el sendero que conducía a una casa de tres plantas que al examinarla de cerca no parecía muy salubre; tenía hierbajos entre los adoquines, unos contenedores comunitarios asquerosos fuera y nueve timbres: tres por planta. Metió la llave y se adelantó por las escaleras, luego cruzó un pasillo estrecho y enmoquetado marrón que apestaba a beicon y a loción para después del afeitado barata. La sordidez me sorprendió y me emocionó al mismo tiempo.

El piso era minúsculo y oscuro, tenía todas las cortinas echadas y el aire apestaba a algo podrido. Jacques se quedó en silencio cuando entramos al salón: la tele estaba puesta en volumen bajo y había un hombre dormido sobre un puf de pana con varias latas de Heineken desperdigadas por el suelo. Jacques la apagó y descorrió las cortinas para revelar un sicomoro frondoso cuyas ramas rozaban la ventana como si estuviesen palpándola con suavidad. Abrió la ventana y el hombre gruñó. Jacques apenas podía mirarlo al entrar en la cocina, una habitación marrón y naranja que parecía un salto a los setenta con suelos y encimeras de linóleo. Abrió el agua caliente y empezó a fregar y a apilar los platos sucios repartidos por todas las superficies; después, se puso a frotar una cazuela quemada con una esponja.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Busco café. —Estaba abriendo varios armarios.

—Siéntate —respondió—. Yo me encargo.

Llenó una cafetera francesa con café del bueno y dejó que se hiciese mientras limpiaba todas las superficies con desinfectante. Ninguno de los dos dijo nada. Sirvió un café, le echó un montón de azúcar y se lo llevó al salón. Yo lo seguí, pese a sentir que no debía.

—¿Louis? —Pronunció el nombre del hombre en voz alta y le sacudió el hombro sin ninguna delicadeza. Él se despertó y se frotó los ojos llorosos. Se parecían mucho a los de Jacques: unos estanques líquidos, unos ojos afables de labrador; salvo que los suyos tenían la parte blanca amarillenta y veteada de líneas rojas. Aceptó la taza, cerró los ojos e inhaló el olor del café sin tomárselo. Jacques se agachó y recogió todas las latas—. Al menos conseguí que se graduase en polaco —intentó decir con ironía, pero acabó sonando amargo e hiriente.

Cuando volvió a la cocina, parecía haberse convertido en la combinación de un anciano y un niño, y le escuché tirar las latas a la basura con fuerza, despotricando. Me quedé donde estaba, con la esperanza de que, si no hacía ningún sonido, no se percataría de mi presencia. Y así fue. El hermano de Jacques parecía el holograma de un hombre.

Fui dando tumbos detrás de Jacques hasta la cocina, estaba ajetreado quitándole el plástico a una pizza.

—No es tu Cordon Bleu habitual —comenté.

—Es lo único que come —contestó Jacques a la vez que se agachaba para meterla en el horno. ¿Cómo había construido Jacques una versión de sí mismo tan distinta a esta?

—¿Quién te enseñó a cocinar?

—Mi madre.

—¿También es la culpable de esta decoración tan cutre?

—Aquí no vivíamos con ella.

—¿Cómo pudo abandonaros a los dos? —Odié a su madre ausente y abstracta con ganas. Jacques adoptó una expresión impasible—. Necesita encontrar algo que le devuelva las ganas de vivir. Una chica, una afición… —dije de forma codiciosa. Estaba empezando a sentir el mismo subidón del salvador, terrible pero emocionante, que la primera vez que vi a Linda en esa espantosa casa.

—Joder, Jess. Nunca es tan simple. —Parecía agotado.

—Nadie debería estar así de solo…

—Voy a darle de comer y después nos largamos.

Me senté en la mesa y observé a Jacques emplatar la pizza. Sirvió un vaso de agua y salió. Era consciente de que no debía seguirle. Desapareció un par de minutos y unos murmullos sordos vinieron de la habitación de al lado.

Cuando volvió, tenía la cara pálida.

—Vale, es hora de irse.

—No podemos dejarlo así. Necesita un paseo al aire libre.

—¿Ves? Por eso no quería que vinieras. —Sonaba tan solo—. ¿Crees que un puto paseo va a cambiar algo?

—Pero tenemos que *hacer* algo.

—Él no quiere salir —espetó tras volverse hacia mí con los ojos brillantes de tristeza o de enfado, o las dos. Recogió su abrigo del respaldo de la silla y metió la mano por la manga, pero el forro se desgarró.

—¿Crees que no lo he intentado? Un adicto tiene que querer estar sobrio. No puedo hacer nada. Dios sabe que lo he intentado…

Le apoyé la mano en el brazo con suavidad y él se alejó. Por una vez, fui capaz de no tomármelo a pecho; me di cuenta de que tuvo que armarse de valor antes de irse. Observé su espalda tensa cuando dio media vuelta para salir y pensé en lo que le costaba cada vez que venía a ver a su hermano.

21

—Necesito una pinta —soltó Jacques, lo que viniendo de él podía ser una afirmación inusual en cualquier ocasión, pero más aún en esa clase de circunstancias.

Estábamos a punto de volver al campus después de habernos pasado todo el trayecto en autobús en silencio. Pues menos mal que la verdad implicaba más intimidad. Al haber pasado situaciones similares con Linda, sabía que tenía que dejarlo a su bola, aunque todo mi ser estuviese pidiendo a gritos estar cerca de él. Me estaba costando reconciliar esta versión atormentada de Jacques con la que me había creado: la del hombre competente y guapísimo que existía solo para amarme y servirme.

Nos bajamos del bus y fuimos directamente al Dungeon. Abrió la puerta de un empujón y atravesó las nubes de humo sin esperarme. Lo perdí cuando sonaba la canción «Stay», de Shakespears Sister's, el coro lastimero cantaba «Stay with me…», que no hizo más que aumentar la sensación de rechazo y melodrama que sentía. Me permití regodearme durante unos instantes en esas emociones familiares antes de recobrar la compostura e ir a buscarlo. *No tiene que ver conmigo*. Me lo encontré sentado en un taburete con una pinta llena delante.

—Tomaré lo mismo que tú —afirmé con alegría. Me pidió una y bebimos juntos, aunque en ese momento no me apetecía beber alcohol.

—¡Eh, vosotros! —exclamó una voz desde un rincón oscuro del bar —. Aquí. —Era Linda, parecía inusualmente animada y autoritaria. Jacques se levantó y se dirigió hacia ella, supuse que le aliviaba no tener que seguir a solas conmigo—. ¡Hola, preciosidades! —Nos sonrió, tenía el cuerpo enroscado en forma de pretzel en torno al de

Mark, como si fuese un injerto o brotase de él.

«El amor no es egoísta, pues en él nada es tuyo ni mío». Sentí la distancia que nos separaba a Jacques y a mí con más intensidad (tampoco es que quisiese convertirme en su parásito).

—Hola, Lindy —saludé—. ¿Te apetece que salgamos a echar un piti? —Necesitaba desesperadamente contarle un secreto.

—No —contestó—. Lo he dejado. Además, hace un tiempo de perros ahí fuera.

—Cada vez se te da mejor ser sincera —dijo Mark.

Me tragué un «vete a la mierda».

—Venid, apretujaos —indicó Mark mientras Linda y él se hacían a un lado como un solo ser y se sentaban en la esquina del asiento de polipiel con quemaduras de cigarrillo. Jacques se sentó, pero yo me quedé de pie—. ¿No ibas a salir? —me preguntó Mark.

—La verdad es que he cambiado de opinión.

—Por lo visto, las tías soléis hacerlo bastante —afirmó mientras le daba unas palmaditas a Linda en la rodilla. Ella se quedó impasible cuando la observé con detenimiento—. ¿Va todo bien? —nos preguntó a Jacques y a mí.

—De puta maravilla —contestó Jacques en voz alta. Se había terminado la segunda pinta.

—¿Quieres otra? —Mark se levantó.

—Creo que ya ha bebido suficiente —respondí.

—Pues yo creo que puedo hablar por mí mismo —dijo Jacques—. ¡Sí, gracias!

Le hizo una seña con la cabeza a Mark, que se deslizó por el otro lado del reservado y abandonó a Linda. Pensaba que se desmoronaría cuando el cuerpo de Mark se alejó del suyo, pero más bien parecía más fuerte, como si el hecho de tenerle cerca le hubiese dado fuerzas, como si se hubiese alimentado de él. Algo sobre la atención minuciosa de Mark la fortalecía. Creo que prefería verla representar el papel de víctima total, a mi historia le convenía mucho más.

Mark volvió con bebidas para todo el mundo salvo para él.

—¿Eres abstemio? —pregunté.

—El alcohol es la droga de los idiotas.

—Salud —dije mientras levantaba la copa en su dirección.

—Hay métodos preferibles para experimentar una realidad mejorada —comentó.

—Pensaba que el alcohol se basaba en difuminar las cosas, no en definirlas —dije.

—Te nubla la mente, sí —afirmó.

Miré a Jacques, que le hizo el gesto de fumar y de usar un mechero a una tía de la mesa de al lado. El paquete y el mechero salieron volando en su dirección. No me hizo gracia la mirada que le echó ella.

—¿A qué métodos te refieres? —pregunté.

Mark y Linda intercambiaron una mirada que insinuaba una forma de ser superior, secreta, como si tuviesen todas las respuestas a preguntas que ni siquiera sabíamos que debíamos formular.

—En otro momento, Jessica —contestó Linda, disfrutando de su

recién adquirido puesto como la número uno.

Jacques se encendió el cigarrillo y le lanzó el paquete de vuelta a la chica mientras le hacía un gesto de agradecimiento absurdo. Ella lo saludó de manera juguetona. Se lo arranqué de la mano y en mi cabeza le di una calada de forma sensual.

—¿Habéis visto a Jonathan últimamente? —preguntó Mark.

—No desde la otra noche, ¿por? —repuse.

—No quiero que se piense que no es bienvenido en presencia de Linda, o en la mía. Díselo, ¿vale?

—¡Estoy segura de que le encantará que le hayas dado permiso para ver a su amiga!

—¡Por cierto, enhorabuena! —exclamó Linda.

—¿Enhorabuena por qué?

—Por conseguir el papel.

—¿Qué papel? —preguntó Jacques.

—Anda, ¿Jess no te lo ha dicho? Mark le ha dado el papel protagonista.

—No, no me lo ha contado… —dijo Jacques, clavándome la mirada.

—Iba decírtelo más tarde.

—¿Cuándo hiciste la audición?

—No le hizo falta —respondió Linda—. Mark se la llevó a comer y cuando volvió dijo que lo tenía claro. Lo más SURREALISTA de todo es que el personaje también se llama Jessica.

—No tenía ni idea —confesé.

—Y yo no tenía ni idea de que habías salido a comer con Mark —comentó Jacques.

—¿No se lo contaste a tu novio? —preguntó Mark para provocar.

—¿Cómo que el personaje se llama Jessica? —le dije a Linda—. Es un poco raro.

—No tanto —respondió Mark—. Es una adaptación de *El mercader de Venecia*.

—Pero la protagonista de esa obra es Portia —contesté.

—A mí me interesa más Jessica, la hija de Shylock. «¡En qué pecado tan horrendo he caído que me avergüenza ser hija de mi padre!». La ladrona, la rebelde que se libra de las cadenas de su pasado.

—Suena increíble —dijo Linda, y le lanzó una mirada de complicidad a Mark.

—Ni siquiera la recuerdo —confesé.

—Bueno, pues pronto vas a ser incapaz de olvidarla —afirmó Mark.

—¿Cuándo empiezan los ensayos? —preguntó Linda.

—En un par de semanas, primero tengo que entregar mi tesis.

—¿Sobre el filósofo cristiano? —pregunté con sarcasmo.

—Sobre Kierkegaard, sí.

—Lo busqué en la biblioteca. Menudo hombrecillo tan extraño con esa religiosidad, esas piernas larguiruchas y ese pelo engominado hacia arriba.

—¿Hasta ahí llegó la documentación? —Mark se rio.

—No del todo. También leí que su padre era un tirano.

Mark lo citó *verbatim*, sonó como si él mismo hubiese escrito aquellas palabras:

—«Mi padre con su melancolía me ha causado una sinrazón tremenda, y, sin embargo, era el mejor de los padres».

—Ahí hay algo bastante chungo —comenté.

—¿Eso crees? ¿O simplemente es sincero? —Miró a Linda de una forma que insinuaba que conocía cosas sobre ella que nadie más sabía.

—¿Tiene título?

—No es definitivo: *La buscadora de la verdad*.

—Ah, eso explica tu obsesión por decir la verdad —respondí.

—Así es —contestó él.

—Ahora en serio, ¿le has puesto título a la obra?

—Todavía no.

Jacques sorbió con fuerza los restos de su tercera pinta. Nunca lo había visto beber tanto. Se levantó tambaleante y fue dando tumbos hacia la barra mientras nos gritaba:

—¡¿Quién quiere otra?! —Tiró el cigarrillo encendido al suelo. Nadie contestó.

—¿Va todo bien entre vosotros? —preguntó Mark.

—De fábula —respondí—. ¿Vosotros qué tal?

—No es perfecto, pero estamos trabajando en ello. La clave es la comunicación. La sinceridad por encima de todo.

Una chica de pelo rubio oscuro revuelto, como si acabase de levantarse de la cama, y una camiseta de tío holgada y enorme con una minifalda cortísima, vino hacia nosotros. Noté que me tensaba.

—Eh, Honor —gritó Mark para que viniese.

Era Honor Cave-Tempest-Stuart, la «novata más cañón» según *HUP!* del año anterior al mío: una rubia mítica que había salido de los escombros y estaba destinada a convertirse en una dama, una duquesa, una condesa o alguien con título, con una risa asquerosa y una voz áspera con una pronunciación perfecta. Tenía una boca que parecía haberse quedado atascada en un mohín de superioridad permanente y, según las malas lenguas, sabía exactamente dónde ponerla.

—Esta es Honor —dijo Mark.

—Ya sé quién es —contesté mientras observaba su piel blanca y sus ojos azul aciano realzados con una pasada de *eyeliner* negro que hacía que pareciesen increíblemente grandes.

Sonrió como si todo el mundo supiese quién era.

—¿Qué tal te va? —preguntó Mark a la vez que daba unas palmaditas en el hueco que tenía al lado. Ella se deslizó de forma seductora en el asiento y colocó una pierna curvilínea, enfundada en unas medias negras transparentes, sobre la otra—. Pero mira quién ha venido. —Mark levantó la vista cuando Jacques se acercó—. ¡Si es el francés buenorro!

Linda empezó a canturrear «Joe le Taxi» en una imitación espantosa de Vanessa Paradis.

Jacques parecía entusiasmado con la atención. Le sonrió de una

forma bastante estúpida a Honor y una luz que solo había visto conmigo brilló en su mirada.

—Honor, esta es la parejita de oro, Jessica y Jacques.

La duquesa me lanzó una mirada de desdén antes de recorrer a mi novio de arriba abajo y de clavar la vista demasiado cerca de su ingle, o eso decidí yo.

—Me alegro de conocerte por fin —dijo Honor—. Te he visto por ahí.

La sonrisa de Jacques se ensanchó y se hizo más brillante.

—Venga, hombre, siéntate —preguntó Mark.

Jacques obedeció y se deslizó al lado de Honor mientras yo me quedé de pie. Sus muslos se tocaron y Honor soltó una risita. Noté que se me encogía el pecho.

—Jacques, hemos tenido un día bastante largo, es hora de irse… —Mi voz sonaba aguda y quejumbrosa.

—Tengo una pinta llena, Jess. Vete tú y ya iré yo más tarde —contestó, levantando la vista como si estuviese en trance.

Me agaché, le puse la mano a Jacques en la parte superior del brazo y se la pellizqué con fuerza.

Fingió no darse cuenta, o puede que de verdad no lo notase. ¿Iba pedo o había tenido un flechazo?

Sentí que Mark no me quitaba los ojos de encima. Alcé la vista y me guiñó el ojo.

—¿Jessie? —preguntó Linda—. ¿Baño?

—No, no me apetece… ¿Te parece lo suficiente directo? —le

pregunté a Mark.

—Dudo mucho que alguna vez hayas tenido problemas para comunicar tus necesidades u ocupar espacio. —Se rio—. De hecho, te animaría a que hagas lo contrario, a que seas menos egocéntrica. Es la primera indicación que te hago como actriz…

Miré a Jacques. No lo había oído, estaba completamente absorto en su dueto íntimo con *madame* Tempest.

—Vale, me piro —contesté, esforzándome mucho por parecer guay. No pensaba dedicarle ni un ápice de energía a los jueguecitos de Mark. Había demasiados oponentes y demasiados frentes.

—¿Quieres que te acompañe? —Linda se levantó. La mano de Mark aterrizó en su antebrazo y la retuvo con suavidad.

—Tranquila, nos vemos mañana —dije despreocupadamente. Me agaché y le planté un beso húmedo en los labios a Jacques—. No tardes —me despedí—. Te esperaré despierta, mi amor.

Levantó la vista y me dedicó una sonrisa confusa. Ni siquiera eché un vistazo a la duquesa antes de dar media vuelta y largarme. Me imaginé que podía escuchar a Mark aplaudiendo detrás de mí mientras yo ejecutaba una salida dramática perfecta.

Jacques volvió dando tumbos una hora más tarde y se desplomó en la cama a mi lado.

—Tienes que prestar más atención a lo que bebes —le indiqué. Se dio la vuelta, se acurrucó y empezó roncar en cuestión de segundos, y yo clavé la vista en una grieta serrada, con bordes agrietados, del techo.

A la mañana siguiente, me despertó acariciándome la mejilla

húmeda por las lágrimas.

—¿Qué pasa, mi amor? —preguntó.

—Por favor, no vuelvas a tratarme así nunca. —Estaba furiosa porque me hubiese pillado en un estado tan vulnerable.

—Lo siento —contestó—. Aunque no estoy del todo seguro de por qué tengo que disculparme.

—Lo que tú digas —respondí. Me levanté y le pasé por encima.

—¿Adónde vas? —preguntó mientras me sujetaba por el tobillo.

—A cualquier otro sitio.

—Quédate, Jess. Lo siento. Bebí demasiado.

Me zafé de su mano y me bajé de la cama.

—Ni se te ocurra volver a tratar a otra mujer así delante de mí.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

—Es una ridiculez —espetó él.

—No, no puedes hacerme eso —afirmé.

Me recordó a cuando mi padre le restaba importancia y ridiculizaba los arranques de celos de Sue después de haber asistido a una fiesta en la que le había dedicado toda su atención a otra mujer y había pasado de ella. Lo había visto en acción; yo sabía cómo le afectaba a Sue y lo humillantes que podían ser sus actos como consecuencia. Admitir que estabas celosa no era ningún triunfo.

—¿Por eso estabas llorando? —Parecía consternado—. ¿Qué he

hecho, Jess? Tampoco estaba tan borracho.

—No sé de qué me hablas —contesté—. No estaba llorando. —La dinámica de poder había cambiado demasiado.

—Sabes que solo te quiero a ti, Jessica.

—Me voy a la ducha.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó.

—¿Por qué no? —solté por encima del hombro con frivolidad. Necesitaba desesperadamente volver a sentirme cerca de él.

Me derretí contra él mientras la ducha caliente nos golpeaba a los dos.

—Lo siento, nena. No pretendía hacerte daño. Jamás te lo haría.

Iba en serio, pero Jacques no tenía ni idea de que se enfrentaba a Honor Cave-Tempest-Stuart. Pero yo sí. Y Mark también. Me pregunto cómo pudo haber orquestado lo que ocurrió anoche con tanta precisión.

—¿Me perdonas?

—Pobre de tu hermano —dije a medida que los dos nos fusionamos con la piel del otro.

22

—¿Entonces has decidido volver, Jessica?

Es febrero, el mismo mes húmedo, oscuro y deprimente que acabo de describir en Wilde.

Me debato entre intercambiar los cumplidos de rigor o no, pero al final decido que no.

—Mark ha salido en las noticias. —La doctora Collins se queda en silencio—. Alguien lo ha acusado de abusón y de misógino. Después se produjo un aluvión inevitable, está por todas las redes.

—Dijiste que creías que en algún momento acabaría pasando —afirma la doctora Collins con cautela—. ¿Sabes quién puede estar detrás?

—Yo no he sido, si es eso a lo que te refieres…, aunque es evidente que alguna vez me lo he planteado a lo largo de los años…

—¿Y qué sientes al leer esas acusaciones?

—Lo mismo que sentía cuando estaba en su presencia: como si me hubiesen pinchado un chute de adrenalina.

—Ahora tienes posibilidades de que la gente crea tu versión de este hombre —contesta la doctora Collins con calma tras observarme.

—Aunque no estoy segura de haberme decantado por una sola «versión» de Mark.

—Tienes que confiar en la veracidad de tus recuerdos.

—Pero no dejan de moverse y de cambiar.

—¿Te sumarás a las acusaciones, Jessica?

—No, así no. No me expondría en público, pero quizás pueda publicar mi caso a través de un seudónimo.

—¿Y dónde quedaría la satisfacción? —pregunta. Me sorprende esa postura—. Pretendes llegar a algo con esta historia —prosigue.

Qué interesante que haya empleado esa palabra: «historia». El acto de escribir ha cobrado vida propia y está ganando impulso y magnitud. Sea real o no, un recuerdo o una invención, se está creando un mundo entero que escapa a mi control.

—Me da curiosidad —comenta.

—¿El qué?

—¿Por qué sentiste la necesidad de contármelo?

Casi contesto: «Porque eres tú quien guía mi pluma», pero me lo callo.

—Supongo que porque pensaba que te interesaría.

Se produce una breve pausa y luego la escucho inspirar con fuerza antes de preguntar:

—¿Cómo te encuentras, Jessica?

¿Cómo le digo que siento como si ya no existiera un «yo»? ¿Que solamente existo por necesidad de mis recuerdos y personajes? Que Mark por fin estaría orgulloso de mí: *le artiste*, despojada de ego, limitaciones y condicionamientos, por fin había salido a la luz.

—Creo que estoy bien. Me intriga ver qué traerá este nuevo giro en la vida de Mark.

—¿Y qué me dices de la tuya?

—La estoy viviendo —respondo.

—¿Sí? —pregunta la doctora Collins—. ¿Estás segura?

23

Primer año, segundo semestre. Cielos constantemente encapotados, demasiadas actividades en interiores, demasiado alcohol, demasiada intensidad, demasiadas drogas, demasiadas hormonas, demasiado sexo, demasiada introspección. Linda se estaba alejando aún más de mí, Jacques dijo que era natural, una fase de su «individualización» —un término que Mark adoptaría bajo el estandarte del «Proyecto Linda»—, de su «progreso», de su «liberación» del pasado. Jacques dijo que a Linda le venía bien no depender tanto de mí, algo que habría estado bien si no hubiese sustituido una dependencia, una obsesión, por otra.

Jacques y yo evitamos sacar el tema de su hermano. Bastó con mencionar a Louis una sola vez para que él se alejase y desapareciese. Nuestra vida sexual se volvió aún más intensa; en la oscuridad, nuestras manos y nuestros labios eran capaces de pronunciar lo que las palabras no lograban expresar. Desde entonces, nunca he conocido tan bien el contorno del cuerpo de otra persona, ni el de mi marido ni, por supuesto, el mío.

Jonathan solía venir a cenar con nosotros, y acabó sustituyendo a Linda en nuestro triángulo. Era un amigo generoso que nos suministraba alcohol, maría y chistes y, últimamente, imitaciones graciosas y espectaculares.

—Te estás convirtiendo en todo un actor —afirmé una tarde para incitarle a hacer una imitación minuciosa de mí; la suave inclinación de cabeza, la entonación ascendente al acabar las frases, como si todo fuese una especie de pregunta: ¿me quieres? No lo hacía con maldad, simplemente con un ingenio entusiasta que nacía de la observación. Consiguió hacer una imitación asombrosa de Mark. Se subió unas gafas imaginarias a lo alto de la cabeza, se inclinó hacia delante,

adoptó una mirada penetrante y puso un acento que fue cambiando entre uno del centro de Dublín y una estadounidense; bajó la voz una octava cuando pronunció: «Sé quien eres en realidad». Nos caímos al suelo muertos de risa, aunque echamos bastante de menos a Linda.

La posibilidad de que Jonathan, Jacques y yo hiciéramos un trío siempre estaba ahí: éramos demasiado guapos como para no hacerlo, o eso decían los rumores. En realidad, había algo pasivo y asexual en Jonathan, y quisiera lo que quisiese, siempre estaba fuera de su alcance.

Linda y Mark desaparecieron en su burbuja durante aquel mes mezquino y espantoso y, cuando regresaron, Linda parecía más fuerte, como si le hubiesen susurrado hechizos de amor al igual que hacía ella con las margaritas del jardín trasero de nuestra casa; tal y como le gustaría que hubiese hecho su madre. Era innegable que estaba floreciendo bajo la sobreprotectora mirada de su maravilloso novio. Cuando reapareció a principios de primavera, su cuerpo fluyó con elegancia y paz, algo que supuso un fuerte contraste con su antiguo ser, frágil y angular.

Intenté dejarla a su aire y confiar en que volvería «cuando estuviese lista», como aseguraron Jacques y Jonathan. Pero un día la vi paseándose con Mairin del brazo y eso acabó con cualquier buena intención que tuviese al respecto.

—Lindy —aullé, y mi voz rebotó de un extremo del edificio de artes al otro.

—Anda, hola —saludó cuando me acerqué.

—¿Dónde te habías metido?

—Estaba ocupada, ya sabes. —Parecía avergonzada de mí.

—Todo el día de aquí para allá —contesté de forma patética.

—He oído que ya has empezado a ensayar para la obra de Pirandello. Jacques le contó a Mark que va bastante bien. ¡Me alegro por ti! —¿Cuándo había hablado Jacques con Mark? Me estrujé el cerebro para ver si en algún momento había mencionado que mantuvo una conversación con Mark—. Parece que están haciendo buenas migas —continuó, lo que no hizo más que aumentar mi inquietud. No me gustaba pensar en que mi novio se quedase a solas con Mark, nunca.

Tuve la tentación de preguntarle algo más, pero no podía exponerme delante de la ratoncita. Me giré hacia ella.

—¿Y tú qué tal, Mairin? ¿Disfrutando de estudiar *Sociología*? —pregunté.

—De maravilla —contestó—. Tengo ganas de verte en la obra. Linda me ha dicho que eres buena actriz. —Lo dijo con un tono perfecto: educado, pero claramente condescendiente. *Actriz*.

—¿Vendrás a la noche del estreno, Lindy? Te he reservado un par de butacas, una es para Mark —dije sin rodeos.

—Podemos ir las dos otra noche —le comentó Linda a Mairin—. Podríamos juntar a unos cuantos estudiantes de *Sociología* para una excursión. —Las dos soltaron una risita y me costó respirar—. Mark le ha dado el papel protagonista a Jess en su nueva obra —prosiguió Linda.

—Me alegro por ti —me dijo la ratoncita.

Era incapaz de discernir sus dinámicas.

—Jonathan no deja de preguntar por ti —le comenté a Linda en un intento de que volviese a mi órbita.

—Jolín, tampoco ha pasado tanto tiempo.

—Un par de semanas —contesté.

—Exactamente —respondió ella con una risa, estaba cómoda consigo misma, nunca la había visto así.

—Bueno, ya lo verás la noche del estreno —dije.

—Me muero de ganas —comentó con sentimientos encontrados.

Eché un vistazo a mi amiga y me sorprendí. ¿El rechazo de Navidad la había cegado tanto como para no darse cuenta de que no era personal? ¿O es que estaba intentando evitar que Jonathan y Mark estuviesen juntos? Sin duda, Mark creaba una ansiedad que llevaba a secretos y a que parejas y amigos se ocultasen cosas. ¿Qué temía que pudiese pasar?

—Tengo ganas de que Mark me dirija —comenté.

—Espero que estés a la altura. Exige mucho de sus actores.

Habló la mujer que me obligó a trabajar con él.

—Sé que confías plenamente en su talento, así que es muy generoso por tu parte que lo compartas así conmigo.

Vi un destello de incomodidad atravesarle el rostro. Perfecto. Con eso bastaba. Había actuado con una destreza de estratega para desentrañar la cuidadosa red que había tejido Mark. ¡Que te jodan, Flaubert!

24

—Qué ingenioso —comentó Jonathan—. El dramaturgo te hacía pensar que el director déspota, un personaje que él mismo había creado, era quien manejaba los hilos. —Fue descifrándolo todo en voz alta con la cara sonrojada por la emoción.

Habíamos acabado en el bar de los artistas después del estreno de *Seis personajes en busca de autor*. Yo estaba tarareando por los nervios y la euforia.

—Jess, has estado mágica, en serio —dijo Jacques, y le creí. Me había sentido inspirada ahí arriba, poseída, como si encarnase del todo a mi personaje, en ningún momento fui consciente de mí misma ni se me hizo raro. Me había *transformado* en la hijastra voluble.

—¿*Prosecco*? —Mark apareció delante de nosotros con una botella de espumoso y cuatro copas—. Enhorabuena, Jessica. Naciste para interpretar ese papel —me felicitó. Sentí un subidón de emoción y adulación—. Has estado tan provocativa, artística y seductora. —Mi humor mejoraba y empeoraba al son de sus palabras—. Sobre todo, estuviste muy «metida» en la escena con tu tío.

La escena en la que el tío le tira los trastos a la hijastra mientras ella juega con él.

—Me muero de sed, vamos a beber. —Jacques tosió.

—Espumoso para las señoritas —dijo Mark tras descorchar la botella y servir el *prosecco* con una floritura; después, nos pasó una copa a Linda y a mí. A ella le sirvió mucho menos.

—Eso está un poco feo —afirmé, refiriéndome a la copa de Linda.

—Ella conoce sus límites —contestó—. Si el alcohol saliese hoy al mercado, lo más seguro es que fuese un medicamento con receta. —Miró directamente a Jacques—. Algunos de nosotros sabemos los estragos que puede causar a las vidas de nuestros seres queridos.

Se me tensó el cuerpo.

—Pues yo no tengo límites. —Jonathan se bebió la copa de un trago y se la tendió.

—¡Yo tampoco! —Entrechoqué la copa con la de Jonathan. Eché un vistazo a Linda, que estaba dando unos sorbos minúsculos y recatados de la suya—. ¿Te ha gustado la obra? —pregunté en un intento por recibir más cumplidos.

—Era un poco rara —confesó—. Parecía un pelín exagerada con todo eso tan meta de «ahora eres una actriz, no una *cosa*».

—Sabes que el dramaturgo lo hizo a posta, ¿no? —Mark se rio.

—¡Pues claro que sí! —exclamó ella.

La miró con orgullo, como si fuese su poni de concurso repitiendo un truco que le había enseñado en el corral.

—Qué alegría que expreses tus opiniones con tanta claridad —contestó como si estuviese acariciándole la cabeza.

—Me alegro de verte, Linda —dijo Jonathan. La secunda copa de espumoso ya había empezado a soltarle la lengua—. Te he echado de menos, amiga mía.

Lo observó con una especie de sorpresa mezclada con un deje de desdén. A Jonathan se le pusieron las orejas como un tomate. La dinámica de poder entre estos dos había cambiado muchísimo desde Navidad; de eso hacía solo dos meses. Se me vino a la mente aquella chica borracha bailando con lascivia, la primera vez que había visto

esa faceta de Linda, sensual e imprudente. La miré; su piel tenía un perpetuo brillo rosado, cuando antes había sido blanca como la leche (de no ser por las pecas). También poseía una especie de energía, que *crepitó* cuando me puse a su lado. Se suponía que yo era la que tenía que brillar.

—Por Jessica —brindó Mark—. ¡Nuestra protagonista estrella! —Qué fácil era hacerme morder el anzuelo, él lo sabía. Más adelante, me sería imposible liberarme sin arrancar algunos pedacitos de mí.

—¡Por mi mejor amiga! —exclamó Linda. Cuando alzó la copa, me pareció atisbar una marca roja que le rodeaba la muñeca, ¿era un verdugón, una cicatriz reciente o una señal de que le habían retorcido el brazo? Le miré a los ojos y sonrió para dar la bienvenida a mi descubrimiento. ¿Echaba de menos las cosas que le hacía?

—Dime —empezó Mark—. ¿Te lo has pasado bien ahí arriba?

—¡Mucho! —respondí, y brindé con él.

—Yo más bien diría que demasiado.

—Pues yo creo que el tono ha sido perfecto. La obra exigía cierto dramatismo. —Jonathan tosió.

—Pero no falsedad —afirmó Mark—. Nunca a costa de la verdad.

Sentí como si la punta de una lanza muy afilada me hubiese apuñalado las costillas.

—Yo creo que ha estado fantástica —contestó Jonathan.

—Es una estrella de la cabeza a los pies —interpuso Jacques.

—Nadie lo niega —dijo Mark—. Solo que quizá debería suavizarlo un poco.

—En realidad, coincido con Jonathan —intervino Linda—. Creo

que era el tono adecuado, se supone que tiene que ser sobreactuado.

Sobreactuado, suavizarlo un poco, falsedad, a costa de la verdad. Esas palabras eran como flechas envenenadas para el corazón de una actriz.

—Me muero de ganas de que empieces a ensayar —espetó Mark —. Con un par de ajustes te convertirás en una actriz extraordinaria.

La habitación dio vueltas, ya fuese por el alcohol o por el repentino cambio de tono, que pasó de la alabanza al menosprecio. Mis pasos eran inestables, al igual que yo. Eché un vistazo a Jacques y a Jonathan, que se miraron con una expresión divertida de desconcierto. Quería más: quería que Jacques se pusiese hecho una furia y saliese a defender mi honor, quería que Jonathan se burlase de Mark con una imitación inteligente, y aun así, lo que más quería era estar con Mark en una sala de ensayo. Linda me sirvió lo que quedaba de la botella en la copa.

—Bebe, Jessie. ¡La noche es joven! —Su forma de hablar se estaba contaminando con las pretenciosas costumbres de su novio.

Bebí con rapidez, ansiosa por volver a sentir esa sensación vertiginosa.

—Quiero más —le dije a Jacques.

—¿Quién es la que debe prestar más atención a lo que bebe ahora? —preguntó.

Así que me había escuchado aquella noche cuando volvió de flirtear con Honor. Pensaba que se había quedado roque.

—Es MI noche —afirmé, convirtiéndome en una parodia de la actriz que era en realidad.

—Tienes razón, mi amor —contestó Jacques mientras me daba un

beso en la boca.

—¿Nos vamos a otro sitio? —preguntó Linda—. El bar está a punto de cerrar.

—¡Tengo un poco de tequila en mi cuarto!

—Me apunto —dijo Jonathan. Parecía tan desesperado por destruirse como lo estaba yo.

—¿Te apetece ir? —le preguntó Linda a Mark.

—¿Tú qué quieres hacer, mi vida? —respondió él.

—Si te parece, a mí me gustaría ir.

Tenía unas ganas locas de pellizcarla para que volviese a parecerse a sí misma del susto.

—Vale, pero se acabó el alcohol para ti —dijo.

—¡Imita esa! —le grité a Jonathan, que lo pilló al vuelo.

Cambió de registro y se puso a hacer una imitación asombrosa de Mark:

—Se acabó el alcohol para tiiiiii, mi viiiida —soltó con un tono como de cura o de secuestrador de niños.

—Menudo talento… —Mark se rio y aplaudió—. ¿A ti también te apetece hacer una audición para mi obra?

—No, gracias —contestó Jonathan—. Vamos, Jess. —Me agarró del brazo y los dos salimos por la puerta del bar hacia el aire nocturno dando saltitos mientras improvisábamos una canción—: En la sucia ciudad de Dublín, donde cualquier calle es ruin…

—¡Vaya porquería, queridos! —gritó Mark.

Canté aún más alto con un acento muy marcado de Dublín para parodiar a Mark en todo su esplendor:

—En esta mugrienta ciudad sin nada que destacar…

—Salvo tú, mi vida —interpuso Jonathan.

Puse los ojos en blanco y grité:

—La vieja y sucia Dublín, la vieja y sucia ciudad… —Siguiendo una melodía que solo yo podía escuchar.

25

En cuanto entré por la puerta de mi habitación me di cuenta de que invitar a todo el mundo había sido un error. Estaba hecha una leonera: la cama deshecha, boles de cereales a medio comer desperdigados por el suelo, tazas de café petrificadas en la mesita de noche, partículas de polvo dando vueltas en la tenue luz que se colaba por la ventana. Mark se sentó en la silla giratoria junto al escritorio y echó un vistazo a su alrededor. Jacques, Jonathan y yo nos repantingamos en la cama individual y Linda se quedó sentada en el borde. Jonathan se encendió un porro y Jacques y yo fumamos con ganas. Le ofrecí una calada a Linda, pero ella lo rechazó y echó una ojeada Mark, que la devoró con la mirada. Quería dar una voltereta lateral, ponerme a dar palmas, a cantar o a desnudarme, lo que fuera para que dejasen de prestarse atención y me la prestaran a mí.

—¿A vosotros os va el sexo tántrico? —pregunté, y todo el mundo se desternilló.

Mark le hizo un gesto a Linda para que se sentase en su regazo. Ella obedeció y colocó el cuerpo contra el suyo, como si se estuviese enterrando en él. Mark le olió la coronilla y después se la besó. Dieron una vuelta de 360 grados en la silla. Raro, pero extrañamente tierno.

—¿Cómo crees que lo ha hecho tu amiga ahí presente esta noche, mi vida? Sé sincera.

—Sinceramente, creo que ha estado que se salía —contestó ella.

A mí también me dieron ganas de olerle la cabecita y darle un beso.

—Tu generosidad es una parte preciosa de ti —afirmó.

Resultó que yo también pensaba lo mismo, aunque no iba a darle esa satisfacción.

—Sois muy monos —dijo Jacques despacio, la droga le estaba haciendo arrastrar las palabras.

Jonathan me miró y puso los ojos en blanco, era evidente que no pensaba lo mismo.

Mark colocó la silla frente a la única y diminuta ventana que estaba sobre la cama.

—Da al norte —comentó—. Yo nunca pillaría una habitación orientada al norte.

—Tampoco es como si hubiese tenido otra alternativa.

—Falso. —Se estaba dirigiendo a su reflejo mugriento en el cristal —. Siempre hay una alternativa. —Volvió a darle un beso a Linda en la coronilla y luego giró la silla para mirarnos a todos, con ella todavía acurrucada en su regazo—. ¿Alguna vez haces las tareas de casa, Jessica?

—Maaark —dijo Linda con una risita—. Eso está feo.

Me empezaron a arder las mejillas al ver las migajas y el polvo de la alfombra.

—A mí me fliiiiipa pasar la aspiradora —respondió él—. Es uno de esos extraños placeres de mi vida.

También había otro. Quería subirle la manga a Linda y revelar su sórdido secreto. Podía imaginármelo orquestando hasta el tono exacto de su dolor.

—¡Entonces puedes pasarte a aspirar por aquí cuando te apetezca! —contestó Jacques, riéndose como loco mientras las lágrimas le

bajaban por las mejillas.

Quería cruzarle la cara.

—¿No hay nadie que te llame la atención, Jonathan? —preguntó Mark con una sonrisa—. Eres un tío atractivo. —Sus cambios repentinos de tema desorientaban, aunque seguro que era lo que pretendía—. ¿Jessie es tu tipo? Al parecer, es el de cualquiera, según los de *HUP!*, aunque ellos no ven más que lo que se ve a simple vista… Veréis, si de mí dependiera puntuar a estas dos —nos señaló a Linda y a mí—, les habría dado una nota muy distinta. —Sentí una mezcla vertiginosa y prácticamente nauseabunda de emoción y humillación—. Alguien debería ponerle punto y final a esa revista, ¿no creéis? Todo está filtrado a través de una perspectiva de hombre hetero. Ese periodicucho me recuerda al punto de vista de mi padre. *Rígido, homófobo, sexista y destructor.*

Fue un discurso bastante intenso, incluso viniendo de él, e iba completamente dirigido a Jonathan. Lo dijo todo con un acento del centro de Dublín, carente de cualquier tipo de falsedad.

Jonathan se levantó de la cama de un salto con el edredón detrás y se lo enrolló alrededor del cuerpo a modo de toga. Seguía teniendo la piel bronceada a pesar de que estábamos en pleno invierno, con el pelo todavía aclarado por el sol; lo único apagado era su mirada. Recuerdo que pensé que parecía tan apuesto y melancólico como un dios griego. Uno roto.

—Yo le hubiese dado a Linda un diez de diez por esos huesos tan delicados, la clavícula marcada y el cuello esbelto —prosiguió Mark mientras le recorría el esternón con el dedo. Eché una ojeada a las mías para comprobar que sobresaliesen igual—. ¿Tú qué nota les pondrías, Jacques?

—Un diez de diez a las dos —contestó él tras darle una calada con fuerza al porro, cuando apoyó el cuerpo contra el colchón como si estuviese cayendo a través del espacio.

—Qué majo, aunque puede que no estés siendo del todo sincero —respondió Mark.

Jacques levantó las manos en el aire como para decir: «Vale, tú ganas y no pienso ir por ahí».

—Si este eres tú oponiéndote a todo eso de la «perspectiva masculina», entonces, ¿a qué viene lo de alentar a «puntuar» nuestros cuerpos? —señalé con acierto, aunque el temblor de mi voz me restase autoridad.

—¿Jonathan? —continuó Mark—. ¿Mi chica es tu tipo…?

Linda se puso como un tomate. Mark se levantó y la dejó sola en la silla giratoria; parecía diminuta, como si se hubiese tomado una pócima reductora sacada de una novela de Lewis Carroll.

—No te preocupes, sé que antes de aparecer yo en escena lo era. —Su voz sonaba bastante razonable—. Me contó que le tiraste los trastos antes de que llegase.

Estuve a punto de echarme a reír, pero no quería avergonzar aún más a Linda. Mark nos estaba manipulando a la perfección. Podía imaginarme a Linda diciéndoselo después de haber hecho el amor, contándole cómo el guapo de su amigo había intentado ligar con ella y cómo en ese momento se tragó que sucedió así, que ella era atractiva y digna de amor. Puede que así pudiese reescribir todo el rechazo, deshacerse de él. Años después, entendí mejor la estrategia de Mark: camelarse a Linda, enseñarla a fingir, animarla a inventarse esas situaciones para luego tener munición para hacerle daño. Aunque, en ese momento, tan solo creí que había sido una imbécil por haber dicho eso.

—Tengo que madrugar para entrenar —dijo Jonathan sin mirar a Linda.

—Igual algún día me uno —contestó Mark.

—¿Quieres que te sea sincero? —preguntó Jonathan, y Mark levantó la mirada—. No creo que vayas a poder seguirme el ritmo.

Tiró el edredón al suelo y le dio una patada antes de salir por la puerta. Me sentí extrañamente orgullosa de él.

Mark nos dedicó una expresión «irascible» como para indicar que Jonathan estaba demasiado susceptible.

—Creo que deberíamos emparejarlo con alguien. Pobrecillo, parece muy solo. —Se acercó a Linda y agachó la cabeza para darle un beso de película en los labios. Fue ridículo—. A esto me refiero con ser una persona *especial*: a alguien que no se ve de esa forma. —Le agarró la mano a Linda, tiró de ella para que se pusiese de pie y le dio unas palmaditas en el culo al salir. Ella se marchó sin mirar atrás y yo me sentí abandonada—. Los de *HUP!* sí que acertaron en una cosa. *Sí eres* un diez de diez, Jessica…, pero de espaldas. —Fue su puñalada de despedida.

Jacques se rio para quitarle hierro al asunto, o quizá le hiciese gracia, iba bastante drogado.



Recuerdo que quise echar a Jacques de mi cuarto, que quería estar a solas para procesar de alguna forma lo que había pasado; pero en vez de eso, lo dejé besarme, desnudarme y acostarse conmigo, me entraron ganas de llorar, pero no me lo permití. ¿Qué era lo que le daba a Mark tantas ganas de atacarme? Sí, para algunos hombres, que querían follar conmigo para callarme o solo follar, podía suponer una amenaza. Pero con Mark ocurría algo distinto: algo distinto y más sofisticado. Ese darme alas para después pisotearme, prestarme demasiada atención para luego ofrecerme un silencio absoluto, me hizo sentir como si tuviese ocho años y buscase desesperadamente el amor de mi padre. Cuando estuve documentándome sobre Kierkegaard, me crucé con la siguiente cita: «Lo peor ya ha pasado, te han abandonado». Que Mark decidiese

hacer su tesis sobre él no parecía una coincidencia. Él me hizo reconectar con esa parte de mí, con la niña abandonada y llorona. Y yo era incapaz de quererla.

26

—Siento como si estuviese dejando de entender las cosas.

—¿A qué te refieres exactamente? —La doctora Collins baja la vista hacia sus manos lisas y sin manchas, después, flexiona los dedos.

Echo un vistazo por la ventana, me siento arrinconada.

—Me he topado con un muro.

—¿En qué sentido?

—Mis recuerdos son muy vívidos hasta llegar a cierto punto y entonces empiezan a desdibujarse.

—¿Puede que haya un motivo por el que no recuerdes lo que pasó después? —La doctora Collins se muerde la yema del pulgar como si estuviese pensando qué decir a continuación. Unos instantes después, habla—: ¿Qué pasó desde la última vez que te vi, cuando se desataron las acusaciones contra Mark?

—*Nadadenadamonada* —digo.

—¿Y eso te frustra?

—Incluso ahora, el titiritero sigue tirando de los hilos.

—Estoy segura de que están investigando el caso.

—No hay «caso» que valga. Fue anónimo, quizá fuese falso.

—Jessica, si me lo permites, pareces cansada —observó.

—Bueno, llevo sin dormir más de un par de horas por noche desde

que la publicación salió a la luz. No paro de mirar el móvil compulsivamente. La última vez que le eché un vistazo, habían borrado el contenido de Twitter e Instagram. El hilo ha desaparecido.

—Por ahora —contesta ella—, no hay humo sin un fuego.

Es un cliché, pero espero que tenga razón. Ese hombre no puede seguir evitando las culpas, ¿o sí?

—¿Ahora mismo, en el presente, en qué punto de tu vida *estás*? —pregunta con amabilidad.

—Creo que no lo pillo. Estoy aquí, contigo.

—Me refiero a en tu día a día. ¿Cuál es tu rutina?

—Me ducho, como, tomo café y escribo todos los días.

Me estoy echando flores, la mayor parte de días ni siquiera me cambio de ropa.

—¿Ves a otras personas? Amigos, familia, compañeros de trabajo.

—No tengo compañeros de trabajo y mis amigos llevan evitándome desde el divorcio. No suelo acudir a mi familia en busca de consuelo.

Lo cierto es que llevo meses sin visitar a Linda y a Sue. La última vez fue demasiado insoportable. Los «qué tal estás», «bien, ¿y tú?», el té, una cantidad ingente de té, la falta de contacto visual, la fachada de educación, los tiburones rondando más abajo en busca de sangre. Todos esos pasamanos brillando, acusándome.

—¿No tienes que trabajar?

Me deshago de mis recuerdos y vuelvo al presente.

—Eso *hago*; estoy escribiendo mi versión de los hechos.

—Escribir no es una fórmula mágica, ni tampoco es excluyente. —Se alisa las arrugas de la falda de tubo elegante—. ¿Podemos pulsar el botón de reiniciar, Jessica? ¿Puedo decirte lo que veo? —Una frase que solía pronunciar Mark en busca de una verdad y honestidad minuciosas: «¿Puedo decirte lo que veo?». Empiezo a vibrar—. Veo cómo se desdibujan los hechos y la ficción —prosigue la doctora Collins.

—Escribir es un proceso creativo, creía que era algo natural.

—Pero pareces incapaz de salir de ahí.

—Lo haría si pudiera.

—Me preocupa que estés demasiado absorbida por el pasado.

Saca una libreta de un cajón de la mesa que hay entre las dos y empieza a tomar notas.

—¿Debería preocuparme? Hasta ahora, nunca has hecho eso —comento.

—Es un procedimiento estándar. —Alza la vista, ausente.

—No escucho voces. —Intento poner una sonrisa de tristeza, pero últimamente he perdido todas mis habilidades sociales, así que lo más probable es que sea una de superioridad. Además, eso de que no escucho voces no es del todo cierto; a veces, la de Mark suena más fuerte que la mía.

Muerde la parte superior del bolígrafo, mastica y luego se da cuenta, avergonzada por un instante. Me levanto. Nos miramos. Ella está por debajo de la altura de mis ojos, sigue sentada, con la boca manchada de tinta.

—¿Puedo serte sincera? —pregunta. Me vibra todo el cuerpo. Otra vez está ahí, zumba con temor y anticipación—. Tu aislamiento se

está convirtiendo en un problema.

—A mí me gusta —respondo—. Es un alivio.

—Es importante que todos los días interactúes con otro ser humano. ¿Te ves capaz? —Puedo ver a Mark negando con la cabeza por esta *absurdez*. Los demás (Linda, Jacques y Jonathan) resoplan, ponen los ojos en blanco, se tragan la risa que amenaza con estallar —. Al menos, sal a dar un paseo. Mira el cielo que está sobre tu cabeza. Apúntate a un par de grupos, haz voluntariado.

Me dan ganas de responder: «¿En serio? ¿Para esto te pago ochenta euros la hora?». Pero no lo hago, algo me lo impide. Creo que necesitaré volver.

—Lo haré —respondo con alegría, dicha, o, al menos, lo intento.

El cielo que está sobre mi cabeza es un muro gris inexpugnable. Bajo, cada día está más bajo.

La doctora Collins saca su agenda.

—Creo que lo más sensato es que volvamos a vernos la semana que viene, Jessica.

Me recalca la importancia de hacer algo tan simple como quedar con alguien todos los días, aunque sea para dar un paseo o tomar un café. Nos despedimos de forma educada y yo me aseguro de poner una sonrisa y de prometerle que volveré.

De camino a casa, paro para comprarme un capuchino, le sonrío al barista, intercambiamos un par de palabras, *los cumplidos de rigor*, y he de admitir que eso hace que me sienta un poco menos bloqueada, un poco menos atrapada en mi cabeza y en mi móvil. Levanto la vista: el cielo es gris moteado sobre gris, pararse un rato a observar las nubes moteadas transmite alivio. Doy un traguito de café, lo *saboreo*, disfruto de la sensación de la espuma sobre la lengua y, por

un segundo, me siento activa, viva. Veo un ramo de narcisos pálidos en un jarrón fuera de la cafetería. Pienso que son agradables, bonitos, delicados, el botín de la naturaleza, pero luego me doy cuenta de que es evidente que son demasiado frágiles para este mundo. Sin duda, acabarán maltrechos por todo lo que les deparará la primavera irlandesa, incluido el granizo, la sorpresa más cruel y afilada de todas.

27

Un par de días después de haber cometido el error de invitar a todo el mundo a mi cuarto, me topé con el monstruo de dos cabezas que eran Linda y Mark en el edificio de artes, al salir de un seminario de lingüística (que me hizo retroceder de golpe a las clases de trigonometría, cuando el mundo se difuminaba y daba vueltas; era la única asignatura que había suspendido en mi vida). Estaba de los nervios. La reseña de *HUP!* sobre mi actuación de la noche del estreno no era perfecta como de costumbre: «Jessica McSwain parecía demasiado consciente de sí misma al hacer de hijastra, demasiado autocomplaciente. No consiguió meterse de lleno en la piel de su personaje en ningún momento». ¿Es que no veían que estaba representándola con aires de superioridad, tal y como pretendía Pirandello?

—¿Has pasado mala noche? —Mark me observó.

Me llevé la mano a la nuca automáticamente y empecé a arrancarme pelos uno a uno, algo que llevaba sin hacer desde el año que mi padre se largó.

—Necesito comer algo —dije, y me dirigí hacia el puesto de café.

—Hola, nena. —Jacques vino hacia mí con los brazos extendidos —. Esta mañana te has marchado antes de que pudiese despedirme de ti.

—Hola, Jacques —saludó Linda.

Jacques me dio un abrazo, luego otro a Linda y saludó a Mark de forma amistosa. El tío no tenía ni idea, ¿es que no pillaba mi lenguaje corporal?

—¿Os apetece algo? —preguntó.

—Ya me encargo yo de lo nuestro —contestó Mark mientras iba hacia la vitrina y pedía un sándwich de huevo para Linda.

Jacques me pilló una bolsa de patatas y una limonada. Los cuatro nos sentamos en unos taburetes altos; a Linda y a mí nos colgaban los pies, mientras que los de los chicos, como tenían las piernas largas, estaban bien plantados en el suelo. Nos tomamos las bebidas, pero el sándwich seguía sin abrir sobre la mesa, que tenía unos dibujos grabados de iniciales, corazones y una frase solitaria: «Las violaciones no existen en la luna». Me puse a temblar, estaba segura de que fui la única en darse cuenta.

—¿No te lo vas a comer? —le preguntó Mark a Linda. Lo sacó al instante del envoltorio y le dio un bocado, parecía una niña a la que su padre le había prohibido levantarse de la mesa hasta que se terminase las verduras.

Decidí echarle un cable, así que estiré el brazo para apoderarme de la otra mitad. Estaba seca y asquerosa. Saqué la lengua cubierta de pan revenido a los de la mesa.

—Qué asco.

—Estamos intentando que Linda coma más, ¿a que sí, cariño? —preguntó Mark mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja. Dio un sorbo de café y se lo tragó.

Debería haberme alegrado de que la animase a comer, pero estaba cabreada.

—Pero si odias el huevo —espeté—. Sabes que estos vienen de gallinas enjauladas.

—Necesita más proteína —respondió Mark. Parecía como si Linda fuese a potar si le daba otro bocado. Mark le apoyó la mano en el antebrazo—. Ya sabes lo que te dije sobre chasquear la mandíbula. —Masticó con más cuidado—. Mi padre hacía lo mismo, masticaba en

alto. Es una asquerosidad. —Mark tenía la capacidad de dejar a la gente pasmada. Ni Jacques ni yo fuimos capaces de reaccionar—. ¿Y qué hay de ti, Jacques? ¿Hay algo que te moleste de Jess?

Jacques se comió las patatas que le quedaban y se las tragó con un sorbo de agua con gas de marca Ballygowan.

—No, ella es perfecta tal y como es —contestó Jacques.

Le lancé un beso en el aire, él lo pilló al vuelo y fingió comérselo.

—Mi chico es deliciosamente perfecto —respondí yo, mirando a Jacques.

—¡Qué mentirosos tan monos! —exclamó Mark.

Jacques se rio y se disculpó para ir al baño. ¿Es que no se podía confiar en él para que me apoyase cuando lo necesitaba?

—La sinceridad es algo fundamental en cualquier relación —afirmó Mark cuando Jacques se había ido.

Pensé en cómo me había salido el tiro por la culata cuando lo obligué a que me llevase a ver a su hermano en busca de la sinceridad absoluta entre ambos.

—Gracias por compartir tu sabiduría —dije—. Aunque no te la haya pedido, otra vez.

—De nada. —Sonrió él.

—Tiene razón, Jess. Sin una sinceridad absoluta, ¿qué nos queda? —soltó Linda. Pequeño loro.

—¿Os habéis unido a una secta o algo?

Ninguno de los dos se rio.

—La capacidad de acceder a la sinceridad es la base de cualquier buena actriz —continuó Mark.

—¿De verdad? Creía que habías dicho que teníamos que ser mentirosas consumadas.

—Tienes que ser capaz de albergar la…

—Paradoja —lo interrumpí, poniendo los ojos en blanco.

—Qué expresiva —respondió él.

—¿Linda…? ¿Te importaría mandar a tu novio amablemente a la mierda? Hoy me duele bastante la cabeza.

—Venga, Jessie, solo está intentando ayudarte a ser auténtica. —Linda se rio.

Parecía como si fuese una referencia velada a esa reseña de mierda. Se suponía que mi personaje tenía que ser *sobreactuado*. Estaba fingiendo que actuaba. Mark lo sabía, pero no estaba dispuesto a concederme nada.

—De verdad que no estoy de humor. —Me levanté.

—¿Pero sigues queriendo ser la protagonista de mi nueva obra?

—Pues claro que sí —contestó Linda.

—Yo siempre animo a mis actores a expresar su verdad. Es mi versión de la técnica Meisner.

Un método famoso por ser despiadado en malas manos, destinado a conseguir que los actores estuviesen presentes y conectasen con el resto a medida que iban enumerando las «verdades» que veían en los demás. Primera fase: quienes comparten escena se sientan frente a frente o se ponen de pie el uno delante del otro. Un actor hace un comentario sobre el otro. Segunda fase: el segundo actor repite el

comentario palabra por palabra sin reaccionar. El objetivo es permanecer impasible, que dejes de centrarte en ti, erradicar el ego. «Pareces cohibido, parezco cohibido, te estás sonrojando, me estoy sonrojando, estás inquieto, estoy inquieto…». Mantenerse receptivo y no reaccionar.

—Linda, tú primera. Con Jessica.

Me miró, me atravesó con la mirada.

—Pareces nerviosa.

—Ahora tú, Jessica —indicó Mark.

—Y tú suenas como una imbécil —contesté.

—No. Repite lo que ha dicho Linda sobre ti.

—Lo que tú digas.

—Espero que no seas así de tozuda en los ensayos.

—Ahora no estamos ensayando.

—¿Jessie? —dijo Linda—. Mírame. Obedecí y miré esos ojos grises neblinosos—. ¿Quieres una dosis de verdad…? Tienes complejo de «creerte especial». —Lo dijo de una forma para nada graciosa.

—Muy ingenioso, Linda —respondió Mark—. Lo entiendo. Es cierto que Jessica se cree *especial*: esa ayuda a la que llama «beca», ser la primera de la lista de novatas más cañón, ese novio francés tan guapo, el complejo de abandono paterno, ser siempre la actriz protagonista… Es una identidad bastante excepcional.

Estaba provocando a la loba latente que llevaba dentro.

—Dijo don Estudiante de Filosofía Pretencioso Aspirante a *Auteur*, que odia a su padre con una oscura pasión, que combina una parka

con botas de vaquero y no deja de citar a diestro y siniestro a un fanático religioso…

Cuando me miró, le brillaron los ojos; estaba de acuerdo.

—Ese comentario iba con amor. —Linda se acercó a mí con los brazos abiertos.

Me imaginé a Mark diciéndole lo mismo después de hacerle un «comentario» sincero (o cruel).

—¿Y cómo se supone que me va a ayudar eso? —pregunté, y me alejé de ella.

—Venga, Jess. Tampoco te hagas la tonta. Siempre has tenido complejo de superioridad.

Y me lo decía mi supuesta mejor amiga, que solía llamarme «señorita *chachibrilli*» y me había jurado lealtad eterna.

—¿Qué…?

—Recuerda cuando íbamos al colegio.

—No pretendía hacer que te sintieses mal contigo misma, a ti sola se te daba de maravilla. —Estaba muy cabreada.

Linda bajó la vista hacia sus Converse desgastadas. Estaba callada y pálida.

—Sabes perfectamente lo que hiciste —respondió.

—Sue y yo solo estábamos tratando de ayudarte.

—¡Chicas! —exclamó Mark, parecía encantado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—La amistad femenina.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes… —Sonrió y me miró directamente a los ojos—. Lleváis tanto tiempo repitiendo el mismo patrón que ninguna se da cuenta de lo que le está haciendo a la otra.

—Al parecer, ya te has encargado de abrirle los ojos a Linda sobre lo espantosa que soy.

—No, solo he hecho que fuese consciente del efecto que le causaba vuestro pasado compartido.

Jacques regresó en ese momento y vino hacia mí. Me rodeó con los brazos y me dio un beso apasionado en los labios. ¿Era para impresionar? Mark nos observó. Me puse muy cachonda de una forma que no entendía.

Puede que por eso mi matrimonio estuviese condenado: mi marido era bastante franco conmigo, jamás llegó a entender qué tipo de dinámica retorcida necesitaba para excitarme.

28

Estoy desnuda sobre un escenario giratorio con luces estroboscópicas, corro, corro y corro sin llegar a ninguna parte mientras Mark grita: «¡Falsa, eres una falsa, ve más allá de tus límites, encuentra la Verdad!», y Linda va puntuando mis partes del cuerpo con crueldad y mis dotes de actuación en números negativos, «Qué sobreactuada», y Jacques y Jonathan me señalan y se ríen cuando tropiezo.

Unas manos me sujetan y me pongo a gritar. Jacques me está mirando con los ojos brillantes y repletos de luz.

—¿Has tenido una pesadilla, nena? Acércate, haré que te sientas mejor. —Me besó en la cabeza e intentó estrecharme en sus brazos para que echásemos un polvo mañanero como de costumbre. Por primera vez, me negué. Parecía dolido, aunque hizo lo que pudo por disimularlo—. ¿Tan malo ha sido?

—Necesito ver a Sue —espeté. Sentía nostalgia, un agujero que me carcomía por dentro.

—¿Por qué? ¿Va todo bien? —preguntó.

—No lo sé, lo único que sé es que necesito verla.

Me besó y luego murmuró grogui:

—Vale, entonces dile que me mudaré a lo alto de su árbol.

Lo aparté de un empujón e intenté reírme.

Cuando estaba en el autobús, me di cuenta de que llevaba desde que

me fui a la universidad, hacía seis meses, sin pasar por casa, y de que no había visto ni hablado con Sue desde Navidad. ¿Qué pensaría cuando me presentase ahí sin avisar y cómo disimularía la culpa…? Lo único que sabía es que de pronto me abrumó un fuerte deseo de verla. Pensé en el olor a pastelitos y en mi fiambrera siempre a reventar, que era la envidia de todo el colegio; pensé en ella alimentando a Linda y en su expresión rebosante de ternura al verla comer; pensé en ella bailando, contándonos cuentos y riéndose. Pero también había algo más en esa mezcla, una ansiedad indescriptible que me impulsó a no avisarla. Me reservé el derecho a cambiar de opinión hasta que llamé al timbre.

La cara que puso al verme cuando abrió la puerta fue como una película: primero, la sorpresa, seguida rápidamente de alegría y, después, de enfado. Pero no pudo evitarlo, al final el amor que me tenía ganó la batalla.

—Maldita diablilla, deberías haberme avisado de que ibas a venir.

—Estaba por aquí —contesté.

Se produjo un silencio extraño antes de que me invitase a pasar. La casa estaba hecha un desastre, como ella: sucia y descuidada. Me quedé de piedra al oler el sudor seco y las comidas precocinadas baratas, la peste a plástico y a carne procesada recalentada. Quería abrazarla y darle un beso en la nariz como solía hacer ella conmigo y luego decirle que se fuese a la ducha y a maquillarse, que ya limpiaríamos las cosas después y nos pondríamos a hornear algo juntas. En vez de eso, le lancé una mirada que nos avergonzó a las dos. Se le tensó el cuerpo y yo adopté esa mirada altanera de superioridad que se apoderaba de mí en cuanto sentía cualquier clase de ternura estando con ella. Hasta a mí me sorprendió esa ambivalencia.

—Al menos podrías haberme dado la oportunidad de asearme, de verdad. Últimamente no se ven muchas visitas por aquí —empezó a

decir con nerviosismo.

Sentí ese tirón de tristeza familiar en el pecho y me molestó, pobre Sue. Una especie de estasis educada se apoderó de nosotras en el pasillo y ninguna de las dos se movió por miedo a perturbar ese delicado equilibrio.

—¿Qué tal te va? —preguntó unos instantes después.

—¡Bien! ¡Genial! He estado ocupada, ya sabes.

Ninguna de las dos dijo lo que pensaba en realidad. Ella: «¿Dónde te habías metido, desagradecida?». Y yo: «Te echo de menos y necesito consejo, las cosas se han puesto raras, Linda ha conocido a tío problemático y estoy preocupada por ella», aunque eso tan solo era la mitad de la historia, claro; la otra mitad era incapaz de expresarla, pero, aunque hubiese podido, Sue no hubiese tenido ni idea de qué responder, al fin y al cabo, ella eligió a mi padre.

Pude ver cómo se convertía en una bola de ansiedad disfrazada de «diversión». Se abalanzó hacia la cocina y yo la seguí, sacó el limpiador, pulverizó un poco en el aire y luego puso un CD de The Temptations.

—¿Té o vino? —preguntó mientras meneaba las caderas con poco entusiasmo al ritmo de «Papa Was a Rollin' Stone».

Me di cuenta de lo mucho que necesitaba que se comportase como una adulta.

—Té, por favor —contesté—. Es pronto.

—Aguafiestas —respondió al mismo tiempo que bajaba dos tazas del armario y las lavaba y secaba con rapidez mientras esperaba a que hirviese la tetera—. ¡Es la hora del té! —canturreó al abrir un paquete de Jacobs Mikado. La cobertura dulce de la galleta me trajo recuerdos de cuando podía ponerme hasta las cejas de azúcar

siempre que quisiese.

En cuanto nos sentamos a la mesa, se levantó para buscar un trapo, que utilizó para limpiar las migajas mientras volvía a disculparse por cómo estaba la casa. Al final, se sentó y me miró a los ojos. Me di cuenta de que los tenía inyectados en sangre, con bastantes surcos.

—Bueno, qué agradable —comentó a la vez que me observaba por debajo de unas pestañas casi inexistentes, que solían estar pintadas con una capa de máscara brillante. Apenas la reconocí sin ir tan maquillada. ¿Era yo el motivo por el que había mantenido la compostura durante todos esos años, y era yo el motivo por el que ahora…?

—Hmmm… —Me metí media galleta en la boca.

—¿Va todo bien? —Asentí con las mejillas llenas y puse una sonrisa falsa—. Linda me ha contado que sigues con ese novio francés.

—Sip —contesté después de tragar y dar un sorbo de té.

—Me alegro por ti, parece simpático. —Hasta ese momento, la palabra «simpático» jamás había salido de sus labios—. Me encantaría que vinieses a verme más a menudo —confesó—. O que por lo menos llamases.

Los sentimientos contradictorios de siempre se tropezaron unos con otros: culpabilidad y amor, frustración y anhelo.

Me comí otra galleta, pero esta vez hice un espectáculo al quitarle la parte de arriba con los dientes, y luego la de abajo, para revelar la nube pegajosa y dulce del interior.

—Algunas cosas nunca cambian, corazón —afirmó con una sonrisa. Odiaba que me llamase «corazón». Pobre Sue, no podía salir ganando—. ¿Por qué no invitas a tus amigos a cenar algún día? A mí

me encantaría…

Ni de broma iba a exponerla al ridículo mordaz de Mark. Solo de pensar en él aquí, en esa casa tan cutre, bastaba para que me sonrojase.

—Gracias, se lo preguntaré —contesté.

La expresión dolorida de su rostro indicaba que sabía que no lo decía en serio.

—Fui a verte a esa obra —comentó.

—¿De verdad? —Me quedé sin aliento—. ¿Por qué no te acercaste a saludarme después?

—Estabas rodeada de admiradores.

Pensar en ella ahí sola me resultó insoportable, pensar en el amor incondicional que sentía por mí, en el hecho de que no me hubiese abandonado, era insoportable. Me insensibilicé.

—¿Qué te pareció?

—Creo que no la entendí —respondió—. Pero estuviste impresionante ahí arriba, enigmática, nadie podía apartar la vista.

Le brillaban los ojos con unas lágrimas que se esforzó por mantener a raya. ¿Estaba orgullosa de mí, o solo se arrepentía de la vida que no había vivido?

Se levantó, suspiró y fue al fregadero; después, abrió el grifo, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió con rapidez. Luego se volvió para mirarme.

—He oído que Linda ha conocido a un chico —soltó con una voz demasiado estridente—. ¿Te lo ha presentado?

—¿Y a ti? —pregunté. Negó con la cabeza. Le resultaba doloroso—. Te aseguro que no quieres conocerlo —afirmé.

—¿No te alegras por ella? —preguntó, y volvió a sentarse en frente de mí.

—No me alegro de que sea él.

—Estás haciendo lo mismo que con el novio que se echó en el instituto.

—¿El memo de Stu? —bufé.

—Vale, sí, era un poco patético —resopló ella—. Recuerdo al pobre imbécil plantado debajo de nuestra ventana durante días después de que lo mandase a tomar viento… o de que tú lo hicieses por ella.

—Pues este no tiene nada de patético.

—Bueno, eso está bien, ¿no?

¿Cómo podía describirle el potente pero peligroso encanto de Mark? Aunque, claro, ella también había estado bajo el hechizo de alguien igual de adictivo y traicionero.

—¿Has tenido alguna cita? —pregunté, deseosa de que la respuesta fuese sí.

—¿Quién iba a querer estar con esta vejestoria? —Soltó una risa alegre y metálica.

—Con esa actitud, no —contesté. Me dije que estaba practicando una versión de amor duro.

—Tú no sabes lo que es —dijo, casi con tristeza. Quería zarandearla (ahora que tengo su edad, lo entiendo)—. Cuando veas a Linda, ¿te importaría decirle que viniese de visita? Estoy preocupada por ella.

Sentí ese conflicto de siempre entre querer empujarlas para juntarlas y así poder desentenderme de la responsabilidad, y unos celos punzantes al pensar que le importaba más ella que yo.

Me levanté y las patas metálicas de la silla chirriaron contra el linóleo.

—Bueno, mejor me voy yendo.

—¿Cómo, tan pronto? ¿No te quedas a cenar?

Fui hacia ella y le di un beso en la mejilla.

—Tengo que volver, esta tarde tengo un seminario.

—Que no vuelva a pasar tanto tiempo hasta la próxima visita.

—Claro…, hasta pronto —solté de forma despreocupada, como si fuese cierto y no me hubiese tirado los últimos tres meses pasando de ella.

—Me lo pasé bien en Navidad —afirmó, parecía muy triste—. Te quiero.

Esos tentáculos invisibles me rodearon y se acercaron tanto que estuvieron a punto de asfixiarme. Fui incapaz de decírselo. Dos palabras que la habrían hecho muy feliz, una mentira piadosa. Me convencí de que no quería ser una hipócrita. Me obligué a darle un beso en la otra mejilla, pero me aparté antes de que pudiese abrazarme. Me despedí de su silueta solitaria de pie en el umbral, después me di la vuelta y salí pitando, recorriendo las calles de mi infancia a toda velocidad, pasando por el campo donde Linda y yo solíamos ponernos como una cuba con unas tazas hasta arriba de mejunjes de la licorera de nuestros padres, dejando atrás las casas idénticas que ahora parecían más pequeñas y tristes y los árboles esqueléticos de corteza enfermiza y desconchada. Tenía el pecho tan encogido que tuve que obligarme a meter aire de alguna forma.

Llegué a la parada del autobús, pero seguí corriendo, era imposible que me sentase en un autobús sin sufrir una combustión interna. Cuando no me quedaron fuerzas para correr, eché a andar durante horas. Pobre y desgraciada Sue. Hacía que me sintiese fatal y cabreada y triste y llena de un amor asfixiante con el que no quería, no podía o, simplemente, no estaba dispuesta a cargar.

Podía escuchar la voz de Mark diciendo: «Fue ella quien te convirtió en lo que eres, ¿no?».



—Te hizo cuestionarte tu versión de la realidad. Algo peligroso —dice la doctora Collins.

—¿De verdad? Su argumento era que nadie podía obligarte a sentir nada.

—Y, aun así, tenía el poder de hacerte creer que lo que sentías no era real. Tuvo que serlo. Era *tu* experiencia. —No estoy convencida, pero ella lo ve—. Me refiero a que Mark tenía más influencia sobre ti de la que admites. Te tenía bajo control.

—Soy consciente.

—Pero no creo que estés reconociendo del todo hasta qué punto tenía poder sobre ti.

—Todavía no, estoy en ello…

—Sigue igual, Jessica. Han pasado décadas y sigue teniendo poder sobre tu vida.

¿No me digas? Pongo los ojos en blanco, suspiro, me encojo de hombros. Hago todos los gestos típicos de manual. Me frustra saber que ese hombre ejerció una influencia excesiva sobre mí; que, a pesar de creer que podía participar en ese juego y ganar, a mí también me

deslumbró, me confundió, me utilizó.

A mí también.

Nudo

29

En cuanto volví a cruzar el arco delantero estilo *palazzo* de Wilde y recorrí los adoquines hacia mi nueva vida, volví a convertirme en la novata más cañón, en la actriz favorita de los artistas de Wilde y en la mitad de la pareja más guay y adorable de la universidad. Era *especial*, no podía evitarlo. Me empapé de la majestuosidad de los edificios antiguos que cercaban este espacio exclusivo al que yo pertenecía. Estaba nerviosa y eufórica, el rostro y la voz de Sue se alejaban con cada paso que daba hacia mi nueva vida. Nunca me quedaría así de atascada en la insignificancia, la tristeza y la pobreza. Nunca cargaría con un hombre como mi padre, que tuvo una hija que no quería. Sue escogió de pena a su hombre, ella escogió su vida de pena. *No es culpa mía*.

El cielo estaba bajo y los terrenos estaban envueltos en un manto neblinoso, era romántico, pero de un modo sombrío. Volvía a protagonizar mi propia película: una historia de reinvención, de triunfo contra la adversidad, siendo esta una huida insólita de los sofocantes suburbios. *Soy una persona por derecho propio, soy libre, soy yo misma…* Me vibraba el cuerpo al son de esos pensamientos de adolescente total y, cuanto más los repetía, más me los creía, o más me intentaba convencer de que me los creía.

—¡Pero bueno! —exclamó una voz familiar a mi espalda. Fue como si mi exaltación lo hubiese invocado—. ¿Qué haces por estos lares míos?

—*¿Tuyos?* —Hizo un gesto con el brazo para señalar las habitaciones palaciegas situadas detrás de él en la plaza principal—. ¡Esta plebeya ha decidido que quería ver cómo viven los *becados* de verdad!

Se rio con aprobación. Fue hacia el campanario y me hizo un gesto

para que lo siguiese. Me quedé helada.

Se detuvo y me miró con curiosidad.

—¿No te creerás esas chorradas supersticiosas, no?

—No estoy dispuesta a comprobarlas.

La leyenda decía que si atravesabas el arco del campanario suspenderías los exámenes, la persona a la que amabas de pronto empezaría a odiarte, acabarías sin hijos, sin un duro y más solo que la una. Además, la campana se pondría a repicar si eras virgen.

Se paseó por debajo del tejado.

—No ha sonado ninguna campana —dijo a la vez que levantaba la vista.

—No me sorprende —contesté, quedándome en el borde. Nunca había oído hablar de ningún estudiante que se hubiese arriesgado a cruzarlo.

Me miró, le brillaban los ojos de manera alegre y provocativa.

—Te aseguro que no voy a catear nada.

—¿No te da miedo lo demás? —pregunté.

—Linda no va a despertarse un día y odiarme, ¿no?

Puto engreído. Quería decirle a Linda que no fuese tan maleable y dispuesta.

—Y tampoco creo que vaya a morir solo y pobre. Además, no quiero hijos. —Me pregunté si Linda lo sabía. En ese momento, recordé lo que había dicho Jacques sobre que Linda no era más que el proyecto personal más reciente de Mark y que al final se cansaría de ella—-. Venga —dijo—. No eres una persona que se deje llevar

por la multitud sin pensar.

—Simplemente no pienso tentar a la suerte.

—¿De verdad? Te tenía por alguien que traspasaba límites y se arriesgaba.

—Esa maldición es antigua y paciente. No me apetece ponerla a prueba.

Le pareció tronchante, se dio una palmada en el muslo en una parodia del estudiante-caballero que fingía ser.

—Tienes que reclamar tu historia. Eres tú quien tiene las riendas de tu vida, de tu futuro.

Fue asombroso lo bien que encajaba esa afirmación con lo que había estado pensando justo antes de toparme con él. *Soy libre, soy yo misma…* Levanté la vista en su dirección y el ardor de sus ojos me abrió un agujero en mitad del torso.

—Hazlo, te reto.

La adrenalina me recorrió el cuerpo. Esa palabra tenía poder sobre mí y él lo sabía. Me atrajo como un imán, tenía una carga irresistible. Fui ganando velocidad hasta que me di cuenta de que estaba corriendo tan deprisa como podía, y sin dejar de contener la respiración, por debajo de la torre, como si los vapores de la maldición atrapados en los viejos muros de la torre del reloj no pudiesen infiltrarse en mi cuerpo si no los respiraba. Cuando atravesé el campanario a toda velocidad, el reloj dio la una. Estaba nerviosa, entusiasmada, temblando.

—¡¿Ahora es cuando me dices que eres virgen?! —gritó.

—¡Cosas más raras se han visto! —aullé mientras embestía en otra dirección.

—¡Bien hecho! —exclamó, y me encontró al otro lado—. Estoy orgulloso de ti por haber superado tus límites. —No pude evitar sentirme como una niñita de papá que acababa de llegar a casa con otra matrícula de honor y una pegatina de estrella en el cuadernillo de ejercicios—. Oye, ¿te apetece ver cómo viven los becados *de verdad*? Tengo más o menos una hora libre hasta mi siguiente clase.

Se alejó sin esperar una respuesta.

Seguí su espalda, por supuesto, vestida con la parka, que estaba inusualmente limpia, lo que me llevó a preguntarme cuántas idénticas tenía guardadas en el armario. Me imaginé un montón de parkas esperando rígidamente a su entera disposición. Reprimí una risa. Las botas de vaquero repiquetearon con fuerza sobre los adoquines al compás de mi corazón desbocado, o eso pareció.

—¿Y Linda? —pregunté cuando llegamos a su cuarto.

—No soy su niñera. —Se encogió de hombros.

—¡Quién lo diría!

Se dio la vuelta con una sonrisa burlona, le brillaban los ojos. Ya estábamos otra vez. Agitó las llaves con teatralidad, como si fuese un carcelero con un poder desmesurado, antes de introducir la principal en el cerrojo.

—Por aquí, señorita —dijo, y subió dando zancadas en la oscuridad.

Cuando llegó al primer piso de la escalera de caracol, se detuvo y volvió a hurgar ruidosamente en el llavero en la penumbra. El olor a incienso me asaltó en cuanto abrió la puerta.

—Nunca te habría tomado por un *hippy* —afirmé.

—A estas alturas deberías saber que soy imposible de clasificar.

Su habitación era enorme, de techo alto, y tenía una luz suave y ambarina que se derramaba a través de las grandes ventanas de guillotina desde las farolas de fuera, encendidas incluso pese a la luz diurna gris. El suelo, hecho de tablones de madera desnuda, crujía y había libros desperdigados por todas partes: amontonados en el suelo y tambaleándose en unas pilas inestables sobre la mesa. En la esquina descansaban un gramófono antiguo y un montón de vinilos.

—¿Es una antigüedad? —pregunté mientras me acercaba.

—¿Cómo de viejo tiene que ser algo para considerarse una antigüedad?

—Ni puta idea. ¿Entonces es retro?

Entró a la cocina, riéndose.

—¿Te apetece un *whiskey*?

—Si insistes. ¿Es un vicio secreto?

—Yo no lo toco, es solo para invitados —respondió.

Invitados. Sacó un vaso de un armario y sirvió una cantidad generosa de *whiskey*.

—¿Qué piensas hacer, emborracharme?

—No me gustan los borrachos —contestó, y dejé el vaso—. El alcohol es una opción bastante triste.

—¿Triste para qué?

—Para buscar experiencias alternativas.

—Venga ya, si no es más que una forma de relajarse.

—Conozco formas mejores de hacer eso —contestó.

Mi cuerpo bailó al son de esa promesa.

Fue al grifo, se sirvió un vaso de agua y se giró hacia mí.

—Salud.

—Salud. —Me percaté de que me estaba llevando el vaso de *whiskey* a los labios y tragando al mismo tiempo que él me atrapaba con su mirada brillante.

—¿Qué tal está Jacques? Hacéis una pareja preciosa, ya lo sabes.

—Vaya, gracias —respondí, e hice una reverencia como un bufón servil.

—Tiene algo, ¿no crees? Es atractivo, pero está triste, como si le hubiesen hecho añicos el corazón. —Abrí la boca para contradecirle, pero no salió nada—. A Jonathan le pasa lo mismo, es guapísimo, pero está destrozado.

Sabía a qué se refería, pero lo que dijo sobre Jacques seguía retumbando. ¿Qué veía él? ¿Qué sabía?

—Y tú… —susurró a la vez que me observaba.

—¡Una chiflada herida! —contesté mientras intentaba alejarlo a golpes.

—«Bien que te joden tus papis. Aunque no adrede, lo hacen…» —entonó—. Larkin.

—Lo conozco —respondí. Bebí más *whiskey*—. De todas formas, es un pelín reduccionista.

—¿Eso crees? —Me observó.

—Ya sabemos qué opinas del desgraciado de tu padre. —Me sequé la boca con el dorso de la mano, me gustó el cosquilleo que noté en

los labios.

—¿Y qué hay de los tuyos? —Brindó de broma conmigo. Me presioné esa parte irritada de la garganta—. Qué tic tan interesante —comentó—. Podemos usarlo en los ensayos. Es un gesto fantástico, dice mucho. —Aparté la mano, sentí unas ganas repentinas de llorar y me cabreé conmigo misma—. ¿Duele? —Se acercó y me tocó ese mismo punto del cuello—. ¿Puedo decirte lo que veo, Jessica…? —Me vibraba el cuerpo—. Veo tu vulnerabilidad, veo quién eres en realidad. —Quería mandarle a la mierda, pero al mismo tiempo no quería que apartase los dedos—. Tu padre se largó. Tú le querías. Pensaste que él también te quería, ¿verdad? —¿Qué le había contado Linda? Se me llenaron los ojos de lágrimas, levanté la vista al techo y tragué saliva para contenerlas—. Buena elección. Las mejores actrices no lloran. —Su mano se quedó donde estaba—. Reescribamos esa historia cuando representes a mi Jessica. Vamos a convertirte en la que abandona, en vez de en la abandonada.

Me gustó esa idea, sentí que mi cuerpo rezumaba fuerza.

Me recorrió el hueco de la garganta suavemente con un dedo.

En ese momento, mi cuerpo rezumó algo distinto.

—Es una parte preciosa del cuerpo de una mujer —afirmó. Quería preguntarle si lo de no darme más nota que a Linda iba en serio—. ¿Crees en Dios? —me preguntó tras bajar la mano de golpe, como si se hubiese quemado, como si hubiese escuchado mis pensamientos vulgares. Me quedé con unas ganas inmensas de que me tocase.

—¿A qué viene eso? —contesté.

—¿Sí o no? —insistió.

—Supongo que no le he dado muchas vueltas.

—Bueno, pues deberías.

—Pensaba que tú no creías en la providencia divina —dije, refiriéndome a no hacer caso de la maldición del campanario.

—Creo en un poder superior. El papel del artista es canalizarlo. Tengo ganas de enseñarte a conectar con él.

—¿Y cómo sugieres que lo haga? —pregunté, emocionada ante la perspectiva de que pudiese haber drogas de por medio. Apuré los restos del *whiskey*.

—Haciendo que te abras y despojándote del ego, ayudándote a conectar con la versión más real y auténtica de ti misma…

—Algo nada pretencioso —respondí, e intenté adoptar un tono irónico que acabó sonando patético.

—Vamos a limar esos bordes afilados y a ver cuánto dolor y belleza sale a la luz… —Ninguno de los dos se rio—. Vamos a ponerte en contacto con la magia. —Supuse que se estaba refiriendo a esa sustancia que no era el alcohol. *Una realidad aumentada*—. ¿Estás preparada para expandir tus límites al máximo?

—Sí —susurré.

—«Atreverse es perder el equilibrio momentáneamente» —dijo.

Antes de que supiese lo que estaba pasando, su mano me estaba apretando el cuello con fuerza, me desabrochó los vaqueros con la otra y luego me metió un dedo, después dos y luego tres. Me corrí casi al instante. Un éxtasis terrible y bochornoso.

Al terminar, fue al fregadero y se lavó las manos.

Me subí la cremallera con los dedos temblorosos.

—Que esto quede entre nosotros —contesté con un hilillo de voz.

—¿El qué? —preguntó con una expresión impasible. Echó un

vistazo a su reloj, un modelo de 1920 de cuero—. Tengo que irme, no quiero hacer esperar a mi estudiante.

—Bonito reloj —dije por decir algo.

—Bulgari, Vestiaire… Esto sí que es un buen ejemplo de algo *vintage*. —Me acompañó hasta la puerta de entrada—. Mucha mierda esta noche. —Me deseó con un tono neutro mientras me invitaba a salir—. Estoy deseoso de dirigirte.

Cuando eché a andar en dirección a mi cuarto en piloto automático, escuché su voz en mi cabeza, desmontando mi realidad: «Antes de que supieses lo que estaba pasando. ¿Es eso cierto, Jessica?».

Una hora después, estaba tumbada en la cama, inmóvil a medida que escuchaba la lluvia de fuera, aterrada por el momento en el que Jacques entrase por esa puerta, cuando, de repente, alguien llamó. La puerta se abrió y ahí estaba Linda, emocionada, con los pelos de punta. Fue como si le hubiese caído un rayo.

—Mark acaba de decirme que me quiere.

—¿Cuándo? —Me incorporé.

—Justo ahora. Hemos echado el mejor polvo del mundo y después me ha dicho que me quería.

Algo duro y frío se instaló en mi interior, me heló el corazón y me impidió moverme. Linda ni se percató de lo asombrada que estaba. Se había quedado sin aliento y una lágrima le resbaló por la mejilla. Quería secársela y estrecharla entre mis brazos. Quise ponerme furiosa, advertirla, contarle mi secreto, decirle que era un depredador peligroso, tóxico y un manipulador, pero, en realidad, ¿de quién tenía que advertirle?

Continuó repitiéndolo con una voz que era la suya:

—También quería pedirte perdón por haber sido un poco cabrona últimamente. Nunca he estado enamorada. Da miedo, ¿a que sí? Esa experiencia de sentir algo que escapa a todo cuanto habías conocido… —Me miró con un amor puro y sin filtros—. Pero eres mi mejor amiga. Hermanas para siempre, ¿verdad?

Me di la vuelta y me acurruqué en posición fetal para que se me dejase de subir la bilis a la boca.

Se sentó con suavidad en el borde de la cama.

—¿Estás bien, corazón? ¿Tienes calambres? Espero que te mejores para la actuación.

Alargó el brazo, me apartó el pelo de la frente y me acarició como si estuviese calmando a una niña. Ojalá no hubiese usado esa expresión de Sue. Recuerdo pensar que me quebraría bajo el peso o la fuerza de la culpa, como si me hubiesen lanzado una mole gigantesca y sólida de cemento. Acababa de poner las cosas en marcha.

30

—Pareces abrumada, Jessica. ¿Quizá podrías intentar estar presente en este momento, conectar con tu respiración y plantar los pies en el suelo?

Estoy sentada en una silla que me queda demasiado alta; me cuelgan los pies, tengo el cuerpo extrañamente torcido y me he quedado sin aliento. Hago fuerza para levantarme, inspirar y espirar. La doctora cuenta conmigo: cuatro, cuatro, cuatro, cuatro, y luego, seis, seis, seis, seis, después, ocho, ocho… Respiraciones superficiales que hacen que me entre la risa tonta y me maree. Levanto los manos por encima de la cabeza y pienso en el comentario de Mark sobre mi capacidad para llegar más alto, superar mis límites. Echo un vistazo a esa pared triste y solitaria a través del cristal.

—Ahí fue cuando debería haberle parado los pies.

—Quizá no pudiste…

—Pues claro que pude, pero no lo hice.

—¿Te importaría que compartiese lo que he visto a medida que relatabas ese episodio?

Episodio. Ahí es cuando empiezan las invenciones. Asiento.

—He visto a una niña abandonada que haría lo que fuera por complacer a los demás —afirma. No me rio, aunque debería—. Para un niño, el abandono es una experiencia extremadamente dolorosa.

Me quedo de pie con la vista clavada en el cristal sucio y sin ver nada real tras él.

—En ese momento no era una cría —contesto en voz baja.

—No es de extrañar que tu forma de empatizar con los demás se torciese —prosigue la doctora Collins.

—¿Y eso excusa mi comportamiento? —Sueno dura—. ¿Ahora me vas a decir que estaba buscando amor donde no debía? —Se queda callada y deja que mi comentario cínico flote hasta ganar sustancia —. Me declararon culpable. —Me acerco hasta la ventana, le echo el aliento, me bajo la manga y la limpio—. Hace tiempo que no se pasa nadie a limpiarlas.

—Tampoco es que la vista sea buena —responde.

Aprieto la nariz contra el cristal.

La doctora Collins se queda un buen rato en silencio antes de decir:

—¿Ese sentimiento te resulta familiar? ¿El de tener una hoja de cristal separándote del mundo y estar aplastada contra ella? —Vuelve a decepcionarme. Otra vez. Y, aun así, sigo volviendo. ¿Por qué? ¿Acaso necesito compañía, alguien que me escuche? Me froto la punta de la nariz, seguro que está asquerosa—. Volvamos a esa culpa que has mencionado antes —dice.

Noto el peso de toda esa culpa en el pecho, subiendo e instalándose en mi garganta, empujando desde la parte trasera de los ojos. *No llores, no llores*. Levanto la vista al techo. Las mejores actrices no lloran. Las mejores actrices son las que no permiten que sus personajes sean de lágrima fácil.

—No estoy muy segura de que esa fuese una experiencia sexual consentida.

No pienso ir por ahí. Sé lo que sentí. Estaba abrumada, sí, pero yo quería que pasase.

—Más vale que vuelva. —Me miro el reloj de forma exagerada. *Voy tarde, voy tarde, voy a llegar tarde a una cita muy importante*.

Ambas sabemos que no tengo nada a lo que volver: ni niños que cuidar, ni un trabajo que atender, ni un marido al que hacerle la cena ni con quien hablar.

No me pregunta cuándo quiere que fijemos la próxima sesión, lo que me transmite un perverso deseo de que lo haga. Siento una extraña pena por haber decidido marcharme.

Cuando me doy la vuelta para salir, escucho su voz a mi espalda:

—Encuentra a esa niña que sufre de tu interior, necesita que cuiden de ella.

Pongo los ojos en blanco de manera dramática, pero, de camino a casa, reflexiono sobre sus palabras. ¿Qué hago, le compro un arsenal infinito de Smarties? Voy a un quiosco, me compro diez tubos y saco los naranjas. La pequeña yo está contentísima hasta que le entran ganas de vomitar. Nunca he tenido límites, ni internos ni externos.

Cuando llego a casa, decido que el único lugar que me queda es la página. No hay ninguno más.

31

Jacques irrumpió en mi cuarto unos minutos después de que Linda se hubiese ido.

—¡Hola, nena! —Seguía tumbada con la ropa puesta y tapada hasta las orejas con el edredón morado de lunares de cuando era pequeña (una creación especial de Sue)—. ¿Qué haces aquí escondida? —Estiró el brazo y me apoyó la mano en la mejilla caliente—. ¿Estás enferma?

—Estoy de puta madre. —Le aparté la mano de un manotazo.

—¿He hecho algo? —Se encogió.

—¿Vas a hacer que esto gire en torno a ti? —le pregunté, y hasta yo me sorprendí—. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Bueno, ¿y entonces con qué? ¿Qué ha pasado? —espetó tras dirigirse hacia la ventana, abrirla y respirar hondo.

—No me apetece hablar del tema.

—¿Desde cuándo a ti no te apetece hablar sobre algo? —Se dio la vuelta para mirarme.

—Bueno, yo qué sé… Desde… ¿ahora mismo? —Adopté una posición fetal y me tapé la cabeza con el edredón para alejarme todo lo posible de él—. ¿Puedes cerrar la ventana? Hace un frío que pela.

—Pareces una oruguita muy mona ahí dentro —dijo.

Sí, en mi crisálida de maldad.

Jacques se sentó en la cama y le dio unas palmaditas al hueco que tenía al lado. Me incorporé, todavía arropada con el edredón,

mientras él me ahuecaba los cojines detrás de la espalda.

—Tus ojos… —Me lanzó una mirada penetrante, escrutadora. ¿Podía ver lo que había hecho?—. ¿Has estado llorando? —Me besó los párpados con suavidad y después batió las pestañas contra mis mejillas.

—Sue solía hacerme eso —dije—. Besos de mariposa… —Me inundó una pena indescriptible.

Siguió dándome besos con las pestañas por todo el cuerpo y después empezó a desnudarme con suavidad. Le dejé. No existe una palabra exacta para describir la traición y la comodidad de regresar a la casa en la que se había convertido su cuerpo. Por primera vez, fingí un orgasmo. No pareció darse cuenta.

—Te quiero —dije con la voz áspera, la vergüenza se me atascó en la garganta.

—¿Quieres hablar del tema? —Me estrechó en sus brazos.

—¿Qué tema? —susurré en la oscuridad.

—¿El que sea que te haya hecho llorar?

Lo siguiente que salió por mi boca pareció provenir de una inspiración divina (o diabólica):

—No me puedo creer que le hayas hablado a Mark de Louis. —En ese momento, mi dolor, con ínfulas de superioridad, se justificó. La sensación de rechazo borró temporalmente la traición que había cometido.

—Sabía que no te iba a parecer bien, por eso no te lo conté. —Me secó las lágrimas con el pulgar.

—Ah, vale, ¿o sea que ahora escogemos qué cosas contarnos? —

Fui ganando velocidad, mi hipocresía me sorprendió y me emocionó al mismo tiempo.

—Que sepas que tampoco es tan malo.

—No deja de meterse conmigo en público y tú siempre te quedas callado. —Estaba muy metida en mi papel de «víctima».

—Mira, el otro día me crucé con él y nos pusimos a charlar. Él habló de su padre, que era alcohólico, y acabé compartiendo mi historia con él sin darme cuenta. Él lo entiende…

—Ah, ¿y yo no? —Su silencio lo dijo todo—. Ese tío no es de fiar —afirmé. *Ve con cuidado, Jessica.*

—No te estoy excluyendo, solo trato de protegerte. —Alguien debería haber intentado protegerle a él de mí—. Por extraño que parezca, creo que de verdad le importa Linda —continuó.

—¿Y qué pasa con lo que dijiste sobre que no era más que su «proyecto personal» más reciente?

—Puede que me equivocase… o eso espero.

—Te lo dijo él, ¿no?

—Dijo que sabía que no te caía bien y que le dolía porque eres la mejor amiga de Linda. —*Que le dolía.* Contuve la respiración hasta que me mareé. *No digas nada*. De hacerlo, nos habría destrozado—. Va a organizar una fiesta pequeña el sábado. Estamos invitados. Y creo que deberíamos ir, por el bien de Linda. —No había forma de evitarlo, ninguna clase de resistencia podría parar el tren ahora que había salido de la estación. Me besó en los labios con la presión justa, con un amor suave y sin pedirme nada a cambio—. ¿Cuándo empiezan los ensayos?

—No pienso hacerlo.

—No permitas que una mala reseña te haga tirar la toalla. —Estaba tan equivocado que me sentí más alejada de él que nunca—. A Mark le hace mucha ilusión, cree que vas a arrasar.

—Te lo ha dicho, ¿a que sí?

—Así es. —Parecía muy orgulloso—. Me da la sensación de que es un cabrón con talento. —*No digas nada*—. No voy a permitirte rechazar el papel. Siento que va a ser importante para ti.

—¿Te da igual que me ningunee?

—Jessie, te las puedes apañar —contestó—. No me cabe duda de que sabrás cómo defenderte. —Sentí como si una mano me bajase por la tráquea y me asfixiase. Tosí—. ¿Estás bien, mi amor? —Me dio unas palmadas en la espalda. Yo asentí, tragué saliva e inspiré hondo —. Y recuerda que naciste para estar ahí arriba.

—Hablando del tema —dije, obligándome a levantarme de la cama —, tengo que prepararme para esta noche.

—¡No dejes que esos capullos te desanimen! —Iba con buena intención, pero era muy condescendiente—. Solo te quedan un par de noches.

Por extraño que fuese, iba a echar de menos mi actuación *consciente de mí misma* como la hijastra seductora. Pirandello me había poseído y reclamado como suya. Por ahora, estaba a su servicio. Mejor eso que estar *al servicio* de Mark Whitman.

32

A la mañana siguiente, Linda, Jonathan y yo estábamos en el puesto de café del edificio de artes por culpa de Jonathan, tomándonos un café que en realidad a nadie le apetecía y sentados con torpeza en unos taburetes altos. Los fluorescentes artificiales sobre nuestras cabezas parecían penetrantes, inquisitivos, y no dejé de pestañear para mantener el pánico a raya. Llevábamos sin estar a solas desde la noche del estreno de *Seis personajes*, hacía diez días. Cuando miré a Linda, tenía el contorno desdibujado, la culpabilidad me nublaba la vista.

—¿Vamos todos al pisito de Mark el sábado por la noche? —pregunté en un intento de parecer normal.

—*¿Pisito?* —repitió Linda—. ¡Qué provinciano!

—¡Sip, es algo que habría dicho Sue! —exclamé con sorna, y me tapé la boca con la mano. Ni siquiera sonrieron.

—Yo creo que paso —contestó Jonathan.

—Estás invitado —dijo Linda con un tono tan poco hospitalario que rozaba lo hostil. Lo miró de reojo.

—Pues ahora me entero —respondió él.

—Mark me dijo que te lo dijese —prosiguió sin ganas.

—Vente… ¡será divertido! —afirmé, lo que sonó a estupidez teniendo en cuenta lo que sucedió la última vez que estuvimos todos juntos en la misma habitación, cuando se revelaron las mentiras de Linda. Lógico que estuviese tan nerviosa por que Jonathan y Mark se conociesen. Tampoco es como si la juzgase, yo tendía un poco a exagerar. Pero mentirle a su novio y decirle que su mejor amigo le

había tirado los trastos era una cagada de proporciones épicas. *¿Y qué me dices de no contarle a tu mejor amiga que su novio intentó seducirte y tú le dejaste?* Puta hipócrita—. ¿A qué viene la fiesta? —le pregunté a Linda. Ella agachó la cabeza y empezó a morderse los padrastros. Nunca le había visto hacer eso.

—No lo sé —contestó como si en realidad lo supiese.

—¿Habrá drogas?

Jonathan me miró con curiosidad.

—No sé de qué me hablas —respondió Linda con evasivas.

—Anoche fui a verte —dijo Jonathan.

—¿Otra vez? —pregunté.

—Soy tu mayor fan.

Sentí una oleada de gratitud desproporcionada. Lo abracé.

—Gracias, necesitaba oír eso.

Me miró de manera inquisitiva y ladeó la cabeza: «¿Me quieres?». Jonathan sabía perfectamente cuándo estaba en modo manipuladora, y yo apreciaba esa parte de nuestra amistad. Ni siquiera Jacques podía discernir cuándo lo estaba manipulando, a veces, la lujuria le nublaba el juicio. Linda estaba recorriendo el borde de la taza de café con el dedo corazón izquierdo, hasta que bajó la vista y pareció percatarse del estado de sus cutículas, una de ellas sangraba. Se metió el dedo en la boca y se lo chupó.

—¡Vaya, esto sí que es una agradable sorpresa! Tres de mis personas favoritas en un solo sitio —gritó Mark desde lejos.

Supuse que no era una *sorpresa* en absoluto. Empezó a vibrarme el cuerpo entero a una frecuencia perturbadora. Me daba miedo lo que

pudiese ocurrir, lo que pudiese salir por mi boca.

—Bueno, me piro. —Jonathan se levantó.

—Me alegro de verte, Jonathan.

—¿Linda? —Jonathan hizo caso omiso a Mark. Ella lo miró con cautela—. Me encantaría que comiésemos juntos, ¿te apetece?

—Oye, oye. Para el carro, que estoy aquí delante. —Mark se rio. Sabía que no había ninguna amenaza, pero fingir inseguridad era un movimiento ganador.

Jonathan no se lo tragó. Pasó a su lado y puso una excusa sobre no ir al día con los estudios, y vi que Mark le rozaba el brazo con los dedos al pasar.

—¿Mañana a eso de las ocho? No será lo mismo sin ti. Además, habrá chuches —dijo.

Jonathan masculló algo sobre que estaba muy ocupado antes de irse.

Mark fue dando un paseo hacia Linda, le sacó el dedo de la boca y se lo metió en la suya. Ella levantó la vista para mirarlo y luego lo besó sin sacarle el dedo. Le exploró con la lengua, algo horrible de presenciar. Entonces, Linda cerró los ojos y Mark los abrió y yo me quedé enredada en su mirada.

Mi cuerpo era un concierto discordante de violín, tenía los nervios a flor de piel. Fui incapaz de moverme o de hablar hasta que él me sacó del trance y la apartó.

Me levanté tambaleante, sentí como si me fuese a desmayar.

—Asegúrate de persuadir a Jonathan para que venga, ¿vale? Tenemos que tender puentes y ser menos egocéntricos. Además,

¡conozco la manera perfecta de conseguirlo!

Me mordí la lengua para no preguntársela, aunque en mitad de todo ese trauma y alboroto, quedaba espacio para un subidón emocionante de adrenalina. Linda soltó una risa metálica que indicaba que sabía lo que se cocía. No era el orden natural de las cosas. Este tío era un interruptor, alguien que rompía circuitos nuevos. Sentí un hormigueo de electricidad estática.

—Chao, Lindy —dije, en un intento de que las cosas volviesen a la normalidad.

—Hasta mañana. ¡Os va a encantar! —Se acercó para darle otro beso a su novio, pero esta vez Mark la apartó.

—No seas tan dependiente —espetó.

Pareció diminuta, como si alguien le hubiese clavado una aguja y se le hubiese salido toda la fuerza vital del cuerpo. Quería abrazarla, pero, en vez de eso, me armé de valor y me marché.

—Déjalos pasmados esta noche —dijo la voz de Mark a mi espalda —. Yo diría que te alegras de que ese fiasco haya terminado.

Se me aceleró la respiración y me ardieron las mejillas. ¿Así era como solía sentirse Linda? ¿Estaba sufriendo un ataque de pánico o uno de vergüenza? ¿Cómo era posible que ese hombre le hubiese dado la vuelta a nuestro *statu quo*…?

33

—Estás preciosa, mi amor —afirmó Jacques. Era una réplica de Honor Cave-Tempest-Stuart con las medias de rejilla, la minifalda y una camiseta de tío enorme. No estoy segura de hasta qué punto fue una imitación consciente, pero sé que pensé que Jacques era un imbécil por haber dicho eso.

—Uf, este conjunto —dije tras mirarme al espejo—. Es un pelín ridículo.

—Qué va —contestó él, colocándose detrás de mí al mismo tiempo que me rodeaba con los brazos y me acariciaba el cuello con la nariz —. Es sexi.

Ahora estaba cabreada con él. El enfado parecía ser mi emoción por defecto para evadir la culpa que sentía cuando estaba con él.

—No me cosifiques —respondí.

—Eh, vale, nena. —Parecía confuso, pero se rio.

Cuando me miré al espejo, me imaginé la mirada penetrante de Mark. Y sentí aquella explosión en mi interior. *No ocurrió, eso nunca pasó*. Lo único que tuve que hacer fue imaginarme a Mark de espaldas a mí, lavándose las manos en el fregadero. Aunque había intentado escaquearme de la fiesta alegando que me dolía la tripa, supe que cuanto más evitase estar en la misma habitación que Linda y él, más tensa estaría.

Cruzamos el terreno de la universidad bajo la lluvia y Jacques me tapó la cabeza con su abrigo para que no me cayese ni una gota. No me merecía a este hombre. Fui hacia la puerta del edificio de Mark y procuré que no se notase que sabía dónde estaba el sitio.

—¿Qué número decías que era? —pregunté.

—Creo que el tres —respondió Jacques mientras llamaba al timbre.

Linda nos recibió en la puerta con las mejillas arreboladas de felicidad. Su rubor al sonrojarse era distinto al de cuando estaba avergonzada. Era una novedad, un brillo de un bonito rosa.

—Pasad, pasad —nos indicó, y nos dio un par de besos en las mejillas, lo que me recordó a Sue cuando representaba el papel de anfitriona ideal en una de las antiguas fiestas de papá.

Linda, al igual que Sue, creía que había encontrado un hogar permanente, un sitio al que siempre pertenecería, al lado de su hombre, a su alrededor. Llevaba otro vestido nuevo, también de estilo *vintage*, con una falda acampanada y un escote bajo de corazón más despampanante que cualquier conjunto de April Wheeler. Era de color verde musgo, que contrastaba con sus ojos. Debía admitir que Mark tenía un gusto impecable.

Cuando entramos al salón iluminado por la luz de las velas, con el aroma a incienso flotando en el aire, me asaltó una sensación punzante en la parte baja de la pelvis, dolorosa y placentera. ¿Qué coño me estaba pasando? Mark estaba sentado en el borde del sofá, con su perfil grabado en las sombras, y charlaba con un alguien que no conseguíamos distinguir. En cuanto nos vio, se levantó con diligencia y volvió a asumir el papel del perfecto caballero. Resultó que la persona con la que había estado hablando era la duquesa; llevaba el pelo desordenado de forma exquisita y la voluptuosa boca sonrosada, como si acabase de participar en una sesión de sexo intensa. Se me aguzó la vista en su presencia. Mark vino hacia nosotros y atrapó a Jacques en un abrazo de oso como si fuesen dos hermanos que hacía tiempo que no se veían. Pareció como si las «quedadas casuales» que había mencionado Jacques fuesen algo más. A mí me saludó con frialdad en comparación; al fin y al cabo, era el novio de mi mejor amiga.

Nos llevó hasta la cocina, donde había un par de estudiantes de mirada intensa, de esos becados, tomando vino en copa mientras declamaban a gritos cosas sobre política y poesía, como si estuviesen en un debate y los estuviesen puntuando, o eso me parecieron. No recuerdo ni una sola cosa de lo que se dijo en esa sala, mi mente no podía parar de pensar en Honor recostada en el sofá en ese mono de terciopelo verde ceñido. Esa noche, había apostado por un estilo exagerado de diosa del sexo, y eso me estaba matando. Mark fue un anfitrión estupendo, fue presentando a todo el mundo, tuvo unos modales impecables y ofreció vinos y canapés deliciosos.

—¿Qué estamos celebrando? —pregunté al mismo tiempo que observaba a la camarera recorrer la sala. Tampoco había tanta gente como para que hiciese falta personal.

—Vaya, ¿Linda no os lo ha contado? Es mi cumpleaños… —Se aclaró la garganta y gritó—: ¡Lind… ¿ah?! —Acentuó el sonido «ah» del final con diversión y crueldad. Apareció en un abrir y cerrar de ojos y se dirigió a ella como si fuese una cría y estuviese a punto de echarle un rapapolvo—. ¿Te das cuenta de que por culpa de tu negligencia tus dos buenos amigos no sabían que era mi cumpleaños?

—Creía que *no querías* que se lo dijese.

—¿Y por qué demonios no iba a hacerlo?

—Bueno, tú no se lo has dicho a tus otros amigos… No te gusta darle demasiada importancia a tu cumpleaños… Ni siquiera te *gusta* tu cumpleaños… Te recuerda de dónde vienes… —Dejó la frase en el aire al darse cuenta de que había revelado demasiado y, por la expresión de Mark, la había cagado.

—Jesús, Linda, ¿es que para ti no hay nada sagrado? —preguntó. Parecía muy dolido. Fue algo astuto y desconcertante. Vi que le había dado la vuelta a uno de sus métodos preferidos: *haz que abra la boca y después déjala en evidencia en público más tarde*, pero Linda no ató

cabos. Además, si tanto odiaba su cumpleaños, ¿para qué daba una fiesta? Incluso si era una en la que nadie sabía que era su cumpleaños.

—Lo siento… —masculló ella.

—No pasa nada, mi vida. Solo ha sido un descuido. —Le besó la mejilla con ternura. Ella se animó al instante—. Venga, vamos a mezclarnos —dijo, y tiró de Jacques hacia el sofá donde estaba recostada la seductora con el mono de cuerpo entero.

Linda se giró hacia mí.

—Estoy segura de que me dijo que no se lo contase a nadie… —No parecía segura.

—No te preocupes, Lindy. Estoy segura de que tienes razón.

—Es una persona tan complicada… —Negó con la cabeza.

Sue solía decir lo mismo de mi padre; día tras día, año tras año, intentaba buscarle explicación a su comportamiento y acababa confundida y menospreciada, trataba de poner excusas, de buscarle sentido al hecho de que ella se hubiese quedado.

Me acabé la copa de tinto sin decir nada.

—Ten. —Linda reemplazó la copa vacía por otra llena. Me abrazó —. Me alegro mucho de que hayas venido.

Le devolví el abrazo, a pesar de que quería pegar y pellizcar a alguien, aunque esta vez a mí en vez de a ella.

Bebí mucho y muy rápido, mis sentimientos se intensificaron y confundieron. Mi novio estaba sentado en el sofá, al lado de la *visión*, tal y como había fantaseado. Él también estaba bebiendo demasiado, intimidado (o eso quise pensar) por la personificación de la belleza y

del privilegio que tenía delante. Esto de volver a juntar a Jacques y a Honor era obra de Mark. *Pobrecita, pero ¿acaso no es lo que te mereces, zorra?* Mark no dio muestras de reconocer lo que había pasado entre nosotros. Mis celos se estaban volviendo incontrolables. Fue como si pudiese verlos, eran una persona, la silueta de una mujer, una furia que me siseaba. Decidí llamarla «La Jalousie» en un intento por recuperar una pizca de control (había leído en alguna parte que ponerles un nombre a las emociones podía mitigar su impacto). Sentí como si estuviese girando a toda velocidad y me mareé un poco por mis propias imaginaciones. Respiré hondo y planté los pies con fuerza en el suelo tal y como le había enseñado Jonathan a Linda para mantener a raya los ataques de ansiedad. No funcionó.

Observé a Mark. Estaba inspeccionando la sala como si estuviese observando a sus actores durante la noche de estreno y comprobando que todo el mundo estuviese en su puesto y siguiese el guion que él había escrito. Fui a la cocina, me bebí un vaso de agua y luego otro más. Estaba decidida a no ceñirme al papel que Mark esperaba de mí: el de la novia cobarde y celosa, con ganas de llamar la atención, a la que se le iba la pinza. Estuve a punto de caer. Recobré la compostura y bajé las escaleras en pleno control de mis facultades. Esa salida no estaba prevista, y sentí como si el hecho de marcharme supusiese una alteración.

Fuera, el aire nocturno era húmedo, había parado de llover, y yo alcé la vista hacia las estrellas. *¿Qué hago, cuerpos celestes?* Me di cuenta de que estaba dirigiéndome hacia el apartamento de Jonathan, situado en un complejo estudiantil espantosamente moderno a diez minutos del campus. Quería estar con el amigo que me entendía a la perfección, incluidas mis ansias de gloria. Apenas reparé en nada de la ciudad durante el trayecto, salvo en los edificios grises como los rostros de la gente y en la humedad del aire cargado del humo de los tubos de escape. Mis pensamientos daban vueltas en círculos y se contradecían los unos a los otros: me quiere, no me quiere, me quiere… *¿me quiere?* Confío en él, no confío en él, confío en… *¿confío?* Llegué al exterior del complejo de hierro y cristal y

llamé al timbre de Jonathan.

—Sea quien sea, estoy ocupado —dijo.

—Porfa, soy Jessie. Te necesito. —Sabía que no tenía que intentar hacerme la dramática, y funcionó. Bajó y me miró a los ojos.

—¿Qué ocurre?

Le conté lo de Honor y me abrazó, me dijo que Jacques no era ese tipo de tío, que él me adoraba y que jamás me haría algo así.

—¡Pero si ni siquiera la has visto! —exclamé—. ¡Hasta yo me la tiraría!

Se rio. No podía explicarle las teorías que tenía sobre las manipulaciones de Mark, sus maquinaciones, su gran designio, ¿cuál era exactamente? ¿Divide y vencerás? ¿Aleja y partirás? ¿Con qué fin? No le confesé el papel que había desempeñado yo, claro.

—Vente, porfa. No puedo volver yo sola.

—Vale, te acompaño y rescatamos a Jacques de esa arpía. Pero después me voy, ¿eh?

—¡Eres el mejor! —Lo abracé con fuerza.

—No hacía falta, Jessica —dijo para llamarme la atención por el dramatismo.

—Va en serio. De verdad que lo eres.

Fue a por su abrigo y anduvimos en la oscuridad de la noche, agarrados del brazo. Levantó la vista y se puso a hablar del tiempo como si fuese un poeta en ciernes:

—El cielo nocturno cubierto de nubes rápidas…, la oscuridad aterciopelada y su peso.

No pude evitar pensar que Jonathan no estaba viviendo la vida que le correspondía, sino la que había dictado su padre. Lo observé: mi melancólico y frustrado soñador. ¿Tenía el valor necesario para vivir su propia vida? Me imaginé a Mark diciendo: «Reclama tu historia», y me eché a temblar. Jonathan se rio y me atrajo hacia él para envolverme con su abrigo. De pronto, sentí una necesidad imperiosa de que mi amigo experimentase la libertad, de que fuese independiente, de que viviese la vida a su manera.

La lógica provocativa y seductora de Mark se había infiltrado en mis pensamientos.

34

—¡Mirad quién ha decidido agraciarnos con su presencia! —Mark saludó a Jonathan con una amabilidad sincera al mismo tiempo que me echaba una mirada que decía: «Gracias por traerlo hasta mí». Actuó como si él hubiese orquestado toda la situación, que yo saliese y trajese a Jonathan hasta aquí. Le dio un apretón en el antebrazo y dijo—: Siento la incomodidad de la última vez que nos vimos… Supongo que Linda se hizo ilusiones.

Jonathan me miró, alzó la vista al cielo e hinchó las fosas nasales, un rasgo suyo que me encantaba. Mark se rio y entonces pillé a Linda asomada a la puerta abierta de la cocina. Lo había oído y Mark lo sabía.

—Déjame que te presente a la gente…

—No te preocupes, me iré dentro de nada.

—No seas ridículo, ¡la noche es joven! —¿Ahora quién estaba siendo *ridículo*? —. Linda, anda, ve y tráeles algo de beber a tus amigos —prosiguió Mark.

Apareció casi al instante con dos copas de vino tinto, viscoso y amoratado, y se me vinieron a la cabeza unas imágenes de unos vampiros bebiendo sangre y unos sacrificios bacanales. Jonathan negó con la cabeza en mi dirección cuando acepté la copa del líquido sangriento, mi imaginación estaba a tope. Tenía razón, de verdad que no debería bebérmelo, pero aun así los nervios me obligaron a hacerlo.

—Me gustaría presentarte a alguien —dijo Mark mientras tras agarrar a Jonathan del brazo y llevarlo en dirección a un rubio presumido que estaba en una esquina. Podía haber sido primo de

Honor con esas ínfulas de privilegio que llevaba. Me sorprendió que Jonathan se dejase mangonear de esa forma.

—¿Qué tal estás? —preguntó Linda.

—Bien —contesté, aunque me sentía de todo menos bien.

—Mark cree que Jonathan y Phil pueden hacer buenas migas. —Había algo claramente implícito en esa afirmación. «Pobrecillo, parece muy solo».

Eché una ojeada a Jonathan, que se estaba subiendo los pantalones como para aunar fuerzas. Tenía las orejas rojísimas. Mark no le había soltado el brazo; decidí que necesitaba que lo rescatasen.

—¿Os importa que interrumpa? —pregunté después de echar a andar hacia ellos. Sentí tres pares de ojos mirándome: los de Linda, los de Mark y los del tío nuevo—. Necesito a mi amigo. —Clavé la vista en Jonathan, que parecía aliviado y a la vez molesto por la intrusión.

—Claro, Jessie —respondió—. Estoy a tu disposición.

Phil miró a Jonathan con las cejas levantadas y esbozó una sonrisita de satisfacción que sugería un «venga ya» desafiante.

—Nos vemos luego, ¿vale?

A Jonathan se le extendió el rubor por el pecho y le salió un sarpullido de los nervios.

—Sí, puede, sí —dijo conforme yo lo alejaba, sujetándole el brazo con fuerza del mismo modo que había hecho Mark.

—¡Uf, vaya gallito! —exclamé, convencida de que me daría la razón. Pero Jonathan parecía aturdido por la atención y apenas me escuchó. Chasqueé los dedos delante de su cara—. Ayúdame —

supliqué con la cabeza ladeada.

—Ay, Jessie. ¡Siempre igual de dramática! —Hice un puchero y saqué el labio inferior. Se rio y volvió a centrarse en lo que teníamos entre manos—. A ver, ¿dónde está la transgresora en cuestión?

Señalé hacia donde mi novio estaba sentado en el sofá, tal y como lo había descrito, ¿es que no me había echado de menos? ¿Es que ni siquiera se había dado cuenta de que me había ido? Tenía los musculosos muslos bien abiertos, uno de ellos prácticamente rozaba la rodilla de la duquesa, que estaba girada de forma provocativa hacia él. Lo más probable es que Jacques estuviera pensando, a su manera amable, que estaba siendo educado y no supiese que lo estaban manipulando.

—Es la que va de terciopelo —susurré a Jonathan, que me miró como queriendo decir: «Guau, ya sé a lo que te refieres, hay que intervenir».

Se dejó caer en mitad del sofá a modo de escudo humano entre mi novio y la hechicera, miró a Jacques a los ojos y le hizo una broma que le sacó una risa y luego hizo que levantase la vista para mirarme.

Estiró el brazo en mi dirección:

—Nena.

Fui hacia él, me senté en su regazo, me acurruqué y le eché una mirada bastante agresiva a Honor, que batió las pestañas azul oscuro casi negro con aburrimiento y bostezó.

Alcé la vista hacia Jonathan, gesticulé un «gracias» y después dije en voz alta:

—¡Ve a socializar!

—¿Segura? —susurró.

—Sí —contesté—. Diviértete… ¡y ni se te ocurra irte a casa!

Me dio un beso en la frente y le dijo a Jacques:

—Cuida de ella.

—Menuda fiesta, ¿eh? —Jacques esbozó una sonrisa inocente.

Jonathan se levantó y echó una ojeada hacia Phil, pero primero se detuvo junto a una mesa, se bebió una copa de Claret y se apoderó de otra llena. Me di cuenta de que Mark lo observaba con una satisfacción vampírica.

—Honor me estaba hablando del castillo de su padre —dijo mi novio mientras yo me acurrucaba contra él.

—El castillo de papaíto, ¡bien por ti! —exclamé con desdén, y entonces me sentí superprovinciana.

Se levantó, se desperezó y ni siquiera se molestó en contestar, lo que confirmó su superioridad mejor que cualquier otra respuesta. *Ni siquiera merece la pena dirigirle la palabra a esta tía*. Echó un vistazo por la habitación y después fue balanceándose lánguidamente hacia Mark y Linda. Los tres hablaron un poco antes de que Mark le ofreciese algo en la palma de la mano. Ella sonrió con esos labios aún sensuales y carnosos, a diferencia del común de los mortales, antes de tomarse la pastilla y tragársela con una copa que le ofreció Linda. Unos minutos después, las dos estaban abrazándose y dándose besos, tan cómodas la una con la otra que cualquiera las hubiese confundido con mejores amigas. Linda estaba atontada, miraba a la seductora de esa forma tan sumisa que tenía. Tuve que reprimir el impulso de ir hasta allí y retorcerle la muñeca.

—Te has pasado un poquito —afirmó Jacques con diversión, refiriéndose a mi conversación con la princesa.

—Se lo merecía, qué desagradable.

—Pues yo no creo que haya sido desagradable, creo que solo estaba siendo ella misma —respondió Jacques.

Los dos la observamos.

—Es preciosa —espeté.

—¡No tanto como tú! —Jacques enterró la cabeza en el vientre plano que tenía por aquel entonces y me levantó el top para darme un beso en el ombligo. Le encantaba, decía que era el más bonito que había visto en su vida. Era pequeño, metido hacia dentro y le gustaba darle con la lengua.

—Creo que se están drogando —dije.

—¿Como todo el mundo?

—Pero esas drogas no son como las demás.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas cuando Mark mencionó lo de experimentar una «realidad mejorada»…? —Jacques parecía confuso a medida que iba hablando—: ¿Recuerdas cuando fuimos a visitar a Louis aquella vez, que luego empezaste a beber un montón y Mark dijo que el alcohol era una droga para idiotas?

—No del todo… —contestó Jacques.

—Bueno, ¡supongo que eso le da la razón! —exclamé con sorna—. Dijo que existía una sustancia recreativa mucho mejor que el alcohol, y dio la sensación de que Linda sabía a qué se refería.

Me levanté de golpe, me desenredé de los brazos de Jacques, crucé la sala a zancadas y eché un vistazo a Jonathan, que seguía hablando con Phil. Honor hizo como que no me había visto y Linda parecía un

poco molesta, pero Mark esbozó una amplia sonrisa. Sentí esa sensación de inquietud emocionante y vertiginosa en la boca del estómago.

—¿Te da curiosidad? —preguntó.

—No sé yo si es buena idea —contestó Linda.

—¡Pero si acabas de darle a ella! —Señalé a la duquesa, que me miró como si fuese un gusano que estaba a punto de aplastar de un pisotón. A mi cuerpo le entraron ganas de retorcerse de la vergüenza.

—Tu ego ya está bastante fuera de control —continuó Linda en una voz que no le pertenecía.

—Puede que así se relaje… —Mark se rio.

—¡Que os jodan! —Me arrepentí nada más decirlo, esas palabras me redujeron a una adolescente que estaba teniendo una pataleta. Honor me miró con unos ojos sexis y caídos antes de decidir que era demasiado deprimente como para tratar conmigo, o eso supuse. Conforme se alejaba, observé su silueta perfecta y se me llenó la cabeza de comparaciones negativas.

—No te cae muy bien, ¿a que no? —preguntó Mark, divertido.

Mi cara me traicionó como de costumbre.

—Creo que el sentimiento es mutuo —afirmó Linda.

—¿La droga vuelve a la gente cruel? —pregunté.

—No, solo intensifica su realidad y les hace decir y hacer cosas que se corresponden con su auténtica naturaleza —informó Mark.

—¿Ya se le ha subido? —Señalé a Linda con la cabeza.

—Tarda poco en llegar al torrente sanguíneo —indicó, parecía distante y contencioso.

—¿Tú te la has tomado?

Jacques vino, se acercó a mí y me apoyó la mano en la parte baja de la espalda. Yo me apoyé contra él.

—¿Qué tal está todo el mundo? —Me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo hacia él.

—Raro de cojones —contesté.

—¡Jessica! —Jacques trató de reírse para quitarle hierro al asunto, sonaba nervioso y conciliador.

—Va en serio. ¡Todo el mundo está raro de cojones, de verdad! —Linda tenía las pupilas enormes y una fina capa de sudor le cubría el cuero cabelludo—. ¿Cómo te encuentras, Linda?

—De maravilla…, un cordón umbilical dorado me conecta con todo —dijo sin un ápice de vergüenza. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando miró embelesada a Mark, que la observó con un amor posesivo—. Me siento… afortunada… brillo…

Quería partirme de risa, pero puede que, como había pronunciado esas palabras con tanta sinceridad, incluso con solemnidad, sentí que no podía burlarme de ella. Linda no era famosa por ser habladora, ni tampoco una drogata o una mística. Este tipo de elementos vitales la aterraba. Necesitaba sentirse segura y a salvo, y eso significaba hacerse pequeña; hasta ese momento, su incursión en cualquier cosa que fuese más allá del plano tangible era perderse en el país de Blyton y susurrarle ñoñadas a las margaritas. Si hubiese estado en sus cabales, se habría muerto de la vergüenza con ese arrebato, pero, en vez de eso, sonreía y lloraba, gozaba de sus emociones. Presenciar esa transformación fue atroz y, al mismo tiempo, fascinante.

Jacques y yo nos quedamos en silencio, como si fuésemos parte del público de una obra absurdista donde nada tenía ni pies ni cabeza, sin que eso la volviese menos entretenida.

Linda se me quedó mirando, me atravesó con la mirada; sus pupilas eran dos grandes pozos negros cuando continuó:

—Algunas veces te portas como una amiga de verdad, pero siempre, siempre hay un motivo detrás. Contigo nada es al azar.

Su «cordón umbilical dorado» no estaba haciendo que fluyese mucho *amor* entre nosotras.

—No te pases —contestó Jacques. Inútil, pero menos es nada.

—Ah, y la droga lo ve todo, ¿verdad?

—No es la droga, sino yo. La droga me impide callármelo. —Estaba tragando saliva con rapidez y emitiendo un fuerte chasquido con la lengua contra el paladar.

—¿Entonces es una herramienta para soltar verborrea?

—Yo diría que es mucho más sofisticado —contestó Mark—, pero bueno, dejémoslo para otra ocasión. De todas formas, habéis bebido demasiado…

—Espero que Linda esté bien… —interpuso Jacques mientras le echaba un vistazo.

—Lo está —contestó Mark—, para la persona que toma la droga es una experiencia fantástica, aunque no tanto para quienes lo presencian… Pero a mí me encanta esa verdad cruda y sin filtros.

—¿Qué es exactamente? —pregunté.

Mark se dio unos toquecitos en un lateral de la nariz con el dedo (un gesto que Linda había adquirido hacía poco), parecía una

institutriz remilgada. Reprimí una risita.

—¿Tú la tomas? —le preguntó Jacques.

—Mirad, tampoco es para tanto —afirmó Mark.

—¿Jess? —espetó Linda—. *Sí* que te quiero, hermanita del alma… te quiero a ti, a Jacques, a Mark, a Jonathan y a todo el mundo que está en esta sala y en el resto del mundo, y te *veo*, con defectos y todo. Quiero decir… en fin… todos nos ponemos una máscara, todos estamos representando un papel que nos asignaron al nacer y que se nos queda más grabado durante la infancia y a medida que vamos creciendo… el dolor que conlleva, ese dolor… —Parecía que estaba soñando, como si estuviese programada—. Pero hay una forma de acabar con esos patrones… de desmontar esas máscaras…

Mark se agachó y la besó con pasión durante un rato. Se apartó y le dio un toquecito en la mejilla.

—Venga, cachorrilla, es suficiente. Vamos a buscarte algo de comer. —Nos puso los ojos en blanco y la guio hasta la comida mientras le susurraba al oído.

—Es su cachorrilla, literalmente —contesté.

—Espero que no le haya dado nada que le vaya a sentar mal —comentó Jacques.

—Lo haría si sirviese a sus propósitos —respondí.

—¿Qué propósitos? ¿De qué hablas, bobita? —Me dio un beso en la nariz.

No estaba segura, pero tuve un presentimiento. ¿Quería romperla para después volver a construirla y moldearla a su antojo? ¿Yo también formaba parte de ese «proyecto»?

¿Qué le había dado Mark? No parecía colocada. Había una lucidez y una franqueza en su comportamiento que jamás había visto. Sin embargo, tenía los miembros flácidos, su cuerpo fluía como si fuese líquido y las palabras que pronunciaba sonaban completamente ajenas en su boca. Que una persona que creías que besaba el suelo por donde pisabas te expusiese de esas formas era desestabilizante y extrañamente cautivador.

Observé a Mark y a Linda dirigirse del brazo hacia Jonathan y Phil, que se habían trasladado a un rincón oscuro de la sala. Los chicos levantaron la vista, sorprendidos por la interrupción, y se apartaron para hacerles hueco a Linda y a Mark en el círculo. Poco después, todos estaban riéndose con Linda, aunque Phil era quien exigía más espacio y atención. Linda, como es lógico, era la responsable de gran parte de la diversión; brillaba, incluso de lejos. Mark se metió la mano en el bolsillo y les ofreció la palma a los chicos con un gesto teatral para que yo lo viese. Jonathan echó un vistazo en mi dirección para asegurarse de que todo iba bien con Jacques y cuando le hice un gesto parecido a levantarle el pulgar, se tomó una de las pastillas, siguiendo el ejemplo de Phil. Mierda, todo esto era culpa mía. Estaba segura de que Jonathan era virgen en más de un sentido, al igual que estaba segura de que esta noche acabaría con esas dos realidades para él.

—Todo el mundo va puesto de esa cosa —le dije a Jacques—, me pregunto qué será.

—Seguro que es M —contestó Jacques.

—Lo dudo. ¿No se supone que la gente es sociable y amable cuando la toma? Conociendo a Mark, tiene que ser un compuesto más avanzado, diseñado para causar todos los estragos posibles. Todo eso de «te hace decir lo que piensas en realidad».

—¡Eres la monda! —exclamó Jacques, y me plantó un beso en la frente. Se lo pensó un segundo—… Supongo que puede ser

ketamina, LSD o un batiburrillo de cosas.

—¡Eso es! He leído sobre ese tema, se llama «candyflipping». Ahora tiene sentido lo de «chuches».

—Es peligroso.

—Pues a mí me encantaría probarlo, ¿a ti no?

—¿Para qué? ¡Estás como una cabra!

—Porque es algo nuevo, emocionante, sociable. Venga, vamos, nos tendríamos el uno al otro.

—Ya has oído a Mark, hemos bebido demasiado.

—Porfi, porfi, quiero probarlo. —Parecía una niña exigiendo que le diesen todos los Smarties naranjas del tubo.

—Esta noche no, Josephine —contestó con un tono condescendiente que rayaba en la provocación.

Me alejé de él dando pisotones y fui hacia el grupo, con él pisándome los talones.

—¿¡Qué pasa, Jono!? —pregunté sin saber muy bien lo que pretendía al acercarme, ¿humillarme aún más?

—Hola —saludó Jonathan de forma confusa.

—¿Notas algo ya…?

—Hemos decidido no darle a Jess chuches esta noche —soltó Linda de sopetón con una voz afilada y clara como el cristal.

Mark esbozó una sonrisa lenta y taimada. Jonathan pareció no haberla escuchado, estaba más preocupado de cualquier sensación que estuviese despertando en su interior. Me percaté de que le

temblaba el cuerpo y de que emanaba energía y calor, pese a estar inmóvil.

—¿Sabes una cosa, Jess? —prosiguió Linda—. A veces puedes ser insufrible. —Lo dijo de un modo que sonaba a «te quiero».

—Sí, ya has comentado algo parecido antes.

¿Dónde estaba mi Lindy, la chica que había rescatado? Sus ojos, que ahora eran enormes y brillantes, me recordaron a la primera vez que vino a casa y conoció a Sue, olió los pasteles, se empapó del rosa brillante de las paredes y los cojines, de la música, las risas, los bailes, las historias y cuentos sobre países lejanos, y de cuando ella me sonreía desde abajo como si yo fuese su portal a otro mundo, uno alejado de su casa fría y marrón y de su cruel y catatónica madre. Antes de conocer a Mark, nunca me habría criticado, jamás, incluso cuando me lo merecía. Antes de conocer a Mark, nunca se había enfrentado a mí, ni a nadie. Antes de conocer a Mark, nunca había tomado drogas. Antes de conocer a Mark, nunca había tenido un orgasmo. Y antes de conocer a Mark, ningún tío le había dicho «te quiero».

Los ojos de Mark, opacos a la temblorosa luz de las velas dispuestas con tino en cada superficie, se toparon con los míos, como si pudiese ver mis pensamientos y estuviese tanteándome: «Te reto».

—Oye, Lindy —empecé—. En aras de la verdad, ¿te puedo decir una cosa? —Mi voz sonó dura, como si estuviese a punto de decir algo difícil, pero entonces vi cómo a Mark se le curvaban las comisuras de los labios y decidí no seguir por ahí. Si pensaba vencerle, entonces tendría que ser consciente de sus inclinaciones y hacer justo lo contrario.

—Claro, corazón. Di lo que quieras, cualquier cosa. Siempre estoy dispuesta a mejorar… —afirmó Linda con una voz abierta y pura mientras me miraba de forma inocente.

—«Cuando el corazón está lleno de amor, la vista nunca se engaña…» —interpuso Mark—. Le hace falta, Jess; como su mejor amiga, sabes que sí. —¿Así se lo justificaba a ella cada vez que sentía la necesidad de mejorarla? Qué astuto citar a su filósofo larguirucho en este contexto.

Jacques masculló algo inaudible que sonó a un «joder» en una exhalación.

—Eres perfecta tal y como eres —dije, y le sonreí.

Unas lágrimas le discurrieron con libertad por el rostro sonriente sin que se diese cuenta.

—¡Son lágrimas de felicidad! —exclamó sin inmutarse.

—Qué maja, pero no estás siendo completamente sincera —comentó Mark.

No te rebajes a su altura, no te rebajes a su altura.

Jacques se puso a mi lado, me sujetó la mano y me la apretó con fuerza.

—Igual deberíamos ir yéndonos, Jess —dijo.

Eché un vistazo a Jonathan, que le estaba susurrando algo al oído a Phil, estaban tan cerca que sus cuerpos se tocaban. Ya no había nada asexual o pasivo en él. No quería irme, quería formar parte de esto: de este intrincado espectáculo de marionetas. Quería sentir lo mismo que hizo que Jonathan perdiese tanto sus inhibiciones como para arriesgarse a revelar públicamente que le atraía un hombre; quería experimentar ese estado mejorado, dichoso y desinhibido en el que estaba Linda, incluso pese a saber que era arriesgado hasta la aniquilación. Soltarme la lengua ya desatada hasta llegar a ese punto. Y, aun así, la lógica salió perdiendo en la batalla contra el deseo. Miré hacia Mark, que tenía la vista clavada en mí. Sentí que

algo se me despertaba en la boca del estómago, no, más abajo, y de pronto se me vino algo a la cabeza: ¿era yo su oponente en realidad, la persona a la que había pretendido fastidiar desde el principio? Esa posibilidad me llenó de poder, de vergüenza, de lujuria y de una euforia intensa.

—Asegúrate de que Linda beba suficiente agua —espetó Jacques con un tono mezquino (me pregunté si había notado las corrientes que flotaban entre nosotros).

—No te preocupes —contestó Mark—. Esto deshidrata menos que el alcohol. Vosotros tenéis pinta de que os vendría bien una jarra de agua antes de dormir…

Jonathan y Phil se volvieron como un solo ser, como si una fuerza cinética estuviese guiándolos, y alargaron las manos hacia el otro cuando se fueron de la fiesta sin mirar atrás. Mark me miró y sentí como si me mordiese con los dientes el pezón, que se me endureció.

Como respuesta, le di un beso apasionado a Jacques y me obligué a darme la vuelta y a pirarme de la fiesta.

—Joder, Jess. Espero que Linda esté bien.

—Lo estará, a ella le encanta. —Había una parte de mí que pensaba que lo que había presenciado esta noche en mi amiga era sublime, había dejado de ser una cobarde, una sumisa o de estar controlada por el odio de su madre, que la hacía estar oprimida en el mundo. Puede que Mark supiese lo que estaba haciendo, que de verdad se *moviese* por un deseo de verla crecer. Yo misma fui la responsable de ese pensamiento distorsionado, o puede que ilusorio, para justificar que quería seguir adelante—. Bah, solo está provocando.

Ahí estaba: un cambio de postura en lo referente a Mark, algo que pasaría una y otra vez. Íbamos de izquierda a derecha, pero siempre, siempre estábamos dentro del *ring*.

Cuando bajamos por las escaleras, vi a Jonathan y a Phil delante de nosotros, recordé mi primera vez con Jacques y deseé volver a sentir de nuevo esa experiencia novedosa y que me dejasen así de alucinada. Me alegraba mucho por mi amigo, pero también era consciente de que su primera experiencia sexual iba a ser con quien Mark había decidido que estuviese. Podía haber salido corriendo tras él para advertírselo, pero, por mucho que tuviese sentimientos encontrados, la atracción del peligro y de la emoción eran demasiado fuertes. Mark sabía perfectamente lo que hacía al negarme las «chuches» esta vez. Sabía que mis ganas de formar parte del grupo no harían más que crecer. Sabía cómo me tomaba que me dejasen de lado, que lo veía como un rechazo, que me hacía sufrir, y era consciente de hasta dónde llegaba mi apetito. *Qué chica tan avariciosa.*

35

Las dos noches siguientes apenas pegué ojo; tenía los nervios a flor de piel y mi humor iba oscilando entre la preocupación que sentía por Linda y Jonathan y la ira de que no me hubiesen dejado tomar las drogas, y, para colmo, que fuese de una manera tan humillante y en público. Jacques estuvo más atento y cariñoso que de costumbre, no me dejó sola para ir a visitar a Louis como solía hacer los domingos. Tenía una facilidad sinigual para saber cómo me sentía, incluso cuando yo misma era incapaz de describirlo (salvo en lo que atañía a la lujuria, en eso estaba ciego). Le dije que quería ir a ver a Jonathan y me convenció de que lo dejase a su aire, aunque fuese durante un día.

—Jessie, hoy déjale su espacio. No querrás interrumpirle, ¿a que no?

¿Cómo podía expresarle que eso era justamente lo que pretendía, que no quería que me privasen de nada?

El lunes por la mañana, después de haberme pasado toda la noche tumbada boca arriba con la vista clavada en la grieta en forma de cremallera del techo, salí de la cama al amanecer con los ojos irritados como si el mismísimo hombre del sueño hubiese venido y me hubiese volcado unas bolsitas de arena dentro. Cuando era pequeña y me emperraba en no irme a la cama, papá solía advertirme sobre ese fantasma. Recuerdo quedarme tumbada en la cama con el corazón desbocado y los ojos cerrados con fuerza; después de esa amenaza, no logré conciliar el sueño.

Necesitaba respirar aire fresco, así que decidí salir con cuidado de no despertar a Jacques. Me dirigí al roble viejo y tranquilizador mientras pestañeaba de forma dolorosa por la luz acerada del amanecer. Levanté la vista desde el abrigo del follaje invernal del

árbol: no había ningún mensaje que descifrar en las escasas y dispersas hojas que se aferraban con obstinación a las ramas, nada que averiguar en sus fibras venosas, en los veteados patrones marrones. *Ay, Gran Sabia, ¿debería adentrarme aún más en la guarida o abandonar ahora?* Esta vez, el árbol susurró la respuesta en forma de brisa rígida que tiró una rama frágil y me dio en el lateral de la cabeza. *¡Despierta, imbécil!* Me reí como loca.

Seguía sin estar convencida de poder dejarlo, a pesar de querer hacerlo. *¿Tú qué harías, Sue?* Me di cuenta de que estaba suplicándole al aire. Sue se habría sentido atraída por el peligro. Toda esa posibilidad, esa vida por vivir, ese potencial sin explotar. Disfruté del cielo que se extendía sobre mi cabeza a medida que iba deambulando hacia mi cuarto.

—¿Dónde te habías metido tan temprano? —preguntó Jacques en cuanto entré, somnoliento. Echó un vistazo medio grogui al reloj digital de la mesilla de noche, que marcaba las 7.

—He salido a dar un paseo.

—¿Va todo bien? —Tenía el pelo revuelto y el lateral de la cara con marcas de la almohada.

—No sé si debería ir a ensayar esta mañana.

—Pues claro que sí. —Se obligó a incorporarse cuando me subí a la cama a su lado.

—¿En serio…? Pensaba que no querrías después de lo del sábado por la noche.

—En serio. Tú limítate a rechazarle si te ofrece esas drogas.

—Pero ¿tú quién te crees que soy?

Esbozó una sonrisa amplia, me dio un beso en la frente y luego

soltó con el ceño fruncido:

—De todas formas, Mark no debería dejarle a Linda tomarse esas cosas, es demasiado delicada.

—¿Que no debería *dejarle*? —repetí—. Venga ya, fijo que es él quien se las da.

—¿Crees que Mark trafica?

—No, creo que solo las *regala* por la bondad de su corazón.

—Te morías por probarla. —Me hizo cosquillas.

—Y mi novio no me *dejaba* —respondí, retorciéndome. Me plantó un suave beso primero en la frente y después en las mejillas, en los labios, en las tetas, luego en el ombligo, y se quedó ahí, disfrutándolo. Entonces me quitó los pantalones del chándal al mismo tiempo que me recorría la parte interna del muslo con los labios, y, de repente, me metió la lengua. Yo tenía la cabeza en otra parte, no estoy dispuesta a admitir dónde. Tuve un orgasmo intenso y descontrolado.

—Me encanta hacer que acabes así. —Jacques me estrechó entre sus brazos.

Había algo en ese comentario que no encajaba, pero intenté no seguir ese hilo de pensamiento. No podía poner la mano en el fuego por que no se me escapase algo equivocado. Había estado esforzándome para no revelar La Mentira, quería descargar mi culpa sobre Jacques «en aras de la verdad», pero una parte de mí decía que eso le vendría de perlas a los planes de Mark: conseguir que nos volviésemos el uno contra el otro solo para sembrar el caos y después moldearlo para sus propios fines.

—¡Bueno, reina del drama! Es hora de prepararte el desayuno… —Jacques me pasó por encima para salir de la cama.

—No me llames así.

—Vale, cielo —contestó con una risa mientras recogía su ropa del suelo y empezaba a vestirse—. Pero era un cumplido. Eres mi reina. Y eres…

—No lo digas. —Levanté la mano.

—Una actriz de puta madre, eso era lo que quería decir. —Se agachó y me besó la mejilla.

Ojalá supiese cómo de buena era.

—No te muevas, te traeré el desayuno a la cama.

«Creo en un poder superior. El papel del artista es canalizarlo. Tengo ganas de enseñarte a conectar con él». Las palabras de Mark repiquetearon como un amuleto maldito e irresistible en mi oído. Me dije que era una decisión meramente creativa y que además mi novio la respaldaba.

Jacques regresó unos instantes después con cruasanes y café.

—Te quiero —dije.

—¡Por tu primer día de ensayo! —exclamó—. Sigo convencido de que Mark y tú vais a hacer magia.

Joder, ¿qué tipo de magia? Necromancia, magia negra, adivinación, invocaciones… ¿Habría sacrificios animales, muñecas de vudú y perversiones sexuales…? La adrenalina me atravesó el cuerpo. Haría lo que fuera necesario en nombre de mi arte.

36

Cuando llegué al Atrium, un espacio subterráneo parecido a una cueva, vi que solo estaba iluminado por la característica luz de las velas de Mark, que arrojaban unas sombras juguetonas por las paredes. En cuanto se me acostumbraron los ojos a la penumbra, vislumbré el contorno de sus manos gesticulando con teatralidad, como si estuviesen dirigiendo los movimientos de las llamas. Al levantar la vista, me di cuenta de que había palcos a varias alturas, que iban subiendo en círculos desde la planta baja en la que nos encontrábamos. Qué mareo.

—Es perfecto —dije—. ¿Por qué nadie representa obras aquí?

—Es por alguna memez sobre el seguro —contestó—. Pero ya los convenceré. Planeo ser el primero.

—El mundo es un escenario. —No me podía creer que hubiese dicho eso. Mark gruñó.

Pulsó un interruptor y la sala se inundó de una luz cegadora artificial, sentí como si fuese un ataque. Llevaba el uniforme habitual: el pantalón de pana, la parka, las botas de vaquero y las gafas de montura fina y circular. Yo me había puesto algo cómodo e informal, unos vaqueros elásticos (pero ceñidos) que me marcaban el «culo» a la perfección, una sudadera grande de Jacques, que me hacía parecer «diminuta y adorable» (según él) y mis Converse moradas con cordones rosas, que Sue habría aprobado con entusiasmo. *Mona pero atrevida.*

—¿Te lo pasaste bien en tu cumpleaños?

—Muchísimo —contestó.

—¿Qué tal está Linda…? —Hice una pausa dramática—. Parecía

bastante ida.

—Lo que pasa ahí fuera se queda ahí fuera —respondió—. Y lo que pasa aquí dentro se queda aquí dentro. —Sentí un delicioso escalofrío de miedo y excitación—. No quiero que el mundo real contamine nuestro espacio de ensayo. Es un espacio sagrado.

—Sí, Padre. Perdóneme, Padre —dije mientras me santiguaba. No pude evitarlo. Quería seguirle el juego.

—Cinco Ave Marías —entonó—. Arrodíllate, venga. —Se había pasado. Me reí y lo ignoré—. No estoy de coña —insistió.

—Me da igual —contesté, sacando mi mejor voz de adolescente.

—De verdad, Jessica. Si quieres acceder a la diosa de la actuación que llevas dentro, a tu superpoder sensorial, tienes que ceder el control y dejarme guiarte. —Imagino que resoplé—. Va en serio —continuó mientras volvía a colocarse las gafas en el puente de la nariz.

Absurdo farsante. Y, aun así… Eché un vistazo a mi alrededor.

—¿Y los demás?

—¿A quién te refieres?

—¿Al resto de actores? No es un monólogo, ¿no?

—No, pero necesito ensayar con cada actor por separado. —Se quitó las gafas, les dio vueltas con la mano y me desconcentró.

—¿Y cómo funciona? ¿No necesitas que ensayemos con los demás para que generemos química?

Se agachó para mirarme más de cerca. Por un segundo, estaba ciega, aturdida.

—Si puedo manteneros alejados todo lo posible, se mantendrá la novedad. Cuando llegue la última semana de ensayos, os juntaré y entonces se producirá la alquimia…

—¿Y mientras tanto? —Me quedé sin aliento.

—Tiempo a solas conmigo.

Noté cómo se me endurecían los pezones y se me sonrojaban las mejillas. Tragué saliva, planté los pies en el suelo y respiré.

—Entonces, ¿cuántos actores participan en la obra?

—Jessica, relaja ese cerebro y déjate llevar. Sé lo que me hago.

Volvió a ponerse las gafas y las lentes opacaron la intensidad de su mirada desnuda, lo que me produjo tanto alivio como ansias por volver a verla. Se me vinieron a la mente imágenes de aquel momento en su cocina: sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—¿Alguna vez has dirigido otra obra?

—Quería esperar a que llegase el momento, cuando estuviese perfecto: el guion, el proceso, el sitio, el reparto —contestó mientras negaba con la cabeza de forma impaciente.

El proceso. Su acento era completamente suyo, una extraña mezcla del Dublín de antaño con el de una estrella de cine estadounidense de la vieja escuela, una fusión entre James Joyce y Humphrey Bogart, educado y, ay, qué varonil.

—Entonces, ¿cómo estás tan seguro?

—Simplemente. Lo. Estoy. —En aquel momento, le creí. Esta obra sería IMPRESIONANTE. Tenía una corazonada—. Pasemos a tu papel: Jessica. Hija de un padre egoísta y narcisista. Tiene voluntad propia, es terca, disruptiva, poderosa. Lo harás genial. —Tenía razón,

iba a hacerlo genial—. Ahora, hablemos de tu padre. Cuéntame qué recuerdas sobre él…



Tres horas más tarde ya me lo había sonsacado todo, estaba agotada, eufórica, famélica, con el ánimo por las nubes y por los suelos, de los nervios. *Eso es, sácalo todo*. El «proceso» de Mark estaba pensado para despojar al actor de toda clase de ego, de cualquier «historia» con la que estuviese cargando, para convertirlo en un recipiente puro y que así pudiese encarnar a su personaje por completo. Dijo que quería que me convirtiese en un canal, que su Jessica me *poseyese*.

Que fuese cruda, auténtica, una personificación.

Que me deshiciese de la tendencia a «sobreactuar».

Que viviese el momento y reaccionase con sinceridad.

Que escuchase y respondiese…

Era muchísimo.

Necesitaba respirar, así que decidí ir a por un sándwich y una Coca-Cola al puesto de café y luego salir fuera a sentarme en un banco. El mundo parecía distinto. La luz era más intensa, a pesar del cielo gris y bajo, como en cualquier otro día de marzo. Los sonidos eran más definidos, altos, estereofónicos. Sentí como si llevase la piel puesta del revés.

—Hola, Jessie —me saludó Jonathan desde el patio interior. Le devolví el saludo mientras él atravesaba a zancadas el césped recién cortado con un cartel que rezaba: «Se ruega no pisar la hierba».

—Rebelde —dije. Parecía no estar muy seguro de a qué me refería, si a lo de la otra noche o a esta pequeña transgresión.

Se sentó a mi lado, me estrujó la cintura y me hizo cosquillas. Le aparté la mano de un bofetón. Me recordó a las incansables gracietas de mi padre, cuando no paraba de pincharme, lo que desataba una risita incontrolable que me dejaba sin palabras y con lágrimas en los ojos.

—No te hace gracia, ¿eh? —preguntó.

—Nope —contesté, no me gustaba sentir impotencia. Sonrió impasible. Casi parecía alegre de lo imperturbable que estaba.

—¿Y bien? —espeté cuando me recompuse lo suficiente.

—¿Y bieeeeeen? —repitió, degustando la palabra, alargando las vocales de forma distraída.

—¿Qué pasó la otra noche?

—¿Te acuerdas de cuando dijiste: «A veces es mejor no hablar de ciertas cosas», la mañana después de tu primera noche con Jacques…?

—En realidad, fuiste tú quien lo dijo.

—Vale… —Me miró y se rio—. Pero recuerdo que sí que comentaste que era algo sagrado y secreto.

—Vaya, ¿tan bueno fue? —Una energía emanó de él—. ¿Y no te entró el bajón después? —Me intrigaba que la droga siguiese dejándole secuelas positivas.

—Por extraño que parezca, no. Desde entonces me encuentro genial.

Tenía un aspecto increíble. Parecía brillar y vibrar en una frecuencia más alta, espiritual, sexual, psicosexual, de drogas, ¿o…? Jonathan había adquirido cohesión y parecía estar cómodo consigo

mismo. Su conjunto de deporte estaba un pelín desaliñado: llevaba el suéter de cachemir atado en la parte baja de la cintura en vez de bien colocado sobre los hombros.

—¿Te imaginas si mi padre lo descubriese? Me mataría —comentó con entusiasmo—. En realidad, puede que acabase con mi madre. Diría que es todo culpa suya por ser tan *sensiblera* conmigo.

—No tienes que contarles nada, es tu vida. Vívela como mejor te parezca —dije. Por supuesto.

—¡Eso es! —exclamó—. Que le den a las reglas de mi padre.

—Entonces, ¿has hecho las paces con Mark? —pregunté al percatarme de que todo esto era obra suya.

—Sigue siendo un rarito controlador…, pero monta buenas fiestas y tío, menudas drogas…

—¿Crees que Linda está bien con él?

—No lo sé, tenemos que vigilarla. No es la de siempre.

—Cuando está con él, es como un camaleón —afirmé.

—Una cambiaformas, como tú —respondió él.

No estaba segura de cómo tomármelo. Lo observé y vi su nuevo carácter libertino.

—¿Y eso en qué te convierte a ti, en un niño robado?

—Camaleones, cambiaformas, niños robados… ¡un soplo sobrenatural! —dijo con satisfacción, aunque no se equivocaba.

—Nunca te había visto así —solté.

—Supongo que, por primera vez en mi vida, soy yo. Soy libre —

dijo.

Empezó a vibrarme el cuerpo. Eran justo esas palabas. Mis palabras. Las palabras de Mark.

—Bueno, ¿vas a contarme algo sobre Phil?

—Creo que me gusta —contestó, avergonzado. Sentí un fuerte deseo de protegerle.

—No te lances al primero que pase —afirmé, se me escapó la advertencia de Sue.

—¡Mira quién fue a hablar! —exclamó con diversión.

Di un trago a la lata de Coca-Cola, Jonathan me la quitó y se la terminó.

—Demasiado dulce y espumosa —comentó. Podía haber estado refiriéndose a sí mismo. Giró todo el cuerpo hacia mí—. ¿Qué tal el primer día de ensayo?

—Intenso.

—¿Qué esperabas?

—Tienes razón. Pero tengo un buen presentimiento. Creo que su obra se va a convertir en LA OBRA del año.

—No me cabe duda. Tiene suerte de tenerte. —Sonreí como si el sol estuviese iluminándome a mí y solo a mí—. ¿Por qué Mark no quiso daros drogas? —preguntó Jonathan un instante después—. Es raro, al resto le ofreció.

De pronto, me sumergí en una fría sombra, eran los efectos de que me excluyesen.

—Linda se lo impidió. Fue bastante cruel, dijo que mi ego ya

estaba bastante fuera de control de por sí.

—¡Joder! Pues sí que te suelta la lengua. —Sonrió.

—¿Qué lleva?

—No tengo ni idea —contestó con alegría.

—¿Te la volverías a tomar?

—¿Tú que crees?

Sus ojos de zorro parecieron brillar de color ámbar a la tenue luz del atardecer. Anhelaba sentir esa desinhibición, ese poder elemental, esa temeridad que podía llevar a alguien al límite, empujarlo más allá y darle otra forma. Ni Linda ni Jonathan eran las mismas personas que eran antes: eran extraordinarios.

37

La primera semana de ensayos fue relativamente suave, me imaginé que estaba diseñada para hacerme sentir segura: un par de sesiones de la técnica Meisner a la luz de las velas, la mayoría involucraban a Mark comentando mis particularidades físicas. Al parecer, era para acabar con cualquier vínculo con mi ego. Tuve que repetir comentarios sobre mi aspecto una y otra vez hasta que dejaron de tener sentido. Tienes una nariz tan diminuta. Tengo una nariz tan diminuta. Tienes una nariz tan diminuta. Tengo una nariz tan diminuta. Tienes una… ¿qué significaba «diminuta»? ¿Y «nariz»? Tu labio superior es demasiado fino… fiiiiiiiino… Tienes los lóbulos de las orejas caídos… ¿caídos? ¿Lóbulos? Carnosos, pesados. Tienes unos lóbulos… Tengo unos lóbulos carnosos y pesados. Eso no es lo que he dicho, Jessica. Bueno, pero es lo que querías decir. No. Repite exactamente lo que yo diga. Tengo los lóbulos caídos. Me dio un ataque de risa. ¿Qué significa eso? Caídos. Él me ignoró. Tienes la piel sonrosada. Tengo la piel sonrosada. Tienes la piel sonrosada. Sonrosada. Uf, qué mezquino era. Tus ojos son dos pozos profundos de dolor. Mis ojos son dos pozos profundos de dolor. Tus ojos son azul medianoche. Mis ojos son… Tus ojos son fascinantes. Mis ojos son…

No iba a haber chuches. Y se acabaron los tocamientos. Y nada de indirectas o miradas intensas. En la sala de ensayo, era un profesional de la cabeza a los pies, mantuvo las distancias, lo que, por confuso que fuera, despertó un anhelo en mi interior.

El último día de la primera semana de ensayos, el embustero de Mark me dijo con un brillo en aquellos ojos fríos, claros y azulísimos que el estreno sería el uno de abril. Me sentía mareada, nerviosa, estaba anticipando la broma inevitable, el Día de los Inocentes, ¿a costa de quién?

Al principio de la segunda semana, me dijo que «subiría las cosas al siguiente nivel». Por fin. Vino con un traje. Un extraño conjunto de enfermera sexi mezclada con Juana de Arco. Llevaba un escudo, un arco y una flecha de juguete y un disfraz cortísimo de enfermera con unas botas gruesas y toscas.

—Quiero que sientas su fuerza, su sexualidad *y* su naturaleza bondadosa.

—Menudo popurrí —contesté.

—Bien, centrémonos en eso —dijo tras encender los focos.

—En la paradoja —respondí, pestañeando.

—Eso es —indicó él sin rastro de ironía.

Iba con todo, era adicta a que me prestase toda su atención.

—Me gustaría empezar a aprenderme mis intervenciones —comenté—, ¿me dejas ver el guion?

—Está en proceso.

Según él, aún estaba en proceso de desarrollar «un lenguaje nuevo y experimental a caballo entre la fraseología shakespeariana y los modismos de la clase obrera de Dublín».

Ah, o sea que a eso se debía su acento cambiante.

—¿Quieres que también tenga un deje estadounidense?

—*¿Deje?* —repitió, imitándome.

—¿Cómo quieres que suene? —No conseguía imaginármelo ni pronunciarlo.

—¿*Que suenes?* —preguntó como si fuese imbécil—. Lo que importa es lo que quiero que *sientas*.

—¿Eh?

—Encuentra esa ira que sientes hacia tu padre y canalízala. El acento te saldrá solo con el tiempo.

—¿Y qué hay de los demás?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿No quieres que todos tengamos el mismo acento?

Soltó un suspiro, uno que indicaba a todas luces un «cómo-me-decepcionas» al mismo tiempo que se subía las gafas a la cabeza.

—No sabía que eras de las que se lo tomaban todo *al pie de la letra*. —Me quedé en silencio, aunque estaba intrigada. Habló más para sí mismo que para mí—. Todavía hay tiempo para un avance…

—Tengo una idea —dije con una sonrisa deslumbrante—. ¿Por qué no recurrimos a esas *chuches* para que nos echen una mano?

—En la sala de ensayo no uso sustancias que alteren la mente —sentenció.

—¿Y eso por qué…? Estoy segura de que así me desinhibiría del todo.

—Necesito que tu mente consciente esté atenta, Jessica. Hablando del tema. Quiero que me mires, que me mires de verdad y me digas lo que ves.

Veo a un superior, un manipulador mental, un captor, un maestro controlador y sexi de ojos azul eléctrico que me atraviesan…

—Veo unos ojos azules.

—Puedes hacerlo mejor —contestó.

—Veo unos pómulos muy marcados…

Eso le gustó. Ves unos pómulos muy marcados. Sí, veo unos pómulos muy marcados. Ves unos pómulos muy marcados. Veo unos pómulos muy marcados. Pómulos, marcados. Me emociona mucho, *muchísimo*.

—¿Qué imagen te evocan?

—La de Beckett o la de Edgar Allan Poe —respondí.

Eso le gustó aún más.

El tercer día de la segunda semana, me animó a «dar rienda suelta a la rabia». Se sacó el Walkman y lo enchufó a unos altavoces portátiles, después, puso un CD de un grupo de *heavy metal* ruidoso y atonal que yo no conocía. Se me vinieron a la cabeza imágenes de unos hombres gordos y sudorosos arrancándoles la cabeza a unos murciélagos diminutos y comiéndoselas. Asqueroso y perturbador.

Apagó todas las luces, sopló las velas y me dio un trozo de papel. Tu padre. Escríbelo todo. Subió aún más el volumen, me pasó un bate de béisbol y señaló un cojín.

—Ni de coña.

—No es solo por tu personaje, también es por ti. Es una limpieza necesaria. Tenemos que liberarte de las ataduras psíquicas que tienes hacia ese hombre.

—La última vez que lo vi tenía seis años, dudo que pueda estar más desconectada.

—Que no lo veas no significa que te libraras de él.

—¿Puedes apagar ese ruido?

—¿Por qué?

—Lo odio.

—Mejor. —Y subió aún más el volumen—. Ese mamonazo —dijo —. El dolor que os causó a ti y a tu madrastra, el egoísmo, el abandono… suéltalo todo…

Algo me poseyó y se sobrepuso a cualquier sentimiento de vergüenza. Tenía el bate en las manos y, como si hubiese cobrado vida propia, o como si mi mano lo estuviese guiando, empezó a moler a palos al cojín. La oscuridad ayudó. La «música» ayudó. Me reí, lloré, chillé y solté una cantidad ingente de insultos. Estaba poseída y eufórica.

—Bien hecho —indicó su voz incorpórea—. Excelente… buena chica, Jessica. *Mi Jessica*. Estás más cerca de convertirte en ella…

La ira estalló. Una fuerza primaria que, una vez se accedía a ella, podría no tener fin. Golpeé y golpeé hasta que acabé tumbada en el suelo y me empezaron a salir moratones en los dedos, agotada. *Buena chica.*

—Has desterrado al fantasma del cabrón de tu padre —anunció, parecía demasiado contento.

A decir verdad, la rabia que sentía parecía ir mucho más allá de lo personal. Flotaba libremente por el éter. Era mía, pero a la vez no.

El viernes por la tarde, al final de la segunda semana, estaba deambulando por los terrenos de la universidad, aterradoramente sensible y temperamental, cuando divisé a Honor y a Linda sentadas en *nuestro* banco. Fui con decisión hacia ellas, pero no tardé en arrepentirme. Las dos estaban radiantes, compartían una botella de vino a morro. Hasta yo podía ver el «cordón umbilical dorado de

amor» que fluía entre esos dos bellezones.

—Hola —saludé a Linda, que llevaba su vestido de April Wheeler con una chaqueta vaquera desgastada encima y unas Converse con estampado de leopardo nuevas. Qué pasada. Levantó la cabeza y soltó una risita aguda y coqueta. ¿Qué tenía para hacerle soltar esos sonidos?—. ¿Puedo unirme?

—Perdona, está terminantemente prohibido darte cualquier tipo de *sustancia* hasta que acabe la obra.

—Buuu —contestó Honor mientras cruzaba y descruzaba esas piernas tan largas y bonitas, enfundadas en unas medias negras brillantes casi transparentes, por debajo de una minifalda de ante muy parecida a la mía. ¿Quién estaba copiando a quién?

—¿No puedo tomar un poco de vino? —pregunté de forma petulante.

—Ah, ¿te refieres al alcohol? —contestó Linda—. Creo que eso sí que está permitido. —Lo dudaba. Me pasó la botella y di un buen trago.

—¿Qué tal si nos dejas un poco? —espetó Honor. *Cerda maleducada.*

—Igual voy a comprar una y vuelvo. —Le devolví la botella a Linda.

—No te preocupes, nos iremos a una fiesta en breves —indicó Honor.

Se hizo el silencio. Era evidente que yo no estaba invitada.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde es? —Intenté desesperadamente que pareciera que me daba igual.

—En el castillo del hermano de Honor, en Wicklow —respondió

Linda. ¿Es que había olvidado quién era y de dónde venía del todo?

—¿Y cómo vais a llegar?

—Spencer conduce —contestó Honor.

No tenía ni pajolera idea de quién era Spencer, pero, por la forma en la que pronunció su nombre, parecía como si tuviera que saberlo.

—Guay, guay… —contesté.

—¿Tú no tienes planes para después? —preguntó Linda.

—He quedado con Jacques para cenar.

—Ah —respondió Honor—. Salúdale de mi parte. —Y una mierda —. Si le apetece venir a la fiesta, dile que está invitado. Tú también, claro.

Claro.

—Gracias, no os preocupéis. Vamos a pasar la noche acurrucados, solitos *nous deux*.

—Lo que tú digas… —Honor sonrió despacio y se levantó—. Mira quién ha venido. ¡El encantador Philip! —Hizo un buen espectáculo al darle dos besos en las mejillas.

—Estás más guapa que nunca, si cabe —afirmó él, y dio un paso atrás para admirarla—. ¿Cómo es posible? —Levantó la botella de vino del banco y le dio un buen trago—. Vamos, Spencer nos está esperando. Vamos a recoger a Jonathan de camino.

¿Mi Jonathan?

Phil pareció percatarse de mi presencia.

—Anda, hola, tú eres amiga de Jonny, ¿verdad?

Jonny. Puse una sonrisa tensa.

—Así es.

—¿Cómo decías que te llamabas? —preguntó. Entonces, ¿Jonathan no me había mencionado?

—Jessica —contesté con un mohín.

Mark llegó justo entonces. Fue hacia Linda y la besó de forma teatral en los labios.

—Suficiente alcohol para ti, mi amor. —Ella asintió—. Espero que no le hayas dado a Jess ninguna sustancia.

—No, he seguido las órdenes del maestro —contestó.

—*Mi Jessica* —dijo. Le encantaba colonizar mi nombre. Me reí—. ¿Ha pasado algo gracioso?

—Qué va —respondí.

—Nos vemos el lunes a las 8. La semana que viene se madruga. —Los demás ya se habían levantado para entonces y estaban alejándose—. ¿Sabes? Deberías cuidarte mientras dure este proceso. Va a ser intenso. No bebas, duerme bien y come bien.

—¡Sí, señor! —exclamé a la vez que le hacía un saludo.

Me atravesó con la mirada, casi se me salió el corazón, y después siguió a los demás.

—¡¿Lindy?! —le grité a mi amiga, estaba destrozada por que se fuese.

Vino corriendo hacia mí y me rodeó en un abrazo aplastante.

—No te preocupes, corazón. ¡Siempre serás mi número uno! Te

quiero, te quiero, te quiero…

—¡Lind-ah! —la llamó Mark.

—Hasta luego, Lucas —se despidió. Me miró con los ojos llenos de lágrimas, unos ojos verde esmeralda preciosos y resplandecientes.

—Adiós —contesté cuando se alejó corriendo.

Me sentí como una cría triste.

—¿Cómo van los ensayos? —preguntó Jacques esa noche después de que nos terminásemos la pasta *puttanesca* picante, uno de mis platos favoritos.

Llevaba toda la tarde distante, a pesar de haberme sentado en su regazo y haberle restregado el culo, algo que por lo general solía volverlo loco de deseo. Esta vez, se limitó a revolverse en el asiento con una expresión incómoda.

—Son una memez —respondí.

—¿Qué tal está Patrick? —preguntó en voz baja y entrecortada.

—¿Qué Patrick?

—Tu coprotagonista.

—Todavía no lo he conocido.

—Tampoco hace falta que me mientas, Jessica. Mark me contó que erais la bomba.

—Y puede que acabemos siéndolo, pero te repito que todavía no nos hemos conocido.

Jacques me miró con una expresión que hasta entonces jamás había visto en su rostro, por lo general cargado de adoración: sospecha,

desconfianza y algo más, algo más frío. Indiferencia.

—¿Cielo?

—¿Hm? —contestó a la vez que se daba la vuelta y se iba al fregadero para lavar los platos. Lo seguí y lo abracé con fuerza por detrás.

—*You are my sunshine, my only sunshine…, you make me happppyyyy, beee, beee, beee, beee…* —canturreé y le zumbé al oído.

Le encantaba que le cantase canciones moñas, pero esta vez se quedó petrificado y dijo:

—Venga, Jessica, se está haciendo tarde…

—*I love you and only you…* —Lo estreché con más fuerza.

—A veces eres demasiado teatrera —soltó tras girarse hacia mí. Me quedé estupefacta y sin palabras—. Creo que debería ir a ver a Louis.

—Te acompaño —respondí.

—Tranqui —dijo—. No tardo.

Volví sola a mi cuarto, abrí la ventana diminuta y me puse debajo para que la lluvia me mojase y calase la almohada.

¿Quieres rabia? Pues entonces eso tendrás, maestro.

38

La primera mañana de la tercera semana de ensayos, Mark me miró fijamente.

—¿Estás un poco alicaída? —Parecía esperanzado—. En este punto del proceso es normal sentirse confundida, perdida.

Dijo que suponía que me sentía un poco perdida, ¿tenía razón? Le dije que mi tutor de francés me había citado para una reunión más tarde y que eso no podía ser bueno. Tenía que ensayar menos y centrarme más en los estudios. Me miró como si fuese imbécil y tuve que esforzarme para no ponerme de rodillas y suplicarle, me avergoncé.

—Tienes que reclamar la visión que tienes sobre tu futuro, Jessica. Si vas a ser actriz, y tienes posibilidades de ser una excepcional, entonces tienes que priorizar esto. Pero si quieres ser profesora de francés… —soltó en un tono desdeñoso—, entonces, adelante, céntrate en eso. —¿No podía ser una catedrática, o una académica? ¿Por qué tenía que ser *profesora*? Me metí un mechón de pelo en la boca y lo chupé—. Aunque es poco probable que ese acabe siendo tu camino, Jessica. —Estuve a punto de hacerle una reverencia—. Solo quedan dos semanas para la noche más importante de tu vida, que sin duda catapultará tu carrera al estrellato.

Me sacó el mechón de la boca, un gesto muy íntimo y nada desagradable. Después, se puso a decir que tenía un mes entero después de la obra para volver a centrarme en los estudios, parecía razonable. Y luego otros tres años en los que él ya no estaría en la universidad (con esas palabras sugirió que iba a echarlo mucho de menos). Para entonces, él ya sería un guionista/director profesional de teatro. Mark Whitman, labrándose un nombre por sí mismo. Al decirlo, sonó como si estuviese en trance.

—¿Qué pretendes hacer con Linda? —pregunté.

—¿Has olvidado nuestras reglas básicas para la sala de ensayo? —Me quedé mirándolo para que picase el anzuelo—. Es nuestro espacio sagrado. Aquí solo podemos entrar tú, yo y la Jessica que está naciendo.

—¿Cuándo voy a conocer al resto de compañeros?

—La semana que viene.

—No hay suficiente tiempo.

—Confía. En. Mí —contestó.

—¿Quién es Patrick? —Mark esbozó una sonrisa misteriosa—. ¿Por qué se lo mencionaste a mi novio?

—Para plantar las semillas. Si Jacques cree que tenéis química, entonces tú también lo creerás…

Una gilipollez desconcertante para la que no encontraba una réplica sarcástica, ni de ningún otro tipo.

Me pasó un guion que contenía solo mis intervenciones.

—¿Y cómo me lo voy a aprender si no sé cuándo entro? ¿Cómo voy a saber cuándo está interviniendo otra persona?

—Para cuando os conozcáis, estaréis tan metidos en vuestros personajes que sabréis por instinto cuándo hablar y cuándo escuchar…

—Menuda ridiculez —bufé.

—En realidad, he cambiado de opinión. —De pronto, me arrancó el guion de las manos—. Hoy girará en torno a la escucha activa… Por ahora, quédate en silencio y limítate a reaccionar a lo que te diga.

Encendió las luces, que me sobresaltaron y me expusieron.

Asentí. Iba a ser cruel. Y quería que lo fuese.

Empezó a meterse con mis inseguridades, la percepción que tenía sobre mí misma, mi «identidad» que había que desmantelar, ¿vale? Yo asentí, menospreciada, aturdida y cachonda. Me dije que estaba actuando. Me pidió que pensase en un gesto que hiciese cuando estaba insegura. Me quedé en blanco. Hizo como si se arrancase los pelos de la nuca. Vaya, o sea que se había fijado.

—¿Quieres otro? —preguntó— Insegura. —Hizo como si estuviese chupando un mechón de pelo largo—. Rechazada. —Me señaló la garganta. ¿Me iba a tocar esa zona? Se limitó a observarme desde las distancias y me alentó a que me lo apretase—. ¿Está irritado? —Asentí—. Bien, bien… Y ahora, tristeza. —Apreté las manos en un puño, levanté la vista al techo y tragué saliva—. Maravilloso, maravilloso. Las mejores actrices no… Reacciona a las siguientes palabras en cuanto las diga, no pienses, actúa por impulso. Materialízalas. *Encárnalas*: repudiada, herida, sola, rechazada, abandonada.

Fui gesticulando las acciones: me arranqué el pelo, me pellizqué, me mordí la mano, me mordí los labios con tanta fuerza que empezaron a sangrar, me apreté el cuello hasta estar a punto de estrangularme. Le gustaron mis ganas de hacerme daño. Le gustó hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

—Auténtica, desinhibida, sin límites. —Mi cuerpo era incapaz de distinguir entre representar esas emociones y empezar a sentirlas—. Ahora, cambiemos de tercio: empoderamiento, elección, ver la verdad, abandonar, libertad, vida nueva.

Lo di todo. Me besé y me abracé, bailé con libertad y alegría, fui zigzagueando por la sala con los brazos abiertos, di saltos, me puse a la pata coja, anduve a paso ligero y fingí que estaba bailando con un *hula hoop* como una cría de cinco años. Para cuando terminó la tarde,

estaba tumbada en el suelo como una estrella de mar, despatarrada para representar esa «vida nueva». Mark estaba encantado, sobre todo cuando fui corriendo al palco superior, me subí al borde y estiré los brazos todo lo que pude mientras me gritaba: «¡LIBERTAD!». Estuve a punto de saltar.



La reunión con mi tutor de francés estaba programada para las 17:30, justo después del ensayo. Entré a su oficina en una nube, fue como si mi cuerpo estuviese volando. Estaba colocada de indiferencia. *Monsieur* Tortue, un hombre en la cuarentena que fumaba como un carretero y vestía polos, me preguntó si estaba bien. ¿Hay algún problema del que debería informarle? Lo pregunto con delicadeza, pero, ejem.

—Han puesto a la facultad sobre aviso de la última droga de moda que ha llegado al campus. —Le dio una calada al cigarro y miró por la ventana con el rostro grisáceo vuelto hacia la lluvia que de camino ni me había percatado que estaba cayendo. Me pregunté si me había pillado. Nombró las drogas. Eran de clase A: éxtasis y LSD. Una combinación peligrosa. Me dijo que sentía decírmelo, pero que no parecía yo misma—. Últimamente, en los seminarios pareces despreocupada, distraída, como si estuvieras en «otra parte». —Sopló el humo. Parecía que le daba palo contármelo—. Estás calada —comentó, de pronto.

—Estoy bien —respondí—. Gracias por preocuparse.

Me empezó a picar la garganta por el humo y se me llenaron los ojos de lágrimas por culpa del fluorescente parpadeante. Qué sala tan decepcionante: me había imaginado que como mínimo habría un sillón de cuero, luz tenue y unas estanterías tambaleantes de madera a reventar. Pero en vez de eso, el despacho era una caja de plástico cutre y moderna, como la casa donde crecí. No tenía ni estilo ni alma ni una pizca de francés.

Intentó indicarme con tacto que, en fin, si no me centraba, corría el riesgo de perder la ayuda. Me miró para ver si reaccionaba, y cuando me vio esbozar una sonrisita de suficiencia y permanecer completamente impasible ante sus palabras, pareció ponerse hecho una furia con razón:

—Es una oportunidad muy reñida —espetó, y el deje gaélico se intensificó—. Muchas personas estarían muy agradecidas de que se les concediese y a otras también les vendría bien la ayuda financiera. —Volvió a mirarme en busca de una reacción, y, de nuevo, fracasé en darle una que le satisficiese. Estaba pensando en lo eufórica que me sentí al subir corriendo las escaleras de caracol del Atrium y en cómo el mundo dio vueltas cuando lo miré desde arriba, en cómo estuvieron a punto de salirme alas—. Esto no es la administración púúúúública. —Estaba furioso por mi falta de humildad, de gratitud.

Me mordí el interior del carrillo y eché mano de mi superpoder de actuación para fingir remordimiento.

—Lo siento, *monsieur* Tortue. A partir de ahora, haré las cosas lo mejor que pueda. No me estoy drogando (aunque tenía unas ganas impresionantes de que así fuera) —dije con una voz que rezumaba sinceridad. Forcé las lágrimas y le dije que mi perrita, mi mascota de la infancia, en verdad, *mi hermana*, puesto que yo era hija única, acababa de fallecer y que estaba de duelo. Me dijo que lo sentía, pero que él y otros miembros de la facultad se habían percatado de que ya llevaba tiempo sin centrarme del todo en los estudios—. Eso es porque Wendy lleva ya un tiempo agonizando. —Dejé caer unas lágrimas. Me permití ser mala actriz. De todos modos, él tampoco se lo estaba tragando. —Me acompañó hasta la puerta y me dijo que le gustaría volver a verme en un par de semanas—. Actúo en una obra —contesté mientras me secaba las lágrimas—. Se estrenará la noche del uno de abril. Venga si puede. Será increíble… —Estaba convencida de que si él veía lo deslumbrante que estaba ahí arriba, eso compensaría con creces el trabajo tan chapucero que había

estado haciendo últimamente.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Todavía no tiene título. Es una adaptación de *El mercader de Venecia* de un tío llamado Mark Whitman. No hay que perderlo de vista —afirmé de una forma extrañamente orgullosa y posesiva—. Soy el personaje principal.

—Jessica, permíteme recordarte que tú no estudias Arte Dramático —dijo, explotando mi burbuja—. Buena suerte con la obra, pero recuerda por qué estás aquí.

Cerró la puerta con educación pero con firmeza detrás de mí.



Me moría de ganas por contarle a Jacques la advertencia fatalista de *monsieur* Tortue sobre que mi beca no era cosa de la administración púúúúública y me lo imaginé partiéndose de risa. *Jacques*. Fue como si lo hubiese invocado con pensar en él. Era impresionante como cada vez sucedía más a menudo. Mi imaginación hacía que la realidad se materializara. El límite estaba empezando a desdibujarse; según Mark, de eso iba todo. Lo imaginario se fusionaba con la realidad, que se fusionaba con lo imaginario, que se fusionaba con… Pero ¿qué cojones estaba pasando? Era evidente que no era algo que yo hubiese querido que se materializase, aunque puede que mis miedos fuesen los culpables de esta situación. Ahí estaba él, mi alma gemela, *mía*, enfrascado en una conversación con la duquesa mientras se tomaban un café. VALE, estábamos a plena luz del día y solo estaban hablando. Pero ¿por qué? ¿Y sobre qué? ¿Cómo se las había apañado la tía para conseguir pasar tiempo a solas con él? Los observé desde lejos y no me vi capaz de no soltar algo muy inapropiado. *La Jalousie* me acechaba, se mofaba de mí. Con un esfuerzo sobrehumano, logré aunar la voluntad suficiente para marcharme. Se me cayeron el alma y el corazón a los pies y sentí como si fuese a tropezarme con ellos. «Eres como un yoyó —solía

decir Sue mientras imitaba de forma exagerada el movimiento de sube y baja necesario para manipular el juguete—, tienes que aprender a controlar mejor tus cambios de humor». ¿Y mi respuesta? Por lo general, cualquier variante de que se fuese a tomar viento.

Vete a la mierda, Honor Cave-Tempest-Stuart. Vete a la putísima mierda.

39

Era el primer día de la última semana de ensayos y Jacques y yo no estábamos bien. Llevaba dándole la tabarra desde que lo había visto con Honor: «Pero ¿por qué? ¿De qué estabais hablando? Necesito que le pongas punto final *pero ya*». Y él contestó de manera, ay, superrazonable: «Solo estaba siendo educado, nos cruzamos por ahí. Su tío acaba de morir. Estaba triste». «¿Su *tío*? Por favor, te está manipulando». No le hizo gracia. Por más polvos que echásemos, daba igual. Tiré de mis clásicos y le hice una mamada larga y con esmero. En esos momentos, se abstraía, pero nunca estaba del todo presente.

Jonathan y yo apenas nos habíamos visto, excepto cuando nos saludábamos desde lejos en el edificio de artes. Parecía distraído, aún más desaliñado: sin afeitar, con el pelo revuelto y las extremidades flácidas y desgarbadas, rodeado de sus nuevos amigos, era una persona mucho más guay que cuando nos conocimos. Me dolió no haber sido la causante de esa transformación.

Linda y yo llevábamos sin hablar desde que me crucé con ella y con Honor cuando iban de camino a la fiesta de Spencer. ¿Qué había sido de la pobre y simple Mairin? Ojalá Linda siguiese quedando con la ratoncita en vez de con la reina. Me dije que, en cuanto la obra se estrenase, todo volvería a su cauce. Entonces tendría más tiempo para estar con mis amigos. No estaba dispuesta a admitir que la causa de este cisma no era solo mi falta de tiempo. Había otras fuerzas en juego, una mano invisible.

—¿Qué ocurre? —pregunté a Jacques durante la cena, decidida a no sacar a *madame Jalousie* en la mesa.

—No sé de qué me hablas, Jessie. —Estaba ahí, pero a la vez no—.

¿Qué tal van los ensayos? —preguntó de forma distraída.

—Son una memez gigantesca —dije, aunque esta vez no iba en serio.

Los ensayos eran una *pasada*. Por fin había conocido a mis compañeros de reparto: Dearbhla (Portia), Ciaran (Bassanio), Bill (Shylock) y Patrick (Lorenzo), y todos eran impresionantes, unas *estrellas* de la cabeza a los pies. Mark había acotado el reparto a los personajes esenciales y se había librado de cualquier «secundario». Dijo que éramos el núcleo de la historia, que ahí era donde estaba el drama. Además, todos teníamos la misma relevancia (aunque sabíamos que yo era la protagonista). En esta versión de *El mercader de Venecia*, nuestros personajes se llaman igual que nosotros, o al revés. «Ahora sois indiscernibles de vuestros papeles», su voz rezumaba una satisfacción autocomplaciente.

En la mesa de la cocina, Jacques sorbía los espaguetis enfurruñado.

Me reí de él, le llamé la atención por su falta de modales y después le dije que, aunque fuese un palurdo, yo lo quería igual.

—¿Qué tal está Patrick? —preguntó Jacques con la mandíbula apretada y sin ningún atisbo de sonrisa.

—Bien, es buen actor. Mark hizo un trabajazo con el reparto…

—Seguro que sí… —contestó tras limpiarse una mancha de tomate del labio superior.

—Va a ser increíble, lo presiento —dije; estaba claro que había metido la pata.

—Me alegro por ti —respondió antes de levantarse, tirar los restos de espagueti a la basura y dejarme en la mesa. Aspiré entre dientes para crear el sonido del viento silbando en mi interior. Otro más.

Patrick. Atractivo, estilo Byron, alto, de piernas y pestañas largas y ojos oscuros. El amante de Jessica, el hombre con el que ella (yo) se fugaba para escapar de su padre, Shylock (Bill). Era sensible, profundo, generoso, altruista, sensual. Esas fueron todas las palabras que le atribuí en nuestra primera sesión con la técnica Meisner. Él también utilizó la palabra «sensual» para describirme. Eres sensual. Soy sensual. Eres sensual. Soy sensual. Eres… soy… También dijo que parecía un hada, que era menuda, delicada, pese a no tener ningún tipo de magia.

Era una hechicera, una doncella poderosa. Para cuando acabó el día, estábamos falsamente enamorados.

¿Y nuestros guiones? Preguntamos todos aquel día a las 17. ¿No ha llegado el momento?

Mark nos los trajo de forma ceremoniosa junto con el póster. *La vengadora*. Con una foto mía con el conjunto de enfermera sexi mezclada con Juana de Arco. No sabía que me había sacado una foto con el traje puesto.

—Lo hiciste un poco a escondidas —contesté, y sentí un torrente cálido, aunque no supe si se debía a la vergüenza o a la emoción.

—Pero ha quedado bien, ¿a que sí? —preguntó.

—Es perfecto —coincidió Patrick.

Y tenía razón. Era. Perfecto.

Aquella tarde, me pasé la noche en vela hojeando el guion. Era potente, fluido y estremecedor. Jessica era una adelantada a su tiempo: una adolescente vengadora que nació para acabar con el sistema patriarcal. Estaba muy sexualizada, pero en sus propios términos. Incluso amarla era un acto poderoso. El lenguaje tenía vida

propia: presuntuoso y barriobajero. La narrativa era igual de sorprendente: ¿quién era esta adolescente que reprendía a los hombres que estaban a su alrededor y que, cuando se enamoraba, no se permitía «caer rendida» ante nadie? Mark dijo que esa era una faceta importante de su personalidad. Patrick no la seducía ni la deslumbraba. Lo dijo con un tono de desdén, como si las mujeres que se enamoran perdidamente fuesen patéticas. Pensé en Linda y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Había una escena en la que Patrick y yo nos acostábamos (echábamos un polvo), en la que el guion sugería que Jessica tenía que estar en paños menores.

—¿Y Patrick, qué? —pregunté.

—Solo tú —contestó Mark—, pero no te preocupes, será de buen gusto. —No me preocupaba.

El tercer día de la cuarta semana ya estaba surgiendo la alquimia. Fue raro ver lo bien que congeniamos, como si nos conociésemos de toda la vida. También fue raro la facilidad con la que nos aprendimos nuestras frases. Eran tan naturales y espontáneas que fue como si saliesen de nosotros. Éramos una unidad simbiótica que desprendía energía cinética, cada uno nos íbamos dando nuestras entradas. No me avergonzó desnudarme y quedarme en ropa interior. Me sentía libre, poderosa. El reparto era respetuoso, generoso y amable. Mark estaba efusivo. Yo brillaba con fuerza.

Al quinto día, todos estábamos que nos salíamos. Solo quedaban dos días más de ensayos, y Dearbhla, Ciaran, Bill, Patrick y yo éramos como una familia. Éramos los *amores* de los demás. Éramos amigos —o enemigos— en función de las necesidades del guion. Mark tarareaba con entusiasmo y orgullo. Éramos sus creaciones.



Noche del estreno: el Atrium estaba a reventar. El corazón me

tamborileaba con tanta fuerza en el pecho que lo escuchaba en los oídos. Nunca me habían dado tan poco tiempo para aprenderme mis intervenciones. Eran tan nuevas que parecía como si mi boca las estuviese pronunciando por primera vez. Jamás había tenido tantas expectativas, ni tampoco un miedo tan dulce. Era LA obra del año. Mark Whitman ya se había convertido en un fenómeno y ni siquiera se había estrenado. Los rumores volaban por todas partes. Que Jessica McSwain fuese la protagonista echó más leña al fuego. ¿Podría redimirse tras el fiasco de la última obra sobreactuada? (Esos imbéciles no pillaban lo maravillosamente *pirandelesca* que había estado).

Patrick y yo estábamos dando saltos de la mano entre bastidores. Te quiero, te quiero, te quiero, dijo metido en su personaje. TE ADORO, contesté yo, actuando también. Venga, vamos a sacudir el cuerpo entero, dijo él. Menudos nervios. Sacudimos todo el cuerpo, saltamos, maldijimos, nos prometimos que nos cubriríamos las espaldas el uno al otro y así nada podría salir mal, nada podría salir mal, nada podría salir mal. Las luces del auditorio se atenuaron, el público guardó silencio y Patrick me dio un empujoncito para que saliese a hacer mi monólogo de apertura. Estuve a punto de vomitar.

La obra empezó conmigo en ropa interior debajo de un foco (algo que, según Jacques, era innecesario), mientras miraba de forma melancólica por la ventana de la casa de mi padre, que daba justo a una pared. Empecé recitando una frase original de Shakespeare: «Pero, aunque sea hija de su sangre, no lo soy de su espíritu», y después me metí de lleno en un monólogo «posmoderno», repleto de palabrotas como «que le jodan», sobre estar atrapada y sentir que me asfixiaba por culpa de la casa de mi padre, de su avaricia, de su amor aberrante, de su fe, de su santurronería de pega, de su control. Mi acento iba deslizándose entre un fuerte inglés de la reina y un dublinés de clase trabajadora, pronunciaba las consonantes con cuidado o las omitía por completo. La moderación no existía. Empezó a sonar una música contemporánea compuesta especialmente para la obra, un sonido como de dos gatos

apareándose, y me puse a bailar, todavía en ropa interior: era un baile de libertad, valiente y expresionista. Lo bordé. Deslumbré. Tenía al público comiendo de la palma de la mano. ¿Qué había dicho Sue cuando me vio hacer de la hijastra? «Estuviste impresionante ahí arriba». Era verdad, podía sentir el poder que me transmitía.

La obra duraba una hora y quince minutos sin descansos. Una innovación sexi de Mark Whitman. La tensión nunca decaía, los actores generaban sin descanso la energía que se les requería. El lenguaje chisporroteaba. El fenómeno de ese tal Whitman parecía explosivo, inspirado, con un toque de magia y de elegancia. Hasta que… hasta que… llegó la escena en la que Patrick y yo… nos acostábamos… cuando él… se convirtió en otra criatura, en un demonio depravado. Me susurró al oído: «Confía en mí, Mark y yo hemos hablado del tema», mientras me bajaba el sujetador… para desvelar mis diminutas tetas a todo el público. Después, empezó a manosearme el vientre desnudo y luego las caderas. Me levantó hacia él, bajó la cabeza y me puso la lengua contra el ombligo. Me quedé petrificada. No podía hablar, no podía hablar, no podía hablar. Incluso aunque Patrick, ese demonio, me estaba indicando mis frases, fui incapaz de actuar.

Esa escena era el *crescendo*, el gran acto final antes de que se apagaran las luces. Así que, puede que el quedarme muda encajase, aunque suponía un completo revés de la opinión que tenía sobre mi personaje, de cómo la había descrito Mark. ¿Cómo es posible que vencieran a la vengadora y la dejasen sin palabras en el último momento? Pero entonces, recordé lo mucho que le gustaba a nuestro *auteur* darles la vuelta a las suposiciones, subvertir expectativas.

«Una actuación extraordinariamente auténtica y personificada de Jessica McSwain», afirmó la reseña de *HUP!* al día siguiente. Me redimí.

Los momentos que siguieron a mi destape ante el público, ante mis amigos, ante todo el puto mundo, o eso sentí yo, discurrieron despacio, como en unos dibujos animados. Me sentía como una figurita de plástico a la que habían toqueteado y distorsionado para que tuviese la imagen que sus creadores masculinos querían. Qué mona con esas tetitas. Qué actriz más prodigiosa y valiente por haberse atrevido. Auténtica, poderosa y sin trabas. Jamás me había sentido tan poco poderosa.

Cuando me bajé del escenario, Linda y Jonathan estaban aplaudiendo con fuerza, pero Jacques parecía dolido. No estaba dispuesta a pelear, era incapaz de consolarle, de tranquilizarle; yo misma estaba demasiado necesitada, así que le di la espalda. Y entonces, como si la hubiese invocado (¿había manifestado yo esa debacle del escenario al ser demasiado provocativa en los ensayos?), vi a Sue de pie en una esquina de la sala, con timidez. Fui corriendo hacia ella y me lancé en sus brazos. Casi se cayó de lo mucho que le desconcertó esa demostración de afecto en público.

—Has estado increíble, Jess —dijo. E iba en serio. Nadie más se percató de mi vergüenza. Quizá solo Jacques, aunque no estaba sintiendo la mía, sino la suya.

Mark salió de entre bastidores y fue recibido con un caluroso aplauso, seguido por Patrick. Patrick era incapaz de mirarme. Al menos tuvo esa decencia. Pero Mark me clavó la vista y dijo:

—¿Ves? ¡Al final hemos conseguido dar con la magia!

Busqué a Jacques y lo vi dirigirse hacia la salida. Fui corriendo detrás de él. Me soltó con frialdad que necesitaba tomar el aire y que yo tenía que hacerles caso a mis admiradores. Dijo que ya me vería más tarde, o no, me pareció escucharlo mascullar. Noté que Sue se colocaba a mi lado en silencio y estiraba la mano en busca de la mía. Me la apretó con fuerza, no sé si para darme ánimos o para calmar la incomodidad que sentía ella.

—Cariño, esta es tu noche. Disfrútala… —Me guio de vuelta al centro de la sala—. Con tus admiradores y tus amigos, que te están esperando.

Estaba segura de que Mark había visto a Jacques irse, tanto como lo estaba de que había escuchado a Sue intentando consolarme. Esa sonrisita de satisfacción le tiraba de la comisura de los labios.

—¡Así que esta es la famosa Sue! —exclamó Mark con un tono condescendiente, cordial e irónico a la vez.

—Hola, Sue —saludó Linda, guardando las distancias. Por lo general, esas dos se habrían lanzado en brazos de la otra nada más verse.

—Hola, cielo —contestó Sue con timidez—. Estás guapísima.

—¿A que Jessie ha estado impresionante? —preguntó Linda.

—¡Y tanto!

—Hola, Sue. —Jonathan la saludó con amabilidad y le dio dos besos—. Me alegro de volver a verte.

—Yo también, yo también… —Vi cómo se esforzaba por recordar su nombre.

Estaba desesperada por ir a buscar a Jacques, aunque sentí un fuerte impulso de quedarme al lado de Sue porque me estaba dando la mano.

—Patrick ha estado inspirado ahí arriba —comentó Linda con timidez, o esa sensación me dio. ¿Ella también estaba al tanto de ese «giro»?

—Lo estaba viviendo —coincidió Jonathan—. Por cierto, ¿adónde ha ido?

—Está disfrutando de su momento, y con razón —respondió Mark, que señaló el otro lado de la sala con la cabeza.

Vi al traidor en un corrillo con el resto del reparto, su brazo descansaba en el hombro de Dearbhla y ella tenía la cara levantada hacia él. Intenté comunicarles a Linda, Jonathan y Sue por ósmosis que estaba alterada, que me habían pillado por sorpresa, que me sentía sucia, utilizada, pero nadie pareció percatarse de mi angustia.

—No hay duda de que mañana se publicará una reseña de cinco estrellas unánime —dijo Linda, y besó a Mark. Luego, echó un vistazo a Sue—. Eh, Sue, este es Mark —comentó sin darle importancia.

—Sí, lo he supuesto. Encantada de conocerte, Mark —contestó con una sonrisa.

—*Enchanté!* —Mark le sostuvo la mano y le besó el dorso.

Después, se disculpó y se marchó para mezclarse con sus muchos admiradores. Recibí palmadas en la espalda, exclamaciones de tipo: «Has estado estupenda», «Eres la caña», «Eres una estrella...», «Guau, qué fuerte, ha sido increíble»… Todas las palabras que me moría por escuchar, pero que ahora hicieron que me sintiese aún más como una marioneta.

—¿Quieres ir a buscar a Jacques, cielo? —me susurró Sue al oído.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y Jonathan se dio cuenta, pero creyó que era porque en ese momento estaba abrumada.

—Te mereces una buena llorera —afirmó—. ¡Son lágrimas de felicidad!

Justo entonces, Phil vino hacia nosotros, le rodeó la cintura a Jonathan con los brazos y le dio un beso detrás de la oreja en una flagrante demostración de propiedad. Jonathan parecía tener

sentimientos encontrados: estaba complacido, pero también muerto de la vergüenza, se le puso rojo el pecho y le salieron manchas. No se lo presentó a Sue. Me fijé en que Honor estaba charlando con Mark en una esquina antes de dirigirse hacia aquí. La noche no podía ir a peor.

—¿Dónde está Mairin? —le pregunté a Linda.

—¿Mairin? —repitió, como si no supiese a quién me refería. En menuda persona superficial y caprichosa se había convertido.

—Tu *amiga*, a la que invitaste a la noche del estreno.

Se encogió de hombros y entonces vio a Honor venir hacia aquí. Se le iluminó la cara y la saludó.

—Tengo que irme —espeté. Me sentía inestable, como si el suelo que pisaba estuviese moviéndose.

—¿Qué, tan pronto? —preguntó Jonathan.

—Jacques no se encuentra bien, así que más vale que vaya a cuidarle. —Me las apañé para decir en un tono normal, o eso pensé.

—¿En serio? —preguntó Linda—. Antes estábamos charlando y parecía estar bien.

—Ha sido de repente.

—¡Hola, Honor! —exclamó Linda en cuanto llegó la duquesa, y le plantó tres besos en las mejillas—. ¿Te ha gustado la obra?

—No la he visto —contestó perezosamente—. El teatro no me va mucho.

—Ay, pues entonces tienes que verla —dijo Linda con entusiasmo —. Mark es un genio.

—Eso he oído —respondió.

—Además, ¡Jessica ha estado increíble!

—Seguro que sí —dijo tras mirarme de arriba abajo.

—No te vayas, Jessie —suplicó Linda—. ¡Se acabó la prohibición de tomar sustancias! Conociendo a Jacques, él preferiría que disfrutases de tu noche —continuó, y me guiñó el ojo.

Hasta yo sabía que estaba demasiado desequilibrada como para meterme esa noche.

—Mejor me voy a cuidar de mi *novio* —dije, recalcándole la palabra a Honor.

—Te acompaño —interpuso Sue—. Seguro que estás agotada.

—¡Qué tontería! —gritó la voz de Mark desde el éter. ¿Cómo podía haberlo escuchado desde el otro lado de la sala?—. Jessica McSwain tiene fuelle para rato.

—La verdad es que no. —Me oí contestar—. Esta noche está un poco enferma.

—Ay, nooooo —soltó Linda—. Espero que no sea nada terrible y supercontagioso.

—Gracias por preocuparte… —contesté con un tono y una expresión impasibles—. Celebradlo por mí.

—¡No te preocupes, lo haremos! —Le sujetó el brazo a Mark cuando se acercó.

Sue me guio hacia la puerta con la mano apoyada en la parte baja de mi espalda.

—Buenas noches, Jessica. Y enhorabuena por una actuación de lo

más auténtica y personificada. Ahí arriba no había ni rastro de falsedad. Te has dejado la piel. —Se despidió Mark—. Me ha gustado cómo has encontrado tu poder al someterte al final.

¿De verdad lo creía? ¿Había…?

De camino a la salida, pasamos al lado de Patrick, que tenía el brazo echado por los hombros de Dearbhla y al mismo tiempo estaba rodeado por una muchedumbre de admiradoras. Sue hizo amago de dirigirse hacia él, supuse que para darle la enhorabuena. Tiré de ella para que se alejase. Fue pasando la mirada de él a mí y algo semejante a una especie de comprensión de lo ocurrido atravesó sus facciones.

—Ay, corazón —espetó. Fuera, el ambiente era húmedo y tranquilo —. ¿Quién era esa chica tan espantosa, la que parece amiga de Linda? —preguntó. De pronto, unos sentimientos poderosos y contradictorios me golpearon e hicieron que fuese incapaz de pensar o casi de mantenerme en pie—. ¿Qué pasa, Jessie? —dijo tras percatarse de que ocurría algo.

Me paré en seco y dije:

—Gracias por venir. Pero ya es hora de que vaya a buscar a mi novio. —Estaba echándola, volvía a alejarla de mí. Lo único que quería en ese momento era estar sola, sola, sola. Pero al mismo tiempo despreciaba todo cuanto era yo.

—Vale, Jessie, si estás segura —contestó en voz baja. Escuché las notas de rechazo en su voz y retrocedí. Era incapaz de lidiar con su dependencia, sin importar la forma que tomase.

—Lo estoy —respondí—. Gracias por venir. —Mi tono decía: «Aunque tampoco te lo hubiese pedido».

—Da igual lo que haya pasado ahí arriba esta noche, has estado espectacular. Y eso es algo que nadie te puede arrebatar —afirmó

mientras me abrazaba.

—¡Gracias! —exclamé a la ligera, representando de forma *espectacular* lo contrario de lo que sentía en realidad.

—Tienes un gran futuro por delante, no lo olvides.

Entonces, se dio la vuelta para marcharse y sentí unas ganas desesperadas de volver a estar entre sus brazos. La observé, vi el rechazo reflejado en la caída de sus hombros y me sorprendí de lo cruel que podía llegar a ser. ¿Me merecía lo que había ocurrido esa noche? ¿Se había materializado por mi culpa? Lo más raro de todo ese episodio tan espantoso fue que Patrick me besó y me lamió el ombligo, como si supiese lo que más dolor le causaría a Jacques. ¿Le había contado a Linda lo mucho que le gustaba a Jacques besarme el ombligo? ¿Ella se lo había dicho a Mark? ¿Y luego él se lo había dicho a Patrick…?

¿Estaba estableciendo conexiones plausibles y posibles o era cosa de mi paranoia que no dejaba de crecer? Sentí como si mi mente fuese una pantalla siseante y sibilante de televisión, sintonizada en un canal con interferencias a perpetuidad. Mi cuerpo era todo necesidad y no había manera de saciarla.

40

«Qué tetitas tan diminutas, pero son monas», dijo Mark, señalándolas; «Eres todo un camaleón», se mofó Jonathan mientras yo lloraba; «No quiero saberlo», Jacques se tapaba las orejas con las manos; «Eres una dramática, menuda dramas. No hay paz para los malvados», me canturreó Linda al oído mientras yo tenía la vista clavada en el techo, incapaz de moverme; las escenas de mi humillación pública se reproducían una y otra vez. Y la culpa. Ese gran peso que sentía en el pecho, que empujaba desde la parte trasera de mis ojos. *Jacques*. Tenía muchas ganas de despertarme a su lado esa mañana y que nos riésemos del «percance», verlo con perspectiva y llegar a un consenso sobre que, en fin, puede que sí que hubiese sido un momento poderoso, todo en pos del «arte». Quería llamar a Sue para darle las gracias, disculparme y decirle que la quería y que la apreciaba, pero era incapaz.

Al final, conseguí salir de la cama sin haber descansado nada. Me puse debajo de la ducha, dejé que se enfriase y me quedé ahí temblando y con la piel de gallina hasta que alguien aporreó la puerta y me recordó dónde estaba. Me había venido al baño sin toalla, así que me sacudí para secarme y después me puse la ropa empapada de sudor de la noche anterior. En la cocina, me zampé los cereales rancios de otra persona a puñados de un paquete de Rice Krispies.

No tenía ni la más remota idea de qué hora era, así que salí al cielo gris primaveral y se lo pregunté a la primera persona con la que me crucé, una pija que estaba recorriendo los adoquines mojados y resbaladizos con cuidado, subida a unos tacones y del brazo de un chico para no tambalearse.

—Son las dos y cuarto —anunció la chica tras echarle un vistazo a

su Swatch gigantesco de color rosa. Se suponía que Mark iba a celebrar una sesión para darnos algunas puntualizaciones a las cuatro. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer?—. Enhorabuena, anoche estuviste fenomenal —dijo la chica incongruentemente glamurosa.

—Fue lo mejor que he visto en mi vida. Ese tío y tú estuvisteis impresionantes —afirmó el tío, que tenía pintas de deportista y llevaba el pelo engominado. Fue a chocarme los cinco y yo trastabillé cuando creí que iba a pegarme. Los dos me miraron como si fuese pedo o estuviese drogada, con esa mirada que decía: «Vale, sí, eres una de esas artistas tan guais, pero ¿en serio? ¿A estas horas?»—. ¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Estoy bien —contesté. Estoy bastante hecha polvo, insegura, erótica, no, eso no, emocional, sí, eso es, emocional y neurótica.

—Mucha mierda esta noche —me deseó la chica—. Iremos a verte en alguna función más. Se lo he contado a todo el mundo… Es la hostia. Tú eres la *hostia*. —Soy la hostia, sí, eres la hostia, soy la hostia. Méteme una hostia.

—Gracias —conseguí decir, o eso creo.

Mis pies me hicieron vagar por el campus, atravesé las canchas, el patio trasero, hasta estar de pie bajo el roble. *¿Qué hago, Gran Sabia*? No recibí ninguna indicación desde las alturas, ni siquiera la suave caída de una hoja, pero entonces la voz de Sue flotó en el aire: «Vas a seguir siendo la persona tan maravillosa que eres y no vas a dejar que te pisoteen». No voy a dejar que me pisoteen. Le choqué los cinco al aire. Y así fue como decidí asistir a la sesión de comentarios con el estómago vacío.

Cuando llegué al Atrium, sonaba música clásica, y el olor a incienso y a velas encendidas proyectaba una atmósfera sosegada y ambiental. Ciaran y Bill ya estaban allí, enfrascados en una conversación con Mark. Dearbhla y Patrick todavía no habían

llegado. Exhalé. Los demás levantaron la vista.

—Anoche hiciste un trabajo precioso, Jessica. Inspirador —comentó Bill. Ugh, tú también no, Bill, quise contestar, pero de mi boca no salió nada.

—¿Qué tal está Jacques? —preguntó Mark, parecía preocupado de verdad.

—Fenomenal, solo ha pillado una gripe.

—Espero que tú estés en plena forma. —Me recorrió el cuerpo con la mirada y se fijó en mi pelo encrespado recogido en una coleta y en la cara lavada.

Justo entonces, entraron Patrick y Dearbhla; su lenguaje corporal sugería que la noche anterior habían sido obscenamente cercanos. Adiós a la solidaridad femenina.

La sesión de «apuntes» consistió en su mayoría en Mark dándonos la enhorabuena, con algún «cuidado con el marcaje en ese momento» esporádico a Ciaran o un «esa frase no la has dicho justo cuando tocaba» a Dearbhla. Se limitó a decirme: «Cautivadora».

No te dejes pisotear. Cuando intenté expresar cómo me sentía y decir que no había dado mi consentimiento para esa escena, los demás se apresuraron a decirme lo inspirador que fue aquel momento. Lo definieron como electrizante. Un momento mágico espontáneo. Patrick bajó la vista al suelo, tenía las puntas de las orejas como un tomate. Quería decir que había sido premeditado, que fue una emboscada. Pero el consenso de Bill y el resto del reparto fue que teníamos que subir la apuesta y dejar espacio a esos momentos de improvisación de puro impulso sin filtrar. Mark intervino para negarse, creía que no sería una buena idea. El resto de la obra era perfecta, tal y como la había imaginado. La única escena donde esa clase de fluidez estaba permitida era la de Jessica y Patrick.

—Jessica, te paso el testigo para que hagas lo que te salga en ese momento.

Como si fuese a chupársela al tío o algo.



Esa noche, después de la función, Jacques volvió muy tarde a mi habitación. Sentí un alivio tan grande que casi me engulló por completo. Yo ya me había acostado y estaba haciendo mi práctica de respirar hondo. Se sentó al borde del colchón con una expresión dolida y de angustia. Su cuerpo era todo ángulos duros. No me tocó.

—No tenía ni idea de que eso iba a pasar —dije. Estaba llorando. Eran lágrimas de verdad.

—Si eso es cierto, entonces es espantoso —contestó, mirándome de soslayo—. Lo mires por donde lo mires, es espantoso, da igual si accediste o no.

—¡No, Jacques! —grité—. Lo que es realmente *espantoso* es que tu novia no supiese lo que iba a pasar, que la pillasen por sorpresa en el escenario y le hiciesen sentirse como una puta.

—En realidad, las actrices son putas venidas a más, ¿no? —Un dolor punzante me atravesó y me doblé. Tosió, exhaló en voz alta y susurró con voz ronca—: Lo siento, nena. Eso ha sido imperdonable, no sé qué me ha pasado.

Yo sí. Era el monstruo de ojos verdes. Una parte de mí se tranquilizó.

—Dime que al menos me crees, por favor.

—¿Mark no te avisó de que habría algo de improvisación?

—No.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Devolvérsela a ese cabrón en el escenario.

—Hazle daño —espetó.

—Sí.

Nuestra sed de venganza nos unió. Yo ya había comenzado mi campaña. Aquella noche, durante toda la representación, aproveché cualquier oportunidad para pellizcarle los brazos y cualquier parte del torso que pude a Patrick. Mis dedos eran tenazas con vida propia dejando huella. En la última escena, en la que «nos acostábamos», le agarré el pelo y le arranqué un mechón con la mano. Soltó un grito. También le di un mordisco en el cuello y fingí que lo estaba besando apasionadamente. Todo era muy «sensual». Entonces, intentó bajarme el sujetador y yo me lo subí de golpe. Luego trató de subírmelo más para así destaparme las tetas, pero yo me lo bajé, y así se repitió la pantomima tres veces más hasta que captó el mensaje: esta noche no iba a pasar. Cuando me dio la vuelta para ponerme frente a él, estaba preparada, lo empujé con tanta fuerza que trastabilló. Me senté a horcajadas sobre él en el suelo de cemento. Recé para que los próximos días estuviese cubierto de moratones.

—Jessica tiene voluntad, Jessica es libre —le susurré delante de la cara. Eso es lo que había querido Mark desde el principio: esa espontaneidad, ese peligro, ese límite.

—Mi amor —le dije a Jacques al volver al presente con mi novio en mi habitación. Lo miré a los ojos con intensidad. *Tienes unos ojos afables, como los de un labrador*—. Sabes que te quiero a ti y solo a ti, y que nunca haría nada para hacerte daño.

—Siento no haber estado ahí para ti, Jessie… A veces me decepciono conmigo mismo. —Parecía destrozado.

—A mí nunca podrías decepcionarme —contesté, y extendí los

brazos hacia él. Jacques se acercó y se acurrucó en mi pecho como un bebé. Lo mecí con intensidad.

—El corazón te va a toda velocidad —comentó.

Mark no iba a destruir esto. No se lo permitiría.



La obra siguió durante dos semanas interminables, cada noche una lucha por el control entre Patrick y yo. Deberíamos haber aunado fuerzas para derrotar a nuestro enemigo común (el director déspota), hacer las paces y recobrar la confianza, pero me habían humillado tanto la noche del estreno que era incapaz de tratar con Patrick. No podía mirarle directamente, ni fuera ni sobre el escenario; en vez de eso, clavaba la vista en la parte derecha de su nariz y, por consiguiente, se me nublaba la vista. Sabía que eso le descolocaba y hacía que su actuación fuese menos segura, más errática. Sin embargo, seguía ganando. Un crítico del periódico nacional asistió a la función y escribió que el *tour de force* de Mark Whitman tenía que trasladarse a un recinto profesional y que Patrick DeLoitte y Jessica McSwain eran estrellas en ciernes. Su química era electrizante, pura, sincera. Auténtica.

No hubo más sesiones para recibir apuntes con Mark. Había desatado las hordas. Y ahora podía relajarse y observar cómo se desarrollaban los anárquicos frutos de su trastornante hechicería mental.



La noche del último viernes (nuestra penúltima actuación), cuando estábamos en el bar después de la función, Linda se puso a ofrecer unas invitaciones recubiertas de purpurina y escritas con fluorescente que rezaban: «¡Trae ese culo al *after* DEFINITIVO!», a todo el reparto. A todo el reparto, menos a mí.

—Sé lo que le has estado haciendo a Patrick ahí arriba, lo he visto —afirmó Linda.

—¿Lindy…? ¿Es que no sabes lo que hizo él la noche del estreno? —Soné desesperada. Había intentado contarle lo que pasó, pero nunca parecía conseguir tiempo para que estuviésemos a solas; siempre estaba rodeada de Honor y su pandilla.

—Venga ya —contestó ella—. Mark me dijo que todo fue idea tuya.

Virtuoso, maestro.

—No pasa nada —logré decir—. Ya nos veremos por ahí. —Di media vuelta para marcharme.

Puse en práctica una de las tácticas de Mark: «Sinceramente, querida, me importa una mierda».

En vez de sucumbir a esa estratagema y reaccionar con dependencia, pronunció con voz alta y clara:

—No pienso seguir formando parte de tu conducta violenta.

Conducta violenta. ¿Solo por darle unos pellizquitos como respuesta a que él hubiese traicionado mi confianza por completo? No lo creo. Me giré para mirarla. Me abrasó con la mirada. ¿De dónde habían venido esos impulsos de juventud? Mi necesidad de dejarle marca. Me dieron ganas de destaparle las muñecas y preguntarle si seguía haciéndose daño a sí misma o si le pedía a su novio que se lo hiciese, y cuánto lo deseaba. Pero no era el momento.

—Siento que pienses así —contesté tras sonreír y armarme de valor. Y esta vez pude alejarme con la cabeza bien alta.

Me estaba convirtiendo en toda una actriz, una resaca de emociones dio vueltas como un remolino bajo mis palabras.

La última noche transcurrió como en un sueño. Me convertí en una versión de mí misma que jamás me había imaginado, actué con valentía e intransigencia, fui la viva imagen de *La vengadora*. Me aseguré de que a Patrick se le quedasen marcas que lo atestiguasen por todo el cuerpo durante semanas.

A pesar de la angustia por haberme excluido de la fiesta, decidí pasarme por el bar después de la función para ver cómo reaccionaría el resto del reparto cuando se enterase de que no estaba invitada. Jacques no estaba allí. No quería volver a verme saltando y bailando por el escenario en ropa interior nunca más. Le supliqué que viniese a ver todo el control que le había arrebatado a Patrick, pero no le interesó.

—Te creo, Jessie. Pero no puedo volver a ver esa obra. No me obligues a hacerlo, por favor.

Jonathan estaba allí con Phil. Aquella noche, me confesó que había visto la obra cuatro veces. Me sorprendió. No se había acercado a mí después. No me había felicitado por mis elecciones artísticas, ni había desgranado los entresijos de mi actuación como habría hecho normalmente. Y tampoco habíamos quedado durante el día para charlar o tomar un café. Me sorprendió lo mucho que lo echaba de menos.

—Sin duda, el talento de Mark entra en el ámbito de la genialidad —declaró Phil como si supiese de lo que estaba hablando.

—Él no sería nada sin sus actores —contesté.

—¿Y los actores no son meros peones en la visión del director? —prosiguió tras saludar y lanzarle un beso a alguien al otro lado de la sala. *Honor*. Pues claro.

—Los buenos actores son capaces tanto de generar como de

interpretar —respondió Jonathan.

—Supongo —contestó Phil como si no pudiese interesarle menos.

—En fin, aunque yo pensaba que quien se encargaba de la visión artística era el guionista —continuó Jonathan.

—Y Mark es ambas cosas —dije—. Es el creador definitivo —dije con sorna, pero nadie se percató.

Mark se puso en pie, levantó una copa que lo más seguro es que contuviese agua, y le dio unos golpecitos en un lateral con una cuchara.

—Escuchad, escuchad —anunció con una voz shakespeariana falsa —. Acercaos, amigos míos y sigamos regocijándonos esta noche… — Todo el mundo se levantó y empezó a recoger las cosas, la expectativa estaba en el ambiente. Las invitaciones indicaban un «local secreto», que resultó ser nada más y nada menos que el piso de Mark, donde había tenido mi «encuentro privado» con él (los días siguientes escuché historias).

—No estoy invitada —le dije a Bill en cuanto se levantó para seguir a Mark y a Linda.

—Pues claro que sí, guapa —contestó él mientras se ponía el abrigo—. No seas boba. Todos lo estamos… —Le dio el brazo a otros miembros del reparto: Patrick, Dearbhla y Ciaran, y se marcharon abrazándose y riéndose sin mirar atrás.

Me rezagué, sentía curiosidad por saber si alguien me esperaba. Jonathan fue el siguiente en marcharse con Phil y Honor (que llevaba unos pantalones cortos sexis y un abrigo de piel) sin comprobar qué tal estaba, me dolió a rabiar. Apuré la copa de *prosecco* y me apoyé en la barra. Intenté convencerme de que me daba igual, que me iría a casa con mi chico guapísimo que me adoraba y este episodio tan humillante terminaría. Adiós, Patrick; adiós, Mark. Podía hacerlo,

podía hacer un corte limpio. Sería la mejor novia, hijastra y mejor amiga. Haría que Linda viese la perfidia de ese hombre. También volvería a poner a Jonathan de mi parte y así podríamos estar los cuatro juntos de nuevo. Tampoco es como si esas imaginaciones convenientes me emocionasen mucho, sin importar si me las creía o no.

—¿Jessica? —preguntó la voz de Mark desde el umbral. El resto del bar estaba vacío—. ¿Vienes? ¿Y Jacques?

—No estoy invitada —respondí, y se me llenaron los ojos de lágrimas estúpidas.

—No seas boba —contestó. Segunda vez que me lo repetían aquella noche. *Qué chica tan boba*—. Tienes que poner en tela de juicio esa lente de rechazo con la que ves el mundo.

Debería haberme hecho gracia, pero en vez de eso se me escapó:

—Linda me dijo que no estaba invitada.

—Ah, ¿sí? —Se le levantó una de las comisuras—. Ya hablaré con ella más tarde… Y ahora, venga, no puede haber *after* sin nuestra estrella. —Estaba tan agradecida que las lágrimas me traicionaron—. Ay, Jessica, cuánto te duele que te excluyan… —Parecía un cura, o un psiquiatra. Se agachó y me secó las lágrimas de las mejillas con el pulgar—. Ve a casa, busca al guapo de tu chico y venid a la fiesta. Habrá chuches…

Fue ese tono de cariño falso, patriarcal y horripilante de secuestrador de críos el que por fin me devolvió a la fría realidad. Pero ¿qué estaba haciendo? Era evidente que todo eso formaba parte del plan. «Negar para luego ofrecer, y así se convertirá en arcilla entre tus manos». Linda se había limitado a seguir sus instrucciones: «No la invites»; igual que cuando no quiso darme drogas en la última fiesta: «No le des… bastante fuera de control está ya su ego». Podía imaginarme cómo esas palabras salían de su boca y las

plantaba en la de Linda, y a ella poniendo una resistencia casi nula para defenderme. El desequilibrio de poder de nuestra historia se lo estaba poniendo en bandeja.

Inspiré hondo, me mantuve en mis trece, le di las gracias y le dije que Jacques había reservado en un sitio muy especial para que cenásemos a solas.

—Menuda joya de novio —dijo. Se quitó las gafas de la cabeza, les echó el aliento y limpió las lentes con la camiseta—. Si después os dan ganas de venir, pasaos. Hay de sobra para esta noche.

—Gracias, nos lo pensaremos. —Quién iba a decir que podría mostrar tanto control.

Se dio la vuelta para marcharse y giró las gafas en la mano.

—Tenerte en el equipo es genial, Jessica… Tuve razón al apostar por ti —espetó de forma casual por encima del hombro.

—¿Fui el blanco de tu broma del uno de abril, durante la noche del estreno? —pregunté a su espalda sin poder evitarlo.

—Sabes que no arriesgaría mi integridad artística por algo tan pueril. —Se dio la vuelta para mirarme.

—Aunque dejar muda a tu protagonista en el acto final fue arriesgado.

—Tu sorpresa y placer no tuvieron nada de mudos. Estabas preciosa con esa vulnerabilidad.

—Se supone que tu heroína no tenía que ser vulnerable.

—¿Quién lo dice? La vulnerabilidad es muy poderosa, al igual que la rabia. Y tú expresaste ambas.

—Albergar la paradoja —respondí.

Se colocó las gafas en lo alto de la cabeza y luego me sostuvo la mirada con esos ojos desnudos y abrasadores durante demasiado rato antes de hacerme una reverencia e irse.



Jacques me estaba esperando en mi cuarto.

—Te estarás muriendo de hambre, nena.

Fue incapaz de preguntarme por la obra. Me llevó hasta la cocina, donde, como era de esperar, tenía lista una comida deliciosa; el aire olía mucho a ajo y a chili acompañados de un vino tinto del color de las ciruelas hervidas.

—¿Por qué nunca salimos? —Lo saludé de mala gana, y en ese momento me odié.

—Ya se ha acabado, Jessica —respondió con calma tras observarme y no reaccionar—. No hace falta que sigas comportándote como una desabrida y una…

—Zorra —terminé—. Una desabrida y una zorra. —Le clavé la vista.

—Lo siento. — Se acercó y me abrazó—. Me siento responsable por haberte aconsejado que participases en la obra.

En cierto modo, era cuqui que se pensase que tenía tanto poder sobre mí. Recordé el día en el que las moiras y las furias me habían advertido al asestarme un golpe en la cabeza con la rama caída, pero yo hice caso omiso. Ni de coña iba a dejar escapar la posibilidad de un papel así, la posibilidad de estar en una sala con ese *genio*, la posibilidad de tanto drama y la promesa de perversión.

—Había una fiesta después de la obra a la que no me han invitado —confesé.

—Joder —contestó él, dándome la espalda mientras llenaba los platos de humeante *ratatouille*. Cuando volvió a la mesa, se agachó y me besó—. Puede que sea lo mejor.

—Pues sí. Ahora estamos los dos aquí, a solas. No existe otro sitio donde quiera estar —mentí, o al menos retorcí la verdad para ser amable. ¿Por qué no podía soltarle ese tipo de mentiras piadosas a Sue cuando necesitaba escucharlas desesperadamente?

Jacques y yo comimos y bebimos con ganas, nos hartamos de reír y nos besamos, y me di cuenta de lo tranquilo que se quedó de que ya no estuviese «retozando» en público en ropa interior.

—Soy toda tuya —le dije mientras lo besaba, besaba y besaba.

—Mía, mía, mía —contestó él, embriagado de posesividad. Me dio la mano y me llevó de vuelta a mi cuarto.

Me desnudó con avidez y me lamió entera. Me dejé llevar mientras gozábamos de nuestros cuerpos. Estaba decidida a tener y a provocar unos orgasmos alucinantes. No hizo falta actuar. Pero, en el proceso, escuché un susurro persistente en lo más recóndito de mi mente: *te lo estás perdiendo, te lo estás perdiendo, te lo estás perdiendo*. Después de que Jacques se quedase dormido en un abrir y cerrar de ojos, me torturé pensando en imágenes de mis amigos en la fiesta en un intenso estado de éxtasis, «una realidad mejorada» que iba más allá de toda experiencia conocida, más allá de cualquier cosa que pudiésemos generar Jacques y yo juntos.

Y lo peor de mis fantasías es que ni siquiera nadie se daba cuenta de que faltaba.

41

Decido que ahora es tan buen momento como cualquier otro para lidiar con este sentimiento que aún me atormenta: el de que no soy bien recibida, que nadie me quiere y que nadie me echa de menos. Sin duda, ese fue mi mayor pecado cuando llegó el acto final. Mark sabía perfectamente cómo aprovecharse de la herida que me había causado el abandono; sabía hasta qué extremos llegaría para aplacar el profundo dolor de que me excluyeran. Así que, después de un parón de seis semanas de la terapia, vuelvo.

Me doy cuenta de que la doctora Collins nunca me pregunta por qué, ni tampoco dónde he estado. Se limita a sonreír y a aceptar que estoy aquí. Podía haber aprendido algunas cosas de ella para aplicarlas en mis relaciones. Mi patrón de sermonear siguió en mi matrimonio: pero por qué, por qué, por qué has hecho eso, por qué has mirado hacia allí, por qué has dicho eso.

Tras intercambiar los saludos de rigor y ponernos al día brevemente, la doctora Collins se inclina hacia adelante y adopta su postura de anticipación habitual.

—¿Qué tal llevas la escritura?

Le hice una actualización rápida de lo que había pasado en Wilde desde la última vez que estuve aquí, cuando hablamos sobre mi encuentro sexual (¿no?) consentido con Mark y la culpa posterior que ella había tratado de deconstruir: la fiesta de cumpleaños, el despertar sexual de Jonathan, los ensayos, la traición de la noche del estreno, la venganza de después en el escenario y el distanciamiento de mis amigos, donde me he quedado viviendo en la página.

—¿Lo echas de menos? —pregunta la doctora Collins—. Me refiero a actuar. No me había percatado de que es una parte muy

importante de quien eres. Hasta ahora, no habías hablado mucho del tema.

—No llegué a convertirme en la estrella en ciernes que se suponía que estaba destinada a ser.

—¿Se te hizo duro?

—Para cuando conocí a mi marido me había rebajado a hacer papeles menores en telenovelas y algún anuncio esporádico. Dejarlo fue un alivio.

—¿Y ahora? ¿Te gustaría reconectar con esa parte de tu vida?

—Ya no. El único lugar donde tengo cabida es la página.

—¿Te importaría explayarte, Jessica?

—Escribir me está gustando mucho. Me encantan la autonomía y el poder que transmite. Siento como si Mark me hubiese desafiado al escribir esa obra. *Ahí tienes otro reto, Jessica McSwain.* —Se acerca aún más y su silencio me anima a seguir—. Siento como si esperase algo de mí, una réplica.

—¿Qué piensas hacer?

—Una novela —contesto, y se me quiebra la voz—. Creo que estoy escribiendo una novela. —Se queda en silencio, pero intuyo que por el interés que muestra en mi «historia», voy bien encaminada—. Quiero que sepa que fui yo quien la escribió. —Me sorprendo.

—¿No vas a usar un pseudónimo? —Niego con la cabeza—. Esa es una opción empoderante. —Me imagino a Linda, a Jacques, a Jonathan y a Sue leyéndola y se me hace un nudo en la garganta—. ¿Has decidido ya cómo termina?

Me acerco a la ventana y apoyo la frente contra el cristal frío. *¿Fue*

culpa de Jessica o no? Presiono la nariz con fuerza contra el cristal. Me vuelvo hacia ella.

—¿Quieres saber lo que ocurrió después, en orden? Sé lo que pone en el siguiente capítulo.

—Me imagino que hubo más distanciamiento, que sembró más la discordia y que desató celos sexuales.

—Se te da bien.

—El comportamiento de Mark se parece al de un padre alcohólico: hacer que los niños se vuelvan uno en contra del otro… ¿Mencionaste que el suyo lo era?

—Sí, pobrecillo. —Era la primera vez que había hablado de Mark con algo parecido a la compasión.

—Es posible que se convirtiese en un narcisista como consecuencia del daño.

—*¿Es posible?* —Me mofo—. Aunque eso no hizo mella en sus ambiciones ni su ego.

—Era una versión falsa que había construido sobre sí mismo —reflexiona—. Supongo que si se enfrentasen a él de verdad, se derrumbaría.

Pienso en cómo habían acallado los rumores en redes sociales.

—Lo dudo mucho.

Estoy a punto de decir que no me creo ese concepto del «tú auténtico». Para estar tan obsesionado con la *verdad*, Mark era y sigue siendo un mentiroso.

Le echo el aliento a la ventana, me bajo la manga y limpio el vaho. Cierta claridad sale a la luz en el reflejo, algo auténtico.

Mi propio reflejo muestra un alivio sorprendente.

42

Llegó abril y los cerezos florecieron en un suave tono de malvavisco rosa, pero mi humor era bastante gris. «Es mejor perderse por la pasión que perder la pasión». Podía escuchar la voz de Mark en mi cabeza citando a Kierkegaard. Había perdido la pasión y me sentía abandonada.

La advertencia de *monsieur* Tortue se había vuelto más real ahora que la emoción y la distracción de actuar habían desaparecido. No había venido, como tampoco el resto del Departamento de Francés, así que no podía hacerme ilusiones de que fuesen a aprobarme solo por mis grandes dotes artísticas. Tuve que volver a hincar codos, pero esa perspectiva no me transmitió mucho *chachibrilli* (ay, Linda). Los días después de que terminase la obra, no vi a mi mejor amiga, ni a Jonathan ni a Mark ni al resto del reparto. Fue un vacío terrible: el inevitable bajón de cuando acaba una obra, más intenso por echar de menos a mis amigos. ¿Tan superficiales, tan frágiles, eran esos vínculos simplemente por la edad y la tentación del sexo, las drogas y todo lo que traían consigo? ¿Su mera promesa bastaba para cortar lazos?

Era la tristeza personificada. Echaba de menos sentir que tenía hermanos, amigos, admiradores, una familia; echaba de menos el subidón de estar en el escenario, el latigazo de los aplausos; echaba de menos hacer daño a mi coprotagonista y el sentimiento de justicia retributiva que me transmitían mis dedos pellizcantes. A los dieciocho, casi diecinueve, sentí como si hubiese dejado atrás mi mejor época. Se acabó satisfacer esas «tendencias violentas», se acabó ser el centro de todo, se acabó que mis «amigos» antiguos y nuevos me adorasen. Ni siquiera el sexo con Jacques podía paliar el anhelo, el dolor físico de privarme de todo ese drama irresistible.

—Antes he visto a Linda —comentó Jacques mientras íbamos de

camino a comer; había un cielo inusualmente azul sobre nosotros, los pájaros cantaban y soplaba una brisa agradable. Debería haber sentido un ánimo primaveral.

—Anda, ¿y qué tal está? —intenté preguntar de forma despreocupada, aunque llevaba sin verla desde hacía más de dos semanas, más tiempo del que habíamos pasado separadas desde que nos conocimos.

—Está genial.

—¿A qué te refieres? —Me despertó la curiosidad, me imaginé una transformación radical en su forma de vestir, peinado y talla.

—Simplemente parece estar a gusto consigo misma, feliz y sin preocupaciones.

Pensé en cómo había observado los mismos cambios en Jonathan la última vez que lo vi.

—¿Ha dicho algo de mí?

—Pues claro —contestó, y se le quebró la voz. Jacques no solía mentir.

—¿Estaba con Honor? —No respondió, en vez de eso, saludó a un tío que no conocía al otro lado del patio interior—. ¿Y ese quién es? —pregunté.

—Spencer —respondió él.

Me quedé helada.

—¿De qué lo conoces?

—Todo el mundo lo conoce —se burló—. Quiero decir, que no lo conozco *a fondo*, solo de vista.

—¿Has visto a Mark últimamente? —pregunté para tratar de contenerme.

—Me lo he cruzado por ahí.

—¿Y Jonathan?

—Lo mismo. —Se bajó las mangas del jersey y se tapó las muñecas.

—Me pregunto por qué no me los estaré cruzando yo…

—Bueno, ¡igual es porque no quieren verte! —Empezó a hacerme cosquillas.

Me puse hecha una furia. Estaba fuera de mí, tanto como lo había estado cuando sostuve el bate de béisbol a oscuras con Mark. Me rugió la sangre en las sienes, en los dedos, en todas las extremidades. Di rienda suelta a unos retazos de destrucción:

—En realidad, te importo una puta mierda, como a todos. Solo me estáis utilizando, a todo el mundo le da igual. Eres el más puñetero farsante… —Jacques se encogió, después se irguió y se alzó imponente sobre mí, como si fuese un personaje que se hubiese caído por la misma madriguera que yo. Mi rabia era tan potente como un sorbo de veneno.

Mark sabía lo que hacía en los ensayos cuando me puso en contacto con el poder de mi enfado. Un grifo averiado nunca puede cerrarse del todo.

—Pues claro que me importa. —La voz temblorosa de Jacques me sacó de mi trance. Parecía dolido, plegado sobre sí mismo. Esto era mucho peor que cualquier palabra dura que pudiese haberme dicho.

Respiré hondo, planté los pies en el suelo y me las apañé para poner un tono razonable:

—Lo siento muchísimo, ha sido horrible.

—¿Por qué iba a utilizarte?

—No hagas caso de esas palabras —contesté—. Has escuchado la expresión: ¿un momento de locura?

—¡Pues menudo momento! —exclamó, y suspiró aliviado. Trató de sonreír. Puede que al final consigamos sobrevivir a esto.

—Me sentía excluida —susurré—. Como si no me quisieran. —Sonaba tan patética.

En vez de alejarse con asco, se acercó y me abrazó.

—Te quiero por ser tal y como eres. Simplemente no quiero volver a verte en el escenario en ropa interior. —Se las ingenió para soltar una risa tensa.

No estaba siguiendo el guion previsto. Había representado el papel que Mark me había incitado a asumir. Pero nadie habría predicho la respuesta de Jacques. Mi hombre era una caja de sorpresas, su amabilidad no conocía límites. Puede que lográsemos frustrar al *auteur*. Sus creaciones habían salido del camino.

43

Una noche de llovizna (el tiempo despejado no duró mucho), mientras recorría la plaza principal un par de días después de mi casi ruptura con Jacques, me pareció divisar a Jonathan y a Mark a lo lejos. Acababa de salir de mi último seminario de la semana sobre *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir. En mi cabeza resonaba: «No se nace mujer, se llega a serlo», gracias a los hombres (no era del todo cierto, pero servía a mis fines). A medida que me fui acercando a los chicos, vi que había acertado. Iban paseando muy cerca, parecían a gusto y andaban al compás.

—¡Anda, hola! —saludó Mark cuando estuvieron cerca.

—¡Hola, hola! —le dije a Jonathan con una voz aguda y demasiado animada. Intenté reprimir lo mucho que me alegraba de ver a mi amigo, pero fracasé—. ¿Adónde vais?

—Hola —saludó Jonathan con ternura, sin ser consciente de lo destrozada que me había dejado su distanciamiento repentino—. He quedado con Phil en el Stag's Hunt dentro de poco.

—¡Guay! ¿Puedo ir? —Me miraron como si fuese un monito gracioso del zoo.

—Creo que a Phil no le haría gracia si me presentase contigo —contestó Jonathan sin darle importancia.

Se me contrajeron las costillas y sentí que no podía respirar. Fue una reacción intensa y desproporcionada a un desaire de prácticamente un desconocido, y, para colmo, de uno que ni siquiera me caía bien.

—No te preocupes, ya nos veremos en otra ocasión —contesté tras

cambiar de expresión y esbozar una sonrisa tensa.

—¡Fijo! —exclamó él sin pensar. Justifiqué esa falta de tacto diciéndome que solo estaba borracho de amor y que no me lo tomase a pecho. Parecía como si no dejase de recordarme que no tenía que «tomarme las cosas a pecho». Punto—. Nos vemos el jueves, si no antes —le dijo a Mark con un tono indiscutible de *amistad*. No había nada oculto. Ni un ápice de la ironía o el humor habituales para guardar distancias. ¿Cómo había permitido Jonathan que le arrebatasen sus mejores instintos? (Mira quién fue a hablar).

Jueves. ¿Qué pasaría el jueves?

Nos lanzó un beso en el aire a los dos, un gesto nuevo que no le pegaba nada, y dio media vuelta para marcharse.

Mark y yo nos miramos, y me quedé pasmada por la belleza de sus ojos, por el poder que contenían. Quería seguir así siempre, clavada en su mirada penetrante; ni siquiera podía fingir lo contrario.

—¿Jessica, qué tal estamos? —preguntó.

Estamos bien, bien, B.I.E.N.

—Genial, gracias —respondí con alegría, consciente de no pronunciar esa palabra.

—¿Te apetece que vayamos al Dungeon a tomar algo y nos ponemos al día? Ha pasado un tiempo —dijo con una voz cargada de tentación tras esbozar una sonrisa burlona.

Ojalá pudiese decir que no pasó, pero lo seguí como un dócil corderito. Cuando echamos a andar, yo un paso por detrás, mis sentimientos fueron pasando de la repulsión, a la atracción y a la emoción como nunca. Estaba *viva*.

—¿Qué tal os trata la vida a ti y a tu *amour*? —preguntó Mark por

encima del hombro.

—*Nous sommes merveilleux!*

—¿De verdad? La última vez que estuvimos juntos no parecíais *merveilleux* —comentó mientras alargaba la mano hacia la puerta del Dungeon. *No te pongas a su altura*. Me la sujetó, yo seguía un paso por detrás—. ¿Quieres algo de beber?

—¿Por qué no? —contesté—. Una Carlsberg —dije sin saber muy bien por qué. Nunca la había probado.

—Eso hará que te pongas como una foca —espetó por encima del hombro cuando se dirigió hacia la barra.

—Estaré allí. —Me estremecí para mis adentros mientras señalaba uno de los reservados.

—Buena elección, así tendremos más privacidad —respondió.

Sentí ese pinchazo en la pelvis. Menuda estúpida.

Volvió con una birra para mí y un vaso de agua con gas para él.

—Bueno —empezó, y se inclinó hacia delante para observarme.

—Bueno —jadeé.

—Ya tocaba ponerse al día. —Casi se me escapó un «te echo de menos», pero en vez de eso, esbocé una sonrisa deslumbrante con la esperanza de que se me marcase ese hoyuelo tan delicioso—. ¿Estás un poco decaída después de que haya terminado la obra? —Tan sorprendentemente astuto como de costumbre.

—Sí —contesté, y me arrepentí nada más decirlo. Quería dármelas de «me va fenomenal sin vosotros». *Venga, Jessica, actúa, sé la estrella que eres en realidad.*

—Estoy seguro de que no tardarás en volver a salir a escena. Naciste para estar ahí arriba. —Era justo lo que deseaba que dijera.

Estuve a punto de sacar el tema de la noche del estreno, de la traición, de convencerme de que había sido Patrick quien tuvo la idea del «giro», pero paré justo a tiempo al centrarme en la comisura levantada en un lateral de esa boca tensa y de una forma perfecta.

—He decidido no actuar en más obras este año. Tengo que volver a centrarme en mis estudios. —Hice lo posible por parecer *adulta*, aunque no fuese más que un intento. Al fin y al cabo, Sue era mi ejemplo.

—Por cómo le has hablado a Jonathan, es evidente que echas de menos a tus amigos. —Tenía una habilidad para verme de verdad, para saber lo que escondía…, para darse cuenta de todo cuanto *añoraba*—. ¿Un palito cancerígeno? —preguntó mientras me ofrecía un cigarro de un paquete rojo de Marlboro.

—Creía que no fumabas.

—Y no lo hago —contestó, agitando el paquete delante de mi cara.

Pillé uno y él se sacó un mechero y me lo ofreció. Le di una buena calada. Ni siquiera me gustaba fumar.

—¿Qué tal está Linda? —me atreví a preguntar entre el humo.

—¿Es que todavía no os habéis visto? —dijo a la vez que sacudía la mano delante de su cara para disipar el humo, parecía muy interesado en mi reacción.

—Sabes que no —respondí, y di un trago a la cerveza tibia que parecía pis. Tosí.

—De maravilla. Está desplegando las alas, ampliando sus horizontes y su grupo de amigos —comentó, observándome con

detenimiento.

Quería mandarlo a paseo, pero seguía tosiendo. Di un trago tras otro sin saborear la cerveza, lo único que quería era acabar con ese picor de la garganta y sofocar el enfado.

—Lo que más le conviene ahora mismo es mantenerse alejada de la gente de su pasado. —Apagué el cigarrillo y me puse a toquetear el posavasos que tenía delante—. Un gesto coreográfico estupendo para que una actriz exprese una inquietud silenciosa —dijo mientras me observaba con frialdad.

Me cabreé. *¿Qué te parece este silencio?*

—¿De dónde salen las marcas que lleva en las muñecas? —Lo miré, y mi voz restalló y siseó. Tenía que mantener mejor la compostura.

—Los cambios son difíciles, tienen que ser progresivos… —reflexionó para sí. Se quedó impasible—. Necesita cierto grado de dolor para sentirse ella misma.

Me mordí la lengua y seguí con la coreografía de los posavasos, arranqué unos pedazos y formé unas bolitas diminutas con ellos con el índice y el pulgar.

—Espero que esté bien —conseguí decir—. Creo que esas drogas no son buenas para ella.

Se quedó mirándome sin decir nada durante un instante, después, apoyó la mano sobre la mía para que parase de destrozar los posavasos. Le dejé. Sentí cómo me hormigueaba.

—Y, aun así, tú te mueres de ganas por probarlas —respondió.

—Estoy hecha de otra pasta. Linda es frágil.

—Pero eso no te impidió hacerle daño cuando erais pequeñas, ¿verdad? —Se burló. Aparté la mano, sentí como si me hubiese pellizcado la piel con saña.

—No hice más que quererla —contesté con voz temblorosa—. Sue y yo cuidamos de ella. Fuimos su familia cuando no tenía a la suya. —Me levanté y traté de recuperar un poco de poder.

—Te has inventado una historia de lo más interesante —dijo—. Supongo que, si lo miras de cierta forma, contiene algo de verdad. Pero no estoy seguro de que estés captando la visión de conjunto…

—No puedes justificar lo que le estás haciendo tú ahora echándome las culpas o aludiendo a una «visión de conjunto».

—¿Qué le estoy haciendo exactamente? —preguntó tras recostarse en el asiento y respirar despacio.

—La estás controlando —contesté, a sabiendas de que no era la mejor respuesta. Demasiado predecible.

—¿De veras? —Pareció meditar sobre mis palabras y bajó la vista hacia sus palmas ahuecadas, como si estuviese pesándolas en las manos. Después, las cerró y las colocó en una posición parecida a la de rezar—. Creo que sabes que Linda está evolucionando, que se está liberando de las cadenas de su doloroso pasado. Solo que te niegas a admitirlo, ya que tú formas parte de él.

—¡Yo era la parte buena! —solté—. Sue y yo.

—Te dejaré que le des una vuelta —dijo mientras se levantaba. No, ni de coña iba a ser el primero en largarse, y menos así—. Y Jessica. Si de verdad quieres a tu amiga, tienes que dejarla ir. Tienes que animarla a desplegar las alas.

—¿Eso es lo que estás haciendo tú? —pregunté, incapaz de contenerme.

—La quiero. Va en serio. —Lo que dijo a continuación fue sorprendente—: «Quien no sepa mantener fascinada a una muchacha, tanto que ella no sepa ver nada fuera de lo que se quiere que vea; quien no sepa identificarse con el ser de ella hasta conseguir cuanto desea, es un inepto, un inútil».

—¿Es de tu filósofo loco? —pregunté con la esperanza de que se riese y diseccionase las palabras, que dijese que eran una memez, que eran lo contrario de lo que sentía en realidad, es decir, que ella se sintiese libre y empoderada.

—Me encanta cómo piensa. Estoy absorto en sus enseñanzas. Son tan profundas… y albergan la paradoja de una manera preciosa. —Asintió.

—¿Y crees que eso es «dejar que sea libre»?

—El amor absoluto contiene libertad —contestó—. Y yo creo en concedérsela.

¿Podía echar a correr, encontrar a mi amiga y contarle lo que Mark acababa de decir? Lo más probable es que pensase que ese nivel de posesividad era romántico. Era lo que buscaba: que la reclamasen, que la fascinasen.

—¿Sabes? La adoro. Solo quiero lo mejor para ella —afirmó con calma.

—Entonces ya somos dos. —Me las ingenié para decir.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en eso.

Recogí el abrigo apoyado en el respaldo del asiento, estaba decidida a ser la primera en salir. Tenía que huir, pero no sabía muy bien adónde. Solo era consciente del sentimiento de velocidad que se acumulaba en mi interior.

—Por cierto, vamos a trasladar la obra al teatro Burning Bush en septiembre —dijo Mark en cuanto me di la vuelta. Me paré en seco. Era el mejor local del país para nuevos dramaturgos, donde se forjaban las estrellas—. Obviamente, tendré que cambiar el reparto —añadió.

—¿Cómo que *obviamente*? —Me di la vuelta para mirarlo a los ojos.

—Vas a tener que centrarte en tus estudios. Si no, perderás la ayuda.

—¿Patrick va al Bush? —pregunté, incapaz de contenerme.

—Patrick está en cuarto, así que sí, tengo pensado darle el papel. —Sentí un dolor intenso, como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago—. Estás disgustada. Siento haberte hecho sentir así. —No parecía arrepentirse ni lo más mínimo—. Además, tampoco podemos volver a poneros a Patrick y a ti en el mismo escenario. —Meditó—. La situación estaba llegando a unos extremos dolorosos. Además, sé cuál habría salido peor parado físicamente de los dos.

Ja, ja, ja, ja, qué tío tan gracioso. Me levanté despacio y recalculé.

—Claro. Bueno, tampoco creo que a Patrick se le diese bien. Era un puto sosainas.

—Eres toda una cómica. —Se rio tanto que se le saltaron las lágrimas. Hice una reverencia y me di la vuelta para salir—. ¡Pásate por una de nuestras *soirées*! —gritó Mark a mi espalda—. Y tráete a Jacques. Siempre sois bien recibidos…

Por fin fui la primera en marcharse. *Estás destrozada porque te han echado del reparto.* Estoy destrozada. Estás destrozada. Estoy destrozada. Mi ego se quedó reducido a cenizas. Al final, Mark lo había conseguido.

¿Y qué pasaba con mi amiga? ¿Qué podía hacer al respecto? Me di

cuenta de que, en ese momento, no mucho. Si la presionaba demasiado en una dirección, se alejaría. Nuestro pasado jugaba en mi contra. Su presente era de lo más tentador. Le estaban prodigando todo el amor y la atención que por lo general habían estado reservados para mí. Ya no vivía a mi sombra, sino que Dios, un manto divino o diabólico la rodeaba. Me ceñí el abrigo y me sequé las patéticas lágrimas con brusquedad. Al final, me había convertido en una actriz pésima, en una amiga pésima. Eres mala persona. Soy mala persona. Eres mala persona. Soy. Mala. Persona.



—No puedes convencerme de lo contrario —le digo a la doctora Collins.

—Ya veo. —Ni siquiera lo intenta.

—Y no digas: «Aquí hay algo más».

—No voy a hacerlo.

—Entonces, ¿qué piensas decir? —la reto.

—No estoy segura de poder decir algo ahora mismo —contesta con suavidad—. Siento que estoy en el mismo punto que tú cuando hablaste de la impotencia que sentías respecto a tu amiga. —Nos quedamos en silencio—. Solo espero que el tiempo te permita ser más amable, que para la próxima vez que nos veamos tengas una postura menos arraigada y logres tratarte con un ápice de compasión.

Me duele el corazón. Supongo que es buena señal.

Le doy las gracias, esta vez en serio. Sé que tendré que volver. No solo para refrescarme la memoria, sino también para desmontar a este personaje tan odioso que he creado.

44

A principios de mayo, después de semanas sin saber nada de mis amigos, estaba sobre la «pasarela», una rampa que conectaba el edificio de artes con el exterior, un lugar para pavonearse y que te vieran, mientras diseccionaba *A puerta cerrada*, de Sartre, de forma minuciosa e inteligente. Estaba dejando pasmado a un compañero de clase con mi humor y mi estilo a la hora de vestir, absorbiendo su atención bajo el tenue brillo del sol.

—Guay, guay —dijo el tío, que asintió y me repasó con aprobación.

Alguien me saludó al otro lado del patio con césped. A medida que la silueta se fue acercando, vi a una figura femenina vestida con una parka caqui enorme; Jesús, se estaba transformando literalmente en Mark.

—«A la gente no se la condena por nada» —recité de *A puerta cerrada*, y mi compañero de clase me miró casi en éxtasis. Dijo que me había visto actuar en la obra de Whitman y que estuve espectacular, que era espectacular.

—Bonita ropa —le dije a Linda cuando se acercó.

—¡Gracias! Lo hemos pillado en la tienda de excedentes militares de George's Arcade.

¿Hemos?

—*L'enfer, c'est les autres.* —Mi compañero de clase se marchó y saludó a Linda con la cabeza de forma desdeñosa, como si estuviese destrozado de que nos aguase la fiesta.

—¡Lo tienes loquito! —exclamó Linda en cuanto se alejó.

—Estábamos debatiendo sobre Sartre —contesté fingiendo desinterés, aunque por dentro estuviese ilusionada por la atención y por que Linda hubiese aparecido.

—¡Pues claro! —Me miró de arriba abajo. Llevaba unos pitillos negros y una camiseta de tío gigantesca con estampado de cuadros y los botones de arriba desabrochados para que se viese mi sujetador negro de encaje y el colgante ámbar que había mangado—. Tienes buen aspecto.

—Gracias, tú también. Aunque la parka no me convence del todo.

—Pues a mí me gusta. Hace que me sienta más masculina, más poderosa. —Se rio de manera desenfadada.

—Pensaba que a él le gustabas más con la ropa de ama de casa de los 50.

—Sus gustos van variando. De todas formas, comprármela fue idea mía.

Lo dudaba. E incluso si lo fuese, seguro que él estuvo detrás y le metió esa idea en la cabeza.

—¡Vais a juego! —exclamé.

—Echaba de menos tu ingenio mordaz —contestó. No me atreví a decirle que yo echaba de menos todo de ella—. Es superagradable estar al aire libre y sentir el sol. —Ladeó la cabeza hacia la luz lechosa.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunté sin darle importancia.

—¿Por qué no?

Me dije que tenía que mantener la calma, aunque resultó que no me salió demasiado bien, porque se me escapó:

—¿Y Honor?

—Y yo qué sé. No estoy al tanto de todos sus movimientos —respondió.

Un insulto velado dirigido hacia mí, su amiga la dependiente. ¿Cuándo habíamos adquirido esa dinámica?

Dejamos atrás el campo de críquet y los campos de *rugby* en la parte trasera del campus y nos dirigimos hacia un bar al que nunca habíamos ido, el Pavilion, que estaba a reventar de hinchas de *rugby* con el cuello del polo levantado, chicas con conjuntos a juego y falditas de *tweed* lo bastante cortas como para darles un toque de putón si se la remangaban en la cintura, pero lo bastante largas como para que papaíto las aprobase si se las ponían en condiciones.

—¡Es un experimento sociológico! —exclamó Linda cuando cruzamos la puerta. Se quitó la parka, y la minifalda de polipiel, las medias de rejilla y las Doctor Martens atrajeron bastantes miradas.

En esta ocasión, la copiona me eclipsó. Nunca había recibido más atención que yo y, aun así, todas las miradas estaban puestas en ella. Llevaba el pelo despeinado en la parte superior de la cabeza, ¿se había hecho mechas? Tenía los ojos ahumados y delineados con *khol*, llevaba un toquecito de base, suficiente para taparle las pecas o, al menos, difuminárselas para darle un aspecto bronceado a su piel, en lugar de que pareciese llena de manchas. Se dirigió a la barra y pidió dos gin-tonic, una bebida que por lo general no solíamos tomar.

—¡Salud! —exclamó con alegría mientras me pasaba el vaso redondo en el que tintineaban unos hielos y flotaba una rodaja de limón.

—Creía que Mark estaba en contra del alcohol —dije.

—¿Lo ves por alguna parte? —Echó un vistazo a su alrededor con dramatismo—. Y de todas formas, soy libre para hacer lo que me

plazca.

Le di un trago a mi bebida y me mordí la lengua. Un haz de luz le recorrió el rostro y se le iluminaron los ojos grises.

—¿Qué tal está Mark? —pregunté, fingiendo que no me importaba.

—¡De maravilla! ¿Y tu chico guapo?

¿Quiénes éramos antes de conocer a nuestros novios?

—¡De maravilla! —repetí, pero sonó infantil y mezquino.

—Jacques es un buen partido —contestó, y se bebió el gin-tonic de un trago.

—Oye, echa el freno —advertí.

Como respuesta, se pidió otro sin molestarse en pedirme uno porque apenas le había dado un sorbo. Bebió con avidez, se pidió unas Tayto de queso y cebolla, abrió el paquete y se las comió a puñados sin hacer un descanso para hablar o respirar.

—¿Te estás dando un atracón? —pregunté en lo que esperaba que fuese un tono cariñoso—. No hace falta que lo hagas.

—¡Solo tengo hambre! —exclamó—. ¿Tienes algún problema? —Pidió otra ronda y otro paquete de patatas.

—Yo estoy bien, no te preocupes por mí —dije con sarcasmo al ver que no me ofrecía ninguna.

Empezó a meterme las patatas en la boca de una en una, lo que fue extrañamente sexi. Me pregunté quién le habría enseñado ese movimiento.

—¿Te puedo decir una cosa? —preguntó. Yo asentí con la boca

llena—. Eras una amiga de mierda.

Tragué y di un buen sorbo de ginebra.

—Solo quería lo mejor para ti —contesté sin romper el contacto visual.

—Ese truquito de clavarme la mirada ya no funciona —declaró de pasada, como si de verdad hubiese dejado de importarle lo que opinase o hiciese; eso me dolió mucho más que sus palabras—. Admítelo, eras una abusona —prosiguió. Esas palabras jamás deberían haberse pronunciado en voz alta. Una mezcla insoportable de culpa, humillación y posesividad me obligaron a alargar la mano y darle un pellizco en el brazo—. ¿Ha hecho que te sientas mejor? —Ni siquiera se inmutó, simplemente me sostuvo la mirada.

—¿Y *esto* ha hecho que tú te sientas mejor? —Le levanté la manga para dejarle al descubierto la muñeca llena de manchas rojas.

—La verdad es que sí —contestó—. Además, mis acciones no están haciendo daño a nadie.

—Pero a ti sí —respondió—. Déjame echarle un vistazo…

—Yo nunca podría hacerme tanto daño como me hiciste tú —susurró después de apartar el brazo y acercarse a mí.

—Sue y yo te cuidamos durante todos esos años. Eras de la familia —contesté con suavidad tras alejarme, sabía perfectamente quién estaba detrás de ese razonamiento.

—No me gustaba que me hicieses daño.

Quería responderle que sí: «Sí que te gustaba que te pellizcase y te retorciese la piel», pero para eso tendría que admitir lo que hice.

—¿Estás bien? En serio… no pareces la misma.

—¡Eso solo puede ser bueno! —Se rio, alargó el brazo hasta mi copa, se la acabó y luego pidió otra.

—Oye, más despacio… ¿De dónde sacas el dinero? ¿Estás forrada?

—De mi chico. Lo suyo es mío y lo mío es suyo, ¡salvo que como yo no tengo nada, eso juega bastante a mi favor! —Se rio con despreocupación y le hizo ojitos al camarero.

Salvo que tú le perteneces. ¿Estaba rebelándose con esta borrachera o él la animaba a comportarse así?

—En serio, Linda. Esto no es bueno para ti.

—¿Y qué sabes tú sobre lo que es bueno para mí? —preguntó con agresividad—. Estoy harta de vivir siguiendo las expectativas que tiene el resto sobre mí —anunció, arrastrando las palabras.

—Venga, vamos a llevarte a casa —dije.

—¿A casa? —repitió, como si nunca hubiese escuchado esa palabra.

—A la mía.

Asintió, me levantó a rastras del taburete, me rodeó con los brazos y apoyó la mejilla contra mi pecho como una niña indefensa.

—Vale —contestó.

—Y después puedes cenar conmigo y con Jacques.

—Eso me gustaría… —Tenía los ojos vidriosos.

Me apartó de un empujón y se fue hacia la barra, le pidió un bolígrafo al camarero y luego se puso a escribirle su número en la parte trasera de un posavasos mientras le guiñaba el ojo. ¿Quién era esta persona?

—Linda, ¿qué haces? Mark…

—Mark, Mark, Mark… Estás obsesionada —dijo.

—Seguís saliendo, ¿no? —Tenía que ir con más cuidado.

—Sí, sigue siendo mi chico, y a él le parecería fenomenal que le diese el número a este imbécil. —Al camarero le pareció mono y le dedicó una sonrisa amplia.

—¿Entonces? ¿Ya no sois monógamos?

—Qué corta de miras suenas, Jessie J.

—¿Te está obligando a hacer algo?

Se inclinó sobre la barra hacia el camarero y le susurró algo al oído a modo de respuesta. Él se puso como un tomate.

—¡Nadie *me obliga* a hacer nada si yo no quiero! —exclamó. La agarré por el antebrazo y la saqué de allí a rastras.

—Voy a minimizar daños —le solté al tío—. Tiene novio. —Él se encogió de hombros. ¿Qué más da?

Linda intentó darme un manotazo, estaba pedo. Fuera ya había anochecido. Mientras volvíamos a atravesar el campo de críquet y de *rugby*, un trocito de luna brilló con suavidad.

—Ala, mira, ¡un cachito plateado y diminuto de luna! —exclamó con un acento espantoso del sur de Estados Unidos.

—Mira hacia atrás por encima del hombro izquierdo y pide un deseo —contesté, imitando a Tennessee Williams a la perfección para seguirle el juego.

—Deseo… —empezó a decir después de quedarse quieta y levantar la vista hacia la luna.

—No lo digas en voz alta, ¡es tu secreto! —interrumpí.

—Lo único que quiero es amor —me susurró al oído.

Me entró un escalofrío al mirar a mi camaleónica amiga. ¿Hasta qué extremos llegaría por lo que fuese que estuviese confundiendo con amor?

Cuando llegamos a mi habitación, Jacques estaba sentado en la silla debajo de la ventana leyendo mi ejemplar de *Les Enfants Terribles*. Levantó la vista.

—¡Anda, hola, chicas! —Parecía encantado de vernos juntas.

—Hola, J-J-Jacques —saludó Linda.

—Me está dando mal rollo —dijo Jacques mientras levantaba el libro—. Qué mundo tan retorcido…

Linda soltó una risita.

—¡Un irresistible cóctel de Cocteau! —comenté.

—Ven aquí —ordenó Jacques a la vez que se señalaba los labios y extendía los brazos.

Linda se abalanzó sobre él y lo besó.

—¡Siempre había querido hacer eso!

—Está como una cuba —contesté, intentando no echar a perder el momento.

—Ya lo veo —respondió él.

—No habléis de mí como si no estuviera —dijo Linda—. Estoy justo aquí, ¡miradme!

Empezó a desnudarse; primero, se quitó la falda, luego las medias, después el top y se quedó en bragas y sujetador. Jacques se dio la vuelta y yo la sujeté por el brazo y la llevé hasta la cama. Se metió y la tapé con el edredón. Cerró los ojos y en cuestión de segundos estaba roncando bocarriba. Los dos nos quedamos de pie junto a la cama y la miramos como si fuese nuestra hija adolescente borracha. Me sentí vieja.

—Ponla de costado —indicó Jacques—. Puede que vomite. —Me senté en la cama a su lado y la giré con suavidad—. ¿Quién es esta persona? —preguntó Jacques.

—¿A que sí? Le han hecho un trasplante completo de personalidad —contesté—. Fuimos al Pav y le dio su número a un camarero rapado.

—Madre mía, ¿y qué pensaron de vosotras ahí dentro? —Se rio y luego volvió a mirarla—. Creo que a Mark no le haría mucha gracia verla así.

—Eso mismo le dije yo, pero me contestó que estaría encantado, que él habría querido que le diese su número a un tío cualquiera.

—Estoy seguro de que no es cierto —respondió Jacques.

—¿Lo has visto últimamente? —le pregunté con tanta despreocupación como pude, estaba segura de que quedaban a mis espaldas.

—Tú no le darías tu número a nadie, ¿verdad? —Le bajé la cabeza hacia mí y lo besé como respuesta—. Voy a hacer un poco de pasta. Necesitará hidratarse. —Señaló una botella de Ballygowan del escritorio—. Si se despierta, dale mucha agua.

—¡Sé cómo hacer de madre! —contesté.

—Algún día, serás una madre increíble —afirmó, y me miró con

adoración.

¿Cómo podía haber metido tanto la pata? ¿Es que no se daba cuenta de que sería una madre espantosa? ¿Cómo se suponía que iba a saber lo que tenía que hacer? Era egoísta hasta la médula. Además, Linda tenía razón: conmigo siempre había un motivo oculto. Si tienes motivos ocultos, no puedes ser madre. No creía que pudiese querer a alguien incondicionalmente. Ahora mismo, Jacques encajaba con la imagen de la otra mitad de la pareja más guay de la uni a la perfección, pero eso no significaba que yo quisiera casarme, tener hijos y toda esa pesadilla de las afueras.

Gracias a Dios, conseguí cerrar el pico y lanzarle un beso en el aire que él pilló al vuelo con una mano y se tragó. Un pelín excesivo. Odiaba cuando sacaba a relucir ese lado cursi. Se dirigió hacia la puerta y salió sin mirar atrás. Y luego: ese dolor de cuando alguien se marchaba.

Me tumbé al lado de Linda en la cama y le hice la cucharita. Le susurré contra el pelo:

—Vuelve conmigo, mi querida y estúpida amiga, no malgastes tu vida por ese hombre.

Pensé en Sue y en la advertencia que nos hizo: «No os lancéis al primero que pase. Merece la pena luchar por trofeos como vosotras». Pensé en cómo mi padre la había menospreciado y me apreté esa parte irritada de la garganta.

45

Cuando Linda se despertó, se giró hacia mí y se acurrucó para que estuviésemos pecho contra pecho. Respiramos juntas, al unísono, como solíamos hacer cuando éramos pequeñas. Unos instantes después, me aparté y la miré a los ojos. Se le había corrido la máscara de pestañas por las mejillas y parecía como si tuviese unas lágrimas negras grabadas en la cara, como una muñeca Pierrot. Me dio un beso en los labios.

—Te quiero —dijo, y casi me eché a llorar—. ¿Cómo he llegado aquí? —Echó un vistazo a su alrededor, parecía un poco aturdida. Le ahuequé las almohadas para que pudiese incorporarse.

—Te pusiste pedo —contesté—. Te traje aquí y te rescaté de un tío espeluznante con pintas de cadete en el Pav.

—¿Que yo qué…? —Soltó una risita.

—¿No te acuerdas de nada? —pregunté. Me miró sin entender nada—. Estabas bastante graciosa, no parecías tú.

—Mark cree que soy graciosa —respondió de mal humor.

—Ah, ¿sí? —contesté, sorprendida. Nunca se me hubiese ocurrido que el hecho de que Linda tuviese sentido del humor formaría parte de su dinámica.

Me sostuvo la mirada con tanta intensidad que tuve que apartarla.

—¿Me estás ocultando algo? —preguntó, y me dieron ganas de vomitar.

—Venga… Vamos a meterte en la ducha y a darte algo de papear.

—No has contestado.

—Estás diciendo bobadas —respondí—. Nunca te había visto tan ida.

—Seguro que sí. ¿Te acuerdas de cuando nos poníamos borrachas con esos vasos llenos de restos de alcohol que había en las licoreras de nuestros padres?

—Uf, sí. ¡Las dos bebíamos hasta acabar mareadas y potando!

—Y gracias a Dios por las lagunas.

Había tantas cosas de las que Linda necesitaba olvidarse.

Me agaché para recoger su ropa del suelo y la coloqué en la cama.

—Pero ¿qué llevabas *puesto*?

—Mark dice que así vestida estoy supercañón.

¿Estaba creando un clon de mí?

—¿Él te elige la ropa?

—¿Por qué clase de pringada patética me tomas? —Se destapó—. Honor y yo nos fuimos de compras. Tiene un estilazo flipante, ¿no te parece?

Sentí calor, luego frío y después otra vez calor. Me ardieron las mejillas con fuerza.

—Salvo que ese es mi estilo —susurré.

—¿Me pasas una toalla? —preguntó tras echarme una mirada de compasión cruel. Saqué una del armario y le indiqué dónde estaba la ducha—. Ya sé dónde está. —Nuestras miradas se cruzaron cuando salió de la habitación, y en aquel intercambio sin palabras se produjo

un reconocimiento de quién era yo y de lo que podía hacer. O quizás la culpabilidad hizo que me lo imaginase.

Unos segundos después, entró Jacques.

—He visto a Linda de camino al baño. Va hecha un desastre.

—Pues yo creo que con toda esa máscara de pestañas por la cara está preciosa, lasciva.

Se rio con torpeza, era lo bastante listo como para no darme la razón, anunció que la pasta estaba lista y después dio media vuelta y volvió a salir.

—Me muero de hambre —contestó Linda nada más irrumpir en la habitación con la minifalda y la camiseta puestas, pero sin medias. Sus piernas blancas como la leche, a las que no les había dado el sol, la hacían parecer una figurita de porcelana. Me tendió la mano y sentí como si fuese a estallar de alegría—. Ñam, ñam, qué buena pinta —soltó cuando entramos a la cocina y olimos la carbonara que hervía a fuego lento. Pensé en que estaba a punto de volver a besar a Jacques y sujetarle la mano para que se la metiese por debajo de la falda, pero estaba claro que algo así solo podía pasar en mi mundo —. Está buenísimo —dijo mientras Jacques vertía la salsa en un plato hasta arriba de pasta y le ponía un vaso de agua en frente.

Me senté al otro lado de la mesa para verla mejor. Lo engulló con ganas, y pidió repetir antes de haber terminado siquiera. Jacques se levantó y le sirvió otro plato hasta arriba. Refunfuñé, pero ella se lo terminó todo y al acabar lamió el plato.

—Qué guarrada, compórtate —dije, medio en broma.

—Pareces mi madre —contestó ella, muy en serio.

—¿Os lo pasasteis bien anoche? —preguntó Jacques.

—No lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas a Jessica?

—Ella no se lo pasó tan bien como tú —contestó Jacques.

—Hay partes de mí que ni siquiera yo misma conozco. —¿Esto también era cosa de la deconstrucción de Mark?—. Mirad, yo solo quería desahogarme un poco. He estado hincando codos. No es para tanto.

—¿Seguro que todo va bien? —preguntó Jacques. Parecía mayor, igual que cuando miraba a su hermano.

Linda se levantó de sopetón.

—Más vale que vuelva con mi chico, seguro que está preguntándose dónde me he metido.

—Primero bébete esto y luego te hago un café —dijo Jacques tras ponerle el vaso de agua delante.

—Él no es mi niñera —nos dijo a los dos como si estuviese ahí presente—. Mark sabe que soy una persona independiente con mi propia voluntad y deseos y lo respeta.

¿Eso le decía él? Muy listo.

Jacques se levantó para hacer café y yo coloqué la mano sobre la de Linda. La apartó de golpe y sentí como si me hubiese soltado un bofetón, aunque la Linda que yo conocía no sería capaz de abofetear a nadie, nunca. Estaba debatiéndome sobre qué decir a continuación cuando Jacques volvió con una taza de leche caliente y una cafetera humeante.

—*Café au lait* —declaró—. ¿Te gusta con leche caliente? —Ella asintió.

—Anda, ¿ahora bebes leche? ¿Y qué hay del trato tan horrible que

le dan a la vaca y a sus terneritos? —pregunté.

—Necesito más proteína —respondió de manera inexpresiva.

—Buena idea —dijo Jacques, y me entraron ganas de asesinarlo.

—Tienes suerte de tener un hombre que te cocine. —Linda se giró en mi dirección.

—¿De vosotros quién es el que cocina? —pregunté.

—Suelo ser yo —contestó ella.

—No sabía que supieses cocinar.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —sentenció mientras daba un sorbo de café. Eché un vistazo a mi amiga resacosa y medio desnuda y sentí mucho miedo por ella. Quería hablarle del impulso que sentía de protegerla, pero no podía. Me habría salido el tiro por la culata, o eso es lo que me dije.

(Hoy en día, sigo tratando de convencerme de lo mismo: de que no podía haber hecho nada).

—¿Qué es lo que más te gusta cocinar? —preguntó Jacques.

—A Mark le gusta el pescado, así que he aprendido a hacer un par de platos con salmón.

—¿Ahora comes pescado? —pregunté al recordar cómo sollozó cuando descubrió que los pescadores usaban anzuelos y les aplastaban la cabeza a los peces, o peor, de que los dejaban asfixiarse dando coletazos al fondo de los barcos. Sue nunca pudo convencerla de que comiese nada que tuviese corazón, sin importar lo mucho que lo intentase, y vaya si lo intentó. Estaba preocupada por su crecimiento—. Entonces, ¿sí o no? —No pensaba dejarlo pasar—. ¿Ahora comes pescado?

—Ya te he contestado —respondió, y le dedicó una sonrisa a Jacques mientras continuaba—: limón, mantequilla y papel de plata, a 180 grados en el horno.

—¿Come o no? —Me giré hacia Jacques. Sentí que debía saber eso sobre mi amiga. ¿Hasta qué punto la había remodelado?

Él le sonrió a Linda como para decirle: «Se está poniendo un poco pesada, ¿verdad?». Sus sonrisas de complicidad me cabrearon y tuve que sentarme encima de mis manos y morderme la mejilla. Me levanté de golpe y la pata de la silla chirrió contra el suelo. Linda lo pilló y se levantó a mi lado, diciendo que de verdad tenía que irse.

—¿No pensarás salir así, sin medias y sin ropa interior…? ¿Y si sopla una ráfaga de viento? —Se sonrojó, pero no de una forma bonita y emocionada, sino como solía hacer en el pasado, de una manera que indicaba su estado de vergüenza habitual—. Vamos, Lindy, yo también tengo que cambiarme. —Le tendí la mano, pero ella la ignoró.

—No te preocupes —respondió—. Recojo mis cosas y me voy. —Su mirada pasó de Jacques a mí—. Sé buena con él. —Y ahora la avergonzada era yo, como debía ser.

—Eso ha sido un pelín innecesario —comentó Jacques en cuanto ella estuvo lo suficientemente lejos—. Por no hablar de cruel.

Observé la espalda de Linda alejarse.

—Qué va, las chicas solemos ponernos a caldo. Ella sabe que la quiero —afirmé en un intento por convencerle a él y a mí. Le sujeté la cara a Jacques con la mano y luego le agarré el culo—. Te necesito… te quiero.

Él me lo dijo de vuelta, aunque no estaba completamente segura de si lo había hecho por obligación.

—Cómeme.

Y eso hizo. Y se esmeró más de lo previsto.

Y, sin embargo, ahí seguí. No me hizo desaparecer ni me destruyó como quería.

46

Un par de días después, divisé a Jonathan y a Phil a lo lejos en el edificio de artes. Jonathan levantó la vista y me saludó. Fingí saludarlo con ganas, de forma juguetona. Era una persona ocupada, con mucho que hacer y muchas personas a las que ver… Fui al puesto de café sola y traté de embutirme un sándwich seco de queso *cheddar* y una taza de té por la garganta. Mi apetito era prácticamente inexistente. El tío de mi seminario al que había dejado pasmado con mi análisis tronchante y minucioso de *A puerta cerrada* me vio y se le iluminó la cara. Ni siquiera me preguntó si podía sentarse a mi lado. Me levanté en cuanto lo hizo. Estaba empezando a pillarle el gusto a ser la que se marcha, en vez de la abandonada. Lo vi dar un respingo y me la trajo al fresco. *Sinceramente, querido, me importa una mierda*.

Hoy era día de biblioteca. Tuve que obligarme a estudiar otra vez, estaba despistada y no conseguía concentrarme. Decidí esconderme en un rincón de la planta superior de la Lecky, cobijada en un espacio privado junto a la ventana mientras leía *El extranjero* por cuarta vez (estaba haciendo mi tesis sobre la «alienación y búsqueda del propio yo» en la obra de Camus). Al intentar concentrarme, no dejaron de asaltarme imágenes de mis supuestos amigos, que ahora me odiaban. ¿Les importaba lo suficiente como para odiarme…? Y entonces pensé en Linda tumbada en mi cama, en cómo me había dicho que me quería y en cómo yo había vuelto a humillarla. Y en Sue… ¿Por qué no dejaba de hacer daño a mis seres queridos? ¿Le había hecho algo a Jonathan también sin darme cuenta…? No se me vino nada a la cabeza. La última vez que estuvimos juntos fue en la fiesta de cumpleaños «no cumpleaños» de Mark. Jonathan no había querido venir, pero lo hizo por mí. Y luego se marchó con ese capullo, se drogó y cambió. Me garanticé que eso no tenía nada que ver conmigo, pero ese sentimiento irritante de ser la causante de toda esta separación y distanciamiento persistió. Mi pequeña mente

daba vueltas una y otra vez a lo mismo. Todo era *yo, yo, yo.*

Me pasé horas sentada en el rincón, inventándome historias catastróficas con un punto de vista excesivamente egocéntrico. La luz del exterior fue desvaneciéndose hasta que atardeció. Me dije que estaba en un lugar apacible, a pesar de que mi cabeza rechazase la paz. Me pareció que alguien me estaba observando y cuando levanté la vista los ojos fríos del *capullo* de Phil se toparon con los míos. Eran de una especie de azul claro insípido, no ocultaban ninguna clase de profundidad. Estaba sentado con las piernas estiradas en un pupitre en mitad del espacio bien iluminado, mirándome fijamente.

—Hey —saludó antes de levantarse y acercarse.

—Hey —contesté. Era la primera vez que pronunciaba esa bobada.

—¿Te vienes a la *soirée* de esta noche?

No tenía ni idea de lo que me estaba contando. *Jueves*. Estábamos a jueves.

—Sí —dije por impulso.

—Genial, ¿entonces nos vemos luego? ¿Te traes a tu francesito guapo? —Parecía bastante majo.

—¿Va a estar Honor? —Algo me obligó a preguntar.

—Cerrad el puto pico —espetó un chico en el pupitre de al lado. Para ser justos, estaba intentando estudiar.

—¿O qué? —respondió Phil a la vez que yo me disculpé—. Detesto la falta de educación —declaró en voz alta. Volví a disculparme en silencio con el chico, que masculló algo que sonó a «puñetero engreído», y se cambió de sitio—. ¿Siempre te disculpas tanto? —preguntó, observándome. Lo cual era irónico, porque nunca había

pedido perdón a quienes les debía una disculpa. Me encogí de hombros e intenté parecer despreocupada—. ¿Has preguntado por Honor? —Traté de volver a encogerme de hombros, pero más bien pareció que me había dado un tic raro en un hombro—. Supongo que estará por allí, sí. ¿Por qué?

—Por nada —respondí. *Pringada*. Decidí pasarme sola, aunque solo fuese un rato. Solo para ver a Jonathan, mi colega, razoné. Se alegraría de verme, ¿no?

—Jonathan estará encantado de verte —dijo Phil como si pudiese leerme los pensamientos. Lo dijo con sorna, ¿verdad? *Cálmate, Jessica* —. Entonces, ¿nos vemos luego? —Recogió sus bártulos del escritorio y los metió en una mochila. Había algo casualmente cruel en su forma de moverse por el mundo, de lidiar con las cosas y con quienes tenía a su alrededor.

Intenté retomar la lectura de Camus, pero mi vida en sí prometía demasiado drama. Decidí canalizar la actitud indiferente y distante de Meursault a medida que recogía, dispuesta a pasarme por la fiesta y ser guay. Jacques había dicho que esta tarde iría a visitar a Louis y que no volvería hasta más o menos las diez. Había tiempo de sobra para reconectar con mis amigos *de manera informal*. Ni siquiera me permití plantearme la posibilidad de que hubiese chuches. Me cambié de ropa por segunda vez en ese día; me esforcé por escoger un conjunto que fuese sugerente, pero no demasiado: mallas, botas y una camiseta grande de cuadros morados y negros que dejase entrever el sujetador morado. El colgante quedaba justo por encima de mis pechos pequeños para resaltarme mejor el esternón. Mark se percataría de mis huesos protuberantes, de mi clavícula.

La noche estaba cubierta de una lluvia suave que me encrespó el pelo. Cuando llegué a la puerta de la habitación de Mark, me di cuenta de que estaba temblando. Era la primera vez que no me invitaban a una fiesta, y, aun así, ahí estaba: era una acoplada y, para más inri, estaba empapada. Phil parecía pensar que estaba invitada,

y la última vez que nos vimos, el propio Mark había dicho: «Siempre sois bien recibidos». Había dicho eso, ¿no? Me erguí todo lo que pude, eché los hombros hacia atrás y estaba a punto de pulsar el timbre, cuando llegó un grupo de estudiantes, uno de ellos con una llave. Los seguí por las escaleras con el corazón desbocado, sonrojada. ¿Por qué no me había tomado un tequila antes de salir? ¿Y por qué no me había traído un cepillo y el neceser de maquillaje? Llevaba el pelo hecho un desastre, yo iba hecha un desastre.

El resto de estudiantes se detuvieron en la tercera planta y seguí subiendo hasta el cuarto de Mark, en la quinta. La puerta estaba entreabierta, el olor a incienso —¿o era a droga?— flotaba por el pasillo. Inspiré hondo y me armé de valor para hacer mi entrada triunfal. Nadie se percató de mi presencia, ni siquiera miraron en mi dirección. No estaba acostumbrada a esto. Fui directa a una mesita y vacié una copa de vino tinto de un trago antes de poder calmarme lo suficiente como para echar un vistazo a mi alrededor y centrarme en condiciones. La habitación estaba casi en penumbra, iluminada solo por las velas danzantes. Estaba sonando una fusión psicodélica de *hip hop* y electrónica que creaba un ambiente guay y de drogatas.

—¡Pero mira quién está aquí! —Mark se abalanzó sobre mí.

—Hola, espero que no te importe. —Acabé diciendo mientras intentaba recolocarme el flequillo empapado con los dedos.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Se rio—. Ponte cómoda… —Señaló el espacio que tenía alrededor y pareció a punto de marcharse. Hice lo imposible por no colgarme de la pernera de su pantalón—. ¿Has venido sola?

Asentí. Una expresión burlona que no logré identificar le atravesó las facciones.

—Buena música —solté por decir algo.

—*Blue Lines*, de Massive Attack —contestó—. Es la banda sonora

de nuestra generación. Voy a intentar conseguir los derechos para ponerla en el Bush.

—Qué buena idea —contesté de forma inexpresiva.

—Por cierto, Patrick está por aquí…, te lo digo para que lo sepas.

—Guay —respondí, y fingí que me daba igual—. ¿Jonathan y Phil han llegado ya?

—Creo que están por allí. —Señaló un rincón oscuro. Después, se marchó a atender sus deberes de anfitrión—. Diviértete, ¡pero no demasiado! —exclamó.

Me martilleaba el corazón en los oídos. Me bebí otra copa de vino a medida que se me acostumbraban los ojos a la oscuridad. ¿Quiénes eran esos dos cuerpos sentados muy cerca en el sofá? Sacudí la cabeza. Deja de emparanoiarte, me ordené, incluso aunque mi instinto me dijese lo contrario.

Linda vino a toda velocidad y me envolvió en un abrazo. Sentí una gratitud inmensa, lo que para mí era algo nuevo. No me odiaba. No parecía dolida, ni siquiera mínimamente afectada, por lo que le había dicho la última vez que nos vimos. Estaba resplandeciente, llevaba un vestido *hippy* largo y fluido, otra personalidad más.

—Estás preciosa —dije.

—Guau, ¡es la primera vez que dices algo así! —Ella estaba animada y yo sin ganas. Apuré la copa de vino—. Relaja, no se pueden mezclar las chuches con mucho alcohol —indicó.

—Esta noche paso, gracias —contesté—. Tengo que volver pronto a casa para estar con Jacques. —Casi que lo materialicé cuando lo dije.

—¡Ay, entonces igual puedo convenceros a los dos! —exclamó—. Está ahí.

Una ráfaga de aire frío me atravesó; me convertí en un espacio vacío. Intenté reírme, fingir que estaba al tanto de los movimientos de mi novio.

—Lo sé, me refería a que los dos habíamos quedado en que volveríamos pronto a casa.

Volvió a mirarme de forma compasiva.

—Pero bueno, mirad qué monas —comentó Phil en voz alta mientras él y Jonathan se acercaban.

Quería arrojarme en brazos de Jonathan, pedirle ayuda, refuerzos: «Mira, ahí está mi novio otra vez con la duquesa y yo ni siquiera sabía que iba a venir». Me mintió. Aunque yo había planeado hacerle lo mismo a él, pero no para ligar con otra persona. Así qué, ¿quién era el mayor mentiroso de los dos? Lo que pasó entre Mark y yo se había desvanecido, pero seguía siendo un hecho. *Había* pasado. En este mismo espacio. En esa misma cocina. ¿Se estaba cumpliendo la puñetera maldición del campanario…? ¿La persona que más me había querido dejaría de hacerlo? Parecía muy plausible. En un segundo, mi mundo cambió por completo.

Jonathan vino y me abrazó con normalidad.

—Me alegro mucho de verte, Jessie. No esperaba que fueses a venir.

¿Por qué no iba a hacerlo? Estaba entre amigos, ¿no?

—¡La invité yo! —retumbó la voz de Phil. Me estremecí.

—Qué caballeroso por tu parte —contestó Linda mientras lo miraba—, vas recogiendo a todas las criaturas desamparadas y descarriadas.

¿En serio acababa de decir eso?

—¿Qué tal va todo? —preguntó Jonathan sin darle importancia. Le subí la potencia a mi sonrisa electrizante—. Me ha sorprendido ver a Jacques llegar sin ti.

—Ah, sí, es que yo tenía que estar en otro sitio… No he podido venir hasta ahora. Le dije que se adelantase.

—¿Y por dónde anda ahora? —Jonathan echó un vistazo a su alrededor.

Intenté que se percatase de mi angustia, pero no lo pilló. ¿La droga hacía que la gente perdiese la capacidad para empatizar? Jonathan siempre había sido un amigo con muchísimo tacto, pero ahora, y las últimas veces que habíamos hablado, parecía carecer de compasión o de perspicacia.

—¡Está ahí, con Honor! —chilló Phil.

Solo entonces, Jonathan me observó con un mínimo de preocupación y ese mismo tono de compasión que había visto en la mirada de Linda. Era insoportable. Levanté otra copa de vino y me la bebí de un trago.

—Tía, echa el freno —dijo Phil, y se rio con fuerza.

—Tiene razón —contestó Jonathan con suavidad.

—Eso mismo le he dicho yo antes. Parece emperrada en ponerse hasta el culo. Y eso solo puede acabar mal —comentó Linda, la chica que hacía solo tres noches se había emborrachado hasta perder el conocimiento—. Eh, hola, Will —saludó a un tío que no había visto en mi vida. Se alejó para darle dos besos.

—¿Y bien? —preguntó Jonathan, mirándome.

—¿Y bieeeeeennnn? —repetí, arrastrando un poco las palabras.

—¿Quieres que te rescaten?

Era evidente que sí, pero no me podía creer que estuviese exponiéndome de esa forma en público.

—¿Quién, yo? ¡Qué va, jamás! —espeté con una sacudida mientras intentaba reírme e ir en línea recta hacia la cocina.

Jacques no dejó de prestar atención a su conversación con Honor en ningún momento. De eso me di cuenta. En la cocina, me bebí dos vasos de agua fría y me mojé un poco la cara. Alguien me observaba desde la puerta. Sentí esos ojos como si fuesen unos láseres que me quemaban. Mark se dirigió hacia mí y se acercó lo suficiente como para tocarme el esternón y la clavícula, me rozó la piel caliente con sus dedos largos. Levantó la piedra ámbar para observarla mejor a la luz de las velas.

—Qué maravilla —declaró—. Parece un talismán, ¿no crees? —Dejó que cayese contra mi esternón y me hizo daño. Tuve que luchar contra el impulso de agarrarle los dedos y metérmelos en la boca—. Creo que es hora de que te enfrentes a tu novio —dijo con una sonrisa benévola.

—No sé de qué me hablas —respondí.

—Pues yo creo que sí. —Levanté el ámbar y me lo metí en la boca para chuparlo por impulso—. Veo tu inseguridad, Jessica.

Y subo la apuesta. Casi empecé a adoptar la técnica Meisner: ves mi inseguridad. Veo tu inseguridad. Ves mi… Veo tu…

—¿A que lo que te convierte en una buena actriz no es tan bueno en la vida real? Esa transparencia.

Eres tan transparente. Eres un capullo. Me quedé sin palabras.

Lo observé dar media vuelta y alejarse, esa espalda alta, orgullosa

y odiosa con esos hombros delgados y encorvados. Inspira, espira. Unodostrescuatrocincoseissiete, unotrescincosiete, docediezochoseeis, ¿adelanteyavencer? Me bebí otro vaso de agua. Se me acercó un desconocido.

—Hola —saludó—. Te vi en la obra de Mark. Estuviste absolutamente increíble. —Se quedó mirándome las tetas como si las conociese personalmente. Supongo que era verdad. Me planteé ligar con él, pero era incapaz.

—Gracias —contesté sin ganas antes de darle la espalda. Me gustó el instante de poder que sentí.

Estaba mirando por la ventana cuando noté un par de brazos rodearme por detrás.

—Hola, nena. —El alivio que sentí fue indescriptible, como también la ira y la indignación. Me besó el lóbulo de la oreja y me lo mordisqueó—. ¡Qué alegría verte por aquí!

—O sea que no esperabas verme, ¿eh? —Me volví hacia él.

—Solo me he dejado caer de camino a ver a Louis —empezó a balbucear, y después cavó su propia tumba—. Me he cruzado con Honor y me dijo que viniese a tomar una. Estaba disgustada y quería hablar… —Menudo imbécil más patético y manipulable, pensé, pero gracias a Dios no lo dije en voz alta—. Voy ahora a ver a Louis —siguió—. Yo tampoco sabía que tenías pensado venir.

—No ha sido planeado —logré responder con desinterés—. Antes me he cruzado con Mark y me ha invitado. —No sabía por qué tuve la necesidad de mentir al respecto. Pero quería que Jacques se diese cuenta de nuestra *frisson*. En ese momento, quería que se volviese loco de celos. Quería que *madame Jalousie* le rondase y lo reclamase. Pero, al parecer, la única persona a la que le interesaba fastidiar aquella tarde era yo—. ¿Cómo está la pobre Honor? —pregunté con una voz despiadada y cruel.

—Lo está pasando mal… —Jacques estaba en territorio pantanoso y lo sabía.

—Parecíais bastante a gusto cuando llegué.

—No empieces otra vez, por favor. Tienes que confiar en mí, sabes que puedes hacerlo. —Me miró a los ojos. ¿De verdad lo *sabía*? En ese momento, Patrick entró en la cocina, me vio y se marchó en un santiamén—. ¡Tu coprotagonista! —exclamó Jacques, parecía aliviado de poder evitar el peligro de ser el centro de atención—. ¿Sabes que ese tío está loco por ti? Toda esa lucha de poder en el escenario…

Sabía que no, pero tampoco iba a decírselo a Jacques.

—¡Es un gusto veros juntos otra vez! —exclamó la voz de Mark, alta e intrusiva, desde la puerta. Le tendí la mano a Jacques. Él la aceptó y me dio un fuerte apretón. Lo amaba con una intensidad que me sorprendió. Mark se acercó—. ¿Qué tal le va a Louis? —le preguntó a Jacques en voz baja—. ¿Se está planteando lo que te recomendé?

—Se lo está pensando —respondió Jacques.

—No sabía que habías conocido a Louis. —Me estaba costando respirar.

—Lo sé todo sobre el alcoholismo —afirmó Mark, como si fuese un experto mundial en la materia y como si eso respondiese a mi pregunta.

—¿Le estás aconsejando que eche a su hermano de su vida como hiciste tú con tu padre? —Me temblaba la voz.

—Louis bebe para mitigar el dolor del abandono —dijo con un tono de bastante *superioridad*—. Así que no, no le estoy aconsejando que rompa lazos con él.

¿Jacques era consciente de lo mucho que había corrompido nuestra relación al compartir esa parte de su vida, de la que a mí me había excluido por completo, con este hombre que le sonsacaba secretos vergonzosos a la gente solo para usarlos más tarde como arma arrojadiza? No me podía creer que hubiera metido a Mark en casa de su familia, que le hubiese permitido extender su influencia.

Me detuve y sonreí.

—¿Entonces qué fue lo que aconsejaste, qué se está replanteando Louis?

—Ir a rehabilitación —respondió Mark.

—¡Qué genio! —exclamé con sarcasmo—. Me pregunto cómo es posible que a Jacques no se le haya ocurrido antes.

—A veces hace falta alguien neutral para llegar hasta un alcohólico. —Quise reírme, pero no pude—. ¿Os apetece probar unas chuches esta noche? —Como si no hubiésemos estado debatiendo sobre alguien que estaba a las puertas de la muerte por culpa de la adicción. Me alegré de la respuesta de Jacques, que le dio las gracias y le dijo que en otra ocasión—. El baile de Wilde está a la vuelta de la esquina. Tomémonos unas pocas esa noche —dijo Mark.

—¿Tú también? —pregunté con una curiosidad sincera.

No respondió, en su lugar, dijo que iba a «buscar» a Linda. Había tomado más drogas de lo habitual y no estaba contento. Se estaba volviendo imprudente. Me pregunté de dónde lo había sacado, si no era de él.

—¿Estará bien? —preguntó Jacques, preocupado.

—Voy a vigilarla y a cuidarla. Pero de ahora en adelante tendrá que tomar la dosis adecuada. —Sonó como si fuese un padre irritado hablando de su hija adolescente. *Va a acabar conmigo*—. ¡Luego nos

vemos! Y, guapetones… portaos bien el uno con el otro. —Se marchó.

—¿Por qué no me habías contado que habías llevado a Mark a ver a Louis? —dije, y me giré hacia Jacques.

—Porque sabía que ibas a reaccionar así.

Estaba furiosa y, como de costumbre, enredada en la manipulación a la que Mark nos estaba sometiendo a todos.

—¿Soléis quedar a menudo? —pregunté.

—Nos cruzamos la semana pasada. Acababa de volver de una visita dura a casa y estaba disgustado. Se ofreció a hablar con Louis, parecía que sabría qué hacer.

Conocía ese tono de voz, esa voz de «soy un experto en todo», incluso un experto en la persona con la que estaba hablando. «Sé más sobre ti que tú misma», esa me la sabía.

—¿Y no me lo contaste? —Estaba volviendo a hacer que todo girase a mi alrededor. Nos quedamos un instante en silencio—. Tu pobre hermano.

—Ahora puede que consiga la ayuda que necesita —dijo a la defensiva, parecía destrozado.

Deseé y recé con fervor, y de forma egoísta, que Mark no fuese el responsable de la recuperación de Louis.

Incluso a día de hoy, sigo sin saber qué fue de él. Aunque he querido ponerme en contacto con Jacques muchísimas veces a lo largo de los años, sabía que no podía hacerle daño obligándolo a verme.



—Puede que esa no sea una síntesis adecuada de lo que Jacques

opinaba de ti —afirma la doctora Collins.

Fuera, el sol de mediodía resplandece, pero dentro hace frío y está oscuro. La luz encendida cuelga del techo. Nunca había venido a estas horas. La habitación debe de estar orientada hacia el norte.

—No sabes lo que pasó… —Pienso en la expresión destrozada de Jacques de aquella noche, en cómo me miró, como si fuese una desconocida peligrosa.

—No sé cómo acaba —admite la doctora Collins—. Pero, por lo que has descrito hasta ahora, es como si todos estuvieseis bajo la influencia de ese hombre.

—Tenía veintidós, tampoco se podía decir que fuese un hombre.

—Y tú dieciocho. —Reflexiono en silencio—. Creo que necesitas reconocer un poco el hecho de que os estaban controlando y manipulando.

—No me digas.

Echo la vista atrás e imagino que somos participantes en el espectáculo de un mentalista. *Ahora sois gallinas. Co, co, co. Y entonces nos salen alas, andamos como patos, cacareamos y picoteamos el suelo en busca de sobras. Es imposible no hacerlo.*

—¿Jessica? —La miro—. Da igual lo que pasase después, tú no eres la única responsable. Mi opinión profesional es que estabas demasiado influenciada.

Me quedo quieta, respiro, noto el escozor de las lágrimas en los ojos. Pero entonces escucho mi voz incitándola, salvaje en el viento.

—Fueron mis palabras —dije. Me mira expectante, sin juzgarme—. Fui yo quien pronunció las últimas palabras que escuchó Linda antes de que su vida cambiase para siempre.

—Y la tuya, Jessica, y la tuya —responde la doctora Collins.

47

Durante el camino de vuelta a mi cuarto, Jacques habló por los codos, una estrategia para asegurarse de que la conversación no volviese a girar en cierta dirección. Le dejé hacerlo. Habló sobre la postura que tenían Linda y Mark respecto a las drogas. Yo dije que ella se estaba rebelando por culpa del control absoluto de Mark. Jacques se rio y respondió que le encantaba esa vena dramática con la que veía todo. Como si al tachar todos mis pensamientos y sentimientos de «dramáticos» pudiese quitarle hierro a lo que había visto entre Honor y él: la intimidad fácil, su bondad, su ingenuidad al no saber que lo estaban manipulando. Intenté convencerme de que no había nada más. Estaba aquí conmigo, ¿verdad? No con ella, y, sin duda, podía estarlo.

—Aunque es vulnerable —afirmó.

—¿Quién, la duquesa? —bufé—. Más bien una manipuladora de manual.

—No, Jessica. —Parecía harto—. Linda, tu mejor amiga, es vulnerable.

Me quedé en silencio y me limité a hacer una cuenta regresiva mental rápida desde cien.



Como en casa en ningún sitio, como en casa en ningún sitio, como en casa en ningún sitio. Linda entrechoca los talones de unos zapatos rojos brillantes y Sue la baña en confeti, lentejuelas, pompas o purpurina. Yo soy verde, fea por culpa de la envidia, llena de verrugas y pelo, y estoy tramando travesuras siniestras en mi mundo, escondida, excluida. Sue cubre a la pequeña Linda de besos y entonces aparece

Mark, la abraza y ambos se fusionan en uno, como unos gemelos siameses; Mark absorbe todos los nutrientes esenciales de su gemela pequeña hasta que Linda encoge y desaparece. Sue se pone como loca, me suplica: «Tráela a casa», mientras las lágrimas le corren por las mejillas. La Sue que aparece es la mujer de la que se había enamorado papá: joven, animada, rebosante de amor y sentimientos, cargada de canciones, bailes y bollos. Huelo el aroma a cosas horneadas.

«Casa». Pienso en esa palabra. ¿De verdad Linda no tenía una sensación de pertenecer a ningún sitio que no fuese la casa en la que nació?



A la mañana siguiente, sentí como si no hubiese pegado ojo. Jacques me había tratado con amabilidad y ternura toda la noche, y me acurrucó contra él cada vez que me despertaba, que fueron muchas.

—¿Has tenido una pesadilla, mi amor? Cuéntamela. —Negué con la cabeza, no tenía intención de volver a pasar por ese horror. Cuando le dije que quería hablar con Linda, pareció aliviado y me animó a salir a buscarla—. Cuando la encuentres, salúdala de mi parte.

—Claro. —Ninguno estábamos hablando de lo que necesitábamos hablar, una postura poco habitual en mí, yo solía tirarme directamente a la piscina.

Linda no pareció sorprendida al verme esperándola cuando salió del seminario. ¿Cómo se las arreglaba para asistir a clase a primera hora y estar tan radiante después de haberse pasado la noche tomando drogas duras?

—Joder, tienes mal aspecto. ¿Va todo bien entre Jacques y tú?

No le conté lo de mis pesadillas, ni tampoco lo de los sudores y

temblores.

—Solo estoy un poco cansada. Estamos bien… ¿Cómo os va a Mark y a ti?

—Nunca he sido tan feliz —afirmó con seguridad—. Hasta tú tienes que admitir que es verdad.

—Ya no sé distinguir la verdad.

—¡Pues seguro que eso es bueno! —Entrelazó el brazo con el mío —. Vámonos de compras. Mark me ha dado dinero para que me compre algo para el baile. ¿Quieres ser mi estilista? ¡Porfi, tienes un estilo increíble!

—¿Y qué pasa con Honor? —No pude evitarlo.

—Mark sugirió que me acompañases tú. —Me sentí ridículamente feliz y *especial*—. Sugirió un estilo tipo años 20, ¿qué te parece? —La observé. Tenía razón, la ropa de esa época le quedaría como un guante: vestido de *flapper* y boa de plumas, con el pelo a lo Clara Bow—. ¿Has pensado en lo que te vas a poner?

Sí, había visto un bañador fruncido de los 50, estilo Marilyn Monroe, y pensé en combinarlo con un abrigo de pelo falso que había visto en Herbert Arcade. Pasaríamos de la moda de los vestidos brillantes de crinolina con mangas abullonadas para debutantes, un vestigio de los ochenta.

—Vale, ¡vámonos de compras! —contesté.

El baile de Wilde se celebraría en dos semanas: era una tradición extraña, teniendo en cuenta que un par de semanas más tarde tendríamos los exámenes de fin de curso. La universidad se estaba planteando prohibirlo debido al furor por el LSD y el éxtasis que se había apoderado del campus, lo que acabaría provocando cerebros aún más fritos y resultados que no dejaban de caer en picado (el que

se celebró en nuestro año, en 1992, fue el último durante más de una década).

—Espero que seas muy sincera si algo me queda mal —comentó Linda con una energía alta y dispersa.

Recorrimos los terrenos exclusivos del brazo, nuestro propio País de las Maravillas, atravesamos el arco de la entrada y nos adentramos en el mundo «real» que estaba tras él. Un mundo de cielos grises, edificios grises y rostros grises marcados por el estrés y la decepción. Esa no sería la historia de nuestras vidas.

En cuanto llegamos a la galería comercial, Linda fue saltando de puesto en puesto y sacando las cosas de los percheros con un desenfreno y una euforia que no reconocí. Parecía escoger las cosas al tuntún, y luego las tiraba al suelo.

—Lo siento, lo siento. —No dejaba de repetirles yo a los dependientes mientras seguía su estela de destrucción.

—¡Deja de disculparte por mí! —No se me pasó por alto la ironía.

—Oye —dije—. ¿Has comido? —Linda se alejó bailando—. Me muero de hambre. Vamos al libanés.

—¿Al libanés de Mark? —Se detuvo en seco—. Ahí trabaja una chica que se llama Celine, ¿no?

—¿Por? ¿Mark la ha mencionado?

—Me gustaría ver el local —contestó con una expresión inescrutable.

Entramos al café y Linda se puso a mirar a su alrededor de forma compulsiva, estaba nerviosa. La conduje hasta el reservado con el escaparate mugriento que daba al callejón.

—Aquí es donde nos sentamos Mark y yo.

Me lanzó una mirada penetrante. No pretendía convertirlo en un juego.

—¿Qué os traigo? —La mismísima Celine se deslizó hacia nosotras. Linda parecía haberse quedado embobada, le recorrió todo el cuerpo con la mirada.

—Tomaremos el surtido de *mezze* vegetariano —contesté—. Y dos aguas.

Celine chupó la tapa del boli de forma sexi pero casual y luego se marchó mientras Linda la seguía con la mirada, con ansia.

—¿Es esa?

Asentí. Nos quedamos unos minutos sentadas y comentamos la decoración chunga. La rodilla de Linda se meneaba a una velocidad feroz. Le apoyé la mano encima, pero ella me la apartó de un manotazo (esta versión de Linda *podía* hacerlo).

Cuando Celine regresó con la comida, Linda se quedó mirándola de una manera abiertamente hostil, aunque intentó parecer indiferente con todas sus fuerzas.

—Ya veo por qué le gustas. —Se le quebró la voz cuando preguntó con aspereza—: ¿Qué le gusta hacerte a ti?

Qué manera tan interesante de formularlo. Recordé mi encuentro con Mark, cuando todo eso me lo hizo *a mí*. ¿Linda había pasado por lo mismo?

Celine la observó como si estuviese sopesando si merecía la pena contestar.

—No sé de qué me hablas. —Dio media vuelta. No merecía la

pena.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—No sé de qué me hablas.

Su expresión tensa y su lenguaje corporal me decían «no insistas», así que cambié de tema, ensarté un trozo de comida con el tenedor y lo llevé hacia su boca por el aire.

—¡Que viene el avión!

—Zorra —soltó tras apartarme la mano. Se llevó una migaja de falafel a la boca y masticó de forma metódica, procurando no hacer ruido.

—¿Te refieres a ella o a mí? —No contestó—. ¿Mark te compara con otras chicas?

—En lo que a ti respecta, yo estoy por encima.

—¿Y qué pasa con ella?

—Que te den, Jessica. —Linda se levantó. Salió ofendida de la cafetería sin probar más bocado.

Yo me quedé ahí sentada, desconcertada, ¿quién era esta chica tan susceptible y voluble? En cuanto me recompuse, fui al mostrador sin mirar a nadie a la cara, pagué rápidamente y salí a la galería. De camino, pasé junto a Linda, que estaba en un puesto enfundada en un vestido color crema de los años 20, largo y satinado. El dependiente le estaba diciendo lo guapísima que estaba en cuanto sus ojos se toparon con los míos.

—Ay, aquí está mi mejor amiga. ¿Qué opinas, Jessie? —Se giró para revelar un escote de espalda bajo, tenía la piel muy blanca con algunas pecas y unas escápulas delicadas y marcadas, como un par

de alas de porcelana en reposo. Me detuve y me quedé sin aliento—. Siento haberme comportado como una cabrona, esa tía me ha sacado de quicio —prosiguió.

—Ese vestido está hecho para ti —dije, impresionada por lo preciosa que estaba. La seda se pegaba a su cuerpo angular y le daba un aspecto, según Sue, de *gamine*.

El dependiente le pasó un collar de perlas y unos guantes largos de satén, y luego le echó una estola de piel por los hombros. Se quedó petrificada.

—Quítame eso de la espalda.

—No es de verdad —respondí.

—En realidad, sí que lo es —contestó el tío con orgullo.

—Quítamelo, quítamelo —repitió Linda, como si fuese un hechizo. Parecía que se iba a desmayar cuando se lo quité.

—¿Tiene alguno de imitación? —pregunté.

—Claro, pero ¿por qué conformarse con uno falso cuando puedes tener uno de verdad?

—Tenemos a una amante de los animales aquí presente —respondí.

Nos miró como si estuviésemos chaladas, pero regresó unos instantes más tarde con una estola sintética.

—Es un poco cutre —declaró.

—Es ideal —dijo Linda—. ¿Qué opinas, Jessie? ¿Es este el vestido?

Aunque me sentí estafada por no haber sido la primera en verlo, tenía que admitir que sí, que era perfecto. Incluso me gustaba la

pinta que tenía el chal de cola de rata, le daba un aspecto aún más decadente al conjunto. Linda sacó la tarjeta de Mark y se largó, conmigo pisándole los talones. En cuanto salimos fuera, hurgó en su bolsillo en busca de los cigarros y un mechero y se lo encendió con las manos temblorosas. ¿Mark la había animado a darle a los «palitos cancerígenos»? Aspiró con fuerza.

—He tenido a un animal muerto en los hombros.

—Bueno, ahora no está sufriendo. —La observé—. Pero tú sí.

Soltó el humo por la nariz, como una reina dragona.

—¿Podemos retomar nuestro día de chicas? —preguntó mientras le daba otra calada y retenía el humo en la boca un segundo antes de tirar de mí hacia ella y metérmelo en la mía. Me pasó el cigarrillo y yo le di una calada, luego lo tiré al suelo y lo aplasté con el talón de una manera excesivamente sexi como si llevase tacones de aguja. De pequeñas, fui Olivia Newton-John en *Grease*, y lo seguía siendo. Siempre sería la líder. La estudié con detenimiento en busca de signos de querer ser la número uno, pero no pareció importarle. Hizo ese gesto familiar de rendirse ante mi elegancia, belleza y talento indiscutibles. Recuperé mi puesto en la cumbre de nuestra relación—. Venga, guapa. Vamos a que te pruebes ese bañador del que me estabas hablando. Seguro que estás para morirse —dijo con alegría.

Le lancé un beso, le di la mano y la guie hacia la tienda de segunda mano, un sitio diminuto con aspecto de taberna con todas las superficies tapizadas de pana; incluso el suelo tenía una alfombra roja de pega deshilachada. El ambiente general era indulgente y un poco de mala muerte, los probadores con luz tenue recordaban a un burdel anticuado. Linda silbó (no sabía que podía hacerlo) cuando me retorcí para ponerme el bañador estilo Monroe.

—Debería existir una orden que prohibiese que una chica como tú se pusiese algo así.

—¿A qué te refieres? ¿Es muy de putón? —Esbocé una sonrisita.

—Qué va, estás despampanante. Haces que el resto de simples mortales parezcamos trols.

Me gustaba esa idea, a pesar de saber que no era cierta; la llegada de Honor me había bajado de mi pedestal. Me di la vuelta frente al espejo y Linda me soltó un azote en el culo. Tenía que admitir que había estado inspirada con la idea del bañador: la parte de abajo consistía en unos pantalones cortos y sexis, la parte de arriba con volantes me hacía tetas y las tiras de cuello *halter* me resaltaban los hombros de gimnasta y los brazos tonificados. Saqué bíceps y Linda me lo apretó.

—¡Vaya brazos! —Me di la vuelta y meneé el culo delante del espejo, se me estaba empezando a subir a la cabeza la atención—. ¡El mejor culo del campus! —exclamó al mismo tiempo que aplaudía con fuerza.

Hice una aproximación de lo que hoy en día se llamaría *twerking*, aunque en esa época no existía una palabra para describir a una irlandesa blanca meneando el pandero.

—Necesitas algo como un abrigo —dijo, y dio un paso atrás para observarme.

—¿Lo dices en serio? —Seguía acalorada por el esfuerzo y me gustaba cómo me quedaba llevar los hombros al aire.

—Sí. Te pelarás de frío cuando estés fuera a las cuatro de la mañana —afirmó, sonaba como su antigua yo, más precavida. Le gritó a la dependienta—: ¡¿Tienes algo de piel sintética?! —La chica nos pasó una chaqueta tipo bolero, marrón oscura y brillante—. ¿Segura que no es de verdad?

—Es demasiado barata para serlo —contestó la chica, anonadada.

Yo estaba segura de que era armiño de granja industrial y, aunque no me hiciese gracia, tampoco iba a decir nada; además, el bicho ya llevaba tiempo muerto y la chaqueta era ideal, ceñida y sibarita. Me gustaba que oliese dulce.

—Unas medias de rejilla y unas plataformas para completar el conjunto, ¿qué me dices? —dije mientras salía a la tienda y sacaba unos zapatos y unas medias de la estantería.

—¡Digo que eres una genia! —Me lanzó un beso al aire—. Ponte todo y yo me pongo lo mío. —Fuimos al probador y ella se sacó el vestido de satén de la bolsa y se lo puso. Me calcé las medias de rejilla.

—¡Prueba de vestidos! —exclamé entusiasmada. La parte de mí a la que le encantaba estar en el escenario entendía la naturaleza transformadora de un disfraz, pero esto era la vida real, así que tenía más peso. De pronto, comprendí lo que significaba cada cambio de imagen para el sentido de identidad cada vez más amplio de mi amiga.

Me quitó el sujetador.

—No lo necesitas con esa delantera perfecta de Kate Moss. Queda más sexi sin nada. —Tenía razón. Nos quedamos mirando el reflejo de la otra en el espejo, embelesadas por nuestra belleza, juventud y la aceptación que suponían.

Salimos de ahí con un subidón por las compras, después de habernos gastado cincuenta libras del dinero de Mark en mi conjunto, algo que por aquel entonces era una pequeña fortuna.

—Dile a Mark que se lo devolveré —anuncié.

—Ay, no, no te preocupes. Le gustará saber que es el responsable de nuestros modelitos. —Me emocioné. Pues claro que le gustará—. ¿Tienes ganas de otro experimento sociológico? —preguntó al salir.

La miré de soslayo mientras la adrenalina se acumulaba—. Busquemos algún sitio donde causar problemas —prosiguió.

—¡Síííííí! —grité al mismo tiempo que un chute de cortisol me recorría las venas.

—¡Conozco el sitio ideal! —Ese deje peligroso de su voz nos impulsó a recorrer las calles de la ciudad y a atravesar las puertas de un bar de lo más anodino, completamente blanco y antiséptico, un nuevo añadido a la escena dublinesa, una importación esterilizada llena de corredores y agentes de bolsa, abogados jóvenes y otros tipos de su calaña.

—Es perfecto —dije en cuanto abrió la puerta.

Cuando hicimos nuestra entrada triunfal, muchas cabezas se giraron en nuestra dirección. ¿Éramos *actrices*? Fuimos derechitas a la barra y nos sentamos en unos taburetes altos, cada una con la mano apoyada en el cuerpo de la otra, lo que por lo visto hizo que los hombres que nos rodeaban entrasen en un estado de agitación hormonal. Se palpaba la tensión y el poder que emanaba de ella.

La beca de Mark nos pagó cuatro rondas de gin-tonics.

—Creo que lo mejor es que esta noche me quede en tu casa —declaró Linda con una risita, estaba sonrojada y electrizante.

—¿A Mark no le va importar?

—No. Me ha animado a abrir un poco las alas.

—¿En qué sentido? —le pregunté.

—Pues, en el de que sea libre, ya sabes…

—¿Quiere que te acuestes con otras personas? —continué, y casi se me escapó una confesión al pensar que podía haberle parecido bien,

pero incluso en el estado de embriaguez desinhibida y parlanchina en el que estaba, sabía que eso jamás podría pronunciarse en voz alta.

—¿Crees que a Jacques le gustará el vestido? —Ladeó la cabeza.

—¿Crees que a Mark le gustará el bañador? —Se la devolví.

—Creo que nuestros hombres darían el visto bueno a la chica del otro. —Nuestras miradas se cruzaron y ella pasó el dedo por el borde del vaso y después lo sumergió en la ginebra antes de metérmelo en la boca—. Chúpalo —ordenó. Estaba bien enseñada. Se escuchó un murmullo por el bar—. Oye, no es por disgustarte ni nada de eso —empezó—, pero ¿pasa algo entre Honor y Jacques?

—No pasa nada —contesté con demasiada rapidez—. ¿Por qué?

—Creo que a ella le gusta.

—Bueno, pues eso es problema suyo —respondí—. Estoy segura de nuestra relación, y ella puede irse a tomar viento.

—¿Alguna vez has oído hablar del concepto «compersión»?

—No, ¿qué puñetas es eso?

—Alegrarte por la libertad sexual de la persona que amas, o algo así… —dijo mientras se mordía las cutículas.

—Por el amor de Dios, Linda. —Me giré hacia ella—. Tú no eres así.

—Ojalá pudiese ser menos posesiva.

—Eso es una estupidez y lo sabes —continué, cabreada—. Mira, la duquesa podía tener a cualquier persona del campus y está yendo detrás de mi chico. Es una ególatra megalómana. —Mi ira me dejó sin palabras.

—Le gusta de verdad —contestó Linda al mismo tiempo que se tiraba de la cutícula del índice derecho con los dientes.

¿En serio se lo creía?

—¿Y a ti? —pregunté mientras le quitaba la mano de la boca. Me dejó hacerlo.

—¿Cómo? ¿Que si a mí me gusta Jacques? No seas ridícula. Estás *paranoica*.

—Me refiero a que si te gusta ella.

—Ha sido una buena amiga para mí. Pero no me gusta que esté intentando ligar con tu chico, aunque eso es bastante provinciano por mi parte.

Me escoció. *Provinciano*. Vaya cabrona.

—¿A qué te refieres con que es buena amiga?

—Nos lo pasamos genial. No me juzga. Le gusto tal y como soy.

Estuve a punto de preguntarle: «¿Qué versión?», pero me contuve.

—¿Sabes? Siento que estoy creciendo como persona. Últimamente, me siento libre. Como si, por primera vez en mi vida, fuese yo misma. —Esas palabras se estaban convirtiendo en el himno de nuestro grupo—. Ya no oigo la voz despiadada susurrándome al oído dondequiera que voy. Ya no siento su mirada acusadora clavada en mí…

—Y me alegro por ti, Lindy, de verdad. Pero…

—Siempre hay un «pero» cuando se trata de mi felicidad. —Me lanzó una mirada penetrante.

—No es eso, quiero decir, ¿seguro que esas drogas te vienen bien?

Tu estado de ánimo es como una montaña rusa.

—¡Pero mira quién fue a hablar! *¡La señorita malhumorada!* —Era el término cariñoso que empleaba Sue cuando me paseaba por casa dando pisotones durante uno de mis arrebatos hormonales.

—Espero ser un pelín menos caótica de lo que era. —Sonreí.

—Puede que un poquito… —Linda me guiñó el ojo.

Dos tíos en traje se lo tomaron como su entrada y se acercaron a nosotras.

—¿De qué estáis disfrutando? —preguntó uno.

—La una de la otra —respondió Linda. Después, se acercó y me dio un beso con lengua.

No estaba segura de si lo hizo solo para impresionar. Uno de los tíos aplaudió y el otro se quedó observando en silencio. Nos prestó mucha atención. Pidió una botella de champán «del mejor» y bebimos, bebimos y bebimos, y yo avasallé a Linda a preguntas. ¿Está intentando ligar con mi chico? ¿Eh? ¿Eh? Pero ¿quién se cree que es esa tía? A la mierda la conversión o compersión o lo que coño sea eso… Él es mío, mío, mío… Recuerdo que los hombres se rieron y uno dijo que era una criaturita posesiva y peleona, y que a él le encantaría ser todo mío. Dijo que era *intensa* y que eso era supersexi.

Aquí es donde me falla la memoria. Nada… Salvo que Linda y yo nos despertamos desnudas en la cama de un apartamento empresarial vacío, por encima del paisaje urbano.

—Qué mal rollo —dijo Linda mientras echaba un vistazo a su alrededor a medida que nos vestíamos.

Por lo menos, las dos estábamos implicadas en lo que quiera que hubiese pasado. A día de hoy, sigo sin acordarme de nada, no

recuerdo salir del bar, ni cómo entramos al apartamento, ni lo que nos hicieron, ni si hicimos cosas entre nosotras, ni tampoco me acuerdo de sus caras o de cómo me hice un moratón en la axila. Nunca le he preguntado a Linda sobre lo que ocurrió aquella noche. Podría haberlo hecho, pero parecía muy banal comparado con lo que sucedió después. Y, de todos modos, no hizo mal a nadie: ninguna sufrió heridas graves, no hicieron falta puntos y dio la casualidad de que ninguna se quedó embarazada.

—Mark estaría orgulloso —afirmó Linda mientas volvíamos a casa bajo la luz fría y gris del amanecer.

Me agaché y vomité, por suerte, en mi ropa de diario, porque uno de los tíos había doblado nuestros vestidos con cuidado, los había metido en una bolsa de algodón y los había dejado en la cama con una nota que decía: «Gracias por el fiestón, zorritas atrevidas». De eso sí que me acuerdo.

48

—*Wilkommen… Bienvenue…* ¡Bienvenidos! —Mark era un artista de cabaret. Llevaba una chaqueta de esmoquin, unos pantalones de pinzas y una pajarita de color teja y el pelo revuelto, llevaba una barba de tres días sorprendente que no sabía que se podía dejar. «Don Artífice del Despiste Consciente», aunque había que admitir que esa tarde le salió bien y se portó con una arrogancia aún más serena que de costumbre. Sostenía una bandeja de plata con un bol lleno de un surtido de chuches que ofrecía a todo cuanto atravesaba su umbral—. Cierra los ojos… a ver qué sorpresa sale. —Jacques y yo habíamos quedado en que esa noche iríamos con todo. Dijimos que cuidaríamos el uno del otro.

Apenas había sido capaz de mirarlo a la cara desde aquella mañana en la que llegué manchada de pota hacía dos semanas, desvariando sobre que me había pasado la noche fuera para cuidar a mi amiga, que iba tan pedo que ni siquiera podía andar y se negaba a subirse a un taxi por los sustos que se habían estado llevando las estudiantes borrachas últimamente, así que alquilamos una habitación de hotel para estar a salvo (Linda fue buena gente y asumió las culpas de buena gana antes de desplomarse sobre mi cama). Jacques se lo tragó sin hacer preguntas. Antes, ¿qué había ocurrido antes? Honor había empezado a colmarlo de atención, y Mark y él se habían hecho… ¿colegas? Antes sabía reconocer hasta mis cambios de humor más sutiles, aunque desde hacía poco no parecía percatarse o importarle que me hubiese distanciado. Seguimos acostándonos, yo hacía los movimientos que tocaban y a veces hasta lo disfrutaba, pero ¿seguía habiendo intimidad? ¿Y a qué parte de mí me abstraía?

—*C'est le moment, il est le temps!* —exclamó Jacques mientras metía la mano en el bol, al igual que yo. Nuestras miradas se cruzaron,

asentimos y nos metimos las pastillas en la boca de forma ceremoniosa a la vez. Linda apareció justo entonces con dos copas de vino—. Pensaba que se suponía que no debíamos mezclarlo con alcohol —dijo.

—Esta noche no hay reglas —contestó Mark.

—¡Es el baile de Wilde! —Linda dijo lo evidente. Estaba motivadísima, preciosa y eufórica, con los labios definidos en un tono color vino y el pelo ondulado y engominado *à la* Clara Bow.

—Esta noche estás muy guapa, Linda —indicó Jacques de una manera de lo más apropiada, que aun así no disminuyó el efecto que me causó.

—Lo mismo digo. Me encanta el traje —contestó tras ruborizarse en un tono rosa precioso. Jacques estaba para comérselo con el traje de terciopelo granate oscuro. No tenía ni idea de dónde lo había comprado ni de quién le había acompañado. Estaba demasiado asustada como para preguntar.

—Tú tampoco estás nada mal, Jess —me dijo Mark, parecía divertido. Me repasó con la vista de arriba abajo y después la clavó en el interior de mis muslos enfundados en unas medias de rejilla. Una ráfaga de calor y de humedad se extendió entre mis piernas.

—Está más guapa que nunca —me susurró Linda al oído cuando se acercó.

—Bueno, pues muchas gracias, amiga. —Capté su mirada e hice una reverencia. Ninguna de las dos había mencionado nuestra noche de borrachera desde que ocurrió.

—Dale las gracias mi chico generoso —espetó. Le lancé una mirada de advertencia, y ella lo captó.

Jacques pareció confuso, pero nadie le aclaró que fue Mark quien

nos había comprado los conjuntos, a pesar de que Mark nos estaba observando con el deleite posesivo de siempre. No tenía ninguna intención de empezar la noche con mal pie.

—¡Hola, guapísimos! —saludó Jonathan al entrar por la puerta. Parecía una estrella de cine antiguo con el traje ceñido de color medianoche que llevaba. Linda volvió a soltar un silbido, esta vez con más ganas y lascivia. ¿Era otro truco que le había enseñado Mark? Jonathan sonrió complacido—. Me lo ha regalado Phil —confesó. Más bien, el *papaíto* de Phil, pensé.

Jonathan se tomó una pastilla y una copa de vino, le dio un beso a Linda en la mejilla y le dijo que estaba deslumbrante. Cuando pasó a mi lado, me sujetó la mano y me dio un apretón.

—¡Estás despampanante! —Iba a ser una noche increíble.

Dentro, las velas bailaban en cada superficie y parpadeaban al compás de la dolorosamente conmovedora voz de Sinéad O'Connor, que fue pasando de un suave susurro a un angustioso gruñido en un abrir y cerrar de ojos. Mark había escogido el álbum «I Do Not Want What I Haven't Got» para marcar el tono: moderno, transgresor, trascendente, puro, algo para activarse; la banda sonora perfecta para el melodrama psicosexual que estaba orquestando.

La gente iba de un lado a otro, había más de la que esperaba: tíos de pelo revuelto en traje y pajarita, con zapatos negros lustrosos o de cuero desgastados; chicas con los previsibles vestidos de crinolina tipo debutante, con abundantes melenas con capas y tacones con medias negras. También estaban las disidentes, que llevaban sujetadores deportivos con pitillos, el pelo suelto y enredado, combinados con unas Doctor Martens. Aunque estas chicas eran un pelín más atrevidas de lo que me había imaginado, Linda y yo las dejábamos a todas por el barro. Nuestra originalidad no tenía parangón. La voz hipnótica de Sinéad cantó: «Nothing compares to you».

Pensaba que sería una reunión de gente selecta, pero, por lo visto, Mark estaba magnánimo. Estaba dejando entrar a cualquiera. ¿Les había ofrecido drogas a todos los asistentes?

—Oye, ve más despacio —dijo Jacques. Iba por la segunda copa de vino—. Tenemos que ir con calma y ver cómo nos afecta. Preferiría que bebieses agua. —Metió los dedos por debajo de la estola de piel y me acarició el moratón. Susurró—: ¿Me vas a contar dónde te has hecho eso? —Pensaba que no se había dado cuenta.

La droga me hizo efecto en un santiamén. El mundo adquirió nitidez de un plumazo y se dispuso en líneas rectas. Esta vida, el caos de fuera, esta sala, la gente desorganizada que albergaba y mi desorden interno se alinearon y se entrecruzaron en horizontal y en vertical: catalogados, organizados, contenidos. Era una experiencia parecida a cuando probé la cocaína, sentí como si Dublín se hubiese transformado en las calles cuadriculadas de Nueva York, que transité con seguridad, como una estrella del rock en unos tacones de aguja muy altos. Entonces, otro sentimiento se apoderó de mí con la misma rapidez y se convirtió en algo más suave y fluido; estaba descalza en un prado iluminado por la suave luz del sol al oeste de Irlanda y me asaltó una belleza tan enorme —el cielo abierto, los corderos que balaban, la hierba verde— verdísima, que me eché a llorar.

—Veo que ya te ha hecho efecto, Jessica —comentó Mark cuando vino hacia nosotros. Sonreí. Mis ojos eran portales a unos reinos celestiales—. ¿Tú qué tal, Jacques?

—Todavía no siento nada. ¿Tengo que tomar más? Visto que soy una bestia descomunal.

—No —respondió Mark—. Confía en mí, lo sentirás.



Unos recuerdos fragmentados me bombardearon: el aroma a madreselva, que llevaba sin oler desde que era pequeña, el olor a Sue

horneando; el jabón con el que me bañaba, que olía a peras, tan suave, terso y delicado; el roce de sus manos al cepillarme el pelo con ternura y recogérmelo con un lazo rosa de satén; y, ay, mis zapatillas de *ballet*, las dos bailando, yo *en pointe* y con su mano en la parte baja de la espalda, sujetándome. El sonido ligero y tintineante de un piano flotó por el aire y se elevó, tan suave y doloroso que me caí al suelo, no me quedó más remedio. Me quedé tumbada bocarriba, observando las partículas de polvo que flotaban como hadas diminutas que bailaban. Jacques se sentó a mi lado y soltó una risa.

—Espero sentir un ápice de lo que estás sintiendo tú.

Me incorporé y lo abracé, y una imagen de mi padre se me apareció delante de los ojos. Me estaba haciendo cosquillas, diciéndome: «Basta de lágrimas, no hace falta llorar…», mientras se reía, siempre se reía, todo era un chiste, salvo que no lo era, ¿verdad, papá? Entonces, las lágrimas se convirtieron en lágrimas de dolor, pero seguían siendo puras, depuradoras. Me invadió una luz brillante y blanca. Estaba dentro de ella, hecha de luz, *yo* era la luz.

—Estás radiante —afirmó Jacques.

—Joder, sois guapísimos. No os hacéis una idea… —Mark estaba de pie, delante de nosotros. Jacques empezó a desternillarse tanto que le tembló el cuerpo y las lágrimas le descendieron por el rostro. Mark se quedó mirándolo—. ¿Ves, Jacques? ¡Te lo dije!

Jacques se giró hacia mí y me envolvió en un abrazo de oso a la vez que nos quedamos ahí tumbados en el parqué, embelesados con la vida y con el otro, con un hormigueo en la punta de los dedos y sintiendo un éxtasis prácticamente insoportable.

Ese primer subidón no tardó en llegar a su punto álgido y después remitió, solo para volver a subir en varios puntos de la noche, cada *crescendo* orquestado a la perfección por el maestro, o eso parecía. Aquella noche, Mark estaba en todas partes: sembrando susurros,

dándole vidilla a las cosas, llevando a sus «sujetos» al límite.

Jacques y yo nos las ingeniamos para incorporarnos apoyándonos en el otro empezamos a mecernos espalda con espalda en una armonía preciosa. Un rato después (el tiempo carecía de significado), nos pusimos en pie antes de separarnos un poco y de volver a juntarnos, fluíamos como un río que se aleja y se acerca de su nacimiento. El universo y yo éramos un solo ser, estaba libre de condicionamiento, ego, celos, envidia e inseguridad conforme iba andando, ¡no, bailando! Por la sala. Ahí, en un rincón, estaba mi querido y deslumbrante amigo Jonathan con su nuevo enamorado, que lo hacía muy feliz. ¿Por qué iba querer que se conformase con menos? Abracé a mi amigo, le solté que lo quería y luego le dije a Phil que, si alguien hacía feliz a Jonathan, entonces yo también era feliz. Mi corazón estaba abierto, era amplio y rebosaba un amor tan poderoso que se me levantó contra las costillas. Phil se rio y yo no di por sentado que lo hizo con maldad o condescendencia. Los dos queríamos a Jonathan. *C'était tout*, eso es todo.

Jacques se me acercó por la espalda y me rodeó la cintura con los brazos mientras me la apretaba con fuerza.

—*Je t'adore* —me susurró al oído. Las palabras más bonitas en la lengua más exquisita que había escuchado nunca: frescas, delicadas y sensuales al mismo tiempo. Me giré hacia él y nos besamos con los ojos cerrados, la sensación como de terciopelo comestible.

Aquella primera parte de la noche, nada desafió mi felicidad, mi equilibrio. Dicho de otro modo, no le vi el pelo a Honor.

Nos quedamos la habitación de Mark hasta que anocheció para poder colarnos entre la marabunta del baile al cobijo de la noche. No me podía creer que consiguiese meter a tanta gente de gratis (Por supuesto, Mark no hacía nada sin una intención en mente: acabarían estando en deuda con él después, sobre todo teniendo en cuenta que estaba siendo bastante frugal con sus chuches).

—*Perpetuis futuris temporibus duraturam*. —Mark pronunció el lema de nuestra universidad a la vez que abría su puerta de entrada a los terrenos, que se habían transformado mágicamente. «Seguirá hasta un futuro sin fin...».



Destellos de imágenes: una bola de discoteca gigantesca dando vueltas bajo el campanario, estallando en llamas, chispas volando, molinillos, ruedas de fuegos artificiales, globos de helio rosa, focos móviles, luces de neón rosa y verde que iluminaban estatuas de hombres emblemáticos —antiguos rectores, escritores, filósofos—, focos que destacaban su virilidad, andamios a media altura, carpas, compañías de circo, escupefuegos en zancos, humo seco, luces estroboscópicas, carpas de tecno, raves, grupo de *ska*, carpas de *dance*, The Prodigy, pantalones anchos, gente de un lado a otro, desperdigada, desmayada, un escenario descomunal, un aparcamiento abandonado, pantallas parpadeantes, basura tirada, latas de Carlsberg, luces intermitentes persecutoras, ruido a decibelios excesivos, gente fumando, droga y cigarrillos, LSD, éxtasis, amor, puestos de comida que rezaban CERDO ASADO VICTORIANO, boas de plumas, trajes, pajaritas, pantallas, sudor, sexo en lugares públicos, y baile, baile y más baile.

Las ráfagas de aire fresco me empujaron a una especie de frenesí eufórico. Mi cuerpo comenzó a dar volteretas laterales sobre los adoquines, con los zapatos de plataforma. La mayor parte de lo que recuerdo de ese momento de la noche es la sensación de tropezarme, como si estuviese en el País de Al Revés. (¿Acaso existía ese mundo de Blyton? Debería).

En una carpa abarrotada y sudorosa de *dance* sonaba la canción juguetona de The Cure, «The Lovecats». Esa canción absurdamente teatral y llamativa de los ochenta ME FLIPABA, así que empecé a dar saltitos, era una gatita. Miaaaaaaaau. Jacques estaba a mi lado, partiéndose de risa. Jonathan y Phil se estaban morreando en la pista

de baile, y yo me emocioné. Por fin mi amigo estaba siendo como era en realidad. El brillante cordón umbilical dorado de amor que nos unía, y que esa noche fluía con libertad entre Linda y yo, atrajo a mi mejor amiga, que estaba al otro lado de la carpa, hacia mí. El mundo era un lugar grande y espléndido rebosante de belleza, magia, música, bailes, canciones, sentimiento y *la lumière et l'amour*. El calor, el sudor, los cuerpos moviéndose, el cosquilleo eufórico y, ¡ay, esto a Sue le encantaría! De repente, se me encogió el corazón por mi querida Sue. Cuánto la había abandonado. Se acabó. Mañana por la mañana, a la fría luz del día, iríamos a visitarla con nuestras ropas de gala y ella nos daría pasteles caseros y té caliente, y se alegraría gracias a mi amor deslumbrante. En un sorprendente momento de claridad, vi la verdad tal y como era; Sue, de pie en nuestra cocina cutre la víspera de que me fuese a la universidad, diciendo: «Que le den a tu padre, menudo narrrcissssista…», y pensé, eso es, Sue, sí, tenías razón. Él se largó, pero tú no. Podías haberlo hecho.

—Vamos a visitar a Sue mañana —le susurré a mi mejor amiga al oído.

—Venga, sí —contestó ella con una sonrisa radiante. Después, me retorció la muñeca con tanta fuerza que me escoció. Luego, puso los labios contra el pulso y me dio un beso—. El corazón te late muy deprisa —afirmó.

—Sí —dije, animada gracias al torrente de mi sangre joven y una sed y un apetito insaciables por la novedad. Abrí el cierre del colgante de ojo de tigre y se lo pasé por el cuello—. Te queda de cine. —Nunca me había sentido tan generosa, tan sociable. La parpadeante luz ambarina contrastaba con su cabello brillante y la luminiscencia de su piel. Lo tapó con la mano, cerró los ojos y se quedó en silencio; simplemente se meció de un lado a otro como si estuviese en éxtasis.

Pasamos al interior del Dungeon: a reventar, calor, empujones, drogatas, zumbidos, paredes húmedas y borrachera, sin ventanas ni ventilación, sonaba The Prodigy y todo el mundo quería estar ahí. La electricidad estaba en el aire y el calor en nuestros cuerpos, y quería arrancarle la ropa a todo el mundo, ansiaba el contacto piel con piel y el sonido de los corazones martilleando los unos contra los otros, el sabor a sudor, la alegría y la dulce agonía de un orgasmo prolongado, la exquisita oscuridad del olvido y la sensación de imprudencia, de amor, de pertenencia y de algo *sagrado, sagrado, sagrado*. Tantas bocas que probar, tantos cuerpos que explorar. Jacques estaba muy alerta, consciente de mis límites porosos. Me pareció irritante y restrictivo, protector y perfecto, mi caballero, mi captor. El ritmo de la pista de baile se intensificó y la multitud se volvió aún más enérgica, delirante.

Entonces, la vi: mi némesis, vestida con un bañador esmeralda de los 50, una réplica del mío, aunque el suyo parecía increíblemente caro y era de color llamativo, y estaba puñeteramente alucinante con ese pelo rubio oscuro voluminoso y desordenado recogido en un moño suelto con unos rizos traviesos bajándole por el cuello. ¿Linda le había chivado lo que me iba a poner? ¿Cómo iba a saberlo si no? La electricidad estática se empezó a acumular en mi cabeza. Me quedé mirándola mientras ella estaba en una esquina de la pista, sorbiendo por una pajita y vigilando a la plebe que prácticamente caía rendida a sus pies, asombrada por su belleza. Entonces, se le iluminó el rostro perfecto cuando nos saludó a Jacques y a mí. Jacques le devolvió el saludo con un brillo peligroso en la mirada. Justo en ese momento, alguien la levantó en volandas por detrás y le dio vueltas en círculo. Patrick. Por supuesto. La plantó en el suelo, la giró hacia él y se dieron un morreo de manera teatral antes de que él se pirase contoneándose y ella siguiese su camino de sirena en nuestra dirección. Jacques se quedó embelesado a medida que ella venía hacia nosotros. Pensaba que ella iba a hacer un bis… Entonces, Linda apareció de la nada como un duendecillo, una fresca pequeña y peligrosa, y me susurró al oído: «Compersión…». Empezó a martillearme la cabeza: el ritmo de la música, la rabia, la rabia, la

rabia, la rabia. Honor estaba delante de nosotras, le brillaban los ojos, irradiaba luz. Su destello era cegador.

—¿Te importa? —preguntó mientras le tendía ambas manos a mi chico.

—Pues claro que no. —Linda me apoyó la mano en el antebrazo. Me dijo al oído—: Déjale disfrutar de su libertad.

—Solo será un baile, nena. —Jacques me miró, esbozó una amplia sonrisa y se encogió de hombros.

Los dos fueron al centro de la pista, había tanto movimiento de cuerpos que alguien me tapó la vista, e intenté tragar saliva, pero fue como si estuviese masticando trozos de cristal.

Linda tiró de mí hacia ella y nos pusimos a bailar pegadas. Se puso a canturrear gilipolleces.

—Si lo dejas ir, volverá si es tuyo… Pero bueno, «tuyo» y «mío». ¿Qué son esos, salvo conceptos triviales inventados por gente insegura?

Me alejé de ella y la miré directamente a los ojos. Al parecer, fue el momento en el que el sérum de la verdad surtió efecto.

—Bueno, pues en ese caso, no te extrañará saber que Mark y yo…

—*Shhhhhh*. —Me puso un dedo en los labios para callarme—. Lo que no sepa, no me hará daño.

Fue como si alguien me hubiese tirado un cubo de hielo encima, tuve un frío instante de lucidez.

—Eso es una puta chorrada y lo sabes…

—No. No pienso permitirte echar a perder este momento tan bonito —dijo con los ojos llenos de lágrimas y de luz.

—¿Y qué opinas de este momento bonito? —Grité mientras iba corriendo al centro de la pista de baile para toparme con la duquesa contoneándose delante de mi chico. La observaba embobado, como si rezumase sexo. Si las miradas pudiesen matar, humillar, quemar, entonces la mía habría inmovilizado a Honor, la habría levantado y luego la habría arrojado a una pira. Maldita *bruja*. La droga no me concedió ese poder sobrenatural, solo la capacidad de obsesionarme.

Noté una ráfaga de aire cálido al oído.

—¿Estás bien, corazón? —preguntó la voz de Linda a mi espalda —. No te preocupes, hay Jacques de sobra para todas…

¿Es que no veía lo mismo que yo? Esa bruja tenía un plan para arrebatarme al amor de mi vida y a ella, mi mejor amiga del mundo mundial, sin la que esta vida no tenía ningún sentido, o eso sentí en aquel momento. Mi cuerpo entero tintineó con un sonido discordante y chirriante, parecido al que hacen los zorros al aparearse de noche; me inundó los oídos. *La Jalousie* vio su oportunidad y la aprovechó. Se metió dentro y ocupó todos los rincones de mi cuerpo.

Mark me observaba desde el otro lado de la sala. Podía ver cómo le brillaban los ojos en la oscuridad y cómo se le crispaba la boca. «¡Cuidado…! Es el monstruo de ojos verdes que se burla de la carne con la que se alimenta».

Linda me dio un apretón en la mano antes de alejarse de mí e ir hacia la bruja, que se giró en su dirección con una sonrisa amplia y los brazos abiertos. Se deshicieron en un abrazo y empezaron a bailar de manera seductora; mi chico seguía observándolas, hechizado. Las dos vibraban con una energía lasciva, eran dos exhibicionistas que irradiaban un rollo ninja supersexual. Si la duquesa y yo hubiésemos sido del mismo curso, estaba claro que no me habrían elegido como la novata más cañón. Tenía tanto control sobre mí misma como una cría de dos años en mitad de una pataleta

cuando me lancé en mitad de la pista de baile y aparté a mi novio de un empujón, con tanta fuerza que casi lo tiré al suelo. Abrí los brazos en dirección a las chicas en un supuesto gesto de camaradería femenina: «Venid aquí, mis bellas diosas». Les di la mano y giramos en círculos. Entonces, a medida que la música se fue intensificando y el público comenzó a saltar y a mover la cabeza, la pista se convirtió en un pogo que invitaba al desmelenamiento y a una carnicería. No fue culpa mía. Mi frente impactó contra el frágil cartílago de su nariz perfecta. Por lo visto, fue una ruptura limpia. No fue más que un accidente, un accidente tonto y desafortunado. Honor parecía fascinada por el reguero de sangre que le salía de la nariz, que los demás atribuyeron a las drogas. Al menos, no parecía para nada angustiada.

Linda recobró la sobriedad durante un instante, me agarró del brazo y me sacó de la pista a rastras en dirección al baño de tías.

—¿Qué ha sido eso, pirada? —Parecía estar a punto de explotar, aunque no sabía si de risa o de ira. Incluso con la sangre corriéndole por los labios y la barbilla, la duquesa estaba preciosa y, por supuesto, en cuestión de segundos ya estaba rodeada de secuaces. Daba igual, nada de eso importaba. Había conseguido que *ma meilleure amie, m'anam cara*, mi hermanita del alma, volviese conmigo, costara lo que costara. Jacques nos seguía de cerca; estaba justo donde debía, trotando detrás de mí.

En el espejo de los aseos, fuimos testigos del torrente y el subidón al ver el reflejo de nuestros cuerpos jóvenes y esbeltos, intensificados por la droga que corría por nuestras venas. Un chasquido repentino: las luces azules nos dieron un aspecto macabro y me entraron ganas de potar. Nos rodeó un grupito de chicas.

—Llevas pintas de payasa —le dije a una de ellas, que llevaba demasiado colorete y pintalabios. Puso morritos de forma lamentable y se observó el estúpido rostro con detenimiento.

—Ah, mira quién es —contestó una de sus amigas para referirse a mí.

—¿Y quién coño se supone que es? —pregunté en voz más alta—. A ver, ¿quién soy, si puede saberse? —Miré a Linda, que estaba haciendo la mierda esa de compincharse con esas chicas y se encogió de hombros a modo de disculpa. Quería estamparles la maldita cara contra el espejo, a Linda y a la payasa, y luego a las demás. Los cambios de humor eran rápidos e intensos—. Más vale que Jacques no esté cerca de esa bruja —anuncié cuando Linda me sacó del baño. No estaba, de hecho, estaba esperando fuera de los aseos, preocupado por mí y no por ella.

—Nena —dijo mientras me abrazaba.

Sujeté a Linda, que estaba intentando huir después de haberme sacado de ahí a salvo. No permitiría que ninguno se fuese. Me aferré a mis seres queridos como si fuese a derrumbarme y a hacerme añicos sin ellos y lo único que quedase de mí fuese polvo. Un rato después, los dos consiguieron librarse de mis garras y se alejaron de mí, pero se quedaron lo bastante cerca como para que pudiese tocarlos. Mark y Jonathan se pasearon hacia nosotros y Jonathan me preguntó si estaba bien con una expresión de preocupación auténtica.

—¿Estás herida?

—Uf, mañana te vas a despertar con una buena marca —dijo Mark al mismo tiempo que noté un moratón incipiente en la frente.

Adoraba que me prestasen atención, el hecho de que los cinco volviésemos a estar juntos conmigo como núcleo.

Los recuerdos vienen y van en forma de emociones parpadeantes: la sensación intermitente del aire frío y húmedo cuando salimos del sudoroso interior al frío exterior; los árboles, gigantas gloriosas que susurraban sus invocaciones al viento; las luces artificiales en la

oscuridad, estroboscópicas, que acariciaban y asustaban; las nubes fustigadoras; *había* más reinos además de este.

—¿Qué son las estrellas? —preguntó Linda, como en un sueño, cuando nos alejamos del ritmo atronador.

—¿Esas cosas titilantes del cielo despejado? —dije para seguirle el juego.

—No hay estrellas, Linda, está demasiado nublado —contestó Mark.

—Yo también las veo —respondí.

Mark mencionó algo sobre alucinaciones titilantes y que solo veíamos lo que queríamos ver.

—Lo de ahí dentro ha sido bastante intenso —comentó con malicia.

—The Prodigy hace que la gente haga cosas raras —afirmé.

—¿Te refieres a que los vuelve locos? —prosiguió—. Espero que las heridas de Honor hagan que su futuro como modelo peligre.

—¿Qué heridas? —preguntó Jacques.

—Parecía que tenía la nariz rota después de que la pirada de tu novia le diese un cabezazo. —Mark estaba acelerando.

—¡Lo dices como si hubiese sido a posta! —exclamó Jacques, ofendido por mí.

—¿Lo ha sido? —Mark se giró en mi dirección.

—¿Que si ha sido qué? —pregunté.

—A posta. ¿Pretendías romperle la nariz?

—¡Ya lo creo que sí! —respondí, y Linda soltó una risita. Nuestras miradas se cruzaron y ella me sacó la lengua y encogió la punta. Yo hice lo mismo y doblé los laterales para que se tocasen.

—¡Qué pasada! No sabía que podías hacer eso… —dijo.

—¡Hay muchas cosas que no sabes de mí! —repetí las palabras que ella me había dicho antes.

—No seas boba, nena, solo ha sido un accidente —afirmó Jacques, que, o bien era incapaz, o no estaba dispuesto a asumir la posibilidad de que fuese una psicópata celosa. Y que pudiese ejercer ese tipo de violencia. Fui hacia él y lo abracé con fuerza.

—Pues claro que solo ha sido un accidente —le susurré al oído. Me volví en dirección a Jonathan—. ¿Y Phil? —pregunté, necesitaba desviar la atención.

—No soy su niñera —contestó Jonathan, estaba bien enseñado.

—Sois muy monos. —Le lancé un beso en el aire.

—Pero bueno, ¡qué sociables estamos esta noche! —Mark se bajó las gafas y se las colocó en el puente de la nariz con una sonrisa. Tuve que reprimir el impulso de guiar su mano al interior de mi muslo. Echó un vistazo al reloj y nos dedicó una sonrisa—. Creo que es hora de tomarse otra, ¿no?

Jacques nos miró a Linda y a mí con el ceño fruncido y preguntó si hacía falta. Jonathan le aseguró que no se preocupase, que ahora venía la mejor parte.

—Tengo la dosis controlada a la perfección —garantizó Mark.

¿Para qué exactamente? Recuerdo pensar mientras me tragaba otra pastilla. Todos hicimos lo mismo. De todas formas, ¿quién sabe cuánta voluntad nos quedaba a esas alturas?

—¡Hace una noche preciosa! —Sentí una oleada de calor instantánea.

—En realidad, hace un frío de cojones —respondió Mark.

—Bueno, pues yo tengo calor, calor, calor… —Sentí como si tuviese fiebre.

—¿Qué papel estás representando ahora? —Linda se rio.

—Un fuego *agde* en mi *integiog*… —dije con el mejor acento absurdista de criada francesa.

—*Oh, là, là!* —exclamó Linda.

Eché a correr movida por una energía incansable, por un calor imposible de sofocar; los demás me siguieron dando gritos y aullando por las canchas mientras las nubes recorrían el cielo nocturno y un resquicio de luna fue iluminando partes de cuerpos, la mayoría nalgas blancas que se movían arriba y abajo. El campo de críquet era el escenario de una orgía desenfrenada.

—¡Guau! —exclamó Mark, asombrado. ¿Es que creía que era cosa suya?

—¡Más vale que Phil no sea uno de esos culos! —espetó Jonathan.

—No es de tu propiedad —respondió Mark.

Jonathan se quedó en silencio y se le empañaron los ojos. Yo empecé a dar volteretas laterales y alguien se puso a silbar; quería experimentar todas las emociones extremas que pudiese, quería estar en un plano distinto, arriba, más arriba. La silueta de la Gran Sabia apareció en la oscuridad. Se avecinaba un hechizo, sus ramas eran dedos huesudos indicándome que me acercase.

Eché un vistazo a Linda.

—Es un árbol enorme… Su copa llega hasta las nubes y… ¡Rick, encima del árbol siempre hay algún país extraño!

—Ay, Rick —suspiró Linda con dramatismo cuando nos acercamos. Apoyé la mano en el tronco de la giganta.

—Pero ¿de qué estáis hablando? —preguntó Mark, y me di cuenta de que eso le molestaba, teníamos un mundo privado al que no podía acceder; me sentí poderosa.

—¿Qué dice la Sabia? —inquirió Linda a la vez que pegaba la oreja contra el tronco.

—¡La aventura aguarda! —exclamé mientras me subía a las ramas bajas.

Linda se remetió el dobladillo del vestido largo por las bragas. Los chicos nos observaron aplaudiendo y riéndose. Me agaché para darle la mano y tiré de ella para que subiese a mi lado.

—¡¿Verdad o atrevimiento?! —gritó Linda.

—¡Atrevimiento! —contestó Mark a gritos.

—¿Y bien?

—¡Subíos a la copa! Superad vuestros límites.

(¿Había planeado que nos subiésemos ahí, al árbol más alto de todos?).

Trepamos a una rama alta sin esfuerzo y nos metimos en un recoveco, como si fuésemos unas criaturas del bosque. Unas voces gritaban desde abajo. Linda bajó la vista y se echó a temblar.

—¿Tienes miedo?

—¡Estoy cagada! —confesó a la vez que se aferraba mí y se partía

de risa.

—Es hora de que superes tu miedo a las alturas —dije, representando un papel cuyas líneas ya me habían escrito.

Las dos estábamos acuclilladas sobre la misma rama robusta, que se transformó en una cosa plateada, dorada, de cobre, bajo nuestros pies; era una escoba, una alfombra mágica, un cohete que nos llevaría a lugares remotos. La sensación del fuego que ardía en mi interior me azotó y me quemó, se me acumuló en la garganta y me partió la vista en dos, así que lo que vi a continuación no fue una invención, sino algo tan real como el resto de cosas que había visto en mi vida.

—¿Ves esa escalera? —pregunté, y señalé al palpitante cielo sobre las copas de los árboles caleidoscópicos.

—No estoy muy segura —respondió.

—Que sí, que sí, es dorada y brillante.

—¡Estás colocadísima! —contestó.

—En lo más alto del árbol descubren una escalera que les conduce a un país mágico —dije, poniendo la mejor voz de narradora de Sue.

—El País de las Chuches —contestó ella mientras levantaba la vista.

—¡Yo creo que hace ya muchas horas que llegamos! —aullé. Me levanté, solté la rama a la que me había estado sujetando, extendí los brazos todo lo que pude y fingí que volaba. Linda me agarró el tobillo y soltó un gritito y una risa, un sonido de miedo y de emoción a partes iguales. Proseguí—: Podemos ir a cualquier parte… al País de Llévate-Lo-Que-Quieras, al País de Haz-Lo-Que-Te-Venga-En-Gana…

—Al País de la Libertad —gritó a pleno pulmón.

Era un reto, una amenaza, un golpe que me partió en dos.

Imité el sonido de una corneta (algo que pegaba más en el territorio de Golding que en el mundo de Blyton). Se produjo un murmullo de hojas muy por debajo de nosotras, una advertencia.

—Te reto a subir por la escalera —dije.

—Sigo sin verla —contestó ella.

—Solo quienes creen en la magia pueden hacerlo.

Linda puso una expresión de completo embelesamiento, tenía las pupilas enormes y dilatadas, como la primera vez que Sue le leyó *El árbol muy, muy lejano*, y se puso en pie sobre la rama, tambaleándose, agarrándose al tronco para equilibrarse, cada músculo tenso, preso de la determinación.

—Sube, sube, sube —empecé a cantar. Estaba canalizando una fuerza más grande que yo misma, estaba poseída por la necesidad de recuperar el control, de volver a ser su número uno.

Levantó los brazos para sujetarse a una rama más alta e intentó auparse. Yo iba variando entre momentos de lucidez y de abstracción absolutas, pero nunca olvidaré lo que sucedió a continuación: ahuequé las manos y la ayudé a subir.

Las voces de Jacques y de Jonathan llegaron desde muy lejos, como si estuvieran bajo el agua, y nos ordenaron que bajásemos ya. La voz de Mark se abrió paso, ¿o era la mía? «Atreverse es perder el equilibrio momentáneamente».

Linda y yo estábamos en el mundo dorado de nuestra infancia y ella volvía a ser completamente mía.

—¿Ahora la ves?

—Creo que sí. —Linda se quedó quieta cuando las ramas se volvieron peligrosamente finas, donde el cielo se encontraba con la copa del árbol, y bajó la vista hacia mí desde el borde, aterrada y contenta. Me tendió la mano para que la acompañase. Yo negué con la cabeza y sonreí para darle ánimos.

—Tienes que ir tú sola. —Yo sería el último eslabón en su último intento por hallar la liberación, yo sería la voz decisiva en su oído. Volví a pronunciar el voto que me hice cuando la vi por primera vez en su espantosa casa: sería siempre su protectora, su salvadora. Quería que se liberase de su pasado, de su madre, de ese hombre. «La libertad requiere de una especie de ruptura»; en aquel momento, adopté la lógica seductora de Mark.

Se dio la vuelta, alzó la vista al cielo brillante y respiró hondo. La observé, rebosante de amor, impresionada por su valentía. Subió y subió, incluso cuando parecía que ya no había más árbol, y entonces vi a mi Hada de Seda subirse a la escalera, con las alas preparadas para echar a volar.

Ni siquiera hice amago de detenerla cuando ascendió por esos peldaños dorados hacia la nada.

Desenlace

49

Entonces me desmayé. Fue una sensación como de estar cayendo; ¿la culpa puede hacerte sentir eso? La conmoción sí. La cobardía sí. El terror sí. La vergüenza sí.

A día de hoy, sigo imaginando que la veo tropezar, estamparse contra el suelo; imagino que escucho un golpe sordo intenso, un chasquido; imagino que la veo retorcida en la base del árbol, inconsciente; imagino que escucho las sirenas, que veo cómo la suben a una camilla; imagino que estamos todos juntos en la ambulancia; imagino (lo más imposible de todo) que Mark demostró ser un novio leal, que se disculpó por el papel que desempeñó, por el atrevimiento, por suministrarnos las drogas responsables de todo aquel viaje tan salvaje; imagino a Linda despertándose cuando le acaricié la frente, teniendo que andar un par de meses con muletas y después recuperándose; imagino que todos seguimos siendo amigos.

En realidad, lo último que recuerdo es verla subida a la escalera, que era tan tangible como cualquier otra cosa de esa noche. A continuación, yo en el suelo. Debí de haberme bajado del árbol sana y salva, porque recuerdo estar de pie en la base del tronco, con la vista levantada a medida que el amanecer se deslizaba y lo iluminaba todo con una luz fría y dura. El árbol estaba bañado de sangre. Vomité. Nadie se acercó a abrazarme o a consolarme. Entre nosotros, solo hubo silencio y frialdad.

La humillación de después fue completamente merecida: el aislamiento, el no saber qué había sido de ella (no recuerdo ninguna ambulancia ni que se llevasen su cuerpo en una camilla, pese a ser lo que pasó). Anhelaba que Jacques me abrazase, pero tenía el cuerpo rígido, con los brazos pegados a los costados. Era incapaz de mirarme, mucho menos de tocarme. Seguro que me escuchó alentarla. Ya no había forma de negar quién era yo, ni tampoco de lo

que era capaz.

Me estrujo los sesos en busca de una imagen de Mark justo después de que pasase. Estaba ahí, lo sé, pero se portó con tanta indiferencia que parecía un desconocido observando un choque en una autopista. Y entonces, si retengo la imagen, si me sumerjo bien en ella, puedo ver cómo su mente va girando, su mente generativa que, con el tiempo, recogería los frutos creativos de esta calamidad. ¿Sentía algún atisbo de remordimiento, de responsabilidad?

No, me había tendido la trampa perfecta. Había encaminado a sus creaciones por el sendero de la destrucción voluntaria. Había desatado las fuerzas del caos. Y, en última instancia, yo era su estrella.



Jonathan y yo intentamos mantener el contacto un tiempo, quedábamos en el campus y tratábamos de hablar del tema, después, intentamos evitarlo y mantener una relación informal, aunque fuese en apariencia, pero fue como si tuviésemos alergia al otro, nos poníamos enfermos en nuestra presencia. En los meses sucesivos, no volví a verlo con Phil, ni con nadie. Mark se las ingenió para terminar la beca y, durante el año siguiente, me pareció verlo de pasada algunas veces, pero siempre desaparecía. Perfeccionó la capacidad de desvanecerse, al igual que el arte de materializarse: salía del éter solo para volver a él.

Jacques no volvió a pasar una sola noche conmigo, *y entonces sí que me convertí en ese agujero*. Aún lo sigo siendo. Terminé los tres años restantes, pero no son más que un borrón. Jacques debió de graduarse más adelante ese año, aunque no lo recuerdo. Me pasé el tiempo que me quedaba en Wilde escabulléndome en las sombras a las que pertenecía. Ya no era la número uno de nadie. Al año siguiente, los de *HUP!* me sustituyeron como novata más cañón. Me las apañé para no perder la ayuda, y la vida, por los pelos. No hubo

más sexo, o al menos que yo recuerde; de todos modos, nunca era sobria (pero esto apesta a autocompasión, así que no lo meteré en la novela).



—¿Qué ocurrió justo después del accidente? —La doctora Collins me redirige a la secuencia de acontecimientos.

Hago una mueca al imaginar que escucho el chasquido de la columna de Linda.

—Linda se pasó semanas en el hospital, luego meses en rehabilitación y acabó mudándose con Sue.

Pienso en ese extraño presagio que anunció aquella pesadilla: yo mascullando en un rincón oscuro, excluida, rechazada, repudiada por mi culpa.

—Algo muy generoso por su parte.

—Algo muy típico de Sue. —Pienso en cómo adaptó nuestra casa para que fuera accesible con silla de ruedas, que dejó de ser mi casa y se convirtió en un lugar que me echaría en cara lo que había hecho para los restos—. Linda se partió la espalda a los dieciocho. ¿Te haces una idea del dolor y el trauma que supuso?

—La repercusión de una herida así a una edad tan temprana es innegable, pero suena como si gracias al apoyo que tuvo se hubiese adaptado bien.

Pienso en cómo se metió a un doctorado en Psicología hace unos años, en mitad de los cuarenta. Pienso en los cuidados que le ha prodigado Sue y en lo cercanas que se han vuelto, en lo mucho que se quieren y se apoyan la una a la otra. Y en la intrusa en la que me he convertido.

—Pero su vida podría, *debería* haber sido mucho más fácil.

—¿Y qué me dices de la tuya, Jessica?

Pienso en mi matrimonio condenado, en mi carrera fallida. Y en el aislamiento autoimpuesto de la única familia que he conocido. La última vez que las visité hace seis meses fue insoportable, la fachada de educación que adoptamos nos asfixiaba a todas.

Una pena incontrolable se apodera de mí y por fin dejo que las lágrimas fluyan a su antojo.

La doctora Collins empuja una caja de pañuelos en mi dirección.

Casi pongo los ojos en blanco, pero ya no queda ni rastro de la actriz que fui en mi interior.

—Las echo de menos.

El insoportable peso de esta culpa se desplaza por mi cuerpo y me hace temblar y convulsionar.

La doctora Collins se acerca un poco, acoge el silencio y el espacio de forma preciosa.

—¿Has decidido cómo termina?

—Acabé la universidad de algún modo y los cinco no volvimos a dirigirnos la palabra.

—No me creo que ese sea el final de la historia…

—¿Te refieres a que necesita un epílogo?

—Creo que hay espacio para algo más, sí.

Miro por la ventana: un insólito haz de luz ilumina el muro, y el moho se transforma en una suave cama de musgo verde brillante;

entonces veo otro mundo, abundante, habitado por criaturas diminutas. Existen otras vidas, otras realidades, además de la mía.

Me vuelvo hacia la doctora Collins por última vez.

—Tengo un título —digo—. Para la novela.

—¿Cuál? —pregunta.

—*El juego de la verdad.*

—Me gusta.

—Todavía no he decidido el final.

—Mis libros preferidos son los que acaban con un interrogante… Los que dejan espacio para un nuevo comienzo. —Me doy cuenta de que la había subestimado—. Termínalo y mándalo.

—Pero no me acuerdo de todo.

—Nadie se acuerda de todo —contesta. Me miro las manos y veo que las venas sobresalen aún más. El tiempo corre—. Es tu versión, tu verdad, tu historia. Reclámala.

—Gracias… por todo —respondo. Lo digo en serio.

—Hazle caso a tu vida, Jessica. Sé amable, estate presente, presta atención…

Su voz me persigue a medida que salgo por última vez.

Fuera, me doy cuenta de que hace un día cálido de mayo. El aroma a césped recién cortado, el juego de la luz. Este teatro llamado vida.

Epílogo

Estoy de pie delante de la casa de mi infancia. *C'est le moment, il est le temps*; esta mañana me he despertado con la voz de Jacques en la cabeza, es la primera vez que la escucho desde aquella noche. Intento relajarme, prestar atención, percatarme de las cosas. Dos gatos atigrados esqueléticos están repantigados en dos parches de sol; los gatos callejeros siguen viniendo por aquí. Veo un par de boles junto a la puerta de entrada, uno para el agua y otro para la comida. Han pintado la puerta, ya no es fucsia, sino de un negro lacado. Es elegante. Es impropio de Sue.

Me dirijo hacia la puerta de entrada y mi dedo se queda suspendido sobre el timbre. Siento la mano de la doctora Collins apoyada en la parte baja de la espalda, dándome un empujón. Han pasado más de dos años desde la última vez que la vi. El libro ya se ha publicado, ha vendido bien. Las reseñas dicen que la narradora es demasiado antipática, demasiado egocéntrica, y que, aun así, espera que a los lectores les importe, o similares. Al menos no me liberé del anzuelo por completo.

Llamo al timbre. Trago saliva y espero. Nadie viene a abrir. Me imagino que veo las cortinas moviéndose en la ventana de la planta de arriba. Pero entonces me doy cuenta de que el coche no está en la entrada, no se están escondiendo de mí. Casi me desmayo del alivio. Coloco la mano sobre la puerta y cierro los ojos. ¿Estoy rezando?

Uno de los gatos viene hacia donde estoy y me restriega el cuerpo roñoso contra las espinillas. Me inclino hacia ella y mis dedos le rascan la barbilla de forma automática, ella estira el cuello para que siga. Me agacho y le doy un beso en la cabeza. Me he pasado. Bufa, da un zarpazo al aire y se aleja.

La luz se desvanece, el sol se enfría. Doy con el último resquicio de

sol y me siento en el escalón de la entrada, encima de él. Han pasado casi treinta años desde aquella noche. Pienso en el concepto de legitimidad, de propiedad, del recuerdo. ¿En algún momento me correspondía a mí escribir sobre ellos?

La gata vuelve y me olfatea. Le doy su espacio y me quedo quieta para no asustarla. Se me sube al regazo y se pone a amasarme mientras empieza a ronronear con intensidad. El sol desaparece y me da la sensación de que escucho el coche avanzando por la calle. Contengo la respiración y la gata deja de ronronear en un reflejo de mi inquietud. Cada parte de mi ser quiere salir corriendo.

El coche está en la entrada, el destello de los faros delanteros asusta a la gata, que me clava las uñas antes de salir corriendo. Me armo de valor para ponerme en pie y sonreír para enfrentarme a mi pasado.

—Hola, desconocida… ¿Qué haces ahí sentada en la oscuridad? —pregunta Sue tras bajar la ventanilla.

Puedo distinguir la silueta de Linda en el asiento trasero. Me la imagino con ocho años otra vez, sacándome la lengua en punta de flecha. Madre mía, cómo he echado de menos a mi rarita.

—He venido a visitaros —respondo. Sue se baja del coche y se apoya contra él como para equilibrarse—. Siento que haya pasado tanto tiempo. —*Patético*.

—Ahora estás aquí, eso es lo que importa. —Se queda donde está, a una distancia prudencial.

Mi cuerpo busca unirse al suyo.

Soy esa chica a la que su padre abandonó. La veo sobre el peldaño de la entrada, aferrada a Sue, sollozando, quejándose y después pataleando, golpeando, y me dan ganas de devolverle el golpe, pero Sue la abraza para consolarla. Huelo los pastelitos recién horneados,

escucho «Waterloo» de Abba a todo trapo, el canto del cisne de mi padre y nuestro grito de batalla (siempre tan dramática, no es culpa mía).

Sue se dirige a la puerta de atrás, la abre y coloca una rampa para que Linda pueda bajarse con la silla. *Hola, hermanita del alma.*

—Hola —saluda.

—Hola —contesto.

—He leído tu libro.

Inspiro con fuerza, retengo el aire en el diafragma hinchado.

Sue va hacia el maletero y se entretiene con las bolsas de la compra.

—Lo siento, debería habértelo contado —digo.

Se encoge de hombros. El aire que nos separa se llena con todas las cosas que faltan por decir.

—Ha sido sincero.

Me permito espirar un poco.

—Mucho mejor que la versión de Whitman.

—Anda, ¿asististe a *The Jealousies*? —pregunté, y solté todo el aire.

—Así es. Me aborreció. Era una absurdez teatrera y pretenciosa.

—A los críticos les gustó —apunto.

—Pues claro que sí, siguen tan engatusados e impresionados como lo estábamos nosotros.

—¿Qué te parece su final? —pregunto en voz baja.

—Me gustó más el tuyo —afirma.

—A mí también —contesta Sue al acercarse con los brazos cargados de bolsas de Tesco—. Es imposible que todo fuera culpa de esa chiquilla. Tu versión dejaba espacio a más matices, a más complejidad.

—¿Tú también la has leído? —Se me hace un nudo en la garganta. Creía que estaba preparada para esto.

—A las dos os habían drogado y manipulado… —Sue suelta las bolsas en la entrada.

—De todas formas, tampoco absolví a esa chica por completo. No pretendía hacerlo.

Nos quedamos en silencio mientras los años van rebobinándose entre nosotras. Unos instantes después, Sue habla.

—Estoy tan orgullosa de ti… Llevo tiempo queriendo deciros lo orgullosa que estoy de las dos. —Voy a apretarme esa zona irritada de la garganta, pero me detengo, respiro y trago saliva—. ¿Sabes que Linda se graduó la semana pasada?

—Por fin —contesta Linda—. ¡Soy la graduada más vieja de la ciudad!

—Enhorabuena, es increíble —digo—. Tú eres increíble. ¿Ahora eres una doctora?

Linda asiente con rapidez. *Se acabó eso de ser servil y condescendiente*. Se pone el abrigo y lleva la silla hacia la puerta de entrada.

—Me gustó el título —dice por encima del hombro. La miro en la silla de ruedas y pienso: *menudo puto juego*—. ¿Piensas entrar o qué?

—pregunta Linda desde el umbral.

Sue se coloca a mi lado con los brazos cargados de las bolsas de la compra. Estiro los míos para ayudarla y me hago con un par. Se gira hacia mí y sonríe, se le arrugan las esquinas de los ojos. *Esto*. Mi corazón… está bailando.

Cruzo el umbral.

Agradecimientos

Gracias a mi incansable agente, Clare Alexander, por tu paciencia, orientación y perspicacia. A mis editoras todoterreno, Allegra Le Fanu, de Bloomsbury, y Tara Parsons, de HarperVia, por vuestras brillantes y estupendas impresiones. Estoy en deuda con vosotras.

A todo el equipo de Bloomsbury, es un honor que volváis a publicarme. En especial, gracias a Fabrice Wilmann, a Akua Boateng y a Thea Hirsi por haber trabajado tan duro y por haber creído en el libro. A Charlotte Norman, por tus dotes de corrección. A Carmen Balit, por el inspirador diseño de cubierta. Al maravilloso equipo de publicidad: Ben McCluskey, Cormac Kinsella y a la mayor defensora de la novela, Allegra Le Fanu. No puedo agradeceros lo suficiente la energía y el apoyo que me habéis brindado.

Mil gracias a mis amigas y compañeras de profesión, Joanne Hayden y Elizabezth McSkeane, que tuvieron que leer muchos, muchísimos borradores y compartieron sus opiniones generosas y mordaces por el camino. A Tom Farrelly, por su criterio y amistad. A Linda Walsh, Hugh O'Conor, Emer Conlon, Michelle Moran y Michele Forbes, por los comentarios, el apoyo y la lectura amables. A Paschal Gannon, por su amabilidad. A Gillian Stern, por ser de las primeras en leerlo y por su sagacidad. A Anne O'Neill, por su energía y entusiasmo.

Gracias al Consejo de Artes irlandés por darme la oportunidad de ser escritora residente en la Universidad de Cork. A mis compañeros, Liz Quirke y Danny Denton, por esas charlas inspiradoras. Eibhear Walshe, te echamos mucho de menos. Eras un referente para muchos.

A mis estudiantes de Cork y de todos los sitios donde he impartido

clase, incluidos el Centro Irlandés de Escritores y la Fundación Arvon. Vuestra curiosidad y vuestra pasión son inspiradoras.

Al Centro Tyrone Guthrie, Cill Rialaig y Arvon, por proporcionarme espacios tan bonitos donde escribir.

Al Trinity College, al que asistí a principios de los 90 y regresé más tarde en 2013. A mis profesores del máster en Filosofía y en Escritura Creativa del Trinity: Deirdre Madden, Carlo Gebbler, Mary Morrissy y Eoin McNamee.

A mis padres, hermana, hermano, tíos y a todos mis familiares y amigos que me han apoyado a lo largo del camino. Un agradecimiento especial a mis compis de cuatro patas. RIP a la pequeña Faye, eras toda una luchadora, no sabes cuánto echo de menos tenerte acurrucada a los pies.

A ti, que estás leyendo esto.

A F. Por tu luz y amor.